

Romano De Marco

DESAPARECIDA

MILÁN NEGRO

NOVELA

Comienza una
búsqueda mortal que
nos llevará por los
bajos fondos de la
pornografía y la trata
de blancas



BAJAEPUB

Era el mejor policía de Milán. Ahora, diez años más tarde, Marco Tanzi es un mendigo que vive en parques y calles mimetizándose con la degradación de una ciudad que no tiene lugar para los derrotados. Con el pelo largo, la barba descuidada y la ropa sucia, de aquel hombre queda poco: un gigante de un metro noventa y ocho que ahoga su vida en el alcohol.

Y sin embargo, una noche, aquella vida que parecía marcada por una caída sin freno se ve sacudida por un acontecimiento inesperado: Giulia, su hija a la que no ve desde hace años, ha desaparecido misteriosamente. Ahora tiene una misión: encontrarla, cueste lo que cueste. Comienza así una búsqueda mortal que, en una espiral de violencia y tensión trepidante, llevará a Marco Tanzi y Luca Betti, su antiguo colega del Anticrimen, a los bajos fondos de la pornografía clandestina y a la trata de blancas. Un mundo paralelo y desconocido, donde solo quien ha visto cara a cara sus peores pesadillas puede lograr sobrevivir.



Romano De Marco

Desaparecida

Milán negro - 1

ePub r1.0

Titivillus 24.08.2017

Título original: *Io la troverò*
Romano De Marco, 2014
Traducción: Patricia Orts
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en bajaepub.com

A Giovanna De Angelis

Prólogo

Marco Tanzi. Milán, hace diez años

Como un criminal enloquecido, atravieso a toda velocidad las calles congestionadas por el tráfico, como si fuera un personaje de *Grand Theft Auto*. En lugar de la pantalla de plasma, el parabrisas del coche patrulla. En lugar de la palanca de mando, el volante; tengo los nudillos blancos de tanto apretarlo. Unas gotas de sudor resbalan por mis sienes y siento que me pulsa la yugular, porque mi corazón late acelerado. He dejado de contar los semáforos en rojo, los bocinazos y los gestos terribles de las personas a quienes cierro el paso.

—Marco, soy Luca —chilla una voz en mi radio portátil—, dame la posición.

—Calle Turati —contesto—. En tres minutos estoy ahí.

—No hagas gilipolleces, Marco —dice mi colega tratando de aplacarme—. Espera a la patrulla, llegará en diez minutos como mucho, y yo también estoy al caer.

—¡Diez minutos son demasiado, lo sabes de sobra!

—Marco, si han llegado ya no puedes intervenir solo... ¡Espera a la patrulla, Cristo!

—Te vuelvo a llamar en cuanto llegue, corto.

Imagino a Luca imprecando con los dientes apretados mientras trata de abrirse paso en el tráfico de la hora punta con su coche familiar, un Fiat de color verde metalizado, que se acaba de comprar. Se estará maldiciendo por haberme hecho escuchar la grabación de la llamada telefónica de Tong, nuestro

informador. Es un joven de veintiocho años, que desembarcó en Italia cuando apenas tenía quince. De Shanghái a Nápoles apretujado en la bodega de un barco con un centenar de connacionales. Luego, sin tiempo siquiera para ver de nuevo la luz del sol, lo trasladaron a la provincia de Teramo en el interior de un contenedor. Destino: el sótano de una casa de campo donde, en compañía de veinte desgraciados más, se dedicó a confeccionar bolsos durante más de seis años. El tiempo que le llevó reunir la suma que necesitaba para recuperar el pasaporte y pagar un viaje por Italia, incluido el interés compuesto del treinta por ciento anual que le aplicaron sus verdugos. Cuando, por fin, pudo liberarse, se instaló en Milán, donde encontró trabajo en un restaurante oriental muy frecuentado, sobre todo por la mala vida. Lo enganché hace seis meses y lo convencí de que nos pasara información a cambio de regularizar su permiso de residencia y el de Yee Ling, su novia, que trabaja de pinche en el mismo local. Aceptó, porque gracias a ello pudieron casarse.

Hace unas semanas, empezó a pasarnos información sobre los desplazamientos de una banda de armenios que tiene la intención de sustituir a los albaneses en un asunto de prostitución de menores y tráfico de éxtasis. Hace media hora Luca Betti, mi colega en la Anticrimen, recibió una llamada desde el móvil de Tong. Pero no era su voz, sino la de otro tipo. Alguien con fuerte acento extranjero.

—Hola, madero. Tengo noticias de tu amigo el chino. Quiere despedirse de sus amigos policías antes de marcharse.

—¿Quién coño eres? —contestó Luca—. ¡No hagas gilipolleces o acabarás metido en la mierda hasta el cuello!

—Tu amigo está metido en la mierda. En este momento está atado a un palo. Lo hemos rodeado de mantas viejas y las hemos rociado de gasolina. Ahora se despedirá de ti y luego partirá. Rumbo al infierno...

—Luca... Luca —gritó Tong al teléfono—. Yee Ling y el niño... Yee Ling y el niño, ¡salvadlos!

—¿Dónde estás, Tong? ¡Dime dónde estás, coño!

Pero la única respuesta fue un grito espantoso y prolongado, acompañado del crepitar de las llamas. El grito de terror de un hombre que se está quemando vivo.

La calle Panfilo Castaldi es una especie de zona interracial que une la

avenida Buenos Aires con la plaza de la Repubblica. Restaurantes de todas las etnias posibles, tiendas donde se puede encontrar desde artesanía africana a discos de vinilo, pasando por los cómics raros y por viejos VHS de colección. De día es un sitio divertido, envuelto en aroma a especias. De noche es un campo de batalla, el punto de referencia de, al menos, una decena de bandas criminales de varias nacionalidades, que gestionan sus sucios negocios de seres humanos y sustancias prohibidas en las trastiendas de pequeños bazares o de sórdidas tiendas de comestibles. Ahí viven Tong y Yee Ling con Tony, su hijo de tres meses. En una habitación situada en el altillo de una peluquería perteneciente a una familia de árabes, que administra también un kebab a un par de manzanas de distancia.

Aparco subiendo dos ruedas a la acera, me apeo al vuelo, sin quitar siquiera las llaves y empuñando la Beretta hacia abajo con las dos manos, con la bala en el cañón. Doy una vuelta completa sobre mí mismo buscando un palo, o a alguien esperando en un medio de transporte, listo para escapar. Pero no veo nada.

Me guardo muy mucho de tocar el timbre que hay a un lado de la puerta desquiciada, junto al escaparate de la tienda. En la placa de plástico aparece escrito con rotulador «Familia Leung». Esas dos palabras cuentan el orgullo de Tong, la satisfacción de poder declarar por fin que vive en una casa, que realiza un trabajo honesto, que ha formado una familia. Que existe, en resumen.

Tong era un buen chico. La culpa de que haya acabado sus días de una forma tan espantosa es mía. Yo lo chantajeé deslumbrándolo con los permisos de residencia, como si fueran un espejismo. Pero ahora debo mantener la lucidez, debo concentrarme en mi objetivo, que consiste en salvar la vida de su mujer y su hijo. No debo hundirme, a menos que quiera que mis posibilidades de supervivencia se reduzcan de forma exponencial.

Estoy preparado para forzar la puerta, pero no es necesario: está entreabierta.

La abro del todo con un pie, me hago a un lado y apunto el arma hacia la escalera empinada. No hay nadie. En lo alto de la rampa la puerta está entornada, en la habitación la luz está encendida. Deduzco que algo no va bien. Por unos segundos sopeso la posibilidad de esperar a los refuerzos, pero al final subo como un rayo la escalera, agrediendo los peldaños de dos en dos, con la pistola lista para vomitar los quince proyectiles de calibre nueve. Una descarga de adrenalina me hace creer que estoy preparado para lo que haya detrás de la puerta entreabierta, sea lo que sea. Obviamente, estoy equivocado.

Yee Ling yace en el suelo, desnuda. Tiene el cuerpo cubierto de sangre, lleno de heridas y quemaduras. Las piernas abiertas en una pose obscena. Un objeto dentro de la vagina, a primera vista el mango roto de una escoba.

Alzo la mirada y mis piernas tiemblan. Todo se ofusca, tengo que apoyarme en el fregadero de la cocina para absorber el impacto de algo que ningún ojo debería ver nunca.

Tony, el niño. El pequeño de tres meses, desnudo, sin vida, expuesto como una grotesca mariposa sin alas, con los brazos y las piernas abiertos. Sus ojos también están abiertos, y su cuerpecito tiene huellas de haber sido torturado de una forma terrible.

Esos canallas lo han clavado en la pared.

Primera parte

LA OSCURIDAD

Uno

Vicecomisario Luca Betti. Milán, 23.30 horas. Hoy

La última vez lo vieron aquí, bajo los pórticos de la calle Vittor Pisani, justo delante de la estación central. Según parece, estaba durmiendo en un saco de dormir mugriento, dentro de una caja de cartón. Me lo contó Leonardi, el de la Antivicio, hará unos seis o siete meses. Recuerdo su mirada complacida, quizá pensaba que me gustaría saberlo. Saber que mi ex mejor amigo había acabado en el infierno.

—Adivina a quién pillé anoche durmiendo en la calle como un mendigo. A tu antiguo colega. Lo reconocí por casualidad, había salido a beber algo con dos amigos y volvíamos al coche bromeando en voz alta. De repente, ese *barbùn*^[1] se despertó y nos miró. Nuestros ojos se cruzaron un segundo y lo reconocí enseguida. Azules, inconfundibles y, sin embargo, con la misma expresión de canalla. El resto no tenía nada que ver... Pelo largo y barba, vestido con unos harapos sucios y apestosos. Y pensar que erais la mejor pareja de policías de Milán...

Luego añadió más detalles. Lo escuché en silencio y cuando terminó me impuse, como hago desde hace ya varios años, olvidarlo todo. Ésa ha sido mi estrategia, mi ancla de salvación. La que me ha consentido mantener unidos los pedazos de mi vida. Olvidar. Todo.

Me acerco a los desesperados que yacen en el suelo, rodeados de las bolsas de plástico en las que llevan sus escasos efectos personales, que guardan como si fueran tesoros inestimables. Sacudo a un par con el pie para obligarlos a volverse

hacia mí. Me miran, gruñen, uno lanza una imprecación y me hace un gesto horrible. Pero ninguno de ellos es el hombre que estoy buscando.

Debería haber comprendido que no volvería a frecuentar esta zona después de haber sido reconocido por un viejo colega. «La mejor pareja de policías de Milán...», pero él fue siempre el más despabilado. Yo era su mano derecha, igual que en el caso de Borgonovo y Baggio, o de Robin y Batman.

Tengo que cambiar de táctica, utilizar un método de búsqueda más convencional. Dado que he nacido sin grandes dotes, he de aprovechar lo que tengo. Me pregunto por qué demonios lo estoy haciendo. No le debo nada, no tiene ningún crédito que reclamarme. A lo sumo, es él quien tiene una deuda inextinguible con este servidor. Mañana empezaré a visitar los asilos con su foto, quizá pida a Castaldi, el de la Científica, que la retoque con el ordenador, con ese programa que te pega barba, bigote y, si es necesario, te avejenta incluso diez años. Sí, eso haré. Mañana.

Dos días más tarde sigo buscando. Ayer, en Cáritas de la calle Novara había una joven que servía té caliente y que estaba casi segura de haberlo reconocido en la fotografía retocada. Aseguraba que frecuentaba el dormitorio con cierta regularidad entre enero y febrero: el periodo en que las temperaturas nocturnas alcanzaron los diez grados bajo cero. Según parece, desapareció de improviso, de un día para otro. La chica, que se llama Agnese, me contó que de día trabaja como periodista, que le gustan los gatos y que es originaria de Chieti. Se acordaba de él por los ojos azules y también porque un día la había defendido de un tipo que la estaba molestando. Con el debido respeto por el voluntariado, no soportaría que mi mujer o mi hija frecuentaran un lugar semejante. Preferiría acompañarlas todas las noches, no les permitiría que fueran solas, ¡de ninguna manera! En cualquier caso, Agnese me dijo también que, a duras penas, pudo charlar un poco con él. Según dijo le había contado que, antes de ir al asilo, tenía su base nocturna al aire libre, en el parque Solari, en la zona de los Navigli. Lo buscaré en esa zona. No lo hago por él, me importa un comino que esté en ese estado. Todo lo que hubo entre nosotros, la amistad, el vínculo fraternal, la estima, pertenece ya al pasado. Se ha desvanecido en la nada, está olvidado. Lo hago por Giulia. Y para demostrarme, una vez más, que soy mejor hombre que él.

Esta zona da asco. Hay decenas de personas durmiendo al aire libre, escondidas entre los arbustos, tumbadas en los bancos, cubiertas por montañas de cartones para protegerse del frío. Tengo que moverme de noche, durante el día es poco menos que imposible localizar a esta gente. Se mueven continuamente, se esconden, logran confundirse con la degradación urbana, pasar desapercibidos. De noche, en cambio, resultan más vulnerables, más visibles. Necesitan puntos de referencia y el parque Solari es uno de ellos. Interrogo a siete y les enseño la foto, pero ninguno de ellos me sirve de ayuda. Me adentro en un área no iluminada, atraído por el tenue resplandor de un hornillo de gas. Noto con un segundo de retraso que algo va mal. Alguien se mueve detrás de mí, me vuelvo de golpe y los veo. Son tres y me rodean formando un semicírculo. Sombras sin rostro, oscurecidas por la luz de la farola que hay a varios metros a sus espaldas.

—Suelta la pasta —dice el que está en el centro—, el dinero, capullo, dánoslo todo. Y también el impermeable y el reloj. Y los zapatos.

El tipo alza el brazo, me enseña una botella rota y la agita a la altura de mi cara. Ahora lo veo mejor. Tendrá unos sesenta años, viste una chaqueta mimética roñosa, unos pantalones militares y unas botas de cordones. Tiene la cara llena de manchas oscuras y barba de varios días. Los otros dos se parecen a él, sólo que dan la impresión de ser más jóvenes. Unos cuarenta años, como mucho. Uno empuña una navaja, el otro un bastón.

Me quedo inmóvil, mirándolo, a la vez que, con el rabillo del ojo, no pierdo de vista a los otros dos.

Él da un paso hacia mí, agitando la botella bajo mi nariz. Levanto las manos como si estuviera asustado, aunque lo cierto es que no debo esforzarme mucho para fingir.

—Eh, calma, calma, no quiero problemas... os daré todo lo que queráis. ¿La cartera? Dejadme que la coja, la tengo en el bolsillo... —Pongo la mano derecha a la espalda, y extendiendo la izquierda hacia delante, como si quisiera mantenerlos a distancia. Saco la Beretta y apunto a la cara del dueño de la chaqueta mimética, que parece el jefe. El tipo se queda petrificado y retrocede medio paso vacilante. Desvió la mirada hacia el de la navaja.

—¡Tírala al suelo, enseguida!

Obedece. Cuando me dispongo a hacer lo mismo con su compadre el tipo se me adelanta. Siento un dolor fulminante en la mano, que acaba de recibir un

bastonazo, y la pistola cae al suelo.

Me agacho enseguida para cogerla, pero se abalanzan sobre mí en un santiamén. El viejo apesta como una cabra y sus amigos no se quedan a la zaga. Me acribillan a puñetazos y patadas mientras una mano me registra, buscando la cartera. Paso al contrataque.

Doy un cabezazo a la nariz del viejo, que se tapa la cara con las dos manos y grita como una hiena herida. Doblo la pierna, apunto hacia el esternón del dueño de la navaja y la extiendo con todas mis fuerzas, haciéndolo caer y rodar por el barro un par de metros. Pero el tercer indeseable, para variar, me tira al suelo con todo su peso, al menos un quintal, y me inmoviliza clavándome una rodilla en el pecho. Entretanto, sus dos amigos se recuperan y se abalanzan de nuevo sobre mí. Pero eso no es todo, el viejo empuña también mi pistola y me apunta con ella.

—Ahora te mataremos como a un perro, ¡madero de mierda! Pero antes te haremos el pequeño servicio...

De improviso, la luz de la farola se oscurece a lo lejos.

Una figura enorme se precipita hacia nosotros, una especie de gigante sin rostro. Sólo distingo una maraña de pelo y una barba larga. El hombre coge por los hombros al que me está aplastando el esternón y lo levanta como si fuera una pluma. Luego da una patada en el estómago al otro tipo, que se lleva las manos a la barriga y tira un chorro de vómito que, por suerte, apenas me roza. Ruedo sobre mí mismo y me levanto. Veo que el viejo está apuntando la pistola reglamentaria a la cara del gigante.

—¡Se acabaron las fanfarronadas! —le grita—. ¡Te voy a matar como a un perro! ¿Me entiendes?

Por toda respuesta, el gigante se aproxima a él. El viejo dispara. En vano, porque no la había cargado. Con un ademán rápido, el gigante le arranca la pistola de las manos y luego le da un golpe en la frente con la culata de la Beretta. El viejo se lleva las manos a la cabeza y se desploma, lloriqueando y aovillándose. Sus amigos escapan en direcciones opuestas, señal de que han tenido más que suficiente.

—La pistola —digo, tendiendo la mano a mi salvador—, dame la pistola. Soy policía...

Él se acerca a mí, moviéndose hacia una zona un poco más iluminada. Sólo entonces puedo verle bien la cara. Y reconocer los inconfundibles ojos azules.

—Marco, ¿eres tú?

Me pasa el arma.

La aferro de forma mecánica, sin dejar de escrutarlo.

—Este sitio no es muy recomendable de noche, vete.

—Yo... estoy aquí... Te estaba buscando. Ha sucedido algo. Algo que debes saber.

—No debo saber nada. No me importa nada. Déjame en paz y no vuelvas.

Se da media vuelta y echa a andar dejándome plantado como un idiota, con la pistola en la mano, la ropa desgarrada y sangrando por la nariz.

—¡Giulia! —grito a su espalda—. Se trata de Giulia. Tu hija. Desapareció hace una semana, nadie sabe dónde está.

Se detiene, como petrificado, sin volverse. Permanecemos inmóviles, haciendo caso omiso del viejo de la chaqueta mimética, que se arrastra unos metros, se pone de pie y echa a correr como alma que lleva el diablo. Marco inclina la cabeza. Luego la alza de nuevo.

—Me da igual. Déjame en paz y no vuelvas nunca más.

Se marcha, vuelve a las tinieblas de las que ha emergido para salvarme, una vez más, el pellejo. No sé si lo odio más por esto o por que sea capaz de recibir con indiferencia una noticia como la que le acabo de comunicar. A decir verdad, no sé si lo odio de verdad.

Dos

El vicecomisario Luca Betti se mira al espejo y lo que ve no le gusta nada. Está en el cuarto de baño de su piso, en la calle Pordenone, detrás de la plaza Udine. Lleva unos calzoncillos y una camiseta blanca. Cuando regresó a casa, a las dos y pico, se desnudó por completo y metió la ropa en la lavadora antes de entrar en la ducha, con el objetivo preciso de quitarse de encima el hedor de los tres asaltantes, que seguía atormentándolo. Como siempre, logró hacer todo con sigilo, sin despertar a su mujer ni a Sara, su hija de dieciséis años.

Ahora son las seis y media de la mañana y los ruidos que le llegan ahogados a través de los cristales de las ventanas le dicen que la ciudad hace un buen rato que se puso en marcha. Le gustaría sentirse también así. Despierto y activo. En cambio, de repente se siente aplastado por el peso de sus cuarenta y seis años. Hasta hace poco tiempo la edad no era un problema para él. Todos se asombraban de que en su abundante cabellera castaña no hubiera una sola cana. Estaba acostumbrado a que le echaran diez años menos, al punto de que ya no le halagaba oírlo. Y todo sin haber sido nunca un apasionado de las dietas, de la actividad física, de la vida sana. Un simple don de la naturaleza. Ahora, en cambio, el color «sal y pimienta» empieza a imponerse con arrogancia. A ello se añaden las ojeras causadas por la noche en blanco, además del labio hinchado, la nariz magullada y las costillas doloridas por las patadas que le dieron los tres mendigos en el parque Solari. Por unos segundos consideró la posibilidad de llamar a varios colegas de la Celere, la sección móvil de la Policía estatal, a los más chiflados, y organizar una expedición de castigo contra los tres tipos, hacerles escupir sangre y vengar la afrenta sufrida. Pero luego se lo pensó dos veces y acabó añadiendo el episodio a la larga serie de los que conviene olvidar.

—¿Qué haces ya levantado, Luca? Falta media hora para que suene el despertador... —dice su mujer, Elisa, apoyada en el marco de la puerta del baño. Viste un camisón ligero, de algodón, una especie de camiseta larga que resalta sus formas generosas.

Betti la mira y piensa que la melena larga y rubia le favorece mucho cuando está despeinada como ahora, por la mañana.

La mujer se acerca a él tapándose la boca para ocultar un bostezo, que se le queda parado en la garganta cuando ve el estado en que se encuentra su marido.

—¡Dios mío, Luca! ¿Qué te ha pasado? ¿Qué te han hecho?

El hombre se vuelve y le coge las manos, intentando tranquilizarla. Le irrita el tono de preocupación de su mujer. En cierta medida, rompe la difícil armonía de su relación, en la que Luca se resignó hace tiempo a la idea de que ella nunca lo ha querido de verdad.

—Nada grave, no te preocupes.

Elisa Maran, señora de Betti, observa el rostro de su marido con ojos aterrorizados.

—¿Quién te ha hecho esto? Tenemos que ir a urgencias, tenemos...

—No tenemos que hacer nada —replica él—. Cálmate, sólo son un par de arañazos.

—¡Cómo que un par de arañazos! Ven, ponte aquí.

La mujer arrastra a su marido al taburete de plástico que hay al lado de la bañera y lo obliga a sentarse. A continuación abre el mueblecito de espejo que hay encima del lavabo y saca unos discos de algodón y una botella de agua oxigenada. Resignado a representar esta especie de farsa, Luca Betti se apoya en los azulejos y se somete a los cuidados de su esposa. Hace tiempo que cada gesto de atención, cada muestra de consideración de ella, raros, por lo demás, le parecen forzados. Concesiones esporádicas, imposibles de asimilar a las auténticas demostraciones de afecto.

—¿Quieres decirme qué ha pasado? —pregunta Elisa con insistencia a la vez que tapona, en vano, las heridas que su marido tiene en la cara.

—Unos mendigos me rodearon y zurraron un poco. En el parque Solari. Podía haber sido peor.

—¿En el parque Solari? ¿Se puede saber qué hacías de noche en el parque Solari? Esos asuntos ya no son de tu competencia, ahora estás en la Investigativa, ¿no? Horario diurno, trabajo de responsabilidad, nada de acciones peligrosas... ¿No fue eso lo que me prometiste?

—No estaba de servicio, Elisa. Fui allí para buscar a una persona.

—¿Una persona? ¿Se puede saber a quién dabas caza de noche y en un parque? —La mujer se detiene al pronunciar la última palabra, como sacudida por una repentina iluminación. Mira fijamente a su marido, escudriñándolo—. Luca, te lo ruego, no me digas que... No me digas que lo buscabas a él.

—Elisa, por favor...

—Luca. —La mujer deja en el borde de la bañera los discos y la botella y coge la cara de su marido con las manos, inclinándose lo más posible hacia él—. Luca, no... No debes hacerlo. Ese hombre sólo nos ha traído desgracias. Decidimos, juramos que lo olvidaríamos para siempre...

—Vamos, Elisa, déjalo ya. —Luca Betti aparta con delicadeza las manos de su mujer y se levanta. Sale del baño, en tanto que ella lo sigue con la mirada, atónita. Al cabo de unos segundos se reúne con él en la cocina.

—Explícame por qué, Luca. ¿Qué crees que estás haciendo? ¿Piensas que aún le debes algo, que estás en deuda con él? Después de lo que te hizo, de lo que *nos* hizo...

—¡Elisa, Cristo! —estalla Betti—. Se trata de su hija. Tiene derecho a saber. Hay deberes que quedan por encima de cualquier resentimiento, cosas que hay que hacer y basta.

—¡Si sirviera para algo sí, te daría la razón! —replica la mujer siguiendo a su marido, quien, con gestos lentos, se pone a desenroscar la cafetera en el lavabo de acero—. Pero ¡sabes de sobra que es inútil! En su estado no puede hacer nada por su hija. Nada. Es más, si se lo dices sólo conseguirás que se sienta peor, suponiendo que aún sienta algo de afecto por esa chica... Ah, pero quizá es eso lo que pretendes, ¡quieres vengarte! Hacérsela pagar, informarlo, pese a que sabes que él ya no puede hacer nada.

—¡Basta! —contesta el hombre, alzando la voz—. Sea como sea, ya lo he hecho. Lo encontré y se lo dije. Le dije lo de su hija.

—¡Hablaste con él! Así que fue él el que te agredió...

—¡No digas tonterías! Además, si quieres saberlo, me salvó de esos tres tipos. Si no hubiese llegado a tiempo es muy probable que ahora fueras viuda.

Elisa Maran se tapa la cara con las manos y se deja caer en una silla.

«Las sillas de plexiglás que elegimos juntos en Ikea», piensa su marido mirándola. «Una de las pocas veces que estuvimos de acuerdo en algo».

—Dime que la cosa se acaba aquí, que no volverás a buscarlo. Dímelo, por favor. Necesito que me lo jures ahora, en este momento.

—Escucha, Elisa, soy padre como él. Si me encontrara en su situación me gustaría saberlo. Me gustaría que alguien me informase de una cosa semejante.

—¡No, tú no te pareces en nada a él! Tú eres un buen padre, en cambio él... él no es nada. La verdad es que, pese al daño que te ha hecho, no logras separarte de ese hombre.

—Sabes que he superado la fase de odio, que ahora lo considero un perfecto desconocido. Lo haría por cualquiera. Era justo que lo supiese, que alguien le dijera que su hija ha desaparecido.

—¿Era justo? ¿Y también era justo cuando, en lugar de estar con su familia, sólo pensaba en drogarse y en beber todas las noches? ¿Fue justo que se dejase corromper por esos traficantes, que aceptase los fajos de dinero para pagar la cocaína y las deudas de juego?

—Elisa, por favor...

—¿Fue justo abandonar a su esposa y a su hija, pasar de una puta a otra, como si nada? ¿Y mentir al juez para culparte de todas sus fechorías?

—Había perdido el juicio. La cocaína y el alcohol lo habían cambiado, no razonaba.

—Claro, bonita excusa. Como si alguien lo hubiera obligado a destrozarse así. Tú, entretanto, te salvaste de milagro, sólo porque tus superiores y el fiscal Salvemini te creyeron y retiraron las acusaciones contra ti. De no haber sido por tu querido colega a estas alturas serías comisario desde hace mucho tiempo. Pero, en cambio, no, gracias a tu «hermano», el que nunca tuviste... Gracias a él sigues siendo vicecomisario, pese a todos los casos importantes que has resuelto.

—Los resolví con él. No lo olvides.

La mujer se pone de pie de un salto y dice alzando la voz:

—¡Es increíble! ¡Hablas como si aún lo respetases! ¡Como si sintieras afecto por él!

Luca Betti tira al suelo la cafetera, que se abre esparciendo agua y café molido por todas partes.

—¡Y tú, Cristo, hablas como si fuera yo el que se acostó con él!

Elisa Maran se queda helada, con los ojos clavados en la puerta de la cocina. Luca Betti se vuelve y ve que su hija está observando la escena en silencio.

—Sara... —dice, levantando una mano hacia la joven que, en pijama y zapatillas, lo observa con expresión sombría—. Cariño, yo... mamá y yo sólo estamos discutiendo sobre cosas que...

Sara se vuelve y, lentamente, se encamina de nuevo hacia a su habitación.

Elisa se tapa la boca con una mano y reprime un gemido. Acto seguido sale en pos de su hija, dejando solo a su marido, que maldice ya el que, según parece, va a ser uno de los días más difíciles de su vida.

Tres

La oficina de personas desaparecidas de la jefatura central está dirigida por el subjefe de policía, Andrea Gherardi. Hasta hace unos años, cuando aún era comisario, en el ambiente de la policía milanesa se le consideraba una leyenda viva. Un tipo esquivo, decidido, al mando de una brigada especial que quedó grabada en el corazón de muchos colegas. Eran los mejores elementos del Anticrimen, los que habían efectuado el mayor número de arrestos y los que tenían el récord absoluto de secuestros en la lucha contra el tráfico de droga. Pero luego un destino adverso pareció abatirse sobre ellos de repente. Todo ocurrió en unos cuantos días. Uno fue hallado muerto en su apartamento, otro pidió la jubilación anticipada, y Gherardi resultó herido en un tiroteo. Una bala en la rodilla lo dejó cojo para el resto de su vida. La cuarta, una mujer, pasó a la Antidroga, pero no es un secreto para nadie que se ha convertido en esclava del mismo veneno que debería sacar de la circulación.

Hace un año que Luca Betti no ve a su colega y su primera impresión es que, respecto a la última vez que estuvieron juntos, parece aún más desaliñado. Ha engordado unos cuantos kilos, no se cuida la barba y está perdiendo pelo.

—Luca. Imaginé que vendrías —lo saluda Gherardi tendiéndole la mano.

—Hola, Andrea —responde Betti estrechándosela.

Gherardi está de pie, al lado de una cajonera metálica. Su oficina es pequeña y está amueblada de forma esencial, fría. Betti tiene la impresión de que la depresión que sufre su colega impregna los muros, contagia la atmósfera y envenena incluso el aire que los rodea.

—Siéntate —dice Gherardi señalando a Betti el silloncito que hay delante del escritorio y tomando asiento a su vez—. Supongo que el motivo de esta

visita es Giulia Tanzi. La hija de tu exsocio.

—Sí, así es. Sé que el asunto es competencia de la jefatura de Roma, pero me gustaría poder contarle algo más a su madre... En estos casos el protocolo nos obliga a guardar silencio, pero ¿podrías decirme algo más sobre la investigación?

—Por desgracia, poco o nada. La chica estudia en Roma, primer año de Economía en la Luiss, pero eso ya lo sabes. Vive en un piso con otras dos estudiantes, en la zona Tiburtina. Una noche, hace ocho días, salió para reunirse con unos amigos en un *pub*. Desde entonces no se sabe nada de ella. Nunca llegó al local, sus amigos han sido interrogados en varias ocasiones y sus declaraciones encajan. Todos afirman que esa noche Giulia Tanzi no dio señales de vida.

—¿Los registros telefónicos?

—Nada, ninguna anomalía. No obstante, su móvil está apagado desde esa noche. Los colegas de Roma están investigando el asunto, estamos en contacto con ellos para poder tener al tanto a la familia. Eso es todo, supongo que no te he dicho nada nuevo. Has hablado con la madre, ¿verdad?

—Sí, por teléfono, me llamó hace tres días. Hacía una vida que no hablábamos... Desde el proceso.

—Sé que Marco Tanzi salió de la cárcel hace un par de años. ¿Seguís en contacto?

—Hasta anoche no. Fui a buscarlo, ahora vive en la calle, no tiene residencia fija. Lo encontré y le dije lo de su hija, pero la noticia lo dejó indiferente, al menos en apariencia.

Andrea Gherardi reflexiona sobre las últimas palabras de Betti.

—En cualquier caso, hiciste bien en decírselo, había que hacerlo. ¿Y ahora qué? ¿Piensas investigar por tu cuenta?

—No lo sé. Con todo, quiero hacer al menos una escapada a Roma. Conozco a Giulia, pese a que no la he visto hace diez años. Cuando era niña jugaba con mi hija... Ahora es mayor de edad, ni siquiera sé qué cara tiene.

Los dos policías callan unos segundos, ensimismados. Luego Gherardi abre un cajón metálico que hay bajo la tabla del escritorio y saca una carpeta celeste con un expediente.

—Como te he dicho, suponía que vendrías. Te he preparado una copia de todo lo que tengo, pero no esperes demasiado.

Betti coge la carpeta y la abre. En el interior, sujeta con una grapa metálica, hay una fotografía en la que aparece Giulia en primer plano. El óvalo de la cara

está iluminado por dos estupendos ojos verdes y por una sonrisa radiante, coronada por una naricita perfecta. El pelo castaño, largo, con un flequillo corto que le cubre parte de la frente. Giulia Tanzi, la hija de su mejor amigo, es guapísima. Luca Betti se siente cautivado por esa perfección y busca en las facciones de la joven la imagen de la niña de ocho años que, hace mucho tiempo, frecuentaba su casa.

—Gracias, Andrea. Te lo agradezco mucho.

Gherardi asiente con la cabeza. Entre los dos policías se crea una atmósfera extraña, casi embarazosa. Es como si los dos estuvieran sopesando si les conviene seguir hablando, afrontar unos temas que resultan demasiado dolorosos. Betti es el primero que se decide a hacerlo:

—¿Y tú, en cambio, cómo estás? Quiero decir... ¿cómo va el nuevo trabajo?
Andrea Gherardi tuerce la boca en una especie de sonrisa amarga.

—Ya me ves. En este tugurio con vistas al patio de la jefatura de policía. Clasifico los papeles que me pasa la brigada Investigativa, actualizo las estadísticas, mantengo los contactos con las familias destrozadas por el dolor. El lugar ideal para un tullido. Eso es todo.

—Sí, pero ¿tu vida? Quiero decir... ¿Hay alguien? ¿Sigues viendo a los viejos amigos?

—¿Mi vida? —pregunta Gherardi—. Se reduce a esto —dice de nuevo trazando un círculo con una mano para señalar la habitación—, nada más.

—Hace tiempo que no nos veíamos. Lo que os sucedió, me refiero a ti y a tu grupo, impresionó a más de uno, a mí, sin ir más lejos... He pensado en llamarte muchas veces, hablar contigo, pero he sido un canalla, no me sentía con fuerzas y...

—Luca —lo interrumpe Gherardi levantando una mano—, no es necesario que te justifiques. Mejor escíbeme la dirección de tu *mail* privado —dice acercándole un cuaderno de notas y un bolígrafo por encima de la mesa—. Si hay alguna novedad importante te avisaré. Y si descubres algo en Roma infórmame también.

—De acuerdo —contesta Betti. Pese a que la interrupción de Gherardi ha sido un alivio, no puede por menos que sentirse también irritado.

Se despiden con un rápido apretón de manos. Mientras camina deprisa por el gran pasillo de la calle Fatebenefratelli, Betti tiene la impresión de haber recuperado la respiración después de una larga apnea.

Cuatro

El instituto clásico Cesare Beccaria es el más antiguo de Milán, además de una de las escuelas más exclusivas de la ciudad. Está en la zona de la FERIA, a ocho kilómetros de distancia de la casa de Luca Betti. Elisa, su mujer, se emperró en que su hija debía frecuentarlo. «¡La clase dirigente de esta ciudad se forma allí! Todos los que cuentan algo van a ese instituto». Repitió esta letanía durante meses hasta que su marido tuvo que ceder. Para poder matricular a la joven en el grupo experimental de Historia del Arte, una sección con *numerus clausus*, se vio obligado a pedir la recomendación de un pariente lejano que trabaja en la Oficina Escolástica Provincial. Pese a todo, el policía sigue dudando de que la actual clase dirigente del país sea experta en historia del arte.

Sara Betti efectúa a diario el trayecto casa-escuela con los medios públicos de transporte. La línea verde del metro desde Udine a la estación Garibaldi, luego el autobús 37, siete paradas. No obstante, hoy su padre ha decidido darle una sorpresa. El vicecomisario espera a que acaben las lecciones apoyado en el capó de su coche, con los brazos cruzados. Mirando alrededor, entre los Porsches Cayenne, los Volkswagen Touareg y los Audis A7, se da cuenta de que a su Qashqai gris le corresponde el papel de Cenicienta. Y pensar que tardó dos meses en decidirse a comprarlo. A plazos, claro está. Es el coche más grande y con más accesorios que ha poseído en su vida. Tracción integral, interior de piel y navegador incorporado. Por un instante, se siente culpable por hacer subir a su hija a ese coche, obligándola a revelar a todos su extracción social. Pero luego se arrepiente de haber pensado algo tan estúpido, casi se avergüenza. «El amor por los hijos es capaz de obligarnos a hacer las cosas más increíbles, para bien y para mal».

Al cabo de unos minutos un auténtico río de jóvenes sale por la puerta grande y se desperdiga en todas direcciones. Luca Betti bracea para que lo vea su hija, que, con los libros pegados al pecho, está charlando alegremente con dos compañeras. Cuando divisa a su padre se detiene sorprendida. Luego sonrío «Gracias a Dios», piensa Betti, y se despide de sus dos amigas a la vez que se encamina hacia el Qashqai.

—¿Qué haces aquí? —pregunta la joven—. ¿Ha ocurrido algo?

—¿Por qué? —dice el hombre, después de acariciarle las mejillas con un beso—. ¿No puedo dar una sorpresa a mi niña? Además, quiero hablar contigo cinco minutos...

El tráfico de la hora punta siempre es mortal.

—¿Has avisado a mamá? Tardaremos el doble de tiempo que con el metro.

—No te preocupes por ella, le dije que pasaría a recogerme —miente Betti—. Mejor cuéntame, ¿cómo ha ido hoy en el instituto?

—Vamos, papá, no has venido para hablar de eso... además, ya sabes que voy bien. Te escucho, suéltalo.

«Es una palabra», piensa el hombre, ingeniándose las para adelantar a un Cinquecento descaradamente abandonado en doble fila, a la vez que detrás de ellos alguien protesta tocando el claxon.

—Quería hablarte de esta mañana —dice el policía sin dejar de mirar la fila de coches que tienen delante—. No sé muy bien qué oíste, pero quizá sea mejor que lo aclaremos antes de que te hagas una idea equivocada de lo que sucedió.

—No puedo hacerme ninguna idea equivocada. Hace mucho tiempo que sé que mamá te engañó con tu mejor amigo hace unos años. El que estuvo en la cárcel porque era un corrupto y luego intentó echarle la culpa de todo para no cumplir la pena.

Betti se ha quedado sin palabras, no se imaginaba que su hija lo supiese. Por aquel entonces era una niña, no podía comprender lo que estaba ocurriendo alrededor de ella. Su mujer y él hicieron todo lo posible para protegerla, para que no se enterara.

—¿Cómo es que sabes tantas cosas? ¿Quién te las dijo?

—Giulia. Hace tiempo nos encontramos en Facebook y retomamos el contacto. Sabía todo, su madre se lo había contado. Y ella hizo lo mismo conmigo.

—Facebook. Cristo, lo que faltaba.

—Vamos, papá, no seas antiguo. Sé que tú también tienes un perfil.

—Sí, sólo que yo tengo veintisiete amigos, excompañeros del colegio y de curso. En cambio, tú tienes casi mil doscientos, si no me equivoco...

—¿Qué haces, me espías? ¡Mira que te denuncio a la policía! —bromea la chica.

—¿Por qué? El perfil es público, ¿no? Sólo he echado un vistazo. Me fío de ti, no tengo ningún motivo para espiarte.

—Sí, claro...

—Sara, ¿cuándo fue la última vez que hablaste con Giulia? Podría ser importante.

—Creo que en septiembre del año pasado, chateamos una temporada y me contó algunas cosas. Quizá después se haya arrepentido, se haya sentido avergonzada... porque, de repente, dejó de escribirme, y yo preferí dejarla en paz para no ser indiscreta. Aún sigue en mi lista de amigos.

Luca Betti anota mentalmente la información, pese a que está convencido de que la policía debe estar investigando ya en las redes sociales. Desde que el Ministerio del Interior acordó con Facebook la posibilidad de ver los perfiles con fines investigativos, la red se ha convertido en la pista más seguida en los casos de desapariciones u homicidios junto con la lectura de los registros telefónicos.

—Oye... ¿qué te contó en concreto Giulia?

—Me dijo que su padre es todo un canalla. Que bebía y se drogaba, que las abandonó a su madre y a ella, y que tú fuiste el único que permaneció a su lado hasta el final, incluso cuando lo expulsaron de la policía.

—Éramos muy amigos. Trabajamos juntos muchos años y él me sacó de apuros más de una vez.

—Me contó que tú lo acogiste cuando no tenía ningún sitio adonde ir, que él, para agradecértelo, sedujo a mamá, y que luego los dos estuvieron juntos un tiempo. Hasta que lo metieron en la cárcel, donde pasó siete años antes de salir y desaparecer por completo.

—Bueno, a decir verdad, las cosas no sucedieron del todo así. Debes comprender que mamá estaba pasando una mala racha, estaba deprimida. En parte por los problemas que yo tenía en el trabajo...

—Sí, claro, tenías problemas porque tu *querido amigo* te había involucrado. Tú no tenías nada que ver, pero aun así trató de echarte la culpa para que no le dieran por culo.

—Obscenidades aparte, estás hablando de cosas que no sabes o, al menos, no del todo. La realidad era que se había creado una situación...

—Vamos, papá —lo interrumpe la joven—, te advierto que Giulia fue muy explícita, me lo contó con pelos y señales. Me dijo que odia a su padre y que no quiere volver a verlo en su vida. Lo odia por el daño que les ha hecho. Por suerte su madre se volvió a casar con ese profesor universitario. Giulia lo considera su verdadero padre.

Luca Betti sigue conduciendo en el tráfico milanés sin decir palabra. Piensa por un instante en preguntar a su hija si cree que un día ella también podría considerar a otro hombre su verdadero padre. Pero en el fondo sabe que ese estúpido afán de certeza es sólo uno de los numerosos efectos colaterales del desmesurado amor que siente por ella.

—En cualquier caso —prosigue Sara—, debes saber una cosa sobre Giulia.

—Te escucho.

—Sufre un montón. Hace todo lo posible para fingir que su padre le importa un comino, pero no es así, le angustia mucho no saber nada de él. Cómo ha podido, en todos estos años, no buscarla nunca, no tener ganas de verla, ni siquiera de llamarla por teléfono.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le pregunta su padre volviéndose para mirarla.

—Lo comprendí por la maldad con la que hablaba de él cuando me contó esas cosas. Si una persona no te interesa no te metes tanto con ella. Así pues, estás avisado, si alguna vez me ensaño contigo o con mamá será porque os quiero mucho.

Luca Betti se vuelve de nuevo hacia su hija, que le sonríe. En ese momento se siente el hombre más afortunado e invencible del mundo.

Cinco

Luca Betti. Milán, 21.00 horas. Hoy

—La cena se enfría —me dice Elisa.

Está parada en la puerta de la habitación, me observa mientras meto mis cosas en la maleta verde, que está abierta sobre la cama matrimonial. Fue ella la que me la regaló cuando cumplí cuarenta años. Sabe de sobra que odio el verde, pero aun así eligió ese color. Un regalo banal para una ocasión tan importante, al que se añade el detalle del color inapropiado, como si hubiera querido que me gustase aún menos. Como si hubiera querido subrayar que el suyo era un gesto circunstancial, sin asomo de amor.

—Gracias, no tardo nada. No tengo mucha hambre, pero empieza si quieres.

No contesta. Con el rabillo del ojo veo que me está escrutando con los brazos cruzados, parada en la puerta, sin decidirse a entrar en la habitación. Como si ésta fuese un territorio sagrado e inviolable que no puede profanar. Es su táctica, finge que acata mis deseos para que yo me sienta culpable. A estas alturas, los mecanismos de nuestra relación están tan probados que ya no queda espacio para posibles interpretaciones. A veces pienso que es como si ya hubiera sucedido todo, tengo la impresión de conocer al dedillo incluso el futuro que me espera. Ante estas sensaciones muchos se sienten extraviados, insatisfechos. Sueñan con una fuga regeneradora, buscan refugio en otros abrazos y en el encuentro con otras vidas. Yo no. Yo me siento seguro y reconfortado en la rutina de nuestros sentimientos erróneos.

—Sara se ha quedado a dormir en casa de Carolina. Están preparando un

trabajo de Química.

—Sí, lo sé, me lo dijo esta mañana cuando fui a recogerla al instituto.

—¿Hablasteis? Quiero decir... ¿hablasteis de...?

—Ya sabía todo —le contesto sin dejar de doblar, impertérrito, mi estúpida ropa interior—. Habló con Giulia hace tiempo, en Facebook. Ella le contó lo que pasó entre su padre y tú. —Me vuelvo y la miro. Se tapa la boca con las manos y cierra los ojos.

—No te preocupes —añado, arrepentido ya de haberla turbado—, no está enfadada contigo, ha comprendido. Ella también lo considera agua pasada.

Permanecemos un rato así, en silencio, mientras yo repaso el contenido de la maleta y ella reflexiona, mirando al suelo y masajeándose la cara. Su actitud sólo es en parte sincera, está preocupada, sí, pero también está fingiendo.

—¿Vas a Roma? —me pregunta.

—Sí.

—¿Te sientes obligado a intervenir en la investigación? ¿Qué sentido tiene entremeterse en algo a lo que otros dedican ya todo su tiempo?

—Tiene sentido, Elisa. Porque nosotros conocemos a esa chica. Cuando era niña venía a nuestra casa, durante muchos años. Al menos, quiero saber cómo es la situación, hablar con mis colegas, dar alguna respuesta a su madre.

—¿Has hablado con Flavia?

—Sí, me llamó por teléfono hace unos días. Como puedes imaginar, está desesperada, y yo no tuve fuerzas para echarme atrás. Le dije que me interesaría por el asunto, que intentaría averiguar algo más de lo que le dicen de forma oficial.

—¿Te pidió que buscaras a Marco?

—No, fue idea mía y no pienso contárselo, ya no están casados. Además, no hablamos de él. Ya sabes lo que piensa, lo ha borrado por completo de su existencia.

—Ya. Igual que habíamos hecho nosotros. Hasta anoche.

—Oye, Elisa... —El timbre de la puerta interrumpe de forma providencial mi respuesta que, quizá, habría desencadenado una discusión sin salida.

Nos miramos perplejos, no estamos acostumbrados a recibir visitas a esta hora. A lo mejor Sara se ha olvidado de algún libro o de los apuntes de Química.

—Voy yo —digo a mi esposa, que aprieta los brazos como si una corriente de aire frío la hubiera azotado de improviso.

Abro la puerta y la sorpresa me produce el mismo efecto que una descarga

eléctrica. Es Marco Tanzi. Mi exsocio, ex mejor amigo, expolicía. Ex varias cosas.

Pelo y barba larguísimos, ropa sucia, zapatos manchados de barro. Un atisbo del hombre que era hace tiempo subsiste, en el azul glacial de sus ojos, que me miran desesperados.

—Ayúdame —me dice.

—¿Qué? ¿Qué dices?

—Luca, ayúdame. Ayúdame a encontrar a mi hija.

Al cabo de hora y media estamos sentados en la cocina. Se ha duchado y se ha puesto ropa limpia. La única prenda mía que le quedaba casi bien es un chándal gris de felpa que yo usaba hace unos años, antes de adelgazar. Por suerte no lo tiré. Calzamos el mismo número, de forma que le he dado un par de zapatillas deportivas de Prada un poco gastadas que uso cuando vamos al lago, a casa de los padres de Elisa. El pelo largo, que ahora está mojado y peinado hacia atrás, y la barba lo hacen parecer aún más gordo, con su metro noventa y ocho de músculos.

Elisa le pone delante un plato de arroz con *curry* que ha preparado para cenar.

—Supongo que querréis hablar —dice en tono gélido dirigiéndose a mí—, voy a meter la ropa sucia en la lavadora.

Asiento con la cabeza distraído. Marco permanece inmóvil, con las manos abandonadas a lo largo del cuerpo, mirando al vacío.

—Vamos, comamos algo —le digo, cogiendo el tenedor—, luego hay pollo, si te apetece.

Coge su cubierto y se lleva un poco de comida a la boca. Lo hace despacio, como si se tratase de un gesto olvidado, algo que ya no forma parte de sus costumbres.

Pienso que debo tomar las riendas de la situación, no creo que esté en condiciones de mantener una gran conversación.

Le resumo la información que me ha dado Gherardi, mientras él, como si estuviera en trance, sigue comiendo lentamente, sin mirarme. Me pregunto si me estará escuchando, pero eso no me detiene y prosigo:

—Me voy mañana a Roma. Quiero hablar con los colegas, saber si hay novedades.

—Deja que te acompañe —me dice—. Por favor.

—Marco... no sé si es una buena idea. Quizá sea mejor que antes te repongas un poco. Además, ya sabes que cuando metes la nariz en la investigación de otros puedes herir susceptibilidades. Por no hablar del problema de Flavia... Tiene la custodia de la chica y quizá no quiera que intervengas.

Ha dejado de comer. Ha apoyado el tenedor en la mesa con la mirada aún perdida en el vacío.

—Por favor...

Reflexiono un instante. Sé que poco importa lo que le conteste, en cualquier caso acabaré metiéndome en una situación de mierda. Es la historia de mi vida.

—Hagamos una cosa... Deja que vaya un par de días solo. Deja que compruebe si hay alguna pista que valga la pena seguir, luego vuelvo a Milán, hablamos y, si quieres, intentamos trabajar juntos. ¿Qué te parece?

Se queda inmóvil durante un tiempo que me parece eterno, luego asiente con la cabeza, lentamente. Vuelve a coger el tenedor y se pone de nuevo a comer.

Lo interpreto como una señal positiva.

Seis

Luca Betti. Milán, 23.30 horas. Hoy

Contra toda previsión, me duermo como un tronco un cuarto de hora después de haberme tumbado en la cama. Con Elisa he intercambiado unas cuantas palabras. Le he dicho que Marco iba a dormir en casa, en el sofá y que mañana, antes de partir para Roma, lo acompañaré a un hotel barato, cuyo propietario conozco. No le he hablado de nuestros acuerdos, de que él me ha prometido, de forma implícita, que se recuperará. La costumbre me enseña que es mejor no hacer declaraciones apresuradas que luego se puedan volver en mi contra. En una especie de *flashforward* he visto a mi mujer reprochándome la enésima promesa incumplida por mi colega y atribuyéndome toda la responsabilidad. «Dijiste que se repondría y, en cambio... ¡mira la que ha organizado! ¿Ves como tenía razón? ¿Ves que todo es inútil? ¡Eres el único que sigue creyendo en él, pese a todo el daño que te ha hecho!».

A las dos de la madrugada me despierto sobresaltado al oír un estruendo procedente de la sala. También Elisa abre los ojos y enciende la luz de la mesilla. Se incorpora estrechando la sábana contra su cuerpo y me mira aterrorizada. Me levanto de golpe, dirigiéndole un vago gesto reconfortante y, vestido con los pantalones del pijama y una camiseta, corro hacia la fuente del ruido.

Enciendo la luz y veo a Marco en el suelo. Se mueve a duras penas entre los trozos de nuestra mesita de cristal, hiriéndose el cuerpo, que ya sangra en varios

puntos.

—¡Cristo, Marco!

Me acerco a él, le agarro un brazo y trato de levantarlo. Tiene la mirada perdida y en la mano una botella de vodka, vacía. Creo recordar que estaba casi llena y que estaba guardada bajo llave en el mueble bar. Según parece, lo ha forzado sin ninguna dificultad. Tiene el pecho desnudo y está descalzo, sólo lleva puestos los pantalones del chándal y pronuncia frases sin sentido, presa de un evidente delirio alcohólico. Mira alrededor con ojos vidriosos, incapaz de ver nada. Haciendo un gran esfuerzo, logro tumbarlo en el sofá, confiando en que no me vomite encima. Elisa nos mira asustada desde el pasillo. Se ha puesto la bata rosa de forro polar, la de los dibujos de Tom y Jerry que Sara le regaló por su cumpleaños. Se arrebuja en ella con las dos manos como si pretendiera protegerse de algo.

—¡Llama al 118! —le grito, a la vez que voy sacando trozos de cristal del pecho de Marco y trato de taponarle las heridas con el forro polar de color gris.

A las cuatro y media de la madrugada estoy en una especie de estado catatónico, sentado en un miserable banco de plástico de urgencias. Marco se ha hecho varias heridas graves en los brazos y en el tórax, los médicos han tenido que darle varios puntos de sutura. Cuando empezaron a sacarle los pedazos de cristal con unas pinzas quirúrgicas y a desinfectarlo, se puso como una furia. Fue necesario inmovilizarlo y uno de los enfermeros estuvo a punto de perder un ojo. Marco cogió un par de tijeras del carrito y trató de herirlo. Por suerte el tipo lo esquivó a tiempo y sólo tiene un arañazo en un pómulo. Tuve que ayudar a los paramédicos, pero me costó mucho sujetarle los brazos. Lo ataron con unas correas y lo sedaron, luego el médico de urgencias hizo llamar al neuropsiquiatra de turno, que entró en la habitación un cuarto de hora más tarde, después de una espera que me pareció interminable.

Es un tipo alto, enjuto, de unos cincuenta años. Tiene el cráneo afeitado y lleva unas gafas de montura gruesa. Al salir al pasillo mira alrededor y, a continuación, se aproxima a mí a paso apresurado.

—¿Es usted pariente? —me pregunta cuando aún se encuentra a unos cuantos metros.

—Ah, no... sólo soy un amigo. Soy oficial de policía —le digo, poniéndome de pie y enseñándole el distintivo. Por suerte me acordé de cogerlo cuando me

puse a toda prisa un par de vaqueros y un suéter, después de que hubieran subido a Marco a la ambulancia. El estruendo fue tal que todo el edificio salió a la escalera a curiosear y a protestar. Elena nunca me lo perdonará.

—¿Puede decirme cómo está?

—Su amigo ha estado a punto de caer en coma etílico. Creo que, pese a lo robusto que es, está muy debilitado físicamente. Es evidente que se trata de etilismo crónico, en una fase, diría, preocupante. Desde el punto de vista psiquiátrico es difícil dar una opinión a primera vista. En este momento sufre delirio alcohólico, cuando se recupere sopesaremos si conviene someterlo a unas pruebas específicas para poder trazar un perfil más exacto de sus condiciones mentales. Mañana lo trasladaremos al San Raffaele Turro.

—En pocas palabras, para saber si su cerebro ha sufrido daños es necesario que se le pase la cogorza...

—Diría que ha resumido de forma eficaz la situación. Bueno, si no le importa me gustaría volver a la cama. Adiós. —El doctor me tiende la mano y yo se la estrecho a la vez que le doy las gracias. Avanza unos pasos, luego se detiene y se vuelve de nuevo hacia mí—. Ah, escuche, señor...

—Betti. Luca Betti.

—No se haga demasiadas ilusiones. Dudo que su amigo logre superar su dependencia y vuelva a ser el hombre de antes. Estadísticamente es, como mínimo, improbable. —Dicho esto se encamina hacia los ascensores.

Reflexiono unos segundos sobre sus palabras. Pero ¿qué me pasó anoche? ¿De verdad pensaba que bastaría una ducha y un poco de comida para que Marco volviera a ser el de antes? Uno que jamás ha podido refrenar sus apetitos y dependencias. Siempre fue el que más bebía de todos, el que más comía, el que más follaba. Y además era la estrella indiscutible de la jefatura, el mejor policía de Milán. Imagínate si ahora que es la sombra de lo que era podrá resistir la tentación de la botella. He sido un idiota, como siempre.

Antes de marcharme decido entrar en su habitación para ver cómo está. Tiene los ojos cerrados, supongo que estará durmiendo debido a los sedantes. Tiene el tórax desnudo, cubierto de tiritas y de manchas de tinte de yodo. No me gusta verlo atado a la camilla con esas tiras de cuero. Me acerco a él y le acaricio una mano. Con un ademán tan rápido que me deja aterrorizado, me la coge, abre los ojos y se vuelve hacia mí.

—¡Cristo! —exclamo, zafándome de él y dando un paso hacia detrás.

—¡Luca! El viejo... debes llevarme a casa del viejo. Es mi última esperanza... Debes llevarme con él. ¡Tengo que ir allí por Giulia!

—¿Qué? ¿De qué viejo hablas?

—El viejo... Sólo él puede ayudarme. No sé dónde está, pregunta en jefatura... El caso Baraldi... pregunta por el caso Baraldi, encuentra al viejo... Te lo ruego, es la única esperanza que me queda.

—Debes descansar, Marco. Trata de estar tranquilo, mañana por la mañana iré a Roma y cuando vuelva te contaré cómo van las investigaciones. Pero hasta entonces debes quedarte aquí y estar tranquilo. Tienes que recuperar las fuerzas y curarte.

—¡No! —grita, agitándose y tratando de liberarse—. ¡El viejo! ¡Debes encontrarlo! Te lo ruego, ayúdame... sólo tú... sólo tú puedes ayudarme. ¡Tienes que llevarme a ver al viejo!

Dos enfermeros entran en la habitación, alertados por los gritos.

—¡Coño, con la dosis que le hemos metido aún le quedan fuerzas para revolverse!

—Será mejor que le demos diez miligramos más —replica el otro—, si no este desgraciado nos tendrá despiertos toda la noche.

—Yo le daría un cachiporrazo en la cabeza, a ver si se calma de una vez por todas...

—¡Eh! —le digo apuntándole un dedo a la cara—, tú no le darás nada sin una receta del médico, ¿me has entendido? Si le ocurre algo malo a este hombre los próximos en ingresar en el hospital seréis vosotros, ¿me habéis entendido, capullos?

Me miran y se callan en el acto. Mi expresión debe de ser, cuando menos, hostil. Será porque en los últimos dos días he dormido, como mucho, tres o cuatro horas.

—Sólo estábamos bromeando, señor...

—Voy a llamar al médico de guardia —dice su compañero.

—Eso es, muy bien. ¡Mueve el culo!

Los dos enfermeros salen de la habitación, mientras yo cojo una silla y la arrastro hasta la cama. Me siento y vuelvo a apoyar una mano en la de Marco.

—Tranquilo, me quedaré contigo —le digo. Me mira, y tengo la impresión de que sus ojos se empañan.

—Luca, el caso Baraldi... recuerda el caso Baraldi... —Mi excolega habla

con fatiga, estrechándome con fuerza la mano, a tal punto que temo que me la triture—. El viejo. Tengo que ir a verlo. Es mi última esperanza. —Luego suelta mi mano y pierde el conocimiento.

Siete

Marco Tanzi. Milán, hace diez años

El móvil sigue sonando, en la pantalla parpadea el nombre de mi colega. Luca estará exasperado, porque no respondo a sus llamadas en la radio portátil. A esta hora debe de haber llegado ya al lugar con los coches patrulla, las ambulancias y la unidad móvil de la Científica. Imagino el estupor que habrá sentido al no verme allí. Lo siento, socio, no he podido quedarme. Tengo otras cosas que hacer.

Recibo también una llamada de Flavia, seguida de una serie de mensajes que no me molesto en leer. Supongo que él le ha dicho que me llame, con la esperanza de que a ella sí le conteste. La jugada de mi amigo me cabrea, pese a que comprendo que lo ha hecho con buena intención. No hay que meter nunca de por medio a las mujeres en los asuntos de trabajo. Apago el móvil y la radio. Ahora necesito concentrarme.

Entrego la pistola y el distintivo al guardia de la armería central de la jefatura.

—Buenas tardes, inspector Tanzi. ¿Qué viento lo trae por aquí?

—Hola, Giusti, necesito algo pesado para una irrupción programada para esta noche.

—Pero ¿ha traído la autorización del jefe?

—No hay tiempo, asumo la responsabilidad, mañana regularizaremos todo.

—Ah... —me responde el colega, un tanto perplejo—. De acuerdo, lo

importante es que me firme el registro de salida.

—Claro, como siempre, no te preocupes.

Me pasa las llaves de la puerta blindada, la cojo tratando de que las prisas no me traicionen y encuentro incluso fuerzas para dirigirle una sonrisa a medias y guiñarle un ojo. Giusti forma parte de la categoría que en nuestro ambiente se denomina no-policías. Colegas que jamás han hecho un arresto ni han participado en un tiroteo o en una acción peligrosa. Estos desgraciados calientasillas a los del Anticrimen nos consideran unas divinidades paganas. Y nosotros les seguimos el juego, nos aprovechamos de su veneración sin humillarlos con burlas o alusiones a su papel no operativo, pese a que somos conscientes de que, con frecuencia, su admiración enmascara una maléfica envidia. También ellos saben que nuestra cordialidad cela un sustancial desprecio. No obstante, lo importante es que manteniendo buenas relaciones con los no-policías podemos obtener pequeños privilegios en el trabajo. Entrar en la armería y llevarnos lo que nos parece es uno de ellos.

Cojo un Benelli M3TC calibre 12 de bomba con dos cajas de cartuchos. Estos fusiles fueron comprados en el año 2000 para las operaciones especiales, y el Estado pagó por ellos casi ocho mil millones de liras. Es extraño que nadie haya caído en la cuenta de que una ley de 1991 prohíbe que las fuerzas del orden usen estas armas. Seguro que tarde o temprano sale a la luz la cuestión, entonces los retirarán de la circulación y los dejarán pudriéndose en algún almacén ministerial con el visto bueno de la mayoría de los contribuyentes.

Cojo también cuatro cargadores para mi Beretta 92 FS reglamentaria.

Sí, creo que bastará. Que empiece la fiesta.

Ocho

Luca Betti viaja por la A1 al volante de su utilitario gris, rumbo a Roma. El cansancio que siente es tal que supera incluso el umbral del sueño. Salió del hospital San Raffaele al amanecer, después de que el responsable del turno de día de urgencias le asegurase que Marco Tanzi recibirá todos los cuidados y asistencia necesarios.

Se lo pidió de forma explícita, con el tono amenazador del que puede vengarse gracias a la autoridad que le confiere el distintivo. Una especie de abuso de poder que nunca ha formado parte de su conducta habitual, pero que, en su opinión, surtió el efecto deseado.

Sólo volvió a casa para darse una ducha rápida, cambiarse de traje y coger la maleta. Se bebió la cafetera de cuatro tazas que le había preparado Elisa, quien evitó preguntarle cómo se encontraba su excolega. También ella había pasado la noche en blanco, recogiendo esquirlas de cristal y lavando la sangre del parqué.

—¿Cuándo piensas volver? —le preguntó su mujer antes de que se despidiese de ella.

—Pronto. Estaré fuera dos o tres días como mucho —respondió—. Dale un beso a Sara de mi parte.

Luca Betti intenta reflexionar, pero en su mente sigue escuchando unas frases que le impiden concentrarse. Sabe que las cosas no dichas, los estados de ánimo no declarados, las emociones reprimidas, son el auténtico cáncer de las relaciones amorosas. Se depositan en el fondo del alma, se sedimentan de forma aparentemente inocua. Después, con el paso del tiempo, empiezan a fermentar, a corromper, a infectar todos los aspectos positivos de una relación de pareja. Y, de improviso, resurgen y estallan. Se manifiestan como la gangrena en un bubón

infectado, agrediendo con violencia la aparente serenidad de la pareja y dañándola en la mayoría de los casos de manera irremediable. Lo sabe él, lo sabe su esposa, Elisa, lo saben todos. Pese a ello, todos siguen comportándose como si nada. Quizá éste sea el fenómeno más inexplicable en las relaciones interpersonales. La perseverancia en la autoagresión, que es fuente de dolor. Como si alguien, de forma inconsciente, estuviera persuadido de que el dolor es el fin último de la vida.

Mientras se para en una estación de servicio para tomarse un Red Bull y un bocadillo, Betti reflexiona sobre las palabras que pronunció Marco Tanzi antes de desmayarse en el hospital.

«Habló de un viejo y del caso Baraldi. No me pareció el delirio de un borracho. Estaba concentrado, trataba de ser persuasivo, coherente. Dijo que el viejo es el único que puede ayudarlo».

Betti coge el móvil y teclea el número de un colega de la jefatura.

—Inspector Martino —contesta el hombre a la segunda llamada.

—Carlo, soy Luca. Estoy de permiso, en este momento voy camino de Roma y tengo que pedirte un favor...

—Dispara.

—Busca un caso llamado Baraldi. Debe de tener algo que ver con Marco Tanzi y con alguien apodado el Viejo.

—¿Marco Tanzi? Entonces será un asunto de hace muchos años... ¿Quieres que te mande una copia del expediente si lo encuentro?

—No, por ahora averigua de qué se trata y llámame.

—Ok, hablamos luego. ¿Vas a Roma por lo de la chica? ¿Giulia Tanzi?

—Sí, prometí a su madre que me informaría personalmente. Tengo una cita con una tipa, la comisaria que está investigando.

—Suerte, entonces. Te llamo en cuanto averigüe algo.

Betti no deja de darle vueltas mientras conduce por encima del límite de velocidad. Como en un juego imaginario de las cuatro esquinas, su pensamiento se mueve de su mujer a su excolega, a su hija Sara y a la fotografía de Giulia Tanzi. Algo le turba, como si una termita estuviese alterando la linealidad de sus pensamientos. Algo importante, pero oculto bajo una capa de sugerencias, de

preocupaciones distintas. Es un detalle fundamental, lo siente, pese a que ni siquiera sabe con cuál de las cuatro esquinas puede estar relacionado. Suena el teléfono, distrayéndolo de los pensamientos obsesivos. Número desconocido.

—Hola, Luca, soy yo, Flavia.

—Flavia... Hola, pensaba llamarte luego, voy camino de Roma. Supongo que llegaré en un par de horas, depende del tráfico. He quedado con una colega que está investigando sobre el caso.

—Yo también estoy en Roma, Luca, llegué ayer por la noche. Si es posible me gustaría que nos viéramos después de que hayas hablado con tus colegas. Me alojo en el hotel Londra, puedes llamarme cuando acabes y vernos en alguna parte.

—Por supuesto —responde Betti, algo perplejo—. De acuerdo, hablamos luego. Ah, espera, este número no me aparece en la pantalla... ¿puedo llamarte al otro?

—No, te mando éste por SMS. El otro lo tengo apagado, estoy harta de recibir llamadas y mensajes de gente que pregunta por Giulia.

—Te entiendo, pero trata de mantener la calma. Te llamo más tarde.

Betti no se esperaba este desarrollo. Hace unos días Flavia De Grandis, la exmujer de Marco Tanzi, lo llamó por teléfono, después de casi diez años en que no habían vuelto a verse ni a hablar. Como si hubieran cerrado una puerta para dejar fuera el dolor que había causado la persona a la que los dos habían querido tanto, si bien de forma diferente. Pensaba contarle por teléfono las noticias que recibiera en Roma, siempre y cuando fueran nuevas. No le entusiasma la idea de reunirse con ella, en parte porque no podrá por menos que hablarle de su marido y de lo que sucedió la noche anterior, lo que abrirá de forma inevitable viejas heridas.

A causa de los pequeños atascos causados por las obras en la circunvalación, las dos horas previstas por Luca Betti se convierten en tres. Así pues, es la una y pico cuando llega al despacho treinta y siete de la jefatura central, sita en la calle San Vitale número 15. La puerta se abre desde dentro antes de que tenga tiempo de llamar. Una joven vestida con un par de vaqueros y una cazadora de tela verde lo mira con aire perplejo. Lleva el pelo castaño rojizo recogido en una coleta, y calza un par de botas de cuero.

—Apuesto a que eres Luca Betti.

—Sí, soy yo... —asiente turbado el policía con la respiración entrecortada.

—Ni que hubieras venido andando desde Milán...

—Bueno, ha sido una noche difícil. Tú debes de ser...

—Comisaria Laura Damiani —lo interrumpe ella tendiéndole la mano—. Te esperaba hace una hora.

—Disculpa —contesta Betti estrechándosela—. Si estás ocupada me puedo sentar en alguna parte y esperarte.

—No será necesario. Estaba saliendo para comer algo. Ven, hablaremos durante el almuerzo.

—Siento tener que decírtelo —exclama Laura Damiani cogiendo su pedazo de *pizza* con una servilleta de papel—, pero me temo que has hecho el viaje en balde. —Está sentada frente a Luca Betti, en un bar de la calle Nazionale, un local tan sobrio y esencial como una estación de servicio.

Él observa su triángulo de *pizza* margarita sin tocarlo. Ha decidido que ya ha tenido bastante comida basura por hoy.

—En ocho días —prosigue la policía a la vez que muerde su ración de cuatro quesos— no hemos encontrado una sola pista decente que seguir. Estamos interrogando a los amigos, a los vecinos, a los compañeros de curso de la universidad... Nada. Hemos pinchado también una decena de móviles, los de las personas más próximas.

—¿Quiénes son? —pregunta Betti bebiendo un sorbo de agua mineral directamente de la botellita de plástico.

—Sus compañeras de habitación, sobre todo. Luego el grupito de chicos y chicas con el que había quedado en el *pub*. Por último, un par de colegas de curso con los que, según parece, se veía más a menudo. En pocas palabras, entre las interceptaciones y la investigación, tenemos a diez agentes trabajando las veinticuatro horas del día en este caso. Hemos difundido fotos, la descripción de la chica, hemos llamado a los periódicos y hemos anunciado la desaparición en internet, vigilamos sus tarjetas de crédito, los aeropuertos y las estaciones. Nada de nada. Parece que se haya esfumado.

—Supongo que estaréis investigando también en las redes sociales... —aventura Betti.

—Por supuesto —contesta Laura Damiani—, pero ya sabes que esa pista requiere tiempo y muchas verificaciones. Giulia Tanzi tenía... quiero decir,

tiene, más de mil amigos, por llamarlos de alguna forma, en Facebook. Además frecuentaba bastantes chats. Tardaremos meses en leer y transcribir todas las conversaciones y en comprobar la identidad de las personas que frecuentaba en internet.

Betti piensa por un instante en contarle a su colega las conversaciones en Facebook entre Giulia y su hija. Pero al final se abstiene, quizá porque piensa que no tienen nada que ver con la investigación en curso, o para que Sara no quede involucrada.

—Todo es tan absurdo —reflexiona el policía en voz alta—. Los dos sabemos que es imposible desaparecer así, sin dejar rastro. ¿Habéis verificado qué se llevó de casa? Ropa, efectos personales...

—Es lo primero que hicimos —responde Damiani. Han seguido el procedimiento de investigación al pie de la letra: está segura de que su colega lo sabe, pero comprende que, de todas formas, Betti siente la obligación de preguntárselo—. No sacó ninguna cantidad de dinero relevante de su cuenta corriente, ni siquiera usó el cajero automático en los cuatro días previos a su desaparición. Nada hace pensar en una fuga o en algo similar.

Betti no replica. Trata de hacer acopio de todas sus energías para permanecer lúcido e interpretar la información que está recibiendo.

—Hoy hace nueve días —continúa Damiani—. Sabes mejor que yo que, estadísticamente, si no hay indicios que hagan pensar en un alejamiento voluntario, en la mayor parte de los casos se trata de homicidio. Era una chica muy guapa, quizá alguien la conoció y... —La policía se detiene, sabe que Betti conoce a la desaparecida y no quiere herirlo. Y sabe que en su oficio no es necesario ser demasiado explícitos cuando se presume lo peor.

—Será duro decirle a su madre que no hay ninguna pista a seguir —reflexiona Luca en voz alta—. No creo que exista una pena mayor que no saber qué ha sido de tu hija.

—¿Tienes alguno? Hijos... —pregunta Laura Damiani.

—Sí, una de dieciséis años, Sara. ¿Y tú?

—No, yo no, pero sé que no me gustaría estar en el lugar de la madre de Giulia Tanzi ni por todo el oro del mundo. ¿Seguís en contacto después de... después del asunto de su marido?

Luca Betti escruta desconcertado a la mujer, preguntándose cuánto sabrá de lo que sucedió entre su excolega y él.

—No te sorprendas —dice Damiani como si le hubiera leído el pensamiento

—. Como puedes imaginar, nos hemos informado a fondo sobre Giulia y su familia, y tu nombre ha aparecido unido al de su padre.

Betti se relaja apoyándose en el respaldo de la silla.

—Laura Damiani. Eres *esa* Laura Damiani, ¿verdad? La que detuvo a los secuestradores asesinos, ¿cómo los llamaban los periódicos? Los jinetes del Apocalipsis... Y al año siguiente capturaste a Lino Raspelli, el mafioso. Uno de los hombres más buscados de Italia.

—¿Tú también has hecho los deberes? —pregunta la policía—. Por lo visto eres demasiado escrupuloso.

—Nada más fácil, los casos tuvieron resonancia nacional. Lo único que me pregunto es por qué han encargado a una policía tan buena como tú que investigue la desaparición de Giulia. A estas alturas deberías ser, como mínimo, jefa de la Anticrimen.

—De momento estoy en una especie de limbo. He pedido el traslado y estoy esperando que me lo concedan.

—Qué raro, supongo que los colegas de Roma tratarán como una superestrella a alguien como tú. ¿Por qué quieres marcharte?

Laura reflexiona antes de contestar. Pero, a fin de cuentas, Betti parece un buen tipo.

—Asuntos personales. Una relación con un colega que ha terminado mal.

—Bueno —observa Luca—, no quiero meterme donde no me llaman, pero abandonar una ciudad en la que eres una especie de celebridad por una decepción sentimental... A menos que él no sea un superior... Perdona, de verdad, no es asunto mío.

—No es un superior. En realidad ni siquiera es policía, es un oficial de los carabinieri. Y no es por la desilusión en sí, probablemente eso sólo fue la gota que colmó el vaso, porque ya tenía ganas de cambiar, de volver a empezar en otra parte, o al menos de intentarlo. Pero te estoy aburriendo, disculpa... Supongo que no te interesen mis problemas personales.

—Al contrario —responde Luca—, sé muy bien de qué estás hablando, yo también he tenido esa sensación más de una vez. Sólo que cuando tienes familia la fuga no es una opción a tener en cuenta.

Laura sonrío con aire fatigado.

—Ven —dice, poniéndose de pie—, volvamos a la jefatura. Si te interesa puedes leer las actas de los interrogatorios, pero no creo que encuentres nada interesante.

Nueve

Elisa Maran vaga desde hace un cuarto de hora por el intrincado laberinto de pasillos y ascensores del hospital San Raffaele Turro. Su objetivo es la *Disease Unit*, la unidad de trastornos psicóticos a la que trasladaron a Marco Tanzi después de que ingresara en urgencias. Al final, a pesar de que padece una marcada aversión hacia todo lo relativo a las colas, saca número del distribuidor automático y se dirige a la oficina de información para obtener las indicaciones que busca: edificio G entrada 1.

Después de una crispada negociación con la enfermera jefe de la sala, y de media hora más de espera, logra hablar con el médico de turno.

—Quería saber cómo se encuentra uno de sus pacientes, Marco Tanzi.

—Ah, sí, el mendigo... —contesta el médico. Es un hombre de unos treinta años, grácil y con entradas, viste una bata un par de tallas más grande que la suya—. Hemos tenido que sedarlo varias veces, estaba muy agitado. Parece que ahora se ha calmado.

—Oiga, doctor, necesito verlo. Es muy importante, se lo ruego.

—No creo que esté en condiciones de recibir visitas, señora. Pero, usted perdone, ¿es pariente suyo?

—No, una amiga... Soy la mujer de su excolega, Luca Betti. Mi marido es oficial de policía.

—¿Betti? Es el hombre que lo acompañó anoche, ¿verdad? Mi compañero de urgencias me ha dejado una nota: su marido insistió en que lo informásemos de cualquier cambio en el cuadro clínico del paciente.

—Así es, pero ahora no está localizable, ha tenido que viajar por una urgencia de trabajo. Me pidió que estuviera al tanto de las condiciones de Marco.

Déjeme verlo, se lo ruego, sólo serán unos minutos.

—Bueno, la verdad... —titubea el médico—, de acuerdo, pero le ruego que sea rápida. En esta sección sólo se conceden visitas a los familiares, y con previo aviso.

La habitación está en penumbra. Marco Tanzi está tumbado, inmóvil. Lleva un par de calzoncillos blancos y tiene el tórax desnudo, cubierto de tiritas y vendas. Las muñecas y los tobillos están bloqueados, atados a la estructura metálica de la cama con unas correas de cuero.

Elisa Maran entra procurando no hacer ruido. No quiere despertarlo antes de decidir cómo debe comportarse. Un impulso irrefrenable la ha llevado hasta allí, ha sentido la necesidad de desahogar la tensión que acumuló la noche pasada. Tenía que actuar, tomar una decisión drástica, no podía quedarse cruzada de brazos, esperando a que su marido volviese de Roma. Ha llamado a su despacho, una gran agencia de corredores de seguros, para avisar de que hoy no irá a trabajar, y ha decidido liberarse de todas las rémoras y enfrentarse a ese hombre. El hombre por el cual, hace tiempo, perdió la cabeza, al punto de engañar a su marido y poner en crisis su matrimonio. El hombre que se ha convertido en un miserable mendigo alcoholizado. Ahora, sin embargo, en la penumbra acolchada de la habitación, envuelta en un tranquilizador aroma a desinfectante, se da cuenta de que ha perdido la determinación que la ha llevado hasta allí y sopesa la posibilidad de marcharse.

—Elisa... —susurra Marco Tanzi.

La mujer se sobresalta, no se había dado cuenta de que está despierto.

—Elisa —repite él—, ¿por qué has venido? Luca... ¿dónde está Luca? Ha sucedido... Giulia, ¿sabes algo de ella?

—No, cálmate —lo tranquiliza Elisa Maran. Ha notado la repentina tensión de los músculos del hombre y de las correas que lo aprisionan. La estructura de la cama cruje y da la impresión de que va a colapsarse de un momento a otro—. Luca está en Roma, ha ido a hablar con los colegas que están investigando el caso. Si hubiera alguna novedad me lo habría dicho enseguida.

Marco Tanzi se relaja, apoya de nuevo la cabeza en la almohada y vuelve a abrir las manos que había apretado en un puño en el vano intento de liberarse.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué has venido?

—No lo sé —contesta la mujer—. Para ver cómo estabas. Para preguntarte

qué piensas hacer.

—Mientras esté atado a esta cama no puedo hacer nada.

—Yo no tengo la culpa de que perdieras el juicio. No deberías haber bebido si de verdad querías hacer algo por tu hija. —Elisa Maran comprende demasiado tarde que sus palabras son crueles, pero no se arrepiente de haberlas pronunciado.

—Aún no me has dicho por qué estás aquí —replica Marco Tanzi.

—Para pedirte que lo olvides. Que salgas de nuestra vida, de la mía y de la de Luca. Ya hemos sufrido bastante por tu culpa. Y no estamos solos.

—¿Vuestra vida? No entiendes... —contesta el expolicía—. No me importas nada, tampoco Luca, ya no existe nadie para mí. Sólo mi hija. Tengo que encontrarla.

—¿Te has visto? Eres un pordiosero alcoholizado. ¿De verdad crees que puedes hacer algo más que los policías que la están buscando?

—Es mi hija. Lo único que sé es que debo encontrarla.

—Marco, deja que se ocupen tus colegas. Tú no puedes hacer nada por ella.

—Ayúdame a salir de aquí. Conozco a una persona que puede ayudarme.

—¿Qué? —pregunta Elisa Maran, desorientada—. ¿Te has vuelto loco? Ni siquiera sé por qué he venido ¿y ahora me pides que me meta en un lío para ayudarte a escapar? No, prefiero que sigas encerrado aquí, así, al menos, no harás más daño, ni a ti mismo ni a los demás... No debería haber venido. Rezaré para que Giulia pueda volver cuanto antes con su madre.

—Elisa, espera... —la detiene Marco Tanzi—. Te prometo una cosa. Si me liberas desapareceré para siempre de tu vida y de la de Luca. Te lo juro por mi hija. Suéltame una sola mano. Yo me ocuparé del resto cuando te hayas marchado, nunca sospecharán de ti. Además, Luca y tú no me volveréis a ver, lo juro por la vida de Giulia. Es la única cosa que me queda. La única.

—¿Qué me dice, señora? ¿Cómo ha encontrado a su amigo? —pregunta el joven médico de la unidad al cruzarse con Elisa Maran en el pasillo.

—Por desgracia no estaba consciente —contesta la mujer—, no he podido hablar con él.

—Ah, lo siento. Ya le dije que está bajo los efectos de los sedantes y...

—Doctor, hágame un favor —lo interrumpe Elisa Maran sacando algo de su bandolera Burberry's—, dele esto de mi parte. Déjeselo en la mesilla. —Luego,

apretando el paso, subrayado por el rítmico retumbar de los tacones en el suelo resplandeciente, llega a la puerta de la unidad y sale cerrándola tras de sí.

El médico observa la sombra de la misteriosa mujer, que se aleja por el otro lado del cristal opaco, cautivado por su figura elegante y sensual. Luego mira la fotografía que le ha dado. Es un primer plano de Giulia Tanzi, la joven aparece radiante y sonríe despreocupada al objetivo.

Diez

Leo Massacese es un expolicía de sesenta años, originario de Puglia. Hace un par de años obtuvo la jubilación anticipada y fue contratado por una empresa del grupo Carrera, que se ocupa del desarrollo de proyectos para componentes electrónicos. Se trata de partes de máquinas destinadas a la industria extractiva petrolera, unos prototipos de gran valor a los que hay que proteger de los intentos de robo y espionaje industrial, lo que supone un gasto enorme en hombres y tecnología. Massacese pasó del sueldo de inspector de la policía de estado, unos dos mil doscientos euros netos al mes, al cuatro veces superior como responsable de seguridad de la empresa de alta tecnología.

Con el dinero de la liquidación pagó el anticipo para un piso en Cologno Monzese, que puso a nombre de su hijo Antonio, empleado precario con mujer e hijo de tres años a su cargo. Con su sueldo le paga los plazos de la hipoteca y la guardería del niño. Además ha liquidado todas las deudas de juego de su mujer Rosa, y le ha comprado muebles nuevos para el piso de San Donato Milanese. En cambio, su estilo de vida y su aspecto siguen siendo los de siempre. Sobrepeso, pelo abundante y casi negro aún, peinado como si fuera un cantante melódico de los años sesenta. Los ojos celados por unas anacrónicas gafas de miope con una montura gruesa de tortuga, y vestido siempre de la misma forma: chaqueta de paño, polo de lana y pantalones negros en invierno; chaqueta de algodón, polo de algodón y pantalones grises en verano.

El coche se lo procura la empresa, de no ser así tendría aún su viejo Twingo. Ahora, en cambio, conduce un BMW X5 negro, una especie de monstruo de doscientos caballos y tracción en las cuatro ruedas, con el interior de piel.

Lo aparca debajo de su casa, igual que hacía con el viejo (que regaló a su

nuera). La única diferencia es que ahora vuelve a casa a una hora decente.

Pese a que ha cambiado de trabajo, Leo Massacese no ha perdido el viejo instinto de policía, de forma que en el trayecto del garaje a la puerta de su casa nota enseguida que algo no encaja.

Hay un hombre sentado en el muro, a veinte metros de su edificio, y lo está mirando a él. Es enorme, debe de medir casi dos metros de estatura, y viste un uniforme verde de enfermero y unos zuecos blancos, además de un chaquetón oscuro, que le queda pequeño. Tiene el pelo largo, despeinado, y barba.

Massacese lo mira a su vez, tratando de adivinar sus intenciones. Nota algo familiar en su cara, algo que lo inquieta. Los ojos. Son unos ojos increíblemente claros. La mirada pertenece a alguien que conoce, pero no logra recordar a quién.

El expolicía se mete de nuevo en el bolsillo las llaves del portal y cambia de dirección para acercarse al extraño individuo. Está preparado para actuar. A pesar de que está más gordo, sigue teniendo unos reflejos magníficos y es capaz de sacar la pistola de la funda que lleva en el cinturón y apuntarla a la cabeza del tipo en menos de un segundo. Pero cuando se encuentra a un par de metros de distancia de él comprende que no es necesario. Lo ha reconocido y es como si alguien le hubiera metido unos cubitos de hielo por el cuello de la chaqueta.

—*Cap' di cazz...*^[2], ¡coño, Marco Tanzi! ¿De dónde cojones sales? ¿Y qué haces sentado en el patio de mi casa vestido de carnaval? ¿Te has escapado de un manicomio?

—Hace muchos años que los cerraron —responde Tanzi.

—Menuda gilipollez hicieron. Tú también has hecho muchas gilipolleces, ¿sabes?

—Leo, no he venido a hablar de eso.

—¿Ah, no? ¿Para qué entonces? Lo siento, *guagliò*, jovencito, pero tú y yo no tenemos nada más que decirnos.

—En una ocasión te hice un favor —dice Marco Tanzi—. He venido a pedirte que me lo devuelvas.

—Ah, ¿de verdad? Bueno, pues te informo de que esa regla sólo vale entre colegas —contesta Massacese—. O entre excolegas. Tú escupiste sobre todo lo que tenías, amigos, familia, trabajo. Cubriste de mierda a toda la policía de esta ciudad. Ya no te debo nada, nadie te debe nada. Eres tú el que está en deuda conmigo. Estás en deuda con todos.

—Mi hija ha desaparecido.

—Lo sé, y también que varios policías honestos la están buscando. No creo que puedas hacer nada por ella en tu estado. Mira, si quieres dinero te puedo dar... —dice Massacese sacando la cartera del bolsillo interno de la chaqueta.

—Leo —lo interrumpe Marco Tanzi—, hace años te salvé la vida. Recibí una bala en tu lugar y dejé seco al que te quería matar.

—Putra madre —impreca Massacese—. Lo sé. Lo sé, por los clavos de Cristo. *E mo’?* Dime qué coño quieres de mí, adelante...

—Quiero que me lleves a ver al viejo.

—¿A quién? —pregunta Massacese con una expresión sincera de asombro.

—Al viejo. Sabes dónde está. Quiero que me lleves a verlo, después no quedará nada pendiente entre nosotros.

—¿El viejo? —pregunta Massacese—. Pero ¿qué *madonn’ ti vien...* qué coño se te ocurre? Han pasado casi veinte años y entonces tenía setenta... es probable que esté muerto y enterrado.

—Da igual que esté muerto o vivo, quedaremos en paz de todas formas. Tú llévame a verlo.

—Ni hablar, quítatelo de la cabeza. Ni siquiera sé si te están buscando, qué coño has organizado desde que saliste del trullo. Seguro que me estoy metiendo en un buen berenjenal por estar hablando contigo.

—Leo... Tú también tienes un hijo. Piénsalo. Piensa en cómo me puedo sentir yo, ahora.

—Si es por eso, tengo también un nietecito de tres años... —contesta Massacese.

Los dos expolicías permanecen en silencio unos segundos. Ese nombre, «el viejo», ha despertado en Leo Massacese recuerdos lejanos, sensaciones que había olvidado. Lo ha devuelto a la época del caso Baraldi, uno de los más extraños de su carrera.

—¡Bueno, hostia! Supongo que sabrás que te arriesgas a perder el pellejo, ¿no? —dice bruscamente a Tanzi—. ¿Por qué quieres hacer una gilipollez así? ¿Por tu hija?

Marco Tanzi no contesta. Se limita a mirarlo fijamente a los ojos.

—De acuerdo, sea, entiendo... Me recuerdas a Jesucristo *cu’ ssi’ capill e ssa’ barb...* *Iamm*^[3], vamos arriba. A ver si encuentro algún traje decente que dejarte.

Once

Luca Betti. Roma. Hoy

Después de charlar con mi colega estoy demasiado cansado para ver enseguida a Flavia. He reservado el hotel, así que dormiré un poco antes de enfrentarme a esta enésima prueba. Luego decidiré si volver a Milán esta misma noche o mañana por la mañana.

No tiene sentido que me quede aquí un día más. Damiani es una buena policía, incluso demasiado para una investigación como ésta. Se está moviendo bien, está haciendo lo que corresponde. No sabría cómo ayudarla si me quedo por aquí. En cierto sentido, me ha dado a entender que no le entusiasma que la gente meta la nariz en su trabajo. Yo pensaría lo mismo en su lugar.

Llamo a la mujer de mi exsocio y quedo con ella para cenar. Dice que le parece bien, que cerca de su hotel hay una taberna meridional y que podemos vernos allí.

Es extraño, casi surrealista. La desaparición de Giulia ha vuelto a sacar a la luz a personas, situaciones y sensaciones que tardé mucho tiempo en borrar de mi vida. Me siento expuesto, vulnerable, sin los recursos necesarios para enfrentarme a todo esto. Me gustaría volver a mi vida cotidiana, al complicado equilibrio que he alcanzado en las relaciones con mi mujer, pese a que todo me parece ya una ilusión.

Al echar la vista atrás me doy cuenta de que, en realidad, esta mierda nunca me ha abandonado. Lo que sucedió con Marco, el engaño de Elisa, la brusca ruptura con Flavia y su hija... todo ha seguido formando parte de mi vida en

estos diez años. Sólo que ha permanecido aparte, en un rincón oscuro, esperando el momento más conveniente para volver a aparecer, para sorprenderme con las defensas bajadas y darme el golpe de gracia.

Es como una enfermedad latente, un tumor curado que puede degenerar en metástasis de un momento a otro. Es como el miedo a envejecer o a morir. Lo tenemos escondido en un cajón, lo ignoramos, pensamos que podemos salir del paso posponiendo una y otra vez el problema. Pero luego, cuando el mundo se derrumba ante nuestros ojos, comprendemos que deberíamos haber dedicado un poco de tiempo a proyectar una defensa para cuando llegase ese momento. Y puede que incluso en ese caso nos equivoquemos también. Porque, a decir verdad, no existe una defensa contra ciertas enfermedades, ni contra la vejez y la muerte. Tampoco existe una defensa contra el destino, que llama de buenas a primeras a nuestra puerta para ajustar cuentas.

El hotel de Flavia está en la plaza Sallustio, una zona céntrica, pero extrañamente tranquila. A cinco minutos de la plaza Barberini y a un cuarto de hora de mi hotel. Voy a pie para aclarar las ideas y porque no tengo la menor intención de dar vueltas en vano buscando un aparcamiento.

Mientras camino por esta ciudad me doy cuenta por enésima vez de lo distinta que es de Milán. Más sucia, más caótica, más viva. Más ciudad. Con ello no estoy diciendo que viviría aquí de buena gana, ningún milanés aceptaría el cambio. No un tipo como yo, en todo caso. Significaría renunciar a servicios, puntualidad y eficiencia a cambio de unas cosas que no forman parte de mi manera de ser. Distráido por estos pensamientos, llego a la cita con cinco minutos de adelanto. Espero a Flavia en el refinado vestíbulo. Ella llega con un poco de retraso. El primer impacto me deja un poco sorprendido. La recordaba distinta. Por lo demás, diez años de edad, de los treinta y cinco a los cuarenta y cinco, se notan, sobre todo en una mujer. Con todo, no puedo decir que se haya descuidado. Viste un traje de chaqueta oscuro y una blusa blanca con un botón desabrochado de más, que deja a la vista el bordado del sujetador. Los zapatos, elegantes y de tacón alto, le confieren la esbeltez que la ayuda a ocultar una estatura, desde luego, no excesiva. Nos saludamos dándonos la mano y un beso en la mejilla. Lleva un perfume delicioso, embriagador, que no había olido hasta ahora. La cabellera oscura me recuerda a la foto de Giulia, la del *dossier* que me fotocopió Gherardi. Es larga y lisa, con reflejos cobrizos.

—No parece que hayan pasado... ¿cuántos? Casi diez años. Qué lástima que nos veamos en una ocasión tan espantosa...

—Oye —me interrumpe ella—, ¿qué me dices de ir ya a cenar? Hoy no he comido nada y creo que me voy a desmayar. Nos sentamos y hablamos, ¿de acuerdo?

Me precede al salir del hotel. La taberna está a unos cuantos pasos. La plaza Sallustio no es una auténtica plaza sino una especie de rotonda con una antigua villa romana en el centro. Se recorre dando la vuelta a esa suerte de fosa, rodeada de edificios antiguos muy bien conservados. A esta hora hay poco movimiento y los locales están cerrados, salvo la taberna.

Flavia sostiene la conversación durante el breve trayecto hasta el local.

—Si te estás preguntando dónde está Fausto, mi marido, te diré que ha vuelto esta mañana a Milán. Tenía exámenes en la facultad y no ha podido quedarse. Además, me acompañó de mala gana, porque dice que no sirve de nada que yo esté aquí, que no puedo hacer nada para mejorar las cosas.

Recuerdo las palabras de Sara, mi hija. «Fue una suerte que su madre se volviera a casar con ese profesor universitario. Giulia me ha dicho que lo considera su verdadero padre». Y me convengo de que fue una patética mentira más de una chica desesperada. ¿Qué relación de afecto puede tener con uno que piensa más en el trabajo que en buscar una respuesta a su desaparición? ¿Y que deja a su mujer sola, a seiscientos kilómetros de distancia, soportando un dolor semejante?

—Bueno, verás —contesto angustiado—, en cierto sentido tu marido tiene razón, pero comprendo que quieras estar en el lugar donde vive...

—Sí —dice asintiendo con la cabeza—, es justo lo que quería. Sentirme más cerca de ella.

Entramos y una camarera nos guía hasta una mesa un poco apartada. Flavia ha reservado con su nombre. Pedimos dos filetes con setas de calabaza, patatas al horno para mí y verdura cocida para ella. Nada de vino, puede que a los dos nos parezca excesivo pedir una botella en estas circunstancias.

Durante la cena, que, por lo demás, es estupenda, le cuento la conversación que he tenido con la comisaria Damiani. Como es obvio, procuro no citar las conclusiones de mi colega, pero tampoco le doy falsas esperanzas. Flavia me escucha, asiente con la cabeza, en ciertos momentos se le empañan los ojos, y entonces me callo hasta que se sobrepone.

Cuando he agotado todos los temas estamos en el café.

—He decidido contratar un detective privado —me confiesa de buenas a primeras—. ¿Qué opinas?

—Flavia —le digo tratando de ser lo más objetivo posible—, no creo que sea necesario. Dudo que un investigador pueda lograr unos resultados más válidos que los de nuestros colegas. Sin contar con que te puede costar una fortuna. Los detectives privados se hacen pagar lo suyo, sobre todo en casos como éste. Por otro lado, entiendo que no quieras dejar de intentar nada...

—Si lo entiendes, ¿por qué me desanimas? Quería pedirte consejo, saber si puedes indicarme algún nombre.

—Bueno, dado que desapareció en Roma, lo más lógico es que sea una agencia de aquí. Por desgracia no conozco ninguna. En Milán podría recomendarte alguna, pero en Roma me siento un poco como gallina en corral ajeno. Hazme caso... Concede un poco más de tiempo a la policía. Están siguiendo muchas pistas que podrían...

—No, Luca, he tomado ya una decisión. El dinero no es un problema, heredé bastante hace unos años. Una vieja tía mía murió y me dejó casi trescientos mil euros. Invertiré todo para encontrar a Giulia.

—Siendo así, para empezar te ruego que no hables de dinero. Es la mejor manera de acabar en manos de un majadero.

—Dame el nombre de alguno de Milán. Alguien de quien me pueda fiar de verdad, una persona capaz y honesta.

Me concentro unos segundos, tengo la impresión de que no conozco a nadie que reúna las características que pide Flavia. Luego me viene a la mente un nombre, un excoronel de los carabinieri, un tipo extravagante, pero muy bueno. El año pasado se vio involucrado en un caso bastante complicado, el asesinato de unos criminales albaneses en la Paullese, la carretera provincial próxima a Milán. Anoto mentalmente que debo hacer unas cuantas averiguaciones más sobre ese tipo antes de aconsejárselo a Flavia, no quiero echarme encima una responsabilidad similar sin estar del todo seguro.

—Déjame que lo verifique —le propongo—, trataré de darte un nombre en un par de días. Pero, por favor, hasta entonces nada de dar caza al posible Sherlock Holmes. ¿Me lo prometes?

—De acuerdo —me responde esbozando una sonrisa triste—, te lo prometo.

Hablamos unos minutos más delante del hotel. No le digo nada de Marco,

me digo que no quiero turbarla más de lo que está.

En realidad, sería un discurso espinoso, lleno de insidias, que podría exponerme también a posibles críticas por parte de ella. Y en este momento no me siento con fuerzas para hacer de chivo expiatorio.

Le pregunto por Giulia, por su vida, le digo que he visto una foto de ella y que me ha parecido guapísima. Miento al añadir que se le parece mucho. Me pregunta de qué foto se trata, cómo estaba peinada, el color del fondo. Un primer plano, le explico, con el fondo blanco, probablemente sacada por un profesional en un laboratorio fotográfico.

—Son las fotos del *book* que quiso hacer antes de Navidad —me explica, mientras una sonrisa fugaz cruza por su cara—. Son preciosas. Claro que costaron más de mil euros... Tengo muchas copias, he traído toda la serie. Sube un momento a la habitación y te las enseño.

Me pilla desprevenido.

—Gracias —balbuceo—, pero es muy tarde. No quiero que te canses...

—Apenas son las diez —me ataja ella—. Vamos, ven —dice volviéndose y entrando por la puerta giratoria sin darme tiempo a replicar.

Doce

La habitación es muy grande, una *junior suite*. Nada más entrar se quita la chaqueta del traje y la apoya en una silla. Hay un pequeño sofá en un rincón y una mesita baja, pero no me dice que me acomode. Coge una carpeta que está sobre el escritorio antiguo, con la superficie de cristal, y se sienta en la cama.

—Ven —me pide dando unos golpecitos con la mano en el colchón, a su lado—, quiero enseñártelas...

Algo no encaja, su actitud es ambigua, pese a que no puedo creer que... en pocas palabras, Cristo, hace diez años que no nos vemos, su hija desapareció hace nueve días, su marido se alojaba en esta habitación hasta esta mañana... Además, en el pasado nunca hubo nada especial entre nosotros. No en este sentido, al menos.

Intento convencerme de que todo es normal. Quiere compartir conmigo las fotos de su hija para sentirla más cerca, sin más. Soy un viejo amigo, un policía al que se ha dirigido para pedir ayuda. Me siento a su lado, en el borde de la cama *king size*. Su blusa deja entrever ahora un escote aún más generoso. Cruza las piernas dejando a la vista un muslo, cubierto por unas medias veladas sumamente ligeras, de color carne. Y ese perfume... Pienso que no hago el amor con mi mujer desde hace, al menos, un mes. Puede que casi dos.

—Mira —dice, a la vez que hojea un álbum de hojas transparentes con las fotos de Giulia—, ésta es la sesión fotográfica completa.

Para empezar me enseña todos los primeros planos. Reconozco el que estaba en el *dossier* de la policía y se lo señalo. Luego vienen una serie de retratos de cuerpo entero. Giulia iba vestida de forma muy provocadora y durante la sesión se cambió de ropa varias veces. Mallas negras con zapatos de tacón vertiginoso,

un top de lentejuelas que deja a la vista buena parte de un seno abundante. Poses sugerentes y un maquillaje muy sofisticado, sobre todo las sombras de colores, que resaltan la perfección de los ojos. En las últimas fotos aparece en traje de baño. Unos biquinis minúsculos, al estilo brasileño, con las nalgas casi al aire, y unas playas caribeñas de arena blanca y mar cristalino al fondo. Me siento incómodo mientras miro las imágenes, pero a Flavia no parece importarle. Su mirada de adoración me dice que vive buena parte de su existencia en función de su hija y de su turbadora belleza.

—Ten —me dice tras enseñarme la última fotografía y cerrar el álbum—. Guárdalas tú, te pueden servir para la investigación. Tengo más copias.

La investigación. Como si fuera yo el que está investigando sobre la desaparición de su hija.

—Gracias —le digo.

No quiero contradecirla, pese a que al coger el álbum tengo casi la impresión de que las manos me arden. Hasta ahora Giulia Tanzi seguía siendo la niña regordeta y cordial de hace diez años. Estas imágenes, en cambio, dan fe de que se ha convertido en una joven provocadora y sensual que podría volver loco a cualquier hombre. Recuerdo la frase de mi colega, Laura Damiani: «Era una chica muy guapa, quizá alguien la conoció». Estoy seguro de que Flavia también le enseñó las fotos.

Me levanto de la cama, con la esperanza de que Flavia me imite. Quiero despedirme enseguida y poner punto final a este día sin verme metido en un apuro. Pero ella se queda sentada y me coge una mano.

—Espera, Luca, quédate un poco más, hablemos. Si te vas ahora estoy segura de que me pondré a llorar y no pararé de hacerlo en toda la noche...

Me siento de nuevo a su lado.

—No lo hagas —le dijo, turbado por el contacto—, si quieres ayudar a Giulia debes resistir como sea. Puede haber novedades en cualquier momento y debes estar preparada para afrontarlas, tanto si son buenas como si no.

He perdido la noción de las gilipolleces que estoy diciendo. El sujetador que se ve por el escote de la blusa... Sus piernas y esos zapatos de tacón alto.

Permanecemos en silencio, ella me escruta sin soltar mi mano. En mi cabeza oigo discutir las dos voces de rigor. La primera me dice que me levante enseguida y que salga de la habitación sin despedirme siquiera de ella, a menos que quiera causar daños irreparables. La otra sostiene que en mi vida no queda ya mucho que reparar.

El silencio se prolonga demasiado, tengo que salir de aquí, decirle algo. Como era de esperar, digo lo menos oportuno.

—Llevas un perfume increíble.

—Se llama Agua de sal, es artesanal. ¿Te gusta? —me dice descubriendo ligeramente un hombro y acercando el cuello a mi nariz. Entretanto, me estrecha con más fuerza la mano.

Dos meses, puede que algo más. No hago el amor con mi mujer desde hace siglos. No voy de putas, ya no. Y la terapia de pareja sólo ha sido una pérdida de tiempo y dinero, estoy seguro de que ella finge el orgasmo para abreviar y no tener que volver a las sesiones. Además es probable que me ponga los cuernos con algún colega de trabajo. Uno de esos bróker de mierda que siempre están morenos y no salen del gimnasio. Apoyo los labios en el cuello de Flavia y lo beso con dulzura. Espero que me rechace, que me dé una bofetada, que me tire de la habitación. Pero ella lanza un gemido y me acaricia una mejilla.

—Perdona, Flavia —mascullo reculando unos centímetros—, no sé qué me ha pasado...

—No —dice, al mismo tiempo que me coge la otra mano—, te lo ruego. Hace mucho que no me siento mujer, las cosas con Fausto... No te vayas, Luca, quédate conmigo.

A tomar por culo Elisa. A tomar por culo Fausto. A tomar por culo todos. Le acaricio el pelo y acerco mis labios a los suyos. Nos besamos con ímpetu, casi con rabia. Le acaricio el pecho, ella no se lo piensa dos veces y empieza a desabrocharse la blusa. Mientras trajina con los botones, meto una mano en el sujetador y cojo un pezón con el pulgar y el índice. Ella alarga las manos hacia mi cinturón para quitármelo. Me pongo de pie para facilitarle la tarea a la vez que me quito la camisa sin desabrochármela, me la saco como si fuera una camiseta. Luego llega el turno de los pantalones, de los que me deshago mientras ella se quita la falda. Cristo, no lleva medias normales sino unas de ésas que llegan hasta el muslo. Ahora está en ropa interior, con las medias y los zapatos de tacón. Nos abrazamos y empezamos a besarnos, a lamernos, a explorarnos con avidez mientras rodamos por la cama.

—Apaga la luz —me dice.

—No, quiero verte, estás guapísima.

Me pasan unas cosas absurdas por la cabeza, como que éste es el inicio de una historia de amor, que viviremos felices y contentos, ajenos a su marido, a mi mujer, a su hija desaparecida y a la mía, que se mostrará comprensiva y

afectuosa con esta nueva situación. Pero lo más absurdo es que me tomo en serio todas esas memeces. Otro de los comportamientos humanos inexplicables: seguir ignorando que una excitación sexual intensa nos cruza los cables y nos hace pensar, hacer o decir las peores majaderías. Como si no supiéramos que nada más eyacular todo vuelve a la normalidad.

—Espera —me dice mientras le lamo el ombligo, deslizándome hacia un punto bien preciso—, fóllame. Fóllame ya.

Se quita las bragas, me agarra los hombros y se pone debajo de mí.

—Métemela dentro... fóllame, por favor.

Mi erección es tan fuerte que resulta incluso dolorosa. Le abro las piernas y dirijo con una mano mi sexo dentro de ella. Está casi seca. Retrocedo e intento inclinarme hacia sus ingles para lamerla y facilitar la operación.

—No —me disuade ella—, fóllame, Luca. ¡Quiero que me folles ahora! —me dice, arañándome los hombros.

No se lo hago repetir dos veces, lo empujo con ímpetu arqueando la espalda y abriéndome paso sin demasiados cumplidos. Ella gime con fuerza, no sé si de dolor o de placer. Me muevo rítmicamente, aferrándole el cuello y metiendo la lengua en su boca para sentir en la mía su respiración jadeante y sus gemidos. Me corro en unos minutos, en su barriga, después de haber salido de ella en el último segundo útil.

La beso en los labios y me dejo caer en la cama sin dejar de abrazarla, para que no parezca que ni ella ni su cuerpo me interesan ya. En pocas palabras, para no mostrarle la verdad. Me esfuerzo también por hablar, por decirle algo confortante:

—Espero no haberte hecho daño...

Por suerte, me tranquiliza, pero al hacerlo parece haber cambiado ya, se muestra distante, ha perdido el interés y la voluptuosidad. El deseo. Las mismas sensaciones que han abandonado también a un servidor.

Seguimos fingiendo que nos mimamos, como si fuéramos amantes de verdad, dos personas que se adoran. Pero a medida que pasan los minutos experimento una sensación cada vez más terrible: como si el daño que he hecho fuese irreparable. Me siento avergonzado, he follado con una mujer que se dirigió a mí buscando ayuda y comprensión.

Al cabo de un tiempo que no sabría calcular, puede que un cuarto de hora, Flavia coge la blusa y se tapa el pecho con ella. Después recoge el resto de la ropa del suelo y se vuelve a vestir en un abrir y cerrar de ojos. Me siento como si

estuviese desnudo delante de un convento de novicias. Así pues, recupero mis calzoncillos y me los pongo a toda prisa.

—Perdona, Luca —me dice sin mirarme, a la vez que trata en vano de arreglar la colcha—, se ha hecho tarde y necesito dormir.

—Claro —balbuceo, me hundiría en el infierno con tal de desaparecer de su vista y de esta situación—. Yo también estoy muy cansado.

Una vez en la puerta, le acaricio una mejilla.

—Te llamo mañana.

—Mañana he quedado con una amiga —me dice—, una antigua compañera de universidad con la que sigo en contacto. Te llamaré yo a última hora de la mañana.

Jamás me he sentido tan merdoso.

Trece

Marco Tanzi. Milán, hace diez años

A tar a un hombre a un palo y prenderle fuego no es una cosa sencilla. Debes disponer de un lugar aislado, lejos de cualquier casa o calle frecuentada. Los gritos, el humo, el hedor a carne quemada, son efectos colaterales que podrían atraer a los curiosos, despertar sospechas, empujar a alguien a llamar a la policía. Cuando llamé, Luca habló de neumáticos. Mira tú por dónde el cuñado de uno de los armenios gestiona un desguace en Melegnano, que sirve de cobertura al tráfico de pastillas y donde recicla también los recambios que consigue de los coches robados. Una información que Tong me pasó hace unos días y que no le he contado a mi colega. Me dirijo precisamente allí.

El móvil sigue apagado, pero he vuelto a encender la radio de servicio. He puesto el volumen al mínimo y no respondo a las llamadas. Debo hacer solo lo que estoy a punto de hacer.

Atravieso los centros habitados a ciento sesenta por hora, me salto los semáforos en rojo con despreocupación, como si fuera Vin Diesel en *A todo gas*. Mi Lancia Delta surca el espacio como una flecha, desintegrando los kilómetros que me separan de mi objetivo. Un choque a esta velocidad me dejaría reducido a una papilla sangrienta, pero en este momento nada me asusta. Mi alienación es casi mística, me siento como un ángel del infierno que ha llegado a la Tierra para enderezar entuertos y purgar las almas de los pecadores. Soy omnipotente, estoy motivado. Me siento sereno.

Es como si me observase desde fuera, desde una posición de absoluta

neutralidad. Me digo que todo esto no tiene sentido. Que estoy a punto de meterme en un callejón sin salida, sea cual sea el resultado de mi acción. Me digo que la violencia no erradica la violencia, que la venganza no sirve para devolver la vida a las víctimas, que la rabia es siempre y en todo caso mala consejera.

Pienso en mi esposa Flavia y en mi hija Giulia, que tiene apenas ocho años. Pienso que si voy hasta el fondo corro el riesgo de arruinar sus vidas. Por no hablar de Luca, mi colega. Lo quiero como a un hermano, no se merece esta mierda.

Es evidente que el balance de los contras supera al de los pros.

Pero me importa un carajo.

Lo único que quiero es dejar secos a los canallas que han destrozado a ese niño inocente.

Aparco el coche a cien metros de distancia, en la carretera provincial, cojo las armas y sigo a pie. El lugar está en el interior de un solar, en un vertedero de inertes que se agotó hace ya tiempo. Hay una puerta cerrada con una cadena y un candado, pero la ignoro. Salto la verja metálica con el Benelli sujeto a la espalda por una correa de cuero; los cartuchos y los cargadores los he metido en la bolsa de tela que llevo en bandolera. En condiciones normales el tanque de gasolina de veinte litros que llevo en la mano derecha dificultaría sobremanera la empresa, en cambio, me muevo con una agilidad poco menos que sobrehumana. No siento ni cansancio ni dolor, he dejado suspendidas buena parte de mis sensaciones. No sólo las físicas, también otras como el miedo, la piedad o el remordimiento.

Doy unos pasos en la oscuridad más absoluta, pero tengo la impresión de saber muy bien dónde debo meter los pies. Al igual que intuyo de antemano la llegada de los animales, antes incluso de que la brisa nocturna me traiga sus ladridos. Rottweilers, una pareja. Me olfatean a distancia, pese a que me encuentro a favor del viento. Se aproximan gruñendo, sin ladrar, preparados para atacar y saborear el gusto de mi sangre. Me paro y los espero. El primero tiene prisa, es el macho alfa, aprieta el paso y se abalanza sobre mí. Error. Giro sobre mí mismo, alargando el brazo que sujeta el tanque y le asesto un buen golpe en el hocico. Siento una gran satisfacción al oír el ruido seco que hace su cuello al romperse. Se desploma a mis pies como un saco vacío, sin emitir siquiera un gemido. El segundo me muerde un brazo, el izquierdo. Suelto el tanque y con la

mano derecha saco el puñal de acero al cobalto de la funda que llevo en el tobillo. Dotación de los cuerpos especiales, batallón San Marco. Se lo clavo en el cráneo hundiéndolo como si fuera un tenedor en un *soufflé* de patatas. Su mandíbula suelta la presa y sus dientes salen de mi carne. Me lo quito de encima y noto que algo caliente y mojado resbala por mi brazo. No es un problema, lo ignoro y sigo adelante.

Avanzo en las tinieblas, entre montañas de bastidores metálicos y montones de neumáticos, adaptando la vista a la oscuridad circunstante, hasta que vislumbro la chabola a lo lejos. Es un contenedor equipado, como los de las canteras, elevado del terreno y apoyado en tres hileras de bloques de cemento. Una escalerita de hierro galvanizado de cuatro peldaños conduce a la puerta. En el aire flota un aroma dulzón, olor a carne quemada. Carne humana. Puede que los dos perros interrumpieran un banquete para venir a darme la bienvenida.

Me aproximo por un lado para no delatar mi presencia. Por las dos ventanas que flanquean la puerta se trasluce una claridad intermitente y se filtra una música ahogada. Melodías esclavas de mierda, entonadas por alguna puta despatarrada y maquillada como una octogenaria. A esos hijos de zorra de los armenios les priva esa mierda.

Mientras rodeo el contenedor llego a un montón de neumáticos y encuentro a Tong. A lo que queda de él. Sigue atado al palo, pero ya no es más que un fantoche quemado, con dos espinas de hueso descarnadas en lugar de las piernas. He adivinado cuál fue la última comida de las dos bestias. Reprimo un conato de vómito y sigo resuelto por mi camino apretando el asa del tanque. Tengo algo que hacer.

Al cabo de unos minutos cargo el Benelli y apunto hacia delante, sujetándolo con la izquierda; acto seguido enciendo el mechero y lo lanzo hacia la chabola. Las llamas se elevan al instante generando una nube de humo denso que crea unos extraños juegos de luz en el contraste entre la oscuridad del cielo y las lámparas halógenas que iluminan la explanada. Pasan una decena de segundos antes de que esos miserables se den cuenta de que su madriguera está siendo devorada por el fuego. El primero que intenta salir para salvarse no se imagina que va camino del infierno. Desde esta distancia la descarga de balas de acero es mortal. El retroceso lo catapulta al interior del contenedor, a la vez que su sangre parece petrificarse en el aire antes de ensuciar ulteriormente el suelo.

Las ventanas desaparecen, literalmente pulverizadas por los disparos calibre doce del fusil de bomba Benelli M3TC.

Mis descargas atraviesan los paneles de chapa rellenos de lana de vidrio como si fueran de papel. Sigo avanzando sin dejar de disparar. Del interior me llegan gritos y algún que otro disparo, efectuado al azar. No me preocupo de esquivarlo: en el fondo, soy omnipotente.

Atravieso la cortina de humo y entro. Me encuentro entre cuerpos ensangrentados y mesitas volcadas en un lago de vodka y polvo blanco. Los gusanos estaban de juerga. Veo al menos un par aún con vida. Uno intenta retener con las manos el intestino, que se le sale por el abdomen, blanco de las balas de mi Benelli. El otro, al verme, intenta coger la pistola que hay sobre una mesita. Una jugada en falso, porque recibe un disparo en un brazo. En lugar de la mano ahora tiene un muñón ensangrentado. Un proyectil me pasa a no más de dos centímetros de la oreja izquierda, me vuelvo de golpe y disparo, borrando literalmente la cara del que ha intentado agujerearme la cabeza. Me equivocaba, en vida quedaban tres. Quedaban. Me vuelvo de nuevo hacia el tipo al que he disparado en el brazo, que ahora grita como una sirena, aterrorizado y enloquecido por el dolor. Se arrodilla en el suelo tratando de detener la hemorragia con la mano supérstite. Me acerco a él y lo tumbo asestándole un buen golpe en el entrecejo con la culata del fusil. Un gesto de suma misericordia del que sólo yo me sorprendo. Quizá lo único que quería era que dejara de gritar.

Sopeso la situación. Dentro de la chabola hay cuatro muertos y dos heridos graves. La cuenta es exacta, los cinco de la banda más el cuñado receptor.

Bien, sólo me resta concluir el trabajo. Salgo y miro alrededor, buscando un lugar adecuado desde el que poder disfrutar del espectáculo.

Unos minutos más tarde estoy sentado en un asiento de camión arrancado y con los muelles fuera que hace las veces de sillón, a varias decenas de metros de la chabola. Un humo acre y venenoso sale por las tres aberturas que hasta hace unos minutos eran una puerta y dos ventanas. He tirado dentro el tanque con los restos de gasolina. Me concentro para comprender si los gritos de los dos que se están quemando vivos dentro del contenedor se parecen o no a los de la llamada de Tong. Sus lamentos se debilitan poco a poco y acaban confundándose con el sonido de las sirenas.

Luca no ha tardado mucho en descubrir el lugar. Mi colega es muy bueno, he de reconocerlo.

Catorce

Cimbergo es un pueblo de quinientas almas situado en Val Camonica. Está formado por un conjunto desordenado de edificios modernos y viejas casas rehabilitadas, esparcidos al azar por las laderas de un monte, el Pizzo Badile. La nacional 88 lo atraviesa partiéndolo por la mitad, casi violentándolo, como si quisiera privarlo de su apariencia de burgo medieval, antaño dominado por el antiguo castillo, que hoy es un simple montón de ruinas.

Son las siete de la tarde cuando Leo Massacese llega con su utilitario al centro del pueblo, a una plaza desierta, en realidad un tramo un poco más ancho que la carretera, rodeado por unos cuantos comercios.

El expolicía para el coche con el motor encendido mirando alrededor. La calle está desierta. A su lado, en el asiento del copiloto, Marco Tanzi está absorto, como perdido en un mundo paralelo, exclusivamente dominado por sus pensamientos. Lleva puesta la ropa que ha recuperado en casa de su excolega. Una camiseta polo de algodón, un anorak ligero y unas zapatillas de tenis. Los pantalones, sin embargo, siguen siendo los de enfermero, de color verde: Leo Massacese no tenía nada que quedara bien, dada la diferencia de estatura de treinta centímetros.

—*Chi t'è mmuort...* la madre que te parió... No me acuerdo. El pueblo es éste, pero no recuerdo el lugar.

Tanzi no dice una palabra. Sigue mirando el vacío, delante de él.

—*Fa' na cos'* —dice Leo tomando la iniciativa—. *Statt' aecch*. Quédate aquí, espérame y cuida del coche, voy a ver si me entero de algo.

El corpulento expolicía se apea del vehículo sin aguardar respuesta y se dirige hacia un local con el escaparate iluminado, quizá un bar. Al acercarse se

sorprende al ver que es una agencia de viajes. Jamás se habría imaginado encontrar este tipo de actividad en el pequeño pueblo de montaña.

—¿Se puede? —pregunta al entrar.

—Entre, entre —contesta una mujer de unos cuarenta años. Es rubia, con el pelo corto, y está sentada detrás de la pantalla de un ordenador.

—Oiga, perdone, estoy buscando a una persona que vivía por aquí. Es un hombre muy viejo, ni siquiera sé si vive aún... Tenía una casa, una especie de casa rústica, con un pozo y un establo. Muy aislada. Era un experto... un experto en hierbas, una especie de *magaro*.

—¿De *magaro*? —pregunta la mujer con aire escéptico—. ¿Qué significa eso?

—Bueno, verá... Significa mago, sensitivo... bueno, no exactamente... como ya le he dicho, preparaba brebajes con hierbas.

—Ah, una especie de médico homeopático —replica la mujer. Massacese nota que va vestida con elegancia y que tiene un bonito cuerpo, esbelto. En conjunto es muy atractiva, excepto por cierta dureza en la mirada y en las maneras.

—Bueno, yo no lo llamaría médico. En cualquier caso, ¿sabe de quién estoy hablando? Así no le hago perder tiempo...

La mujer reflexiona unos segundos.

—Creo que sé quién es, ¿sabe? Pero le advierto que no es un tipo que acepta visitas así como así...

—¡Ah! —exclama asombrado Leo Massacese—. ¿Ha entendido quién es y sabe que está vivo?

—Por lo que sé, sí. Sólo que, se lo repito, yo en su lugar no me acercaría mucho a ese sitio.

—Le agradezco el consejo, señora —replica el hombre—, es muy amable preocupándose por mí. Y lo sería aún más si me dijese cómo puedo llegar a la casa de ese *médico*.

La mujer parece reflexionar, como si se dispusiese a confesar un secreto a una amiga pero le frenase algo.

—Bueno, se lo diré —contesta al final—, pero usted tenga cuidado... Siga en dirección a Paspardo, debe recorrer unos cuatro o cinco kilómetros desde aquí. En cierto punto, después de una curva, encontrará un cruce que lleva a un camino no asfaltado, cerrado con una barra. No hay candado, levántela y siga unos cientos de metros más, en subida. La casa está al final. Pero, le advierto, es

propiedad privada, no sé si...

Massacese esboza una sonrisa.

—Disculpe, señora... ¿Por qué tiene tanto miedo?

—No, por nada... —contesta la mujer en tono defensivo—, es que, en fin... se rumorea, ¿sabe?

—No, no lo sé. Dígamelo usted.

—Si usted me dice antes por qué quiere ir allí.

—Porque un amigo quiere que lo acompañe.

—¿Por qué motivo?

—Dice que el viejo puede ayudarlo.

—Ah, entiendo. ¿Su amigo es fuerte? Físicamente, quiero decir...

—Bastante. ¿Por qué?

—No, por nada.

—De acuerdo, pero ¿y esos rumores? ¿Qué puede decirme?

—Lo siento, pero estaba cerrando, si tiene la amabilidad...

Massacese se queda atónito por unos segundos.

—Faltaría más —dice acto seguido sonriendo a la mujer—. Le agradezco la indicación y la charla.

—El cruce es ése —dice el expolicía doblando desde la provincial—. Tenemos que levantar la barra y subir la cuesta. Por fin podré probar ‘*ste madonn* de tracción integral, es de puta madre y Milán es demasiado llano.

—No es necesario —contesta Marco Tanzi. Es la primera vez que abre la boca desde que salieron de Milán. No ha respondido a una sola de las preguntas que Leo Massacese le ha hecho durante el viaje.

—¿Cómo que no es necesario?

—Iré a pie. Has pagado la deuda, Leo. Ya no me debes nada. Es muy probable que no volvamos a vernos.

—Estás jugando con fuego, *guagliò*, jovencito. ¿Qué esperabas encontrar en lo alto de esta montaña? Vuelve a Milán, intentaré que te admitan en una comunidad que...

Marco Tanzi abre la puerta y se apea del coche, interrumpiendo el discurso de su excolega. Salta la barra metálica y oxidada y empieza a subir la cuesta sin volverse.

Massacese lo observa unos minutos, iluminando el camino con los faros del

coche hasta que se adentra en el bosque. Se estremece al pensar en las tinieblas que no tardarán en engullirlo, cuando la luz de los faros ya no lo alcance. Pero luego piensa que a ese hombre no puede ocurrirle nada para lo que no esté preparado. Porque las tinieblas lo engulleron ya una vez, hace muchos años.

Leo Massacese hace una maniobra para invertir el sentido de la marcha y enfila la provincial en dirección al valle.

Quince

Marco Tanzi tarda una media hora en subir la cuesta que lleva de la provincial a la casa del viejo. Ha oscurecido ya, pese a que están a mediados de abril y los días siguen alargándose.

El sendero se interrumpe al final de la zona forestal, en un claro llano iluminado por la luna llena. La casa de labranza está justo en el centro. Es un edificio de piedra de dos pisos, con una escalera externa de ladrillos y un almacén en la planta baja. A un lado hay otro edificio, un depósito más reciente. Cuatro paredes de bloques agujereados sin enlucido y una cubierta de chapa ondulada.

En medio del pequeño claro, delante de la casa, hay un pequeño pozo de bloques de toba, coronado por una estructura de palos de madera que sostiene un cubo colgado de una polea.

Tanzi se dirige a la casa vacilando entre subir al primer piso o llamar a la puerta de la planta baja. Nota demasiado tarde el movimiento a su espalda y siente el cañón del fusil en la nuca.

—Quieto ahí. Ésta es una propiedad privada y no nos gustan las sorpresas.

El hombre que ha hablado debe de tener entre cuarenta y cincuenta años, su cuerpo es robusto, y es un poco menos alto que el expolicía. Viste un chaleco de ante sobre una camisa a cuadros de lana, y abraza la escopeta de caza de grueso calibre, con los cañones superpuestos. Un arma para cazar jabalíes.

—Dime quién eres y qué quieres. Y decide si prefieres marcharte a pie o dentro de un ataúd.

Tanzi se vuelve poco a poco hasta quedarse a unos cuantos centímetros del cañón de la escopeta, cara a cara con el hombre que lo está apuntando.

—Busco al viejo —dice con un hilo de voz.

—¿El viejo? Aquí no hay ningún viejo. Aquí vivo sólo yo y ya te he dicho que no me gustan los invitados. Así que es mejor que te vayas, deprisa.

Tanzi permanece inmóvil y lo observa con atención, tratando de examinarlo como solía hacer en una vida pasada, cuando era experto en interrogar sospechosos. El hombre tiene el pelo abundante e hirsuto, y la piel de la cara muy marcada, endurecida. El tipo de cara del que trabaja al aire libre todo el año. Sus ojos son pequeños y se mueven frenéticamente. El tono de su voz, el lenguaje de su cuerpo, delatan que está mintiendo.

—Ve a decirle al viejo que no me moveré de aquí hasta que haya hablado con él.

—Oye, especie de pordiosero —dice el hombre con la escopeta desplazando el peso de una pierna a otra—, puede que no hayas entendido que soy capaz de matarte como a un perro sin pensármelo dos veces. Para empezar procura...

Con un gesto fulminante, Marco Tanzi agarra los cañones de la escopeta con las dos manos y los tuerce con fuerza para desarmar a su agresor. Pese a que lo ha pillado por sorpresa, el hombre no suelta la presa y se ve obligado a girar la mano y el brazo en una posición forzada, pero el dolor que siente al hacerlo es lacerante y emite un gruñido rabioso. En el mismo momento que parte el disparo, que desgarrar el aire vespertino, Tanzi aferra con más fuerza los cañones y tira de ellos hacia arriba como si quisiera arrancar el arma de las manos del hombre. Después, con un movimiento opuesto, los empuja violentamente hacia el tipo, golpeándole el abdomen con la culata. Su adversario suelta la presa y Marco Tanzi lo golpea de nuevo. El hombre se desploma inconsciente.

Después de esta acción repentina, una fuerte sensación de náusea y mareo sacude a Tanzi. Apenas puede mantenerse de pie, deja caer la escopeta y se vuelve llevándose una mano al estómago, a continuación vomita la poca comida que ha ingerido durante el día. Permanece inclinado hasta que se vacía por completo. De improviso, nota que alguien lo está observando desde lo alto de la escalera. Alza la mirada y tarda unos segundos en enfocar la figura. Es un hombre delgado, con el rostro surcado de arrugas y el pelo muy blanco. Va envuelto en una suerte de manta y lo mira sin moverse.

—Tú... tú eres el viejo —dice Tanzi a duras penas—. Te necesito... debes ayudarme.

El hombre no responde, se limita a mirarlo fijamente. A Tanzi le parece entrever una especie de expresión socarrona en la máscara inmóvil que lo

escruta. Luego, con medio segundo de retraso, percibe la sombra a su derecha. El hombre de la escopeta se ha levantado y le da un puñetazo en la cara, tan fuerte como un mazo. En esta ocasión es él el que acaba en el mundo de los sueños.

Marco Tanzi recobra el conocimiento al cabo de unos minutos. Lo han abandonado en un viejo sillón de piel, en una especie de cocina rústica, con una chimenea encendida, una mesa de roble y varias ollas de cobre colgadas de la pared. Frente a él, sentado en una mecedora de madera, está el anciano que lo observaba antes desde la escalera.

Tanzi trata de recomponerse, combatiendo con los restos de la náusea, a la que se añade ahora un dolor de cabeza fulminante.

—Es la primera vez que veo a alguien sorprender a Biagio —dice el anciano—. Y dejarlo fuera de combate.

—No me gusta que me apunten con una escopeta a la cabeza —responde Tanzi.

—Me lo imagino. Y a nosotros no nos gusta que nadie entre por la noche en nuestra propiedad.

—Si hubiera tenido su número de teléfono lo habría llamado.

—Eso si tuviéramos teléfono. Pero bueno, creo haber entendido que me estabas buscando. Si quieres puedes decirme lo que querías antes de irte.

Tanzi se yergue, sentándose un poco mejor en el sillón. Debe hacer acopio de todas sus fuerzas para combatir el malestar que lo está torturando. Con el rabillo del ojo ve a su adversario en un rincón oscuro de la habitación. Está sentado en una especie de taburete, quizá un tronco, y aprieta con las manos la escopeta de caza.

—Necesito ayuda y sé que tú puedes dárme la.

—Querido amigo —contesta el viejo—, sea cual sea la ayuda que necesitas te aconsejo que acudas a una buena clínica. O a un psiquiatra, a una asociación de voluntarios... ¿Por qué has venido hasta aquí?

—Sé que puedes ayudarme —lo interrumpe Tanzi—. Conocí a una persona... yo era policía... Se llamaba Salvi, ¿te acuerdas de él? Fue... hace casi veinte años.

—Amigo mío —replica el viejo—, incluso en el caso de que me estés diciendo la verdad no puedo ayudarte. Tengo noventa y dos años, ya no me

interesan esas cosas.

Marco Tanzi apoya una mano en el pecho, palpando el anorak. Rebusca en un bolsillo interior y saca una fotografía, que tiende al hombre. Moviéndose al ralenti, éste la coge y la mira.

—Es mi hija —explica Tanzi—, desapareció hace una semana y no la he visto desde hace diez años. Tengo que encontrarla, es la última cosa que quiero hacer en la vida. La única que cuenta.

El anciano observa el rostro risueño de la chica que aparece en la foto arrugada, luego mira de nuevo a Tanzi.

—¿Por eso quieres que te ayude? ¿Por ella?

—Creí que podría arreglármelas solo, pero me equivoqué. Debes ayudarme.

Con la misma lentitud de antes, el viejo devuelve la foto a Tanzi y permanece absorto unos segundos.

—Si recuerdas la historia de hace veinte años recordarás también cuáles son los riesgos.

—Sí —se apresura a responder Marco Tanzi—, lo sé. Sé todo, pero me da igual, estoy dispuesto a correr el riesgo.

—¿Y si mueres? ¿Quién buscará después a tu hija?

—En estas condiciones no puedo hacer nada por ella. Necesito volver a ser el de antes.

—¿Y crees que podrás hacerlo cogiendo un atajo? Te equivocas, amigo mío, los atajos no existen. Sólo existe la sangre, el dolor, las lágrimas.

—No me asusta el dolor —asegura Tanzi.

—Es posible. Físicamente eres fuerte, lo sé. Tienes un objetivo, y también esto es importante. No obstante, te falta humildad y sin humildad no te liberarás de tus monstruos. Lo siento, amigo mío, no puedo hacer nada por ti.

El hombre con la escopeta se levanta y da un paso hacia ellos.

Marco Tanzi no sabe qué hacer. Es consciente de que si vuelven a pelear él se llevará la peor parte, se siente demasiado mal. Sin contar con que ahora su adversario lo conoce y estaría más atento.

—Te lo ruego, yo...

—No —lo ataja el viejo—. Vete. Vuelve por donde has venido.

Al día siguiente, el viejo se despierta a las cuatro y media de la madrugada, como siempre. Sus gestos cotidianos son rituales, casi mecánicos, dictados por

una costumbre consolidada hace décadas. Para empezar se dedica a sus ejercicios físicos, una serie de posiciones de Ba Gua Zhang, una disciplina oriental a caballo entre el arte marcial y la meditación. Al cabo de poco menos de una hora realiza unas abluciones con agua rigurosamente fría. Por último, se dirige a la cocina, donde prepara la infusión de hierbas que suele acompañar con pan seco. Mientras consume su frugal desayuno se abre la puerta. Es Biagio.

—Padre, fuera hay algo que debes ver.

El viejo no hace ninguna pregunta. Se levanta echándose el abrigo de lana burda a los hombros. Se asoma a la barandilla de la escalera y lo ve abajo, justo en el centro de la explanada.

Marco Tanzi está completamente desnudo, arrodillado en el suelo, con la cabeza inclinada hacia delante y los brazos extendidos a lo largo del cuerpo. Su ropa está doblada a un lado. No habla ni se mueve, exceptuando el temblor que lo sacude con violencia. Frío, fiebre y delirio causados por la incontrolable dependencia del alcohol. Ha pasado la noche así, desnudo e inmóvil.

El viejo lo mira unos minutos, después se vuelve hacia el hombre que lo considera un padre.

—Prepara la habitación. Empezamos hoy.

—Es un hombre peligroso. No sé si...

—Haz lo que te he dicho. Está decidido.

Dieciséis

—¿Cómo que se marchó ayer? Cristo, os dije que me avisarais en cuanto sucediera algo. —Luca Betti no logra creérselo. El joven médico del San Raffaele Turro le acaba de decir que Marco Tanzi se escapó hace más de veinticuatro horas.

—Cálmese, señor Betti, creía que no estaba localizable... eso fue lo que me dijo su mujer.

—¿Mi mujer? —exclama Betti estupefacto—. ¿Me está diciendo que mi mujer estuvo aquí?

—Exacto, ayer por la mañana. Vino en su nombre para ver si había alguna novedad, quiso ver al paciente unos minutos y luego se marchó.

—Pero ¿no lo habían inmovilizado? En fin, ¿cómo pudo escapar?

—Mire, eso mismo nos preguntamos nosotros. Es evidente que logró desatar una de las correas. Nunca había sucedido, nos ha dejado de una pieza.

—¿Se llevó algo?

—¿Cómo dice, perdone? ¿A qué se refiere?

—¿A Marco Tanzi, por el amor de Dios! —dice el policía alzando la voz, está visiblemente alterado y no hace el menor esfuerzo por ocultarlo—. Sólo contésteme, ¿se llevó algo del hospital? ¿Dinero, medicinas?

—No, él... bueno, por lo visto sólo cogió un uniforme de enfermero y un anorak. Eso es todo.

Luca Betti reflexiona. Su excolega no puede haber ido muy lejos vestido de esa manera y sin una perra.

—Escúcheme, quiero saber cuánto tiempo tardaron en darse cuenta de que Tanzi se había marchado después de la visita de mi mujer.

—Ah, bueno... —El médico trata de reconstruir temporalmente los acontecimientos del día anterior—, digamos que un par de horas. Puede que tres.

El policía está seguro de que Elisa, su mujer, liberó a Marco Tanzi de las correas que lo tenían inmovilizado. No consigue explicarse la razón de ese gesto, y el hecho lo turba.

—En cualquier caso —dice el médico joven intentando cambiar el tono—, es inaceptable que se presente aquí dando órdenes y gritando. Somos unos profesionales competentes y no podemos...

—¡Calla ya, idiota! —ruge Betti, antes de salir de la unidad dejando al médico boquiabierto.

Al cabo de media hora el policía entra en jefatura, en el *open space* de la unidad Investigativa. Es casi mediodía y está exhausto: salió de Roma al amanecer, después de la enésima noche insomne. Se sienta a su escritorio tras saludar distraídamente a un par de colegas, y trata de pensar mientras pone un poco de orden en el caos de carpetas que cubren su puesto de trabajo.

—¡Ah, Luca, ya has vuelto! —El inspector Carlo Martino lo saluda dándole una palmada en la espalda, que lo saca del remolino de pensamientos en que se había sumido.

—¡Carlo! Sí, he salido pronto... la verdad es que estoy muerto.

—¿Novedades sobre la chica? ¿Los colegas de Roma tienen alguna idea?

—No, nada en especial. De todas formas, están trabajando bien, hablé con la encargada de la investigación, es buena, sabe moverse. Sólo nos queda esperar y confiar.

—Ya, ya... sea como sea, escucha, he hecho las averiguaciones que me pediste.

—¿Averiguaciones? ¿Sobre qué...? —Luca Betti recuerda de repente que pidió a su colega noticias sobre el caso Baraldi, el mismo del que hablaba Marco Tanzi en su delirio—. ¿Qué has descubierto?

—Bueno —dice Carlo Martino cogiendo una silla con ruedas y sentándose a su lado—, no ha sido fácil. Imagínate, con el lío que hay en el archivo, me tiré toda la tarde entre papelorios. De cualquier manera, es un caso de hace diecinueve años. Dina Baraldi era una prostituta originaria de Módena a la que encontraron muerta cerca de los Navigli, la torturaron y luego le dieron una buena paliza. Quemaduras de cigarrillos, cortes, latigazos...

—Sigue —dice Betti suspendiendo sus pensamientos para concentrarse en el relato.

—Bueno, en el curso de la investigación apareció un testigo, un tal Rino Salvi, mendigo y alcoholizado. Mientras dormía en un rincón oscuro, bajo un cartón, vio que un hombre descargaba el cadáver del maletero de un coche y escribió en la mano parte de la matrícula. Durante la instrucción salió a la luz que el sospechoso era hijo de una familia acomodada, los Lanfranchi. Un tipo del Milán *yuppy* y otras gilipolleces por el estilo. Veinticuatro años, intachable, el padre era asesor fiscal de la gente bien y la madre una heredera, propietaria de un par de tiendas de moda en el centro. Su abogado tardó como mucho media hora en desmontar la tesis de la acusación, demostrando que el testigo era poco fiable, dado que padecía alcoholismo crónico.

—Sigue —lo exhorta Betti.

—Pues bien, dada la escasa credibilidad del único testigo, soltaron a esa alimaña a la espera del proceso. Entretanto, el borracho no paraba. Era un antiguo profesor universitario que había caído en desgracia por deudas de juego. El testimonio se convirtió para él en una cuestión de vida o muerte, la ocasión que estaba esperando para rehabilitarse y recuperar la dignidad. Desapareció unos meses sin dejar rastro. Pero, quince días antes de la audiencia, volvió a dar señales de vida. Se presentó afeitado, limpio y en plena posesión de sus facultades mentales. Se sometió a una serie de análisis que acreditaron la drástica reducción de la cantidad de alcohol presente en la sangre. En pocas palabras, en el tribunal declaró de forma impecable, dando todo tipo de detalles y sin divagar. Identificó al sospechoso en una rueda de reconocimiento y respondió al fuego cruzado de preguntas del abogado de la defensa sin mostrar la menor vacilación. Moraleja: Lanfranchi acabó en la cárcel y el exborracho, que se había rehabilitado por completo, empezó a trabajar como empleado en un asilo de ancianos.

La historia deja perplejo a Betti. Le parece recordar vagamente el caso, pero sólo de oídas.

—¿Y el viejo? ¿Quién es? ¿Qué tiene que ver con esta historia?

—Ahora llego a eso —contesta Martino—. Al ser interrogado por el colega que se ocupaba del caso el testigo declaró que había logrado desintoxicarse en tan poco tiempo gracias a una especie de experto en hierbas, un antiguo médico que había vivido muchos años en Oriente, después de que lo expulsaran del colegio por haber experimentado tratamientos alternativos no autorizados.

Cuando lo presionaron Salvi reveló también que el tratamiento era peligroso. De hecho, el porcentaje de supervivientes era inferior al cincuenta por ciento. El colega era testarudo y quería ir hasta el fondo, así que empezó a investigar. Logró llegar hasta el viejo que, según parece, vivía en la montaña, en la provincia de Brescia. Trató por todos los medios de saber algo más, pero tropezó con el silencio absoluto de los lugareños. Algo que uno imagina que puede suceder en Sicilia, pero no en Val Camonica, desde luego...

—¿Qué colega siguió el caso?

—Leo Massacese. Investigó durante varias semanas, pero no sacó nada en claro. Al final tiró la toalla, en parte porque sin una confirmación faltaban los presupuestos para seguir adelante. El mismo Salvi, después de las revelaciones iniciales, se encerró en un mutismo total y negó todo lo que había declarado con anterioridad.

—Ya —dice Betti—. Y supongo que, además, a algún juez no le apetecía mucho que se reabriese el caso, con el consiguiente el riesgo de que un príncipe del foro encontrase una sutileza legal que permitiese salir a Lanfranchi.

—Exacto. En cualquier caso, en jefatura se siguió hablando del caso durante cierto tiempo. Además, al cabo de unos meses asignaron un joven inspector a Massacese. ¿Adivina quién era?

—Marco Tanzi.

—¡Bingo! Ahí es donde puede tener algo que ver tu excolega. Quizá Massacese le contó lo sucedido.

Luca Betti reflexiona.

—¿La dirección del viejo figura en el expediente?

—No, la investigación sobre él fue cosa de Massacese, he averiguado lo que te estoy contando a través de las notas que olvidó en el *dossier* del caso Baraldi y gracias a los recuerdos de un par de colegas ancianos. Leo Massacese, como sabes, se jubiló después de la disolución del grupo especial de Gherardi.

—¿Has intentado hablar con él, por casualidad?

—Sí, ayer, pero no lo encontré. No estaba en casa y su mujer se negó a darme el número de móvil.

—¿Y Rino Salvi, el testigo? ¿Qué fue de él?

—Murió hace cinco años de un tumor en el colon.

—Cristo. De acuerdo, Carlo, has hecho un magnífico trabajo. Intentaré ponerme en contacto con Massacese. Andrea Gherardi debería tener sus datos, son muy amigos. O, al menos, lo eran.

Diecisiete

La habitación es, en realidad, una celda situada en la planta baja de la casa de labranza. En un local de cuatro metros por diez se ha dispuesto una sección, más o menos cuadrada, delimitada por tres paredes y una reja. El suelo y los muros están alicatados de blanco, y del techo, altísimo, cuelga una bombilla que ilumina el ambiente. El mobiliario se reduce a un camastro, una manta fina y una colcha. La instalación sanitaria consiste en un recipiente de acero, sin tapa y bien fijado al pavimento, una llave de paso, un cubo y una descarga en el suelo.

Marco Tanzi entra acompañado del viejo y de Biagio. Aún está desnudo y sigue temblando de frío. La cabellera larga y la barba han desaparecido gracias a una cortadora de pelo profesional. En el cráneo ahora asoma un vello de un par de milímetros de largo. La palidez cadavérica de la cara, que no se expone a la luz desde hace varios años, destaca respecto al resto de la piel.

—Tendrás que superar solo las primeras veinticuatro horas —dice el viejo—. Mañana empezaremos el tratamiento. Debes saber que sólo hay dos formas de salir de esta celda. Curado o muerto. En uno y en otro caso las posibilidades son idénticas. ¿Eres consciente?

—Sí —responde Marco Tanzi ovillándose en el camastro en posición fetal.

—Bien —concluye el viejo—. No servirá de nada que grites, pidas ayuda o te quejes. Nos volveremos a ver dentro de veinticuatro horas y te suministraré la primera infusión.

Marco Tanzi asiente con la cabeza, mientras siente que su temor se acentúa y se transforma en una especie de descarga eléctrica que le atraviesa todo el cuerpo, obligándole a moverse de forma brusca e involuntaria.

El viejo y su ayudante cierran la reja haciendo saltar dos veces el cerrojo de

seguridad. Acto seguido abandonan la habitación dejando al policía a solas con sus demonios.

Las primeras horas transcurren en el delirio inducido por la fiebre alta. Tanzi se refugia bajo la manta para que no se disipe el calor corporal. No obstante, en cierto momento, además de la fiebre y el cansancio siente una necesidad primordial, incontrolable y absoluta. Beber.

El expolicía encuentra la fuerza necesaria para levantarse del camastro, se arrastra hasta la reja e intenta sacudirla. La estructura, sólida, no parece ceder un milímetro. Mira alrededor sin saber siquiera qué debe buscar. Abre el grifo y un poderoso chorro de agua gélida empieza a llenar el cubo de chapa. Coge un poco con las manos juntas y se la echa en la cara para aclararse las ideas. Luego se tumba de nuevo en el camastro con la esperanza de poder conciliar el sueño, consciente de que no podrá hacerlo en las próximas horas.

Al cabo de un tiempo que no logra cuantificar, abre otra vez los ojos. Está empapado de sudor, siente punzadas de dolor en todos los músculos del cuerpo. Intenta ignorar el sufrimiento, se esfuerza por recuperar la lucidez, por razonar.

Entonces los ve.

Están invadiendo la habitación, lentamente, a través de las grietas que se han formado en la pared alicatada. Unas grietas negras, de un grosor de dos dedos, que antes no estaban. Deben de haberse abierto durante el sueño. Se arrastran por las paredes inmaculadas, poco a poco, con el evidente propósito de ocupar todos los espacios blancos de las paredes y el suelo, de inundar toda la superficie de la habitación y agredirlo por la espalda para devorarlo. Son unos gusanos gigantes. Negros, famélicos. No tienen ojos, en su hocico sólo destaca una grotesca dentadura que se mueve rítmicamente, como si estuviera preanunciando que sus músculos, su piel, sus huesos, van a ser masticados. Marco Tanzi se tapa las orejas con las manos y cierra los ojos, se acurruca en un rincón del camastro, aterrorizado por la idea de que esos animales viscosos e inmundos puedan profanar su cuerpo, nutrirse con su carne. Los ve masticando ya, sin parar, con unos dientes minúsculos y agudos, afilados como navajas, manchados con su sangre.

El terror se hace insoportable. Marco Tanzi grita. Grita con todo el aliento que tiene en la garganta y toda la desesperación que tiene en el alma. Grita hasta que tiene la impresión de que el corazón le estalla en el pecho. Grita durante minutos, horas, un tiempo en apariencia infinito, hasta que la voz lo abandona, las fuerzas flaquean y la respiración se entrecorta. Al final pierde el

conocimiento, cae rodando del camastro, y su cabeza golpea el suelo.

Dieciocho

Luca Betti. Milán. Hoy

Son casi las cuatro de la tarde, Elisa volvió del trabajo hace un par de horas. Espero en el coche, debajo de casa, hasta que veo a Sara salir con el *scooter*. La mochila de la piscina a la espalda, el pelo rizado asomando por el casco blanco. Con ella hablaré en otro momento, quizá en un par de días. Sólo puedo escalar una montaña a la vez.

Abro la puerta y Elisa sale de la cocina secándose las manos con un trapo.

—Ah, eres tú. Has vuelto.

Sale a mi encuentro sonriendo y me besa en una mejilla. Noto que se esfuerza por parecer cordial, afectuosa, pero enseguida se da cuenta de que algo va mal.

—¿Novedades sobre Giulia? —me pregunta.

—Por desgracia no, pero los colegas están haciendo todo lo posible.

Ella asiente con la cabeza. Permanecemos en silencio y la tensión entre nosotros, el peso de los sobrentendidos, es tan insoportable que tengo la impresión de estar bajo una prensa.

Decido ir directo al grano, es la única forma.

—Me voy de casa —digo—, al menos por una temporada, necesito aclarar las ideas.

No se lo toma bien, palidece, como si la sangre hubiese abandonado en un segundo su cara.

—¿Qué? Te marchas... Pero ¿por qué? ¿Por Marco? ¿Porque estuve en el

hospital? No sé qué me ocurrió, Luca, te lo juro, sólo quería decirle que ahora somos felices y que no puede volver de buenas a primeras a arruinarnos la vida. Lo hice por ti, por nosotros dos.

Estamos parados en la puerta de entrada, como si esta casa no fuera nuestra y no lleváramos diecisiete años casados. Como si no estuviera locamente enamorado de ella, tan enamorado que en este momento la odio con todas mis fuerzas por haberme transformado en lo que soy, por lo que nos ha condenado a ser.

—No es por Marco, Elisa. Bueno, puede que sí, en parte por él, pero no sólo. Hace mucho tiempo que estamos ocultando ciertas cosas... Los dos somos infelices. A pesar de que nos queremos. —En realidad, sé que ella no me quiere en absoluto, sólo lo he dicho para hacerle una concesión. Como siempre.

—No, Luca, pero ¿qué estás diciendo? Te lo ruego, ven aquí, parémonos un momento...

Me coge la mano, me arrastra hasta la sala. Me gustaría resistirme, pero me parece absurdo quedarme aquí de pie, rechazarla. A fin de cuentas, no cambia nada, mi decisión de ir hasta el final es inexorable.

Nos sentamos en el sofá, ella me tiene la mano, me la estrecha.

—Luca, debemos dedicar más tiempo a nosotros, hacer unas vacaciones solos. Sara ya es mayor...

—Me he acostado con Flavia. En Roma.

Es como si el tiempo se detuviese, como si el espacio se desgarrase de improviso y nos encontrásemos en otra dimensión. Su cara se convierte en una máscara y en sus ojos percibo algo rayano en el odio.

—Sucedió por casualidad —prosigo sin darle tiempo a replicar—, no fue ni premeditado ni bonito para ninguno de los dos. Y nunca se repetirá. —Estoy cediendo, estas justificaciones no estaban previstas, son superfluas.

Retira la mano, desvía poco a poco la mirada y fija un punto abstracto delante de ella, como si pretendiera reagrupar sus ideas.

—Pero no se trata de eso —continuo—. He pensado, he comprendido que en todos estos años no hemos hecho sino fingir. Desde tu relación con Marco. La crisis, los llantos, la terapia de pareja. Todo me parece una farsa. Sé que no soy el hombre que querías.

Se vuelve de golpe hacia mí. Ahora ya no me cabe ninguna duda, su expresión es de odio.

—¿Por eso te tiraste a esa puta? ¿Para vengarte? Y dime, ahora que me la has

hecho pagar, que te has vengado de tu amigo, ¿estás contento?

Mantengo la calma, pese a que no es fácil. Puede que no tenga otra ocasión de decir lo que pienso.

—No fue eso, no debo vengarme de nadie. Tenía ganas, ella también, eso es todo. Quizá sea lo mismo que os sucedió a Marco y a ti hace diez años. Os apetecía y lo hicisteis. Sólo que entre vosotros funcionó mejor y duró varios meses, aunque siempre lo hayas negado. Recuerdo perfectamente cuando empezaste a cambiar, cuando parecía que tu mirada me atravesaba. Y recuerdo cómo lo mirabas a él. Sucedió aquí, hacíais el amor en nuestra casa, mientras nuestra hija estaba en el colegio y yo en el trabajo. Mi mujer y mi mejor amigo.

—Adelante, vamos —estalla ella—, sigue, sigue vengándote, ensañándote. Es lo único que quieres, lo que te has guardado durante todos estos años. Te pedí perdón de rodillas, lloré como una descosida, comprendí que me había equivocado. Pero mi arrepentimiento no significa nada para ti. Durante todos estos años no has esperado otra cosa: apuñalarme por la espalda y marcharte. ¿Por qué no lo hiciste enseguida? ¿Por qué no te fuiste hace diez años?

—Porque te quiero. Te quiero demasiado y la mera idea de dejarte me partía el corazón. Preferí hacer como si nada, engañarme pensando que podríamos empezar de nuevo, reconstruir nuestra relación. Ahora, en cambio, he comprendido que se ha acabado. —Otra mentira. Lo comprendí hace muchos años, pero me quedé de todas formas por la familia. Por Sara.

—¿Y cuántas veces me has engañado en estos años? ¿Cuántas? ¿Diez? ¿Cien? Yo, desde entonces, siempre te he sido fiel...

Estoy a un tris de decirle que ayer fue la primera vez. Aunque, a decir verdad, no puedo olvidarme de las prostitutas. Recurría a ellas cuando no soportaba más sus rechazos, antes de que empezásemos la terapia de pareja. Me gustaría decirle que estuve con esas mujeres porque la quería. Que comprendiera que si me sometí a esa miseria, a esa humillación, fue sólo porque la quería como un loco y me preocupaba que mis necesidades sexuales nos obligaran a romper, me alejaran de ella y me empujasen a enamorarme de otra mujer. Una a la que le gustaran mis caricias, el contacto con mi cuerpo, una que sintiese placer haciendo el amor conmigo. Pero prefiero callar sobre esto, no quiero poner otra arma en sus manos.

—Oye, Elisa. Podemos quedarnos aquí echándonos cosas a la cara, haciéndonos daño, los dos tenemos la posibilidad de hacerlo, puede que incluso el derecho. Porque, a fin de cuentas, obligándome a aceptar esta ficción tú

también te has sacrificado. Yo también soy culpable, igual que tú. No obstante, ahora he comprendido que no puedo seguir adelante, lo siento. Es como si se hubiera disipado la niebla, veo en qué nos hemos convertido y, pese a ello, sigo queriéndote... es más, puede que lo haga justo por eso, no puedo seguir aceptando esta farsa. Perdona, pero es así. Sara es mayor, lo comprenderá. Hablaré con ella. Si quieres, al menos durante unos días puedes decirle que estoy de viaje por trabajo, así, quizá, podremos encontrar las palabras adecuadas, saber lo que hay que decirle para que entienda la situación.

—Luca, escucha... —Ahora ha cambiado de expresión—. Te lo ruego, no echemos por la borda diecisiete años. Hemos sido felices, intentemos volver a empezar por las cosas bonitas y construyamos algo a partir de ellas. Empecemos de nuevo. Has dicho que me quieres, yo también te quiero, créeme, no quiero perderte. Somos una familia, piensa en Sara, piensa...

Mientras habla me vuelve a la mente una frase que oí en una película. Una película de Mastroianni, de hace muchos años. Es una frase que se me quedó grabada, que me ha torturado como una especie de mensaje subliminal, como el presagio de lo que me iba a suceder. De forma inconsciente sabía que estaba destinado a pronunciarla un día, que se adaptaría como un guante a mi situación. Y que después de decirla me iba a sentir solo, indefenso. Desnudo. Con todo el peso de una vida equivocada sobre mis hombros y las consecuencias de mis errores ante mis ojos.

—Elisa —le digo—, creo que las épocas terminan así, de repente. Y para mí nuestra época termina hoy.

Diecinueve

Marco Tanzi. Milán, hace diez años

Estoy sentado en el bordillo de cemento, en el borde de la carretera. El policía uniformado aprieta con nerviosismo la culata del mitra, mientras su colega se ocupa del tráfico agitando la señal reflectora. Por suerte, en este tramo de la provincial no pasan muchos coches a las dos de la madrugada. Mi Lancia Delta se volcó después del enésimo derrape e invadió el carril de la izquierda. De cuando en cuando me abofeteo, solo, tratando de disipar la niebla que me ofusca el cerebro y me impide razonar. Pero no funciona, porque los efectos del cóctel de cocaína y vodka son más fuertes.

Tengo la impresión de llevar un siglo sentado aquí cuando, por fin, llega el coche que estaba esperando. Un Fiat Marea Station Wagon, de color verde metalizado. ¿Cómo coño se puede viajar en algo tan horrible?

Luca se apea al vuelo, mira mi coche, o lo que resta de él, y a continuación se pone a hablar con el colega de Tráfico a la vez que le enseña su distintivo. El hombre le señala la dirección y Luca se encamina apretando el paso hacia mí, con una expresión que no hace presagiar nada bueno.

—Por fin has llegado —le digo—, un minuto más y Pecos Bill me habría fustigado.

—Marco... pero ¿qué cojones has hecho? —Me aferra un brazo y me ayuda a levantarme—. ¿Estás herido? —me pregunta—. ¿Tienes algo roto?

—Todo está en su sitio —contesto—, sólo tengo un poco de náusea. Debo de haber comido algo pesado esta noche, creo que no he digerido... Y pensar que

sólo he bebido agua con gas...

La broma no le divierte. Se vuelve hacia el colega uniformado, que nos mira cabreado, y le enseña también el distintivo.

—Soy Betti, inspector de la Anticrimen.

—Oiga, inspector —lo agrade el tipo—, su amigo está borracho como una cuba. Puede que se haya drogado también. Es un milagro que no haya matado a nadie y que no se haya dejado el pellejo. Lo siento, pero en un caso así no puedo hacer la vista gorda, tengo que redactar el informe.

—Escucha —le contesta Luca bajando la voz, como si quisiera que yo no lo oyera—, sé que debéis cumplir con vuestro deber, pero se trata de un colega... uno de los mejores. Se llama Marco Tanzi, ¿su nombre no te dice nada? ¿Recuerdas lo que ocurrió hace un par de meses, el tiroteo en el desguace?

—Sí, sé quién es su amigo, pero, por desgracia, no puedo...

—Espera —insiste Luca valiéndose de todo su atractivo—, no te estoy pidiendo que no hagas el informe. Sólo que no digas que estaba colocado. Olvida el test. Por favor, si lo haces está acabado, tiene un proceso pendiente y no puede fallar justo ahora.

—Bueno, pues si no puede fallar no debería conducir a doscientos por hora y en ese estado por una carretera en la que el límite es setenta.

—Tienes razón, escucha, te diré lo que haremos. Ahora me lo llevo y le quito el permiso. No le dejaré conducir hasta que no se haya desintoxicado, tienes mi palabra.

—Lo siento, pero no creo que... —El tipo uniformado se hace el escurridizo, le gusta hacerse de rogar.

—Oye, si me haces este favor estaré en deuda contigo. Podrás pedirme lo que quieras, cualquier favor. Tengo buenas relaciones con tu jefe de división y también con el de la policía. En el fondo se trata de lanzar un salvavidas a un colega que está con el agua al cuello... ponte en su lugar, imagínate lo que ha sufrido. Te lo repito, yo asumiré toda la responsabilidad.

El muy canalla vacila aún un poco, desvía la mirada, resopla, pero al final concede la gracia.

—De acuerdo, inspector. Pero se lo advierto, si su amigo vuelve a pasarse acabará en chirona. Podemos hacer la vista gorda una vez, dos no. Y el permiso me lo quedo yo, no quiero tener ningún muerto sobre la conciencia.

—De acuerdo, gracias —dice Luca—. No lo olvidaré.

Sé lo que mi amigo está pensando en realidad. Que ese mariconcete

uniformado puede irse a que se la metan por cierto sitio. Con todos los arrestos que hemos hecho en los últimos cinco años debería, como mínimo, sacarle brillo a los zapatos con la lengua en lugar de tocarle los huevos de esa forma.

Luca le da su tarjeta de visita y dice algo a propósito de una grúa remolque y de un depósito. Luego vuelve a mi lado, mirándome de través.

—Vamos —me dice a la vez que me coge de un brazo—, ven conmigo.

Al cabo de dos horas estamos en su casa. Me he bebido, al menos, un litro de café, he echado las entrañas y me he dado una ducha fría de veinte minutos. Aún me queda mucho para estar sobrio, pero, al menos, he recuperado algo de lucidez. La mujer de Luca quería levantarse, pero él insistió en que se quedara en la cama. Quizá no quería que me viera en este estado.

—En pocas palabras, ¿me estás diciendo que no tienes adónde ir? —me pregunta.

—Pues sí. Esta semana he dormido en el coche, pero ahora que me lo han secuestrado...

—¡Cristo, Marco! Déjame llamar por teléfono a tu mujer, a lo mejor consigo...

—No, olvídalo. En cualquier caso, no pienso volver a casa. No quiero que Giulia vea a su padre en este estado. Además, estoy harto de reñir con Flavia. Ya no tenemos nada que decirnos, como mucho nos gritamos, nos tiramos cosas, nos insultamos. Antes, después de reñir follábamos y las cosas se arreglaban así, pero hace tiempo que ni siquiera eso funciona.

—¿Cómo vas de dinero? —pregunta Luca—. Puedo prestarte algo, te instalas en un motel y...

—Oye, no te preocupes, de verdad. Encontraré algún sitio. En este momento es el último de mis problemas.

—Ah, ¿en serio? —pregunta Luca—. ¿El último de tus problemas? ¿Y cómo carajo piensas afrontar tus problemas? ¿Metiéndote droga de mala calidad y bebiendo todo el alcohol de mierda que pillas por ahí?

—Bueno, dado que no me puedo permitir la droga buena y el vodka de cien euros...

Una vez más, no parece apreciar mi sentido del humor.

—De acuerdo, hagamos una cosa... Te quedarás aquí, en el estudio, unas semanas. Pero debes prometerme que no beberás ni saldrás a buscar droga. Estás

en mi casa, Marco, con mi familia, y no te permitiré que superes ese límite. ¿Está claro?

—No, olvídalo. Ya te he dicho que encontraré algo, no creo que...

—¡Hostia ya! —grita Luca. Tan fuerte que estoy seguro de que ha despertado a su mujer y a su hija. ¿Cuántos años tendrá ya la pequeña Sara? Al menos cinco... no, seis. Recuerdo que hace unos meses se hablaba de que acababa de empezar la primaria—. Pero ¿es que no ves cómo estás, Marco? ¿Te das cuenta de la que has organizado en sólo dos meses? Estás suspendido y procesado, corres el riesgo de perder tu puesto y, ¿qué coño te dedicas a hacer? Decides perder también a tu familia y pasar el tiempo colocándote como si fueras un capullo de veinte años. ¿Quieres entender de una vez que sólo saldrás de este lío si tratas de recuperarte? Hazlo por tu hija, por Giulia. ¡Y también por mí, caramba! ¿Somos o no somos amigos?

Le sonrío, me enterece la perseverancia con que se empeña en creer en un concepto como la amistad, el esfuerzo que hace para salvarme. No se da cuenta de que a estas alturas vivimos ya en universos paralelos, a años luz de distancia.

—Está bien, Luca, venga, me has convencido, acepto. Pero sólo serán un par de semanas, el tiempo de restablecerme y de buscar otra cosa.

Parece calmarse, he tratado de decirle lo que quería oír.

—Bien. Ya era hora. En todo caso —reinicia—, una de las prioridades es arreglar las cosas con Flavia. Le diré a Elisa que hable con ella, que prepare el terreno. Tu mujer te quiere y tú también la quieres, al igual que adoras a tu hija. Tienes que presentarte en el proceso en plena forma, mostrando lo mejor de ti. Las condecoraciones y los encomios, además del apoyo de tu familia. Yo me estoy ocupando de nuestros colegas, muchos te defenderemos a capa y espada. ¡Lo conseguirás, Marco, ya lo verás!

Lo conseguiré. Sí, claro. Asiento con la cabeza sonriendo. Pero por el momento mi problema, lo que de verdad me interesa, es cómo procurarme una decena de gramos de cocaína. Quizá podría pedir un préstamo a Elisa, dado que, según parece, voy a estar en casa con ella. Me inventaré una excusa. La conozco: si encuentro la fuerza y la concentración necesarias para follar con ella como se debe, no se podrá negar.

Veinte

Claudio Barbagallo es un instructor de defensa personal de treinta y nueve años. Físicamente es el prototipo del atleta ascético de artes marciales: cráneo afeitado, bigote filiforme, cuerpo enjuto y bien modelado. En realidad, es una persona risueña y expansiva, amante de los *happy hour* y de la buena cocina, músico, poeta, y gran animador de fiestas y convites. Luca Betti lo conoció hace un año, cuando empezó a frecuentar el curso avanzado de *close combat* con la intención de desempolvar sus viejos conocimientos de karate deportivo que, hará unos diez años, le habían valido el cinturón marrón. Entre los dos surgió de inmediato una bonita amistad, hecha de cenas, aperitivos, veladas en el cine o en conciertos de música con las respectivas compañeras. La de Claudio es una psicóloga divorciada. Antonella es una mujer fascinante que, al igual que él, expresa su talento artístico de varias formas, enseñando, por ejemplo, danza del vientre. Unos cursos que la mujer de Luca Betti trató de frecuentar durante unos meses antes de decidir que no, que no le iban nada.

—¡Por favor! ¡Acomódate, como si estuvieras en tu casa! —dice Claudio al abrir la puerta de su piso. Es un apartamento de dos habitaciones a varias travesías de distancia del de Betti, siempre en la zona Lambrate.

—Gracias, Claudio —contesta el policía arrastrando una bolsa grande de tela de la marca Samsonite. Ha cogido a toda prisa la mayor parte de su ropa interior más una decena de camisas, dos pares de vaqueros y unas cuantas chaquetas deportivas. Completan el equipaje un par de zapatos de recambio y el neceser para la higiene personal, que siempre está preparado por si tiene que salir de improvisado de viaje.

—Ya conoces la casa —prosigue su anfitrión—, sin cumplidos. Las sábanas

están limpias, en el armario encontrarás las de recambio y las toallas.

—Perfecto. En cualquier caso, te repito que no será por mucho tiempo. Unos cuantos días, lo justo para entender cómo instalarme y...

—¡Vamos, Luca, ya te he dicho que no me molestas, en absoluto! A estas alturas vivo ya prácticamente en casa de Antonella. Ah, en la cocina encontrarás agua mineral y cerveza en abundancia. Por desgracia, no mucho más, hace siglos que no hago la compra. Pero supongo que da igual, ya conoces el Esselunga de la esquina.

Luca Betti piensa en todas las veces que ha ido a ese supermercado con su mujer y su hija. Recuerda que cuando tenía tres años, Sara se divertía metiéndose en el carrito de la compra, y que a él le encantaba transportarla de esa forma.

Claudio se da cuenta de que ha metido la pata y trata de cambiar de tema.

—Oye, Luca, si Sara quiere venir a estar un poco contigo en el estudio hay un sofá cama. Si, en cambio, quieres traerte a una mujer, recuerda que debe acompañarla una amiga que esté buena, ¡luego me llamas y organizamos una buena orgía!

Luca Betti deja la bolsa en el suelo y lo mira con una sonrisa amarga en la cara.

—Vamos, vamos, era broma —le dice Claudio dándole una vigorosa palmada en la espalda—. Ahora no le des demasiadas vueltas, quizá se arregle todo en poco tiempo. En la nevera hay varias botellas de Faxe de un litro, te pillas una buena cogorza y luego a dormir.

—Consideraré la idea —responde Betti estrechando la mano de su amigo.

Cuando se queda solo se siente invadido por una tristeza infinita. Trata de no pensar en su hija ni en el momento en que tendrá que verla para explicarle lo que ha ocurrido. Por un instante duda también si no habrá cometido un grave error, un error irreparable. Pero es sólo un instante. Le basta recordar el pasado, la infelicidad oculta que ha acompañado los años que ha vivido con su mujer, para convencerse de que la separación era la única alternativa.

Es extraño cómo, a pocas horas de distancia de un día cualquiera de su vida anterior, todo se ha vuelto tan provisional e inseguro para Luca Betti. Se siente vulnerable, a merced de cualquier tipo de cambio. El pensamiento lo asusta, si bien al mismo tiempo lo electriza. La verdad que ha escondido durante tantos

años en su interior se le aparece ahora con toda su dolorosa crudeza: su mujer no lo quiere, nunca lo ha querido. Al menos no con el amor que él habría deseado, con esa mágica reacción química hecha de complicidad, deseo, participación. Él ha sido un mínimo sindical en la vida de Elisa. Un punto de referencia, desde luego, pero sin pasión, sin alegría, sobre todo sin entusiasmo. Una seguridad «debida», un centro de gravedad alrededor del que girar y desahogar las propias frustraciones.

«Insatisfecha», piensa Luca, es el término que mejor define a su mujer. Insatisfecha profesionalmente, porque no ha logrado trabajar en el campo universitario después de haberse licenciado con matrícula de honor en Filosofía. Insatisfecha socialmente, porque nunca ha entrado a formar parte de los ambientes exclusivos de la alta burguesía milanesa que había frecuentado en su juventud gracias a las amistades de sus padres. Insatisfecha sexualmente, pese a que él la adoraba y a que el único objetivo de su vida sexual era regalarle placer. Había inmolado en aras de esta causa todas sus energías, había tratado de encontrar un equilibrio en las relaciones íntimas con su mujer, comprender sus deseos, anticipar sus pensamientos. Y, pese a todo, el sexo se había convertido en pocos años en una auténtica pesadilla. El deseo de él, jamás correspondido, se había transformado poco menos que en una culpa, un peso que se había echado a los hombros. Una realidad incómoda, siempre encubierta, que brotaba de forma solapada cada vez que la visión del adorado cuerpo de Elisa hacía emerger de nuevo en Luca la frustración que le causaba su incapacidad de hacerla feliz.

No le habían faltado ocasiones de entablar relaciones con otras mujeres. A lo largo de los años había conocido a muchas en el ámbito laboral, pero todas quedaban muy lejos de ese modelo de belleza, cultura y elegancia que encarnaba para él la mujer con la que se había casado.

Luego se produjo la ducha fría. Había descubierto la relación entre Elisa y Marco. Su colega, su socio, el hombre al que había querido como a un hermano.

El gran amor que sentía por su mujer lo forzó a superar también este obstáculo. En su inconsciente la traición se había convertido en una catarsis psicológica, el castigo justo por no haber sido capaz de hacerla feliz. De forma que el único que pagó la cuenta de la rabia, de la desesperación y de la humillación del engaño había sido Marco. Amistad rota, abandono inmediato, punto final a diez años de vínculo humano y profesional.

Marco. A Luca le viene a la mente que en ese preciso instante su amigo se encuentra en algún lugar remoto, a merced de una especie de santón que lo está

sometiendo a quién sabe qué torturas para liberarlo del cáncer del alcoholismo. Un tratamiento extremo que pone en peligro incluso su vida. Al menos es lo que se deduce del extravagante relato de Martino.

Luca no sabe qué hacer. Su primer instinto es buscar a Leo Massacese, el excolega, y obligarlo a decirle dónde se esconde el viejo. Pero Marco ha decidido someterse a ese tratamiento por un motivo bien preciso: recuperarse y encontrar a su hija. ¿Qué podría proponerle? ¿Una terapia tradicional en una comunidad de rehabilitación o las reuniones de alcohólicos anónimos? La ansiedad que le produce a Marco el deseo de empezar a buscar cuanto antes a Giulia lo haría recaer en su vicio, y en ese caso Luca tendría además el remordimiento de haberle puesto la zancadilla.

Mientras está absorto en todos estos pensamientos, suena el móvil. Es Flavia.

—Hola, Luca, ¿has vuelto ya a Milán?

—Esta mañana. ¿Y tú? ¿Piensas quedarte mucho más en Roma?

—No, he decidido salir esta noche. Escucha, te llamo por lo del detective, ese que me dijiste que conocías. Me gustaría que me acompañaras a verlo cuanto antes, a ser posible mañana.

—No te precipites, Flavia. Si no me equivoco quedamos en que esperarías un poco más, que darías tiempo a los colegas de Roma, que están haciendo todo lo posible para...

—¡No, Luca, por favor! —lo interrumpe ella—. ¡No hay tiempo que perder! ¡No tienes idea de lo que supone no saber dónde está tu hija, cómo está, qué le ha ocurrido! Giulia cuenta conmigo, no puedo abandonarla, ¿comprendes? Si puedes ayudarme hazlo enseguida. En caso contrario me las arreglaré sola. Buscaré un investigador en internet si es necesario. ¡Y si no es bueno lo despediré y contrataré otro, los que haga falta! ¡No pienso quedarme de brazos cruzados en un rincón esperando a que alguien venga a decirme que han encontrado el cadáver de mi hija! Tengo que hacer algo, tengo...

Los sollozos quiebran la voz de Flavia. Un llanto desesperado que ha contenido durante demasiado tiempo y que ahora, por fin, logra abrirse camino en su aparente frialdad.

—¡Flavia, cálmate, te lo ruego! De acuerdo, haremos lo que dices, te acompañaré a ver a una persona. ¿Me estás escuchando, Flavia?

—Prométemelo —pide la mujer con un hilo de voz—, prométeme que iremos mañana mismo. ¡Debes jurármelo!

—Te lo prometo, de acuerdo. Pero dame al menos un poco de tiempo para

hacer unas cuantas llamadas... Te llamaré mañana por la mañana, te diré si he logrado hablar con él y concertar una cita. Pero tú trata de calmarte... No te dejes vencer por la desesperación, así no ayudas a Giulia. Debemos estar en alerta, no podemos perder la esperanza.

—Sí, yo... está bien, pero recuerda que me lo has prometido. Me llevarás a ver al investigador. Debe ser uno bueno, debe encontrar a mi hija...

—Escucha, Flavia... ¿Cómo piensas volver a Milán? Tu marido...

—Cogeré el tren dentro de dos horas, el Frecciarossa.

—Si quieres puedo pasar a recogerte a la estación.

—No, Luca, es mejor que no. Hablaremos mañana por teléfono, por la mañana, y quedaremos para ir a ver al investigador.

—Flavia, me gustaría hablar contigo, querría que...

—Ahora no, Luca. Ahora lo único importante, lo único que cuenta es hacer todo lo posible para encontrar a Giulia.

Veintiuno

Marco Tanzi está desnudo, tumbado bocaabajo. Su cuerpo se levanta con mucha lentitud para después volver a bajar y a subir de forma rítmica. El único punto de apoyo son las puntas de los pies y los dos puños cerrados, que lo sostienen sobre las frías baldosas de color blanco. El ejercicio físico es el recurso extremo para no ceder a los ataques de los monstruos. En el pasado, ciento veinte flexiones como éstas formaban parte de su programa diario de gimnasia. Ahora no pierde tiempo contando, pero lucha ya contra un dolor atroz. Trata de ignorarlo, pese a que parece lacerar cada fibra de sus músculos, destrozar los tendones de sus articulaciones.

Su objetivo es recuperar la lucidez en el dolor, habituar de nuevo su cuerpo a la fatiga, salir del torpor físico y espiritual que lo arrojó a un abismo, en apariencia infinito.

El viejo entra en la habitación con un gran cuenco humeante.

Tanzi cede y se deja caer al suelo. Luego, haciendo acopio de todas sus fuerzas, se pone de pie y se detiene a observar al hombre que, con unos ademanes medidos y esenciales, pone el cuenco en el pavimento, delante de la abertura horizontal que hay en la reja.

Lo empuja hacia dentro con una mano.

—No te va a gustar, pero debes beberlo. Dentro de un par de días podrás empezar a comer algo, pero por ahora...

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunta Tanzi.

—Oh, apenas dos días. Ayer te desmayaste y te heriste en la cabeza.

Tanzi se pasa una mano por la frente, donde tiene un grueso corte rodeado de sangre coagulada.

—Te he traído esto —dice el viejo dando media vuelta. Coge un taburete con un viejo cepo que hace las veces de asiento. Lo pone a casi un metro y medio de la reja, fuera del alcance de los brazos de Tanzi, y apoya encima una fotografía —. En caso de que olvides cuál es el objetivo de tu sufrimiento recuerda que lo estás haciendo por ella...

Tanzi observa el rostro risueño de su hija apretando los barrotes de su voluntaria prisión.

—¿Cuánto... cuánto tardaré? Necesito... tengo que darme prisa, ella... tengo que encontrarla.

—La prisa no os ayudará, ni a ti ni a tu hija. Además, en tu estado no puedes hacer nada por ella. Estás débil. Estás alcoholizado. Eres un hombre acabado.

—No estoy acabado, aún no.

—Bien —responde el viejo—. En ese caso sigue el programa. Bebe la tisana. Nos veremos mañana, cuando te traiga otra.

Marco Tanzi querría retenerlo, hacerle algunas preguntas, pero comprende que sería inútil. No las escucharía, como tampoco escuchó sus gritos de ayer, los que aún siente retumbar en su cabeza y arañarle la garganta.

Se arrodilla al lado del cuenco. Contiene un líquido marrón y restos vegetales. Lo coge con las dos manos y se lo lleva a la boca, bebe un sorbo. Está muy amargo. Sabe a hojas muertas, a raíces, a moho.

Tanzi contiene una arcada. Mira fugazmente la fotografía que está sobre el taburete. Luego sigue bebiendo.

Veintidós

—¿**T**uviste un buen viaje ayer? —pregunta Luca Betti.

—Sí, gracias —responde Flavia De Grandis.

Quedaron en verse en el bar Magenta a las cuatro y media. Luca quería hablar con ella al menos unos minutos antes de acompañarla al despacho del investigador.

—¿Tomas algo?

—No... Bueno, sí, un café.

Luca pide directamente en la barra y luego vuelve a sentarse a la mesa. Nota que Flavia se comporta con mucha frialdad. Como si pretendiera restablecer las distancias después de lo que sucedió entre ellos en Roma. Luca no pretende avergonzarla, así que evita, por el momento, los temas personales.

—Entonces, Flavia, la persona que vamos a ver se llama Sandonato, Giovanni Sandonato. Es un excoronel de los carabinieri, aunque no se diría al verlo.

—¿Qué quieres decir?

—No tiene el aspecto... el cuerpo que cabe esperar de un oficial de arma. Tiene más de sesenta años y, según parece, su despacho es un tugurio.

—Pero, Luca, me dijiste que...

—Espera —la ataja el hombre—, te aseguro que Sandonato es un detective excepcional, tiene muchos contactos y es un hombre inteligente.

—No lo suficiente para tener un despacho decente y un sitio en internet, sin embargo.

—No cometas el error de confundir esas cosas con la eficiencia. A menudo las grandes agencias sólo venden humo. Hacen publicidad de tecnologías,

conocimientos, *know-how*, y al final te ponen en manos de unos jovencitos recién licenciados, sin la menor experiencia, a cambio de unos honorarios estratosféricos. Algo parecido a lo que hacen los grandes bufetes de abogados con los clientes no aristocráticos.

—Pero ¿tú lo conoces? Personalmente, quiero decir.

—No, pero me han hablado mucho de él. Hace tiempo resolvió un caso complicado: salvó la vida de uno de sus clientes, al que arrancó de las garras de la mafia albanesa. El tipo se había metido en problemas mientras trataba de descubrir al asesino de una prostituta de la que se había enamorado... Una fea historia, créeme. Sandonato se comportó de forma extraordinaria. Mis colegas me han hablado muy bien de él.

—Siendo así, ¿a qué estamos esperando? Vamos a verlo.

—Una cosa más... En cuanto a los honorarios, me gustaría discutirlos con él. No lo hago sólo por el dinero, sino para obligarlo a hacer todo lo posible para obtener algún resultado.

—¿Me estás diciendo que es una persona deshonesto?

—No, te estoy diciendo que le gusta el dinero, como a todos los que hacen su trabajo. Tenemos que tratar de que la retribución corresponda a los resultados, porque, de lo contrario, con un caso así te desplumaré.

—Ya te he dicho que el dinero me da igual. Quiero recuperar a mi hija.

—Flavia, eso es lo que queremos todos. Estoy aquí, he aceptado acompañarte y aconsejarte, pero ahora debes dejarme actuar. ¿De acuerdo?

La agencia de investigación Antares, de Giovanni Sandonato, está en la calle Washington. La placa está escondida entre las de un bufete, un par de consultas médicas y una asesoría fiscal. Luca Betti y Flavia De Grandis suben en un ascensor abierto, uno de esos que sólo sobreviven en los edificios antiguos de las grandes ciudades. Al llegar al tercer piso y salir al balcón corrido se encuentran frente a una vieja puerta acristalada. En el panel opaco, unas anacrónicas letras de plástico pegadas forman el letrero «Agencia Antares». No hay timbre. Luca apoya la mano en el picaporte y la puerta se abre chirriando. Flavia y él entran en una sala de espera pequeña y polvorienta, con un par de sillas desaparejadas y una mesita redonda de formica sobre la cual hay esparcidas varias revistas, que parecen remontarse a la década pasada.

Por la única puerta que da a la salita se asoma el titular de la agencia. Es un

hombre de unos sesenta años, viste un traje de chaqueta de lino beis, arrugado y con alguna que otra mancha, encima de una camiseta polo de color blanco. Es más bien bajo, desaliñado, y tiene el pelo largo y el bigote cano. Calza unos mocasines azules completamente deformados.

—La señora De Grandis, supongo —dice dirigiéndose a Flavia con la mano tendida. Ella se la estrecha y asiente con la cabeza—. Soy Giovanni Sandonato, encantado. ¿Y usted es...? —pregunta volviéndose hacia Luca.

—Luca Betti, un amigo de la familia —contesta él silabeando su nombre. Los dos hombres se estrechan la mano, la mirada de Sandonato se demora unos segundos en la del policía.

—Acomódense, por favor —dice el investigador abriendo camino en dirección a su despacho.

Los tres se sientan, el dueño de la agencia Antares en un viejo sillón de piel negra, detrás de un escritorio abarrotado de papeles y carpetas. Luca y Flavia delante de él, en dos desgastados silloncitos verdes de tela.

—Bien, supongo que ha venido por la desaparición de su hija, señora.

Sandonato nota la reacción de asombro de la mujer.

—Leo los periódicos, miro la televisión —explica el anciano investigador volviéndose hacia Luca Betti—, y nunca olvido un nombre ni una cara.

Betti capta la alusión y comprende que Sandonato sabe que tiene un policía delante.

—Oiga —dice Flavia—, quiero que me ayude a encontrar a mi hija. Han pasado ya dos semanas, la policía no ha averiguado nada, estamos perdiendo tiempo y podría ser tarde. Quiero saber si cree que me puede ayudar. Sinceramente.

Sandonato cambia de posición en el sillón, se apoya en el respaldo y asume una expresión de circunstancias.

—Bueno, señora, si he de ser franco, debo decirle que si la policía, con los medios y los recursos que tiene a su disposición, no ha conseguido descubrir nada... Es mejor que no se haga demasiadas ilusiones sobre una rápida resolución del caso. Por lo demás, su amigo aquí presente le habrá explicado, sin lugar a dudas, que este tipo de investigaciones a veces pueden prolongarse y...

—De acuerdo, oiga —lo interrumpe Luca—, sabe que soy policía, lo hemos entendido, en todo caso, no pensaba ocultárselo.

Sandonato lo observa esbozando una media sonrisa bajo el bigote.

—Vayamos al grano —prosigue Betti—. He tratado de disuadir a la señora

de que se pusiese en manos de alguien que lo único que pretenderá es sacarle el dinero, engañándola con la posibilidad de lograr unos resultados más consistentes que los que han obtenido ya los investigadores que se están dedicando al caso en cuerpo y alma.

—¿Me está llamando charlatán? —pregunta Sandonato—. Yo no los he buscado...

—No se altere —continúa Luca—, no me refería a usted. Sé que es un magnífico investigador y dado que la señora insistía en probar, fui yo el que la puso en contacto con usted. A condición, sin embargo, de que yo sea su portavoz. No queremos tirar el dinero por la ventana ni construir falsas esperanzas, que quede claro.

Flavia asiste a la discusión sin atreverse a intervenir.

—Me parece justo —responde Sandonato—, pero, dado que es un profesional, sabrá que una investigación de este tipo requiere tiempo y, sobre todo, un gasto considerable. Aclaremos enseguida este aspecto, en caso contrario creo que no lograremos estar en la misma onda.

—De acuerdo —asiente Luca—. Para empezar puedo poner a su disposición un *dossier* con todo lo que ha recopilado la policía sobre la vida que la chica llevaba en Roma. Lugares, personas, direcciones, números de móvil. Me parece un punto de partida más que bueno.

—Óptimo, diría. Sin embargo, eso no quita los gastos que me veré obligado a hacer. Interceptaciones, apostamientos, investigaciones ambientales. Averiguaciones a trescientos sesenta grados, dado que, por lo visto, no hay pistas precisas que seguir.

—Ponga usted el precio —dice Luca.

Sandonato asume una expresión grave, desvía la mirada, como si se hubiese perdido en un sofisticado cálculo mental.

—Tendré que viajar a Roma, evidentemente. Además deberé contratar varios colaboradores. Toda gente de confianza, por supuesto. Diría que, como mínimo, serán mil euros al día más los gastos, con un anticipo de cincuenta mil.

Flavia se queda asombrada por la petición y se vuelve hacia Luca que, por el contrario, parece impassible.

—Mil al día incluidos todos los gastos de alojamiento y viaje —contesta Luca— y un anticipo de treinta mil. O lo toma o lo deja. Usted es bueno, pero no es el único. Además, sabe de qué porcentaje de éxito estamos hablando...

—¡Un momento! —tercia Flavia—. ¿Qué significa eso? ¿Que damos ya por

supuesto que no va a servir para nada? El dinero me da igual, estáis discutiendo de honorarios, ¡pero lo que yo quiero es encontrar a Giulia! Debe asegurarme, debe jurarme que hará todo lo posible para...

—¡Flavia, por favor! —la ataja Luca.

—¡No! —insiste ella—. Le daré el dinero, pero usted debe encontrar a mi hija... —Flavia no puede concluir la frase, se tapa la cara con las manos y empieza a sollozar.

—Señora, se lo ruego... —Sandonato se pone de pie, abre una nevera pequeña que hay detrás del escritorio y saca una botella de agua mineral—. No haga eso... tenga, beba un sorbo —dice desenroscando el tapón de plástico y tendiéndole el agua a la mujer—. Disculpe, pero no tengo vasos. Beba, ya verá como se encuentra mejor.

Flavia coge la botella y se la acerca a los labios.

—Escúcheme —dice Sandonato sentándose en el borde del escritorio e inclinándose hacia ella—. Acepto la oferta de su amigo, pese a que no tengo por costumbre regatear. Además, le doy mi palabra de que haré todo lo que esté en mi mano para encontrar a su hija. Si la investigación no nos procura una pista digna de ser seguida no le haré perder tiempo y dinero dándole falsas esperanzas. Es lo máximo que puedo prometerle.

—Flavia —dice Luca apoyando una mano en un brazo de la mujer—, en este tipo de cosas no hay certezas. No sirve de nada engañarse.

Flavia saca un talonario de cheques del bolso.

Los dos hombres la observan sin atreverse a interrumpirla mientras rellena uno. Luego, con un gesto seco, lo arranca del talonario y se lo tiende al viejo investigador.

—Aquí tiene su adelanto. Informaré al señor Betti y él me contará cómo procede la investigación. Dígame lo que necesita, fotografías, documentos, si quiere ver la habitación de Giulia aquí, en Milán, yo...

—Tranquilícese, señora —la interrumpe Giovanni Sandonato cogiendo el cheque y metiéndoselo en un bolsillo—. Por el momento basta la documentación que me entregará Betti. Si necesito algo más se lo diré.

Después de atar los últimos cabos Flavia y Luca salen del despacho.

Sandonato cierra la puerta acristalada de la sala de espera con llave y saca el cheque del bolsillo de su chaqueta para verificar la suma. En su rostro se dibuja una mueca, pariente lejana de una sonrisa. Cincuenta mil euros.

Veintitrés

Luca Betti ha acompañado a casa a Flavia después de haber tenido que pelear casi con ella para disuadirla de coger un taxi.

La exmujer de Marco Tanzi vive al final de una calle privada, detrás de la avenida XXII Marzo, en una zona de Milán donde, a pocos kilómetros del centro, sobreviven milagrosamente unas casas a escala humana escondidas entre altos edificios de estilo *liberty*. La suya es una casa pequeña de dos pisos, con una verja de hierro forjado y unos setos de rosas silvestres, que han crecido de forma heroica en unos puñados de tierra rodeados de cemento. Una especie de oasis en una ciudad donde la urbanización insensata, generada por el *boom* económico, ha favorecido en demasiadas ocasiones la eficiencia y la racionalidad de los espacios en detrimento de la simple habitabilidad.

Luca para el coche a una decena de metros de la casa.

—Si no me equivoco, aquí estaba hace años la sede del equipo de baloncesto, ¿cómo se llamaba?, ¡ah, sí, el Simmenthal!

—¿El Simmenthal? —pregunta Flavia desconcertada—. Pero eso era hace cuarenta años... Ahora se llama Emporio Armani y, en cualquier caso, ha cambiado de sede.

—Bueno, sí, ya me imagino. Me acuerdo porque un amigo de mi padre vivía allí: a veces me llevaba con él a verlos. Jugaba con sus hijos.

—Oye, Luca —dice Flavia apoyando una mano en el picaporte de la puerta—, gracias por haberme acompañado. Tu apoyo en este momento significa mucho para mí.

—Figúrate, Flavia...

—Ahora debo marcharme. Apenas haya alguna novedad dímelo, por favor.

—Por supuesto, cuenta con ello. Ah... quería decirte que me he separado. Ya no estoy con Elisa.

—¿Qué? Pero ¿por qué? No será por... Luca, dime que no...

—Le conté lo nuestro. Lo que pasó en Roma.

La mujer cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, exasperada.

—No, escucha, no ha sido por eso —trata de tranquilizarla Luca—. Hacía ya mucho tiempo que las cosas no funcionaban entre nosotros.

—No deberías habérselo dicho. En este momento no tengo fuerzas para afrontar la situación. Lo de la otra noche fue sólo un momento de debilidad, necesitaba un diversivo que me ayudase a olvidar, al menos por un instante. Sé que fue culpa mía, pero somos dos adultos conscientes, estas cosas suceden. En este momento sólo quiero pensar en Giulia. Y necesito un amigo con el que poder contar.

—Sí, claro —contesta Luca—. Entiendo. Sea como sea, creo que debía decírtelo. Me he instalado en casa de un amigo... bueno, es su casa, pero él vive en otra parte. Si me necesitas tienes mi número. Llámame cuando quieras.

—De acuerdo —dice Flavia.

Abre la puerta y saca una pierna. Luego se para, se vuelve de nuevo hacia Luca y le acaricia una mejilla a la vez que esboza una leve sonrisa.

Él querría cogerle la mano, retenerla unos minutos, pese a que no sabe por qué. Quizá sea porque se siente solo. Pero, mientras está absorto en este pensamiento, Flavia se apea del coche y se precipita hacia su casa.

Cuando Luca Betti sale del ascensor cargado con dos bolsas de la compra se queda boquiabierto. Su hija lo está esperando delante de la puerta del apartamento del Claudio Barbagallo.

—Sara, pero qué... ¿cómo me has encontrado?

—Dado que no sabía nada de ti se me ocurrió hacer unas cuantas llamadas. Claudio fue la segunda...

—Te advierto que no quería esconderme, te habría llamado esta noche. Pensaba ir mañana a la salida del colegio para hablar contigo.

—No te preocupes —dice la joven cogiendo una bolsa de plástico de las manos de su padre—. Vamos, abre.

Betti se siente confundido y avergonzado. Saca el llavero del bolsillo y abre la puerta con cierta dificultad. Aún no se siente preparado para enfrentarse a su

hija y la situación le parece surrealista. Hablar allí, en un piso que no es suyo, como si fuera un prófugo que ha cometido un delito...

Sara se dirige de inmediato a la cocina y empieza a colocar la compra.

—No deberías comer estas cosas —dice enseñando un tarro de Nutella a su padre—, luego no te quejes de que tienes barriga.

—¿Qué barriga ni qué ocho cuartos? —responde él sacando una lata de tomate pelado de la otra bolsa—, modestamente, hago doscientos abdominales al día...

—Sí, sí, claro —bromea Sara.

—Sentémonos —dice Luca cuando han acabado de poner todo en su sitio—. ¿Quieres beber algo?

—No, papá. Sólo quería verte y decirte que siento que te hayas ido de casa.

—Sara... Me habría gustado que todo fuese de otra forma, pero todo sucedió de repente. Hay cosas entre tu madre y yo... Problemas, que desde hace mucho tiempo...

—Espera, papá, quizá no me he explicado bien. No he venido aquí para oír tus motivos. Sé cuáles son, hemos vivido dieciséis años bajo el mismo techo, ¿recuerdas?

—Sí, pero qué significa eso, entre dos personas, entre marido y mujer, puede haber momentos en que...

—Papá, sé que eres infeliz con mamá. Lo he sabido siempre, pese a que tú tratabas de ocultárselo a todos, sobre todo a ti mismo. Y ella también es infeliz. Puede que ahora tengáis la posibilidad de estar un poco más serenos...

Betti parece aturdido por las palabras de la joven. Sara lo mira comprensiva, acodada a la mesa, casi parece que es ella la que debe pedir disculpas por algo. Viste un par de vaqueros, zapatillas deportivas y una camisa blanca.

—Me gustaría que fuera así de sencillo. Me siento un gusano por haberme marchado sin hablar antes contigo.

—Supongo que hay cosas que deben hacerse enseguida, sin darles demasiadas vueltas. Claro que si ayer por la noche me hubieras llamado... —dice la joven risueña.

—Tienes razón, perdona. Es que... Me siento culpable.

—Te advierto que no era muy divertido veros a los dos en esas condiciones... quiero decir, si las personas que tienes cerca fingen, te da la impresión de que toda tu vida es una farsa. Si no son felices tú también eres infeliz...

Luca Betti sonríe. Se inclina hacia Sara y le acaricia el rostro, le da un pellizco en una mejilla.

—Casi parece que tú eres la madre y yo el hijo...

—Bueno, alguien debe tener un poco de sentido común en casa,  no te parece?

—Oye, Sara. A veces puede suceder que dos personas, por separado, sean magníficas. Pero juntas, en cambio... a la larga se pueden crear alquimias negativas. Es algo que no se puede saber *a priori*. Quizá te enamoras, decides que quieres pasar la vida con esa persona, que lograrás superar todas las dificultades, que el amor podr  con todo. Pero luego, un buen día, comprendes que ya no lo soportas más. Pues bien, para mí ha llegado ese momento.

—Lo sé, papá. Lo he entendido.

—Esto no cambiar  nada entre nosotros. Quiero decir, entre t  y yo. Nos veremos todas las veces que quieras, puedes venir aquí y quedarte también a dormir si quieres. Encontrar  un alojamiento más estable, pero, en cualquier caso, será un sitio que me permita estar contigo. Nunca me alejará de ti.

—Eso suena a promesa y amenaza a la vez.

Los dos se ríen de nuevo.

—Las cosas cambiarán, papá, al principio ser  duro para todos. Pero es mejor que haya ocurrido... Ahora me voy —dice Sara—. Tengo que echar una mano con la cena. Hemos invitado a Federica esta noche. Lo he organizado yo para que mamá se sienta menos sola.

Luca Betti asiente con la cabeza, los dos se miran por unos segundos.

—Te quiero mucho.

—Yo también, papá. Cuidado con la Nutella, por favor.

Veinticuatro

Luca Betti. Milán. Hoy

La primera noche en el piso de Claudio es infernal. El colchón es incómodo, la almohada demasiado dura y, a pesar del cansancio acumulado, los pensamientos que se van superponiendo en mi cabeza me impiden relajarme. Trato de aprovechar el desvelo para poner un poco de orden en el lío de los últimos días.

Decido no ir a buscar a Marco. Si lo hago será cuando pueda darle alguna noticia cierta sobre su hija, ya sea mala o buena. Entretanto es justo que siga su camino, que concluya su intento de desintoxicación, por peligroso que sea. Las alternativas que podría ofrecerle son demasiado vagas y ya no me siento con fuerzas para convencerlo de que dé marcha atrás y abandone el camino que lo ha llevado a la autodestrucción. Lo intenté en vano hace ya muchos años. Y entonces lo consideraba un hermano, en tanto que ahora... Ahora ya no sé qué pensar. Lo odié con todas mis fuerzas cuando me traicionó. O, al menos, creí que lo odiaba. No sólo porque descubrí que era el amante de mi mujer, sino también por la manera en que echó a perder su carrera, su familia, nuestra amistad. La manera en que puteó a todo el cuerpo de policía con su maldita conducta. Quizá lo odié porque, pese a todo, no podía dejar de quererle.

Pero ese odio se ha diluido ya. Intento imaginar cómo me sentiría yo si en lugar de Giulia hubiera desaparecido Sara. La mera idea de ese sufrimiento insoportable basta para borrar de golpe todo el mal, toda la decepción y todas las traiciones. Me siento de nuevo próximo a él, siento que aún es mi hermano, igual

que hace diez años. Y no se abandona a un hermano, sobre todo no en un momento como éste. De Sara y Marco, mis pensamientos se desplazan inevitablemente hacia Elisa y hacia nuestra separación. Estoy convencido de que la decisión ha sido adecuada, pese a que ha llegado tarde. Demasiado para poder pensar en recomenzar y en tener una vida normal. Me siento destinado a arrastrarme eternamente en una existencia carente de amor.

Pienso también en Flavia, en lo que ocurrió en Roma. Sólo fue sexo, pero, al menos, por unos minutos experimenté el deseo de pulsar en sus venas, tuve una sensación inédita, algo que siempre he buscado y que nunca he conseguido tener con Elisa. Esa idea me mantiene unido a ella contra toda lógica y evidencia. El recuerdo de su cuerpo reaccionando al placer sigue haciéndome pensar que quizá tengamos un futuro. Pienso que si un día se resuelve el problema de Giulia, Flavia y yo podríamos empezar a vernos...

Pero luego vuelvo a poner los pies en el suelo. Pienso que ciertas dinámicas entre hombres y mujeres son, cuando menos, absurdas. Pretendemos que el aspecto sentimental sea superior al sexual cuando, en realidad, la experiencia nos enseña que estamos hechos de instintos y que éstos dominan nuestras acciones. Nunca dejamos de considerarnos más de lo que realmente somos, es decir, unos animales presuntuosos. En mi caso, una relación basada en la sintonía sexual tendría hoy en día muchas más posibilidades que una basada en los sentimientos. Y ello pese a que, en unos veinte años, las perspectivas podrían dar un vuelco. En pocas palabras, lo único cierto es que los puntos de referencia son ilusorios: la realidad es variable, inconstante, en continua evolución.

En lugar de inquietarme, esta perla de sabiduría me serena y, por suerte, me abre las puertas del sueño. Un sueño que el timbre del móvil interrumpe de manera brusca al cabo de unas dos horas.

Pienso enseguida en Sara, temo que le haya sucedido algo. En un rincón remoto de mi inconsciente se materializa también la esperanza de que se trate de Flavia, que me llama porque le apetece verme. En cambio, en la pantalla aparece un número desconocido.

—¿Dígame?

—¿Hablo con Luca Betti? —contesta una voz femenina. La voz me resulta familiar, pero no logro reconocerla.

—Sí, soy yo... pero ¿quién...?

—Perdona la hora, soy Laura Damiani, la colega de Roma. Tengo novedades sobre el caso de Giulia Tanzi. Por desgracia, no son buenas.

Veinticinco

La noche es el peor momento. Todas las estrategias que aplico durante el día pierden eficacia. Recursos como el ejercicio físico, que practico hasta el agotamiento, o los lavados frecuentes con agua gélida para disipar el torpor que asalta el cerebro, se tornan inútiles.

Marco Tanzi se tumba en el camastro, decidido a resistir como sea, a mantener la mente ocupada, a no ceder al cansancio. En su caso el sueño no es sinónimo de reposo sino de un rápido descenso a una dimensión paralela poblada de criaturas de pesadilla. Superar el umbral de la vigilia significa franquear las puertas y hundirse en un delirio en apariencia infinito.

Su cuerpo, baqueteado por el ayuno y el esfuerzo, reclama reposo. Su mente combate para negárselo.

Las criaturas empiezan a apoderarse de la habitación. Invaden las paredes, el suelo, infectan incluso el aire con su hedor insoportable. Y preparan el camino para otras criaturas tan horribles que resultan poco menos que indescriptibles.

Esta noche el ser infernal tiene el aspecto de una gigantesca araña cubierta de vello y escamas que chorrean un líquido negro que apesta a podredumbre. Tanzi cierra los ojos con más fuerza, se tapa la cara con las manos y se refugia bajo la manta a la vez que se vuelve hacia la pared. Pero, como en un laberinto de espejos o en una ilustración de Escher, la perspectiva de la habitación cambia sin cesar y, mire donde mire, sea cual sea la manera en que intente protegerse, se ve forzado a contemplar el lento avance de esa entidad aterradora. La única parte de ese ser abominable que aún sigue oculta en la penumbra es la cabeza. Tanzi siente que ese detalle oculto le inquieta ulteriormente, le promete más horror y sufrimiento. La araña se está acercando a él. En su lento avance por las paredes

de la habitación las garras agudas que tiene en las puntas de sus patas pelosas cortan los gusanos gigantes que se retuercen ensangrentados, y que después se recomponen en una suerte de regeneración continua.

Marco comprende que es imposible protegerse de la visión, así que combate contra el puro terror, convencido de que debe acabar con él lo antes posible. Mira de forma voluntaria al monstruo, que sigue acercándose. Pero lo que ve el expolicía no es aquello para lo que ha tratado en vano de prepararse.

Es una imagen que lo conduce a un territorio donde conceptos como el miedo, el disgusto y el horror han perdido todo significado. Un lugar en que todas las defensas de la racionalidad, todas las contramedidas que la mente humana logra generar contra el abismo resultan insignificantes.

En el horrible cuerpo peloso aparece una pequeña cabeza humana. Es la cabeza de un recién nacido con los ojos abiertos y una mueca de dolor dibujada en la boca.

La cara del monstruo es la de Tony, el hijo de Tong. El niño que fue asesinado como represalia. El inocente que Marco Tanzi no pudo salvar hace diez años. Y que ahora ha vuelto para reclamar su venganza.

Veintiséis

Marco Tanzi. Milán, hace nueve años

Estoy sentado en esta habitación del Palacio de Justicia desde hace más de dos horas. Parece uno de los cuartos que usamos en la jefatura para los interrogatorios, con varias sillas de hierro, una mesa de cuatro perras y la cámara. Hasta hay una puerta metálica con la mirilla y una bombilla colgando del techo. Sólo falta la pared con el espejo falso que utilizamos en las ruedas de reconocimiento para completar el cuadro. Tengo los huesos destrozados, no logro sentarme en una posición decente. Tengo sed, hambre, ganas de hacerme una raya de coca. Diez minutos más aquí dentro y enloqueceré.

Llega cuando estoy a punto de perder los estribos. Abre la puerta y entra sin saludarme, se sienta delante de mí procurando esquivar mi mirada y deja con violencia sobre la mesa una carpeta amarilla llena de documentos.

—Veamos, Tanzi. Aquí estamos. —Enrico Salvemini, fiscal. Cuarenta y seis años, cabellera pelirroja cortada casi al cero, barbita cuidada y ropa elegante. Y dos ojos gélidos de hijo de puta duro de roer.

—Buenos días —digo tratando de descifrar su mirada que, por fin, se ha dignado a posar sobre mí.

—He leído el informe de su nuevo abogado, ese... ¿cómo se llama? —pregunta poniéndose unas gafitas sin montura a la vez que abre la carpeta—. Ah, sí, Fulgenzi. Un buen tipo, desde luego. Ni que buscara a sus abogados en las alcantarillas.

El comentario me sorprende. Salvemini no suele manifestar a las claras lo

que piensa, por lo general prefiere las alusiones sutiles. No lo considero una señal negativa, quizá se sienta frustrado por haberse visto obligado a aceptar mi propuesta.

—Así pues —me dice hojeando las páginas del *dossier*—, usted propone una negociación. Es decir, que le reconozcan una reducción de la pena con atenuantes y condicional a cambio de ciertas revelaciones, por llamarlas de alguna forma, sobre una historia de corrupción en el interior de la jefatura. Ha mencionado el nombre de varios de sus colegas, incluido Luca Betti, su excompañero. ¿Correcto? —me pregunta con una sonrisita dibujada en su odiosa cara.

Me limito a asentir con la cabeza.

—Bueno. —Sigue hojeando las páginas, deslizando el dedo por los párrafos como si los estuviera leyendo mentalmente—. Todas sus «revelaciones» que, claro está, se ha negado a firmar hasta que no aceptemos su propuesta, se basan en recuerdos de casos que ha seguido personalmente y en cuyo ámbito, afirma usted, se habrían verificado ciertos episodios de corrupción, solicitud de dinero, ocultación de droga y de efectivo secuestrado, etcétera. Usted especifica también que será difícil que los criminales implicados lo confirmen, dado que, en caso de declarar se acusarían a sí mismos de delito de corrupción y, en ciertos supuestos, de falso testimonio. ¿Correcto?

Asiento de nuevo con la cabeza.

—De acuerdo. Así pues, he de decir que las acusaciones que me ha presentado se basan exclusivamente en su testimonio. Un testimonio tardío, realizado para evitar una pena privativa de libertad de varios años por posesión y tráfico de droga.

Nos escrutamos unos minutos sin hablar. Da la impresión de que el desprecio pugna por salir de sus ojos y perforarme la cabeza, haciendo jirones mi cerebro. Pero hace tiempo que superé la fase en que me preocupaban este tipo de cosas.

—Bien, Tanzi, supongo que estará esperando una respuesta a esta especie de propuesta de intercambio. Seguro que habrá pensado que para un tipo ambicioso como yo, la idea de destapar una historia de corrupción y hampa en el interior de la jefatura podría ser una válida oportunidad para llamar la atención de la prensa. Mucho mejor que meter entre rejas a un expolicía drogadicto y traficante. Pues bien, si hoy he querido verlo solo, sin ese payaso de su abogado, es porque he decidido ser muy franco y sincero con usted, decirle ni más ni menos lo que pienso. Y ello a pesar de que, como bien sabe, no tengo por costumbre

involucrarme de forma tan personal en los asuntos profesionales.

—Le escucho.

—Este *dossier* es una auténtica mierda —dice a la vez que levanta la carpeta unos centímetros de la mesa y, abriendo la mano, la deja caer de nuevo.

Me quedo inmóvil, como petrificado, escrutándolo, esperando que prosiga.

—Conozco a Luca Betti. Es un buen policía, un hombre honesto. Usted, no contento con haberlo traicionado profesional y humanamente, acostándose con su mujer...

—¿Qué?

—¿Se pregunta cómo lo sé? Conozco la historia, Tanzi. ¿Recuerda cuando Betti lo descubrió en su casa, en el sofá, follando con su mujer? Según creo pelearon ustedes, Betti le pegó y lo echó de casa, ¿correcto?

Asiento en silencio.

—Sé también que usted es un experto boxeador. Además de unos diez centímetros más alto que su colega... Supongo que no reaccionó a la agresión de Betti porque era consciente de que se merecía la paliza. Si lo hubiera hecho quizá lo habría matado.

No contesto. Intento comprender adónde quiere ir a parar.

—Como ve, sé bastantes cosas, Tanzi. Lo que, en cambio, no sabe usted es que, inmediatamente después de la pelea, Betti se presentó al jefe de policía y le entregó su dimisión. El jefe la rechazó y consideró que era necesario informarme sobre lo sucedido, dado que sabía que yo estaba investigando sobre usted. Pero volvamos a lo que le estaba diciendo hace un instante: ahora, no contento con haber decepcionado y traicionado a su amigo en todas las formas posibles, quiere infamarlo con estas falsas acusaciones, arrastrarlo al fango en que se ha hundido usted, usarlo como moneda de cambio para evitar la cárcel. Pues bien, mi querido Tanzi, le comunico oficialmente que no lo voy a permitir.

Se acoda a la mesa y cruza los dedos, se inclina hacia mí ostentando una sonrisa exagerada. Una clara expresión de desafío. Llego incluso a pensar que está buscando pelea, que me está provocando para que le ponga la mano encima y así poderme acusar después de agresión a un funcionario público. Ahora me explico la razón de esta puesta en escena, la espera exasperante, la habitación aislada con la cámara, la ausencia de los agentes de escolta.

—Tanzi —prosigue el muy canalla, después de haber registrado mi falta de reacción—. El año pasado estuvo a punto de entrar en la cárcel por la masacre del desguace. Porque fue una masacre. Si al final salió del apuro con la condena

por exceso de legítima defensa y con la pena suspendida con la condicional, además de la expulsión de la policía, se lo debe a Betti. Su excolega hizo todo lo que pudo para defenderlo, llegó incluso a acusarse a sí mismo, a amenazar con posibles repercusiones, revelaciones a los medios de comunicación, revueltas del sindicato de policías. En fin, con toda probabilidad se jugó la carrera por usted y dio tanto la coña a todos asegurando que era usted un gran hombre, un gran policía, y que había que defenderlo a toda costa, que al final convenció a sus jefes y a mis colegas, que lo habían juzgado, para que soltaran la presa. De no haber sido así, ahora estaría en la cárcel.

Callamos de nuevo, por un tiempo que me parece infinito, aunque no son más que dos minutos.

—Si no tiene nada más que decirme, señor...

—Sólo una última cosa. Pediré diez años de cárcel para usted y esta vez nadie le defenderá. ¿Sabe por qué? Pues porque voy a procurar que todos se enteren de esto —dice, a la vez que me enseña la carpeta levantándola en el aire—. Haré que todos se enteren de que ha tratado de salvarse acusándolos. Quiero que sus viejos colegas sepan lo bajo que ha caído, deben tener muy claro de qué calaña es usted, Tanzi. Convertiré esta revelación en una verdadera misión, créame.

—¿Puedo marcharme ya, señor?

—Por supuesto —me dice reculando y apoyándose en el respaldo de la silla de hierro—. Disfrute de estos últimos días de libertad pasando un poco de tiempo al aire libre. Tardará mucho en volver a hacerlo, créame.

Veintisiete

La comisaria Laura Damiani abre la puerta de su despacho y las tres personas que la estaban esperando entran en él como en procesión. Acaban de llegar a toda prisa a Roma, procedentes de Milán. Flavia De Grandis está acompañada de Luca Betti y de Fausto Lombardi, su marido. Es un hombre alto, de unos cincuenta años, con entradas y una barba fina, muy cuidada, de académico. Apoya una mano en un hombro de su esposa, pero, más que una expresión de consuelo o ternura, el suyo parece un gesto circunstancial.

—Siéntense, por favor —dice la señora Damiani después de estrechar la mano a los tres.

Luca, Flavia y su marido toman asiento en los silloncitos que hay delante del escritorio, a la vez que la comisaria se sienta al otro lado del mismo.

—El hallazgo se ha producido en un local abandonado —dice Laura Damiani mirando la cara cérica de Flavia—, una antigua discoteca que fue pasto de las llamas hace tiempo, en la calle Pontina. En concreto se encuentra en la carretera entre Roma y Pomezia. —La mirada de la policía se desvía hacia Luca Betti, que mueve la cabeza como si quisiera autorizarla a proseguir—. Un hombre llamó al 113 para avisarnos, pero se negó a decir quién era. En la actualidad el lugar es frecuentado por drogadictos, por extracomunitarios que buscan un techo provisional, por mendigos y marginados de todo tipo. Está rodeado por una zona boscosa, y justo allí, entre los árboles, encontramos el cuerpo.

Esa palabra, «cuerpo», provoca el efecto de una corriente de aire gélido atravesando la habitación.

—En un arbusto encontramos abandonada la ropa, el bolso y los documentos

de Giulia, esparcidos por la zona —prosigue Damiani—. En la cartera no encontramos dinero ni tarjetas de crédito. A pocos metros de distancia había un colchón, el cadáver estaba a un lado del mismo.

Otro silencio ensordecedor.

Flavia lo rompe con la voz trémula de quien está intentando contener las lágrimas.

—¿Están seguros de que es mi hija? ¿Tienen pruebas, quiero decir...?

—Señora, el cadáver estaba carbonizado, hasta tal punto que ha sido imposible realizar la prueba del ADN. Los técnicos de la Científica siguen probando, pero dudo que consigan obtener una muestra válida.

—Y esa otra cosa —insiste Flavia—, lo de los dientes...

—A propósito de eso, hay otro detalle que aún no hemos revelado. Por eso, me veo obligada a rogarles que no divulguen la información para no comprometer el resultado de la investigación. Al cuerpo carbonizado le faltaba la cabeza.

El horror que produce la revelación de la policía no tiene tiempo de sedimentarse en las mentes de sus interlocutores, porque la mujer retoma enseguida su relato:

—No hemos podido encontrarla, me refiero a la cabeza, a pesar de que hemos rastreado, y lo seguimos haciendo, una zona muy extensa de los alrededores del lugar donde se produjo el hallazgo.

Mientras Flavia parece hundirse en la más absoluta desesperación, ovillándose, incapaz de decir una palabra más, Luca Betti cambia de expresión y desvía la mirada, como absorto en un pensamiento repentino. A su colega no se le escapa este detalle.

—Pero ¿qué significa esto? —tercia Fausto Lombardi en tono agresivo—. ¿Qué sentido tiene? ¿Se han hecho al menos alguna idea de lo sucedido?

—Bueno, la verdad es que es extraño —contesta Damiani—. Por lo general, en los homicidios con la sucesiva destrucción del cadáver, la decapitación se realiza para evitar que el cadáver se pueda reconocer mediante la huella dental. Pero en este caso, por lo visto, hay que descartar esa hipótesis, dado que el asesino o los asesinos esparcieron los efectos personales e incluso los documentos de la chica.

Luca Betti vacila, prefiere no expresar en voz alta la deducción que le parece lógica y dejar que la formule su colega. Cosa que, de hecho, se produce acto seguido.

—Es posible que estén tratando de desorientarnos —dice con cautela Laura Damiani—, pero sólo es una hipótesis. El hecho de que hayan dejado a la vista la ropa y los documentos y hayan hecho desaparecer la cabeza nos hace pensar, ojalá, que el cadáver puede ser de otra persona y que lo dejaron en ese estado para hacernos creer que la joven, Giulia, está muerta. Quizá pretendan que interrumpamos la investigación sobre la desaparición.

Flavia parece renacer. Su mirada se ilumina y se dirige de nuevo a la policía:

—¿Me está diciendo que quizá Giulia sigue viva?

—Un momento, señora De Grandis —contesta Laura Damiani—, no tergiverse mis palabras. Lo que acabo de decir es que puede ser una hipótesis, pero me veo obligada a añadir que no es la más probable. Podrían haberle cortado la cabeza para enterrarla en otro sitio, en el ámbito, quizá, de un absurdo ritual. Puede haber sido también un animal salvaje que... perdone, pero creo que debo ser muy sincera con usted, no quiero prolongar su angustia.

—¿Y el colchón? ¿La ropa? —pregunta Betti—. ¿Habéis encontrado algún indicio sobre el que trabajar?

—Hemos aislado algunas huellas orgánicas en el colchón —contesta Damiani—. Esperma y sangre de varios tipos. Estamos separando las muestras y tratando de sacar el ADN. Pero necesitamos un poco de tiempo, ya sabe que esos procedimientos son complejos.

—Lo que ha dicho antes —tercia de nuevo Fausto Lombardi—, que alguien podría haber querido poner punto final a la investigación... ¿Significa eso que habían llegado a alguna conclusión? ¿Tenían algún sospechoso?

—Señor Lombardi, seguimos investigando a trescientos sesenta grados. No hemos llegado a ninguna conclusión, pero estábamos llamando a varias puertas, por decirlo de alguna forma, seguíamos varias pistas. Lo que puedo decirles es que, hasta que no tengamos la certeza matemática de que el cuerpo que hemos hallado es el de su hija, no descartaremos ninguna hipótesis investigativa.

Las palabras de la policía suenan demasiado vagas para constituir un asidero para las esperanzas de Flavia De Grandis que, vencida por el desaliento, se tapa la cara con las manos y rompe a llorar.

Su marido trata de consolarla acariciándole un hombro con ademanes torpes, pero Flavia, con un gesto brusco, se zafa de él y se enjuga los ojos con un pañuelito, tratando de sobreponerse.

—¿Han... han sacado fotos? Fotos del cuerpo...

—Bueno, sí, claro —contesta la policía—. Es una práctica habitual en las

escenas del crimen, antes de que sean modificadas por la intervención de la Científica.

—¡Quiero verlas! —dice Flavia—. ¡Enséñemelas!

—Señora De Grandis...

—Flavia —tercia Luca—, quizá no convenga...

—¡No! —Flavia lanza casi un grito esta vez—. ¡Quiero ver las fotos, enseguida! Comisaria, enséñemelas, soy su madre, ¡tengo derecho! ¡Por favor!

—Flavia... —intenta disuadirla Fausto Lombardi.

—¡Se lo ruego! —grita de nuevo la mujer interrumpiendo el tímido intento de su marido.

Laura Damiani mira perpleja a Luca Betti. El policía asiente imperceptiblemente con la cabeza. La comisaria abre entonces un cajón y saca una pequeña carpeta azul, que deja sobre el escritorio.

—Las imágenes son impresionantes, señora De Grandis...

—¡Enséñemelas! —la ataja Flavia, inclinándose hacia delante.

Laura Damiani abre la carpeta. Ésta contiene una decena de ampliaciones en formato A4 de las imágenes del cadáver carbonizado. Al principio Flavia ni siquiera distingue en ellas una apariencia de forma humana. Luego, después de haber hojeado unas cuantas, abre desmesuradamente los ojos y cambia de expresión. Se levanta mirando a los ojos a la comisaria, que la observa con aire de preocupación.

—¿Eso... eso que tiene en el brazo?

—Ah, eso... es el reloj. El reloj de Giulia, casi fundido. Lo hemos analizado y corresponde a la descripción de los efectos personales de la chica que usted nos facilitó cuando desapareció. Nos pareció extraño que no lo hubieran robado, pese a que no era un objeto de valor, y...

—¡No es Giulia! ¡No es mi hija, comisaria!

—Flavia —dice Luca Betti a la vez que se pone de pie y se acerca al escritorio—, ¿qué estás diciendo? ¿Cómo puedes estar segura?

—¡El reloj, Luca! —dice la mujer—. Yo se lo regalé. No era un objeto de valor, es cierto, pero Giulia nunca se separaba de él, lo compramos juntas. ¡En la foto está en la muñeca izquierda! ¡Giulia siempre lo llevaba en la derecha! —Flavia De Grandis se vuelve de nuevo hacia Laura Damiani. Su grito es ahora liberatorio—: ¡No es mi hija!

Lo único que Luca Betti logra pensar en ese momento es que su excolega, Marco Tanzi, también llevaba siempre el reloj en la muñeca derecha.

Veintiocho

El viejo deja en el suelo el cuenco con la tisana, al lado del agujero rectangular que hay en la reja que separa a Marco Tanzi del resto del mundo.

El expolicía está sentado en el suelo, de espaldas a la pared. En su cuerpo lívido hay rastros de sangre. Restos de una noche de pesadilla que ha dejado en él las huellas de un deseo letal de autodestrucción.

En lugar de marcharse enseguida, como los otros días, el viejo coge una silla con el asiento de paja que hay en un rincón de la espaciosa habitación y se sienta a casi dos metros de distancia de la reja.

—Me preguntaba por qué hoy no haces tus ejercicios. ¿Por casualidad ha cambiado algo respecto a ayer?

No hay respuesta. El hombre enjaulado sigue observando la pared que hay frente a él. Sus ojos, azules a más no poder, parecen dos canicas de cristal, unos objetos fríos, sin vida.

—Parece que esta noche has visto el infierno —prosigue el viejo.

Un silencio irreal invade por unos minutos la espaciosa habitación. Los dos están inmóviles, como petrificados en sus respectivas posiciones. Luego, poco a poco, el expolicía vuelve la cabeza hacia el viejo.

—¿Esta noche? —murmura con la voz pastosa—. ¿De verdad quieres saber lo que me ha ocurrido esta noche?

—Por supuesto.

—He visto un monstruo.

—Ya eres mayor para creer en los monstruos —afirma el viejo—. A tu edad deberías saber que sólo son una invención de los adultos para asustar a los niños.

—Éste no. Éste era real.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—¡Te digo que era real! —grita Tanzi iracundo—. Lo sé. Lo creé yo.

—¿En serio? En ese caso, si es cierto lo que dices, eres un creador de monstruos... Y uno de ellos ha venido a atormentarte esta noche. ¿Por qué crees que lo ha hecho?

—Para castigarme.

—Castigarte... ¿por qué debería castigarte?

—Por haberlo creado. Por haberle dado vida. Si no fuese por mí, ese monstruo no existiría y todo el mundo sería distinto. Toda la realidad sería diferente.

Pasan varios minutos en silencio. Las últimas palabras de Marco parecen flotar aún en el aire, creando una atmósfera inquietante.

—¿Cómo es ese monstruo? —pregunta el viejo—. Dime qué aspecto tiene.

—Es una araña —contesta Marco Tanzi con un hilo de voz—. Una araña con la cabeza de un recién nacido.

—Comprendo. El recién nacido... El que no lograste salvar cuando aún eras policía. El que clavaron en una pared.

Tanzi se vuelve de golpe, fulminándolo con la mirada. A duras penas, se pone de pie y se acerca a la reja. Aferra los barrotes y los sacude con la poca fuerza que aún le queda en el cuerpo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes saberlo?

El viejo sonríe.

—Puede que me haya informado sobre ti. O puede que te haya escuchado mientras hablas durante la noche. Qué más da. Lo que importa es que decidas qué vas a hacer.

El excolega de Luca Betti intenta sacudir de nuevo la pesada reja de acero, pero ni siquiera consigue hacerla temblar. Sus dientes rechinan. Mira el cuenco. Con un ademán rabioso se inclina para cogerlo y lo lanza contra una pared. El líquido marrón salpica por todas partes, manchando el camastro, el suelo y las paredes.

—¡No puedo! —grita con todo el aliento que tiene en la garganta. Después se arrodilla, a la vez que sus manos agarran de nuevo los barrotes de acero—. No puedo... —repite inclinando la cabeza y cerrando los ojos. Los sollozos quiebran su voz—. Ya no puedo salvarlo... ya no puedo hacer nada por él. Murió por mi culpa, lo clavaron en la pared por mi culpa... era un niño. Era sólo un niño.

El viejo lo observa unos minutos. Acto seguido se levanta, se ajusta la manta

en los hombros con la lentitud que caracteriza todos sus gestos.

—Puedes hacer dos cosas —dice al expolicía—, la primera es morir. Pero si crees que eso hará desaparecer tu monstruo te equivocas de medio a medio. Él seguirá viviendo, con independencia de ti, y ya no podrás hacer nada para cambiar las cosas. No obstante, es muy probable que ese ser repugnante esté destinado a acompañarte en tu último viaje. Y entonces ya no podrás elegir, porque sólo los vivos pueden hacerlo.

—¿Elegir? —pregunta Tanzi alzando la mirada hacia el viejo—. ¿De qué maldita elección estás hablando? Si ya no puedo cambiar las cosas eso significa que ya no tengo elección.

—Te equivocas. Puedes optar por convivir con tu monstruo. ¿Sabes cómo lograrás aceptarlo? Impidiendo que surja una criatura aún más espantosa. Otra araña con otra cabeza. —El viejo se vuelve hacia un taburete y coge algo—. ¡Esta cabeza! —dice enseñándole la fotografía de Giulia Tanzi—. Si no lo haces te arriesgas a que dos criaturas te atormenten durante toda la eternidad. ¡No dejes que nazca el nuevo monstruo! Si lo haces podrás convivir con los fantasmas del pasado.

El viejo vuelve a poner la foto en su sitio, sobre el taburete. Después coge la silla de paja y la acerca a la pared, la coloca en la misma posición en que se encontraba antes de que él entrase. A continuación se encamina hacia la salida.

—¡Espera!

El anciano se detiene con la mano en el picaporte, sin volverse.

—La tisana, por favor... tráeme otra. ¡Te lo ruego!

—De acuerdo. Te traeré también algo de comida. La necesitas. —Luego sale, cerrando la puerta.

Segunda parte

LA CAZA

Veintinueve

La llanura Padana corre veloz por la ventanilla del Frecciarossa Roma-Milán, pero Laura Damiani no logra aferrarla. Su mirada se detiene en la superficie del cristal. Parece hipnotizada por la cara que aparece reflejada en él, que le parece casi la de una extraña. Mientras se observa con atención nota que sus arrugas de expresión han aumentado, pese a que, se dice a sí misma como si quisiera justificarse, «son inevitables a partir de los treinta. Sobre todo tratándose de alguien que, como yo, se olvida siempre de ponerse la crema hidratante».

No, ese tipo de justificación ya no le basta, siente que las raíces de su transformación son más profundas. Dicen que los ojos son el espejo del alma, y ella concluye que, a todas luces, en este periodo su alma no tiene nada bueno que comunicarle. La que había considerado la historia de amor de su vida ha resultado ser un fiasco. Los sueños de un futuro diferente, de una estabilidad sentimental tan improbable que hasta entonces nunca había tomado en consideración, se han estrellado contra una conciencia que la ha dejado destrozada: el trabajo y la vida peligrosa de policía de primera línea están ya fundidos de forma indeleble con su alma. Laura confió en que con ese hombre, el capitán de los carabinieri del que estaba enamorada, iba a poder ignorar esa verdad, dado que él también estaba acostumbrado a vivir de esa forma. Juntos se hicieron ilusiones sobre un futuro distinto, familia incluida. Pero los dos han tenido que rendirse a la evidencia de que ya no pueden renunciar a lo que son, a aquello en lo que les ha convertido su trabajo. Unas almas solitarias. Al final, su relación concluyó con la enésima amarga desilusión.

Laura emerge de sus pensamientos, se vuelve y su mirada se cruza con la del

tipo calvo que está sentado al otro lado del pasillo. Debe de tener entre treinta y cuarenta años, lleva unas gafas de trescientos euros y va vestido como un pijo. No le ha quitado ojo desde que el tren salió de Roma. En particular, no deja de mirarle el escote. En el Frecciarossa hace un calor asfixiante, de forma que Laura se quitó el suéter al poco de partir. El tipo esboza una sonrisa, debe estar muy seguro de sus dotes de seductor.

La mujer cambia de posición: cruza las piernas y se vuelve ligeramente hacia un lado. De esta forma, su camisa blanca se levanta, dejando a la vista la pistolera que lleva enganchada a la cintura y que contiene la Beretta calibre 9.

Con el rabillo del ojo, Laura ve que el calvo se atraganta con la saliva y tose, casi se ahoga. Mira alrededor inquieto, como si buscara algo que lo consolase de su gran descubrimiento. Al cabo de unos minutos se levanta y se aleja de la mujer, que enseguida se desinteresa de él e intenta concentrarse en el paisaje para no toparse de nuevo con su mirada.

Lo que ve le resulta bastante asqueroso. Kilómetros y kilómetros de campo sin un solo árbol, alguna que otra casa rural de cuando en cuando, eso es todo. Le viene a la mente la granja de un dibujo animado que miraba siempre con su sobrino, en Londres. En Italia se llama *Leone il cane fífone*^[4] o algo por el estilo. Por un instante, al recordar al pequeño Luca, sus seis años y sus carcajadas, recupera el buen humor que, sin embargo, se desvanece en cuanto divisa al grupo de personas que se dirige hacia ella desde el otro vagón.

El molusco calvo camina precedido por el jefe del tren uniformado y por un tipo alto, de unos treinta años, vestido con un traje azul oscuro de tres al cuarto, que la mira preocupado. Laura nota que tiene la mano derecha escondida detrás de la espalda. Se acerca y se dirige a ella, en tanto que sus compañeros se mantienen al margen.

—Disculpe, señora, soy el responsable de seguridad del tren. ¿Puede enseñarme sus documentos? —dice mostrándole el distintivo con la mano izquierda. Laura logra leer su nombre: Attilio Sorgi, agente de la policía ferroviaria de Roma.

La mujer saca a cámara lenta el documento del bolsillo de su camisa. El tipo lo examina y enseguida se relaja y suelta la pistola que lleva metida en el cinturón, oculta por la chaqueta, que es un par de tallas más grande de lo que le corresponde.

—Ah, disculpe, comisaria —dice con una especie de saludo militar—, un

pasajero se asustó un poco al ver el arma reglamentaria y me pidió que la controlara.

—No se preocupe, lo siento —dice Laura—, no me di cuenta de que se veía.

—Cambia de posición y cubre la pistolera con el borde de la camisa.

—Disculpe... ¿por casualidad no será usted *la comisaria* Laura Damiani? ¿La que capturó a Lino Raspelli, el mafioso?

—Pues sí —contesta ella, un poco molesta.

—¡Es un honor conocerla! ¡Usted es una auténtica leyenda en la jefatura de Roma!

—No exagere, hombre —replica la mujer bastante irritada, esperando que el colega desaparezca por donde ha venido.

—¿Y por qué va a Milán? Oí decir que había pedido el traslado, no me diga que...

—Sí, Milán es mi nuevo destino.

—¡Caramba! Lamento que ya no esté en Roma. ¡Es usted magnífica!

—Oye, Attilio, perdona pero me duele un poco la cabeza... —dice Laura.

—Ah, claro, claro... disculpe la intromisión. —El hombre repite el cómico saludo que hizo al principio—. Le deseo que pueda revivir en Milán la experiencia de Roma y honrar a todo el cuerpo de policía. ¡Buen viaje, comisaria!

Laura Damiani lo saluda con una leve inclinación de cabeza y lo mira mientras se aleja en compañía del jefe del tren.

El calvo se ha vuelto a sentar, pero ya no la mira, finge estar muy concentrado en una tableta de última generación.

La mujer reflexiona sobre el augurio de su colega. «Revivir la experiencia de Roma». En caso de que se cumpla en Milán le espera el infierno.

Treinta

Han pasado casi cuatro meses desde el hallazgo del cuerpo carbonizado y decapitado.

La cabeza no ha aparecido.

La autopsia reveló que el cadáver pertenecía a una joven, pero no fue posible aislar una muestra válida de su ADN. Distinto fue lo que ocurrió con los restos orgánicos del colchón. Después de varios intentos se pudo obtener un mapeo fiable en, al menos, un noventa por ciento. La sangre de Giulia Tanzi formaba parte de las manchas.

Luca Betti siguió de cerca la investigación, en estrecho contacto con sus colegas de Roma, hasta que Laura Damiani fue trasladada hace un par de meses y el caso fue asignado a un tal comisario Palma a la vez que se reducían de forma drástica los recursos empleados. El policía sabe que esto sucede cuando ninguna de las pistas hace prever una posible solución. En esas circunstancias los casos se dejan morir poco a poco y cuando el interés de los medios de comunicación y la insistencia de los parientes disminuyen se transforman en simples carpetas que archivar, aunque sigan oficialmente abiertos.

Luca sigue hablando por teléfono con su colega romano una vez por semana y sigue poniendo al corriente a Flavia De Grandis sobre el desarrollo de las averiguaciones. Un desarrollo que, por desgracia, lleva varios meses parado.

La colega Damiani fue trasladada precisamente a la jefatura de Milán. La asignaron a la brigada Antivicio, Luca la ha visto en los pasillos de la calle Fatebenefratelli en alguna que otra ocasión, pero ha hecho todo lo posible para no encontrarse cara a cara con ella. Esa mujer lo cohíbe de manera extraña, pese a que no puede negar que también se siente atraído por ella. Detrás de la

aparente seguridad, intuye en ella cierto sufrimiento que lo asusta y lo inhibe. El deseo de escapar al que aludió cuando hablaron por primera vez en Roma puede ocultar un estado de ánimo atormentado. Lo último que necesita él en este momento.

Además aún sigue abierta la relación con Flavia, al menos por su parte. Todas las falsas certezas, que construyó con el paso de los años y que se derrumbaron de golpe cuando se separó de Elisa, lo obligan a mantener unas posiciones lo más claras posibles, como si hasta su salud mental dependiera de ello.

Las conversaciones telefónicas con la exesposa de Marco Tanzi son cada vez más asépticas. En un par de ocasiones Luca la ha invitado a tomar un café o a comer, pero ella se ha negado. La intención del policía era, sobre todo, asegurarse de que Flavia estaba bien, de que tuviera a alguien a su lado en un momento tan difícil. No obstante, dada la situación ha preferido no insistir. En parte para evitar que sus buenas intenciones fueran tergiversadas.

Su vida está volviendo a fluir, a encauzarse en una cotidianeidad compuesta de nostalgia y melancolía. Los únicos momentos serenos son los que pasa con Sara. Se ven cada dos fines de semana, más uno o dos días entresemana, dependiendo de las ocupaciones de ella. Luca quiso regularizar el alquiler del piso de Claudio y para ello tuvo que amenazarlo con buscarse otro sitio en caso de que se negara. Su amigo aceptó entusiasmado y unió a la utilidad de poder redondear sus ingresos el placer de contar con un «huésped de pago», que nunca le creará los quebraderos de cabeza propios de las relaciones entre propietarios e inquilinos.

El estudio se convirtió en la habitación de Sara. Luca compró muebles nuevos y un televisor de plasma para que la joven se sintiera en su casa. No obstante, en las veladas que pasan juntos aún se echa de menos el clima familiar. Luca trata de animar esas ocasiones invitando a amigos de su hija o proponiéndole con frecuencia salir juntos para ir al cine o comer una *pizza*. Pero la suya es una alegría construida, con un sabor provisional. Cuando se quedan a solas y Sara estudia y lee en su habitación mientras Luca hace lo propio en la suya, lo invade una profunda tristeza, una sensación de fracaso, de ausencia, parece agredir su alma.

Es la idea de una familia que ha dejado de existir y de todas las certezas que la separación se ha llevado por delante de forma irremediable. Luca ha pensado varias veces en una posible reconciliación, pero la racionalidad y la coherencia

siempre lo han empujado a no tomar en serio esta idea. En parte porque las señales que le llegan de su mujer no son, lo que se dice, alentadoras. Sara le ha contado que suele salir con sus amigas por la noche. Además, en una de las raras conversaciones para hablar de cuestiones prácticas relativas a la joven, Elisa le propuso que regularizaran la separación. Fue una especie de ducha de agua fría, pese a que era de esperar, inevitable. Luca le paga un importe todos los meses y sigue abonando la hipoteca del piso. Estos gastos, unidos a los de la nueva casa, han causado no pocos problemas económicos al expolicía. Quizá la separación sirva para resolver, cuando menos, esos problemas. Luca quiere renunciar a su parte del piso a favor de Elisa, pero a cambio le gustaría que dividieran los plazos de la hipoteca. Además, su mujer es hija única, de manera que puede disponer de varias rentas derivadas de las propiedades inmobiliarias de sus padres; a diferencia de él, que es hijo de unos trabajadores que no pudieron dejarle nada en herencia, exceptuando unos cuantos ahorros, que se fueron en buena parte entre los funerales y el cementerio.

Además, está la cuestión del sexo.

Luca no se siente preparado para iniciar una relación, no quiere vincularse a una mujer. A medida que se va desvaneciendo la perspectiva de tener una relación con Flavia, va perdiendo la confianza en el universo femenino. Cuando su sensación de soledad llega al ápice se limita a frecuentar los locales de masajes orientales. En Milán se encuentran ahora por todas partes. Los elige siempre al azar, movido por una necesidad casi fisiológica. Al principio le gusta sentir cómo lo exploran las manos menudas y expertas de las masajistas, hasta llegar a la masturbación, pero luego la situación le resulta embarazosa. Luca se siente sucio, mezquino, débil por no ser capaz de renunciar al contacto físico. Cada vez que sucede se promete que será la última, pero después, con una cadencia más o menos mensual, se concede de manera inevitable el escuálido y engañoso entretenimiento que lo está ahogando poco a poco.

Es jueves por la noche y Luca Betti está volviendo a casa con la comida china que acaba de comprar. Sus pensamientos son más bien sombríos. Sara estuvo en su casa ayer y pasará el próximo fin de semana con su madre, de acuerdo con el programa que establecieron de común acuerdo. Así pues, lo esperan seis días de trabajo y soledad en los que sólo tendrá como entretenimiento las series televisivas americanas, de las que es un apasionado.

Sigue al menos unas veinte, las compra por cajas, directamente en internet, y en ocasiones en idioma original. Con tal de no pensar, de evitar cualquier actividad que conlleve el contacto con otras personas prefiere hundirse en el sofá y mirar hasta cinco o seis capítulos seguidos. Milán no lo ayuda, desde luego, a vencer la melancolía. Hay algo insidioso en la manera en que la ciudad fagocita el dolor, la soledad e incluso la alegría de sus habitantes. Es como una enorme batidora en cuyo interior las emociones, las sensaciones, las individualidades quedan anestesiadas, seccionadas, hábilmente escondidas y restituidas en el mundo en una monotonía constante, perpetua. Luca piensa con frecuencia que, quizá, cuando la monotonía ha penetrado en tu alma es ella la que dicta las reglas e impide cualquier otra alternativa. Por encima de todo teme que su alma se haya contagiado ya de forma irremediable.

Mientras trajina con el lector de DVD, después de haber puesto la cena sobre la mesita que hay junto al sofá, suena el móvil.

Por lo general, a esa hora es Sara, que llama para saludarlo y contarle alguna novedad del colegio. Luca responde sin mirar el número.

—¿Dígame?

—¿Hablo con el vicecomisario Luca Betti?

—Sí, soy yo. ¿Y usted es...?

—Giovanni Sandonato.

Luca se sorprende. No esperaba recibir una llamada del detective privado. Por lo que sabe, después del hallazgo del cadáver se interrumpió también la relación entre Flavia y él. O, al menos, eso fue lo que le contó ella.

—Sandonato... Dígame.

—Tengo novedades interesantes sobre el caso de Giulia Tanzi. Pero antes de contárselas a su madre sería mejor que se las comentara a usted. Debemos vernos cuanto antes.

—Espere un momento, ¿me está diciendo que aún está investigando sobre el caso? Creía que lo había abandonado hace varios meses... Flavia me dijo que...

—Fue una decisión de la señora De Grandis, no me lo reproche. Prefirió que usted se quedara al margen. Después del hallazgo del cadáver me sentí en la obligación de explicar a la señora que era posible que se abrieran nuevos escenarios investigativos, y ella decidió seguir confiando en mí.

—Cristo... ¿Cuánto dinero le ha sacado en estos cuatro meses? No puedo

creer que con el cadáver de su hija en una mesa del depósito usted haya seguido aprovechándose de su...

—Betti —lo interrumpe Sandonato—, ¡ahórreme la bronca! Entre otras cosas porque, cuando se entere de lo que tengo entre manos tendrá que comerse sus palabras, se lo aseguro.

—¿Se puede saber de qué coño está hablando?

—No es cuestión de hablar, lo que necesito es enseñarle algo. Dígame si puede venir a mi despacho, si no yo iré a su casa. Enseguida.

Luca reflexiona unos segundos. Prefiere que nadie profane el espacio que está tratando de convertir en un hogar para él y para su hija.

—De acuerdo —responde—, en veinte minutos estaré en su casa.

Breaking Bad y el arroz cantonés tendrán que esperar.

Treinta y uno

El despacho de Giovanni Sandonato está en penumbra. El anciano investigador ha puesto un ordenador portátil en el escritorio, con la pantalla vuelta hacia los visitantes, y se ha sentado en uno de los silloncitos, al lado de Luca Betti.

—¿Está preparado? —pregunta Sandonato—. ¿Lo pongo en marcha?

El policía asiente con la cabeza.

El excoronel de los carabinieri mueve el ratón inalámbrico, haciendo clic dos veces en el archivo de formato VLC que hay en el escritorio.

La película que empieza al cabo de unos segundos está rodada con una cámara manual en el interior de un local sin ventanas, con toda probabilidad un sótano. En el centro de la habitación hay una mujer de espaldas, de pie, con las piernas abiertas y sujetas al suelo por unas cadenas finas, fijadas a unos anillos metálicos. Tiene también los brazos abiertos, formando una especie de equis, y esposados a una barra metálica que cuelga del techo. Su melena es larga y de color castaño, y está desnuda, exceptuando unas medias con ligüero negras y unos zapatos de tacón vertiginoso. En la nuca se ve una banda anudada que, probablemente, sirve para vendarle los ojos. Unos violentos zums muestran los detalles de su cuerpo, casi perfecto. Se trata de una mujer muy joven, pero el operador procura no filmar su rostro. Al cabo de unos treinta segundos aparece un hombre. Una capucha negra le cubre la cara, exceptuando dos grandes agujeros a la altura de los ojos. Viste exclusivamente unas botas y unos calzoncillos negros. Parece medir un metro noventa y tiene una barriga prominente, de bebedor de cerveza, cubierta de vello rubio. En la mano derecha empuña una especie de látigo.

Luca Betti se revuelve en la silla.

El hombre aferra el pelo de la chica, empujándole la cabeza hacia atrás. El cámara se mueve para evitar que el cuerpo de la joven quede cubierto por el del hombre encapuchado, que empieza a azotarle los glúteos con cierta violencia. Los golpes son auténticos, a juzgar por las marcas rojas que dejan sobre las nalgas y por los gemidos del dolor que difunde el audio de la película.

Los latigazos duran unos minutos, cada vez son más fuertes, hasta que un zum de la cámara inmortaliza unas gotas de sangre resbalando por las piernas de la desgraciada.

En ese momento, el encapuchado se quita los calzoncillos, mostrando una poderosa erección, y se pone detrás de la joven, a la que agarra bruscamente por los costados.

—¡Cristo! —exclama Luca Betti—. ¿Se puede saber qué es esta porquería?

—Espere —dice Sandonato.

Con un movimiento del ratón evidencia la barra de los mandos del vídeo y pulsa *fast play*. Por la pantalla pasan las imágenes del acto sexual entre la mujer atada y el hombre encapuchado, reproducidas a una velocidad cuatro veces superior a la normal. El cámara se mueve sin cesar alrededor de los dos, demorándose en los detalles escabrosos, mientras la joven se revuelve, con toda probabilidad gritando y quejándose, pese a que la ausencia de audio en la reproducción veloz impide que Betti pueda oírla. Al final, el encapuchado se separa de ella. La joven se deja caer, sujeta tan sólo por las esposas, que atan sus brazos a la barra. Sandonato vuelve a pulsar *play* y la película continúa a la velocidad normal.

—¡Preste atención ahora! —dice a Betti señalando la pantalla con un dedo.

El encapuchado se acerca a una pared y, valiéndose de una especie de polea, hace bajar la barra a la que están atadas las muñecas de la joven para que ésta se pueda arrodillar, pese a seguir inmovilizada. A continuación, el cámara cambia también de posición y se coloca delante de los dos para filmar, con todo detalle, el nuevo acto sexual. Por unos segundos el encuadre se detiene en la cara de la joven. Sandonato se apresura a parar la imagen pulsando *pause*.

Luca Betti se queda boquiabierto, sin decir palabra.

—Apenas dura unos segundos —dice Sandonato—, nunca le enfocan la cara, pero aquí cometieron un error.

—¡Cristo! —susurra Betti cerrando los ojos y abriéndolos enseguida de nuevo—. No puede ser —dice cabeceando.

—Por desgracia es así —replica Sandonato—. En mi opinión no hay ninguna duda. Es Giulia Tanzi.

Treinta y dos

—Flavia, escucha —dice Luca Betti inclinándose hacia la mujer—, trata de razonar...

Están sentados en el despacho de Sandonato, son las once y media de la noche. Luca la llamó hace una hora para decirle que había importantes novedades sobre la desaparición de su hija y se ofreció a ir a recogerla a su casa, dado que su marido ha viajado a París para asistir a una conferencia.

Durante el trayecto intentó prepararla para lo que le esperaba. Después de contarle lo del vídeo trató por todos los medios que no lo viera, pero Flavia no se avino a razones. Quiso ver toda la película. Mientras lo hacía en presencia de Luca Betti y Giovanni Sandonato, que no sabían dónde meterse, las lágrimas resbalaban silenciosas por sus mejillas. No obstante, pese a que le costaba contener los sollozos de dolor, Luca tuvo la impresión de que en el fondo de su mirada se había encendido una pequeña luz. Un atisbo de esperanza de que su hija aún pudiera estar viva.

Y Flavia la reconoció sin vacilar en la imagen fija de la cara con los ojos vendados.

Ahora está sentada al lado de Luca, delante del escritorio. Sandonato ha apagado el ordenador y está de pie frente a ellos, con los brazos cruzados.

—Ahora estás muy afectada —afirma Luca tratando de hablar en un tono lo más convincente posible—, es comprensible que sientas rabia, dolor... pero no debes dejarte vencer por...

—¡No, Luca! —lo ataja ella después de haberse enjugado la nariz con un *kleenex*—. Estoy lúcida y sé perfectamente lo que digo. Te repito que no quiero que intervenga la policía.

—Pero ¿te das cuenta de que esta película podría abrir una nueva investigación? —insiste Betti—. ¿Comprendes que si contamos con los recursos adecuados podremos descubrir dónde lo filmaron y quiénes son sus autores? Flavia, si hay una posibilidad de que Giulia siga viva, la única manera de comprobarlo es pasar de inmediato esta información a los investigadores.

—Bueno —tercia Sandonato—, la verdad es que también podríamos descubrirlo nosotros. Por lo demás, no es casual que hayamos sido los primeros en averiguar la existencia del vídeo.

Luca Betti se vuelve hacia el excoronel de los carabinieri fulminándolo con la mirada.

—¡Piense antes de hablar, Sandonato! No olvide que soy un funcionario público, podría encontrarse con una denuncia por ocultación de pruebas en un caso de homicidio. Sabe de sobra cuál es la pena.

—¿Me está amenazando de nuevo, vicecomisario? Le recuerdo que fui yo el que le llamó esta noche. De no ser así seguiría tanteando en la oscuridad, como sus colegas.

—Le advierto —ruge Luca Betti—, que si me sigue hablando en ese tono lo meteré en la cárcel en menos que canta un gallo.

—¡Basta ya! —grita Flavia De Grandis—. ¡Cállense! —Los dos hombres se vuelven hacia ella, mitigando la agresividad de sus miradas, que ahora reflejan un sincero estupor—. ¡Estamos hablando de mi hija! ¡La que decide soy yo!

—Flavia —insiste Betti—, ocultar esta información a la policía es un delito, pero, por encima de todo, necesitamos toda la colaboración posible, corremos el riesgo de no volver a ver a Giulia viva.

—¡No! ¡No me fío de la policía! No quiero que este vídeo pase por las televisiones y los diarios sensacionalistas. Ni que lo cuelguen en internet...

—Señora —dice Sandonato—, siento decírselo, pero este vídeo está ya en la red. Aunque no todos lo pueden ver, sólo un círculo restringido de usuarios que pagan por ello.

—Lo sé —contesta la mujer—, lo sé. Y si la noticia circula el que lo colgó borrará las pruebas y, en caso de que Giulia siga con vida, si alguien la tiene prisionera, entonces podrían matarla de verdad.

—La decisión es suya —dice el investigador—, yo estoy dispuesto a emplear todos mis recursos para ir hasta el fondo. Y estoy de acuerdo con usted, Flavia, una fuga de noticias podría impedirnos encontrar a los autores de la película. Pero antes de que su amigo aquí presente me ofenda de nuevo, quiero que quede

claro que no lo hago por el dinero. Estoy dispuesto a trabajar a cambio de que me pague sólo los gastos. Al menos hasta que dé con un nuevo elemento.

—Luca —dice Flavia apoyando una mano en el brazo del policía—. Por favor, Luca. Te lo ruego, haz lo que te digo. No digas nada por ahora a tus colegas, ayuda a Sandonato a descubrir dónde hicieron la película y quiénes fueron, pero, sobre todo, cuándo. Si hallamos pruebas de que la película fue rodada después del hallazgo del cadáver avisaremos a la policía. De no ser así, me niego a que lo último que recuerde el mundo de mi hija sea esto... Este horror.

—Lo siento, Flavia. Me pides demasiado —contesta Luca Betti—. No puedo hacerlo.

—Sandonato, por favor —dice la mujer—, déjenos solos unos minutos. Se lo ruego.

El excoronel asiente con la cabeza y sale de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

—Luca —dice Flavia acercándose al policía y tratando de mirarlo fijamente a los ojos, pero él la esquivo—. Hazlo por mí, Luca, te lo ruego. Lo único que te pido es que no se lo digas aún a tus colegas. Si Giulia está muerta de verdad, si esa película la rodaron antes de que encontraran el cadáver no es necesario que todos lo sepan, que todos lo vean... —Flavia se acerca aún más. Su cara se encuentra ahora a pocos centímetros de la de Luca.

—¡Cristo, Flavia! —exclama Betti retrocediendo para evitar el contacto.

—¡Nada de policía, Luca, prométemelo!

Betti reflexiona restregándose la cara con las manos para aliviar el cansancio.

—¿Te das cuenta de que yo también corro el riesgo de ser incriminado por algo así? ¿Entiendes lo que me estás pidiendo?

—Luca, estamos hablando de mi hija. ¿Y si fuese Sara, si fuese tu hija, qué harías?

—Escucha —dice el policía tras reflexionar unos segundos—, haremos una cosa. Ayudaré a Sandonato en su investigación. Pero si la pista que sigue no me convence, si en un par de semanas no llegamos a nada concreto, entonces contaré todo a los colegas de Roma que están siguiendo el caso. Es lo máximo que puedo concederte.

—De acuerdo —accede ella, asintiendo con la cabeza—. Significa mucho para mí. Y para Giulia. —Se tapa la cara con las manos y se abandona a un llanto liberatorio.

Luca Betti tiene la amarga sensación de haber cometido un grave error.

Treinta y tres

—¿Se puede saber adónde demonios vamos? —pregunta Luca Betti aferrándose como puede a la manija mientras es sacudido sin piedad en el asiento del copiloto.

—Un par de kilómetros más y hemos llegado —contesta Giovanni Sandonato.

El investigador conduce un Fiat Campagnola AR 76, un vehículo militar en desuso, que compró en una subasta del ejército. Circula a velocidad constante por una carretera en subida, sin asfaltar y llena de baches, en la periferia de Zogno, un pequeño pueblo del valle Seriana.

—¿Debía elegir justo un experto en informática que vive tan lejos? ¿Los de Milán estaban todos ocupados? —pregunta en voz alta para que sus palabras no queden ahogadas por el ruido del motor, pero Sandonato hace caso omiso de la provocación.

Betti ha pedido dos semanas de vacaciones retrasadas, alegando problemas derivados de la separación. El vicejefe Serafini, responsable de la división Investigativa, se quedó perplejo al recibir la petición, inusual tratándose de su mejor hombre. Pero, al final, dio su autorización.

—Como le decía —grita Sandonato—, lo del cuerpo carbonizado y decapitado no me convenció. Así pues, propuse a la madre de la chica que investigáramos sobre los secuestros relacionados con la prostitución internacional. Es un mercado que, por desgracia, se está asentando también en Italia. Los ricos compradores extranjeros cada vez piden más chicas occidentales. Esa gente no se contenta con las profesionales experimentadas. Quieren mercancía fresca, de calidad, a ser posible, vírgenes.

A Betti le viene a la mente la operación que llevó a cabo el grupo especial de Andrea Gherardi hace tiempo. Desarticularon una red de tráfico de jóvenes prostitutas procedentes de los países del este, que vivían amontonadas en una nave industrial de las afueras de Milán y a las que una banda de albaneses trataba peor que a los animales. El lugar se llamaba «el lager» y hacía tiempo que en la jefatura se rumoreaba sobre él, pero hasta entonces jamás habían podido probar su existencia. Recuerda que Gherardi le había hablado de jóvenes raptadas en Ucrania, que luego eran vendidas a jeques árabes por cientos de miles de euros.

—No hay pruebas de que haya también italianas en este mercado —observa Betti—. Por el momento, en los casos verificados sólo se trataba de jóvenes de la ex Unión Soviética.

—Fíese de mí, Betti —dice Sandonato—, sabe que en Italia desaparecen cientos de chicas todos los años. ¿Cómo piensa que acaban todas las que no se vuelven a encontrar?

—De acuerdo —responde el policía haciendo un esfuerzo para que su colega lo oiga, a pesar del estruendo que hace el todoterreno—, supongamos que tiene razón, ¿qué relación cree que existe entre la trata de jóvenes y el mundo de la pornografía en la Red?

—Es la misma industria, si me permite la palabra... Comercio de seres humanos. Las chicas se explotan siguiendo una especie de recorrido. En un principio se destinan a la prostitución de alto nivel, cuyos clientes son ricos y exigentes. Luego, cuando el efecto de la «novedad» se debilita y el uso de las drogas con las que tratan de condicionarlas mentalmente empieza a producir los primeros efectos negativos en el físico, se pasa a la venta de sexo extremo en internet. Las utilizan en ese mercado mientras es posible, sometiénolas con drogas o violencia. Al final, cuando la mercancía está ya deteriorada, se introducen en el circuito de la prostitución callejera vendiéndolas a las bandas, en su mayor parte albanesas, que administran este negocio.

—¡Vaya una sarta de tonterías, Sandonato! Lo de la trata de blancas en Italia es una leyenda metropolitana, hasta la fecha no hay pruebas de lo contrario. Y ese recorrido espantoso del que ha hablado suena a película de serie B.

El excoronel de los carabinieri se vuelve hacia él con una sonrisa amarga dibujada en la cara.

—Prepárese, Betti. Le comunico que en unos minutos su cine de serie B entrará a formar parte del mundo real.

El lugar es un claro, al final de la carretera en mal estado, en la cima de una colina que domina buena parte del valle que hay debajo. Junto a una fuente natural con una pila de piedra hay aparcada una *roulotte* de, al menos, diez metros de largo. Está apoyada en unos pequeños montones de ladrillos, rodeada de bidones metálicos, bolsas de plástico llenas de basura maloliente, y unos palos de madera, fijados de forma poco provisional, que sostienen unas cuerdas para tender la ropa. El tejado de la casa móvil está dominado por dos altísimas antenas de mástil y por tres parabólicas blancas e inmaculadas, orientadas en varias direcciones. En el lado corto de la caravana hay un grupo electrógeno silenciado, dotado de una base metálica con juntas antivibraciones. Una bofetada de, al menos, quince kilovatios.

—Pero ¿dónde coño me ha traído? —pregunta Betti apeándose del coche y mirando alrededor—, y, sobre todo, ¿cómo demonios han arrastrado hasta aquí ese armatoste?

—La verdad es que yo tampoco lo sé. Pero no se deje engañar por las apariencias, ¡está a punto de conocer a un auténtico genio!

Betti cabecea, perplejo, y sigue a Sandonato hacia la puerta de la *roulotte*, a la que se accede tras subir una escalera de madera hecha pedazos.

—¿Se puede? —pregunta el investigador tras abrir la puerta.

—Adelante, adelante —responde una voz ronca—, os he estado observando desde la provincial. Habéis tardado mucho en llegar.

—Es que el huésped que llevaba en el coche me ha obligado a moderar la velocidad —explica Sandonato.

Betti mira alrededor incrédulo. La *roulotte* consiste en un único local grande, exceptuando un pequeño cubículo con una puertecita, a todas luces el baño. En un rincón hay un anaquel con un hornillo de gas y una bombona de propano, al lado de una mesita abarrotada de sartenes y ollas, platos de papel y cajitas de comida. Un pequeño camastro con un colchón de gomaespuma y una silla de plástico completan el mobiliario. El resto está ocupado por una superficie enorme totalmente cubierta de aparatos de alta tecnología. Betti cuenta, al menos, seis monitores de grandes dimensiones, de los cuales uno está dividido en ocho recuadros que visualizan varios tramos de la carretera que acaban de recorrer, a partir del cruce de la provincial hasta la vista gran angular de la explanada. Es un sistema de vídeo de última generación, con cámaras

inalámbricas escondidas en los árboles que rodean la única carretera de acceso.

—Betti, te presento a Cisco. Cisco, éste es el vicecomisario Luca Betti. Pero no te preocupes, no ha venido de forma oficial. Puedes contar con su discreción, es uno de los nuestros.

El hombre aparenta, cuando menos, unos sesenta años. El pelo ralo le cae en mechones desordenados hasta los hombros, y su barba es tupida y rubia. Unas gafas de tortuga, con una anacrónica montura redonda, rodean sus ojos claros. Se limita a escrutar a Betti con desconfianza, volviéndose hacia él sin levantarse del sillón giratorio de piel, que parece ser el único objeto del mobiliario en buenas condiciones en el interior de la caravana.

—Cuánto me alegro de entrar a formar parte de esta alegre banda —dice Betti a Sandonato con aire de no estar nada satisfecho—. ¿Cisco es el nombre o el apellido? —pregunta luego al hombre sentado, que no deja de mirarlo con aire hostil.

—Ninguna de las dos cosas —contesta—, es Cisco y basta.

Betti nota que el aire que flota en el interior de la *roulotte* es casi irrespirable. La temperatura se mantiene constante, probablemente a unos veinte grados, gracias a un acondicionador de pared, pero los olores a comida pasada y a suciedad agreden su olfato de manera insoportable. Por no mencionar el hedor a sudor que emana el amo de la casa, quien, a pesar de que están en verano, viste una camisa de franela a cuadros de color verde, unos pantalones de pana y unas botas.

—¿Le importa que abramos un poco las ventanas, señor Cisco? —pregunta el policía.

—Ni hablar —contesta él indignado—, ¡estamos en un ambiente muy controlado! ¡No puedo correr el riesgo de contaminarlo con elementos orgánicos procedentes del exterior!

Betti no replica, pero piensa que, en lo tocante a la contaminación orgánica, el ambiente no puede estar más en peligro de lo que ya está.

—Bien —dice Sandonato—, se acabaron las presentaciones. Betti me ayudará en la investigación, repítele lo que me has dicho.

El tipo mira sumamente preocupado a Sandonato, quien responde guiñando los ojos y asintiendo con la cabeza para tranquilizarlo.

Cisco mueve entonces el ratón inalámbrico sobre una alfombrita de goma que representa a Bugs Bunny, y a continuación se pone a escribir en un teclado ergonómico a una velocidad pasmosa.

—Trataré de ser breve —dice señalando a Betti uno de los monitores que tiene delante—. Hay sitios ilegales que explotan proveedores extranjeros, situados en países en los que está permitido el registro anónimo de los dominios.

En el vídeo aparecen varias ventanas con enlaces que proponen unas imágenes escabrosas e invitan a la compra de películas en *real time*.

—Además, con frecuencia —prosigue Cisco—, y para no correr el riesgo de ser identificados, los dominios se registran a nombre de individuos con documentos falsos. ¿Me sigue?

—Continúe —contesta Betti.

—Bien. El tipo de sitios que nos interesa es aquel en que se venden películas pornográficas. Obviamente, me refiero a cosas extremas, nada que no se pueda encontrar en un sinfín de sitios disponibles también en Italia.

—¿Qué entiende por extremas?

—Pedofilia, torturas, coitos con animales, violaciones de grupo, *bondage* extremo, crueldades de...

—Está bien, está bien —lo interrumpe Betti—, entiendo el concepto. Siga.

—Estas películas se emiten en *streaming*, mediante pago con tarjeta de crédito. También en este caso hay países extranjeros que garantizan el anonimato en la gestión de las cuentas corrientes. Sin contar con que los pagos confluyen a fondos fantasmas o a personas físicas inexistentes. Siempre gracias al truco de los documentos falsos. Para descubrir a una persona real, a través de una larga serie de investigaciones y de unas formalidades en que habría que involucrar a las autoridades de varios países, se necesitaría una infinidad de tiempo, de forma que los responsables tendrían tiempo de abrir diez sitios más y trasladar los pagos a una nueva cuenta corriente en la otra punta del mundo. ¿Está claro?

—Como el agua —responde Betti—, pero explíqueme cómo hizo usted para llegar al vídeo en cuestión. ¿Pagó para descargar la película?

—Por supuesto. Mejor dicho, pagó el titular de la cuenta de la que saqué el dinero...

Betti se vuelve hacia Sandonato, que se apresura a desviar la llamada.

—Espere un momento —dice después al hombre que está sentado—, ¿me está diciendo que compró material pornográfico prohibido con dinero de otro? ¿Alguien que podría ser localizado y arrestado por este motivo?

—Oh, no se preocupe —responde impasible Cisco—, es un famoso pedófilo al que vigilo desde hace tiempo. Disfruto como un enano exprimiendo las cuentas de esa gente y haciéndoles cometer, sin que lo sepan, errores que les

abren las puertas de la cárcel. Digamos que es mi *hobby* preferido.

—Cristo —dice Betti masajeándose la frente.

—Sigue —tercia Sandonato para desviar el tema a un terreno menos espinoso—, estábamos llegando a la película de la chica.

—Ah, sí. La chica. Justine.

—Quiere decir Giulia... Giulia Tanzi —lo corrige Betti.

—Bueno, su nombre artístico es Justine —replica Cisco—. Le explicaré cómo la encontré. Las llamadas «novicias» se presentan a los clientes aficionados con una especie de lanzamiento publicitario. Con fotografías, claro está, muy provocadoras, que envían de forma gratuita a la lista de correo de esos canallas. En el mensaje se anuncia la fecha en que el primer vídeo saldrá en la Red y se recogen los pedidos. Las películas siguen un ciclo, suelen ser unas diez, luego los clientes pierden el interés, empiezan a exigir la novedad, y entonces las chicas son destinadas a otro mercado. Por lo general...

—Sí, lo sé —se adelanta Luca—, la prostitución callejera.

—Exacto —corroborra Cisco—, pero en algunos casos la suerte que les espera es aún peor. Acaban en oscuros burdeles de Oriente Medio, donde las tratan como animales hasta que un día, cuando dejan de servir a sus explotadores, son eliminadas.

En la *roulotte* se instala un silencio irreal, quebrado tan sólo por el zumbido del acondicionador, que sigue enfriando el aire maloliente.

—La película —dice Luca Betti tratando de conservar la lucidez—, la de Giulia. ¿Puede averiguar cuándo la colgaron en la Red?

—Por supuesto —contesta Cisco—, se lo puedo decir ya con absoluta certeza. Hace cuatro días. Hace más de un mes que estoy monitorizando los sitios piratas de sexo extremo con las fotos de la chica que me dio Sandonato. La verdad es que estaba a punto de tirar la toalla. En las imágenes la chica aparecía enmascarada, pero en los vídeos suelen encuadrar sus caras unos segundos. Sobre todo en las escenas de sexo oral.

—Cuatro días —repite Betti meditabundo—, eso significa que Giulia aún está viva, y que sigue en Italia.

—No necesariamente —responde Sandonato—. Quizá la película fue rodada hace tiempo. Quizá prepararon la serie en unos días para luego difundirla en diferido, por capítulos. Como le explicaba Cisco, por lo general no se hacen más de diez vídeos con la misma chica. A los compradores se les asegura que son imágenes en tiempo real para aumentar su interés, además de la suma que están

dispuestos a desembolsar... pero es imposible asegurar que esto es cierto.

—La película de Giulia —pregunta Luca a Cisco—, ¿puede decirme si es la primera de esta... serie, como la ha llamado usted, o si antes se filmaron otras?

—Estoy casi seguro de que es la primera. La chica no tiene marcas de violencia en el cuerpo y las escenas de sexo no son demasiado extremas.

—Bueno, la azotaron hasta hacerla sangrar, si a eso lo llama usted sexo ligero...

—Le aseguro que son caricias, comparado con lo que le espera. Quiero decir —se corrige el hombre al notar la expresión de exasperación de Betti—, a menos que la encontremos antes.

Betti y Sandonato permanecen casi dos horas en la *roulotte*. El policía se ve obligado a ver otras secuencias del llamado *real rough sex*. Espera descubrir en las películas detalles que lo induzcan a pensar en una simulación. Pero al final debe desechar esta posibilidad.

La violencia que sufren las jóvenes es real.

Luca se siente como suspendido al borde de un abismo infernal, al que debe asomarse sin remedio. La que aparece ante sus ojos con todo su horror es una realidad espantosa, cuya existencia ignoraba. Hay hombres dispuestos a pagar para presenciar el sufrimiento ajeno, y esta conciencia casi le hace avergonzarse de pertenecer al género humano. Al final siente la necesidad de reaccionar, de tratar de combatir ese tormento. Así pues, decide acordar un plan de acción con Sandonato y su colaborador. En los próximos días, la tarea de Cisco consistirá en tratar de descubrir toda la información posible sobre el sitio que ha publicado el vídeo de Giulia Tanzi. Es fundamental encontrar un lugar, una persona, un indicio que dirija la investigación hacia un elemento concreto. A la vez, hay que poner en relación los datos de los compradores de la película con los nombres que han aparecido hasta la fecha en los actos de la investigación. Betti debe elaborar una lista y enviársela por *mail* a Cisco esta misma noche. No hay un minuto que perder. Otra cosa fundamental es evitar que Flavia De Grandis se entere de todos los detalles. No hay ninguna razón para someterla a un suplicio semejante. De acuerdo con Sandonato, el policía decide que le dará una información parcial y que evitará los detalles más dolorosos sobre el posible destino de su hija.

Mientras bajan por la carretera para volver a la provincial, los dos hombres

no dicen una palabra. Betti no deja de pensar en el sufrimiento de Giulia, la niña que tuvo en brazos hace ya muchos años. La hija del que, hace tiempo, fue su mejor amigo. Y, pese a que trata de evitarlo, su pensamiento se desliza en una dirección que lo aterroriza, al punto de casi paralizarlo. Piensa en su hija Sara y en lo que sentiría si supiera que se encuentra a merced de unos hombres así. Sandonato rompe el silencio y lo salva de la desazón que le produce esa idea insoportable.

—Si logramos identificar a esas personas —dice el excoronel de los carabinieri—, y Dios quiera que eso suceda pronto, será necesario avisar a sus colegas. Se trata de una banda organizada, gente violenta y armada hasta los dientes.

Luca no contesta, sigue mirando la carretera.

—¿Me ha oído, Betti? No podemos afrontarlos solos. Me encantaría encontrarme cara a cara con uno de esos hijos de puta y apuntarle una pistola a la cabeza... Pero debemos ser realistas.

—Sí, tiene razón. Solos no conseguiremos nada. No obstante, mientras tanto creo que una persona podría echarnos una mano, siempre y cuando siga viva.

De repente, la niebla parece haberse disipado en la cabeza de Luca Betti. Los eventos de los últimos meses asumen ahora unos contornos más definidos para el policía. El pasado que ha tratado de cancelar a duras penas en los últimos diez años ha vuelto para irrumpir en su presente. Y a Luca le parece inevitable que, para saldar las cuentas, las pasadas y las futuras, haya que involucrar a la persona que ha tratado de olvidar a toda costa.

En la vida de todos nosotros hay algo preestablecido, algo a lo que, tarde o temprano, debemos enfrentarnos. Algunos lo denominan karma, otros destino. En el caso de Luca Betti se llama Marco Tanzi.

Treinta y cuatro

Luca Betti y el viejo caminan por un sendero que, partiendo de la parte posterior de la casa de labranza, conduce a un pequeño claro en el bosque.

—Tuve que decírselo —explica el anciano exmédico al policía—. En cuanto terminó el tratamiento. Si lo hubiera hecho antes quizá no habría ido hasta el final.

—¿Cómo reaccionó? —pregunta Luca Betti adecuándose al paso lento pero constante del viejo, que, como siempre, va envuelto en una manta.

—Cuando supo que los periódicos habían publicado la noticia de la muerte de su hija quiso que lo dejara solo. Estuvo sentado en la celda casi una hora. Pensé que quería castigarme por no habérselo dicho antes. O que quería quitarse la vida. De haber sido así no habría podido hacer nada para impedirse.

—¿Y en cambio?

—En cambio vino a verme y me pidió que lo dejara estar un poco más de tiempo aquí, que lo ayudara a restablecerse. Le pregunté por qué quería hacerlo, y él me contestó que debía recuperar las fuerzas y volver a ser el de antes. Era la única manera de vengarse del que mató a su hija.

—Y usted aceptó.

—Por supuesto. Si le hubiera negado este objetivo habría echado a perder el esfuerzo que había hecho hasta ese momento.

Los dos siguen caminando unos minutos, hasta que el viejo se para y señala a Betti una explanada que se encuentra a varias decenas de metros de distancia.

—Ahí está —dice en voz baja, para no revelar su presencia a Marco Tanzi.

El expolicía tiene el torso desnudo y empuña un hacha de mango largo. A su lado hay un pequeño montón de leña. Luca lo observa mientras coge un pedazo a

la vez y lo pone sobre un gran tronco secular. Marco Tanzi gira el busto imprimiendo el máximo impulso al hacha que, tras trazar un círculo en el aire, cae sobre el tronco y lo parte por la mitad. Tanzi se inclina para coger los dos pedazos, los tira a otro montón, más pequeño, y repite de forma mecánica el proceso.

—Lleva aquí varias horas —explica el viejo, siempre en voz baja—. Pasa el día entrenándose. Corriendo, levantando pesos, partiendo leña. Está siguiendo una dieta especial que lo ayudará a regenerar la musculatura. Los años de abusos y privaciones han minado su cuerpo de forma irreparable, pero tiene una voluntad de hierro.

—Ya veo —dice Luca Betti observando los poderosos músculos de su antiguo socio, tensos por el esfuerzo.

—Bueno. Me voy. Mi tarea concluye aquí. Espero que el sacrificio que ha hecho su amigo sirva para algo. Sobre todo si, como me ha dicho, hay alguna esperanza de que su hija siga con vida.

—Esperemos. Las dos cosas —contesta Betti.

—Una última pregunta...

—Dígame.

—Si, al llegar aquí, le hubiera dicho que no lo había superado, que había muerto debido al tratamiento, ¿cómo habría reaccionado?

Betti reflexiona unos instantes antes de responder.

—La decisión de venir aquí fue suya, y fue una decisión consciente. Si hubiera querido habría podido impedirselo, pero no lo hice y ahora me alegro de no haberlo hecho. En cualquier caso, no habría tenido ningún sentido que me enojara con usted.

El viejo sonrío.

—Le deseo mucha suerte, Betti. A usted y a su amigo.

Al ver que se acerca a él, Marco Tanzi se tensa. Se detiene sin soltar el hacha, mirando a su antiguo colega, que camina por el sendero.

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunta cuando se encuentra a unos metros de él.

—Massacese. No fue fácil, pero al final cedió al oír las novedades que le conté. —Luca nota que el cuerpo de su amigo está lleno de cicatrices; unas cicatrices que antes no tenía.

—¿Novedades? —replica Tanzi—. ¿Te refieres a la muerte de Giulia?

—No, me refiero a que el cadáver podría no ser el suyo.

Tanzi tira el hacha cambiando de expresión.

—Te lo advierto, Luca. Si es una excusa para disuadirme de mi propósito estás perdiendo el tiempo. Puede que me cueste un poco, pero al final me vengaré.

—¿Quieres vengarte de los que han hecho daño a tu hija? Eso es justo lo que he venido a proponerte. Lo único es que aún queda una esperanza, aunque remota, de que Giulia siga viva. Estoy investigando privadamente... Nada oficial, y la pista es peligrosa, pero podría llevarnos a algo concreto y necesito que me ayudes.

La mirada de Tanzi parece iluminarse de repente, da un paso hacia Betti, pero éste levanta una mano, como si pretendiera pararlo.

—¡Con una condición, sin embargo!

Tanzi se detiene a la espera de que su exsocio prosiga.

—Yo llevaré las riendas. Tenemos un mismo objetivo: coger a esos canallas con la esperanza de poder salvar también a Giulia. Pero esta vez seré yo el que decida cómo y cuándo nos moveremos. Esta vez lo haremos a mi manera, o no haremos nada. En cualquier caso, sin la información y los medios de que dispongo nunca lograrás nada, te lo garantizo. O lo tomas o lo dejas.

—Acepto —dice Tanzi sin pensárselo dos veces—. Aquí no tengo nada, salvo una camisa. Voy a cogerla y nos vamos.

Treinta y cinco

—Puedes instalarte aquí. Es la habitación de Sara.

Tanzi mira alrededor. Procura no hacer preguntas, no es necesario. La situación es bastante clara.

—Voy a coger algo limpio para que te lo pongas —le dice Luca a la vez que entra en el otro dormitorio—. Si no recuerdo mal calzamos el mismo número. Puede que los pantalones te queden un poco cortos...

En el trayecto desde Cimbergo, en el valle de Camonica, a Milán, el policía no le habló de su situación personal, de la separación de Elisa, de los contactos con Flavia. Se limitó a contar a su exsocio los escasos resultados de la investigación que había efectuado la policía de Roma y a ponerlo al corriente del descubrimiento del vídeo por parte de Sandonato y su *hacker*. Marco Tanzi sabe ahora que Giulia fue secuestrada y drogada con el objetivo de introducirla en un tráfico de pornografía ilegal. Luca había intentado imaginarse lo que sentiría si Sara hubiera corrido la misma suerte, concentrarse en el dolor, en la frustración, en todas las sensaciones negativas que podrían hacer caer de nuevo a su antiguo socio en la desesperación más negra.

La reacción de Marco Tanzi fue, sin embargo, muy distinta de lo que esperaba. Su excompañero mantuvo la mirada firme, glacial, clavada en el vacío, y se limitó a escuchar y a hacer alguna que otra pregunta sobre la forma en que los sitios piratas acceden a la Red. Oyéndolo, Luca llegó a la conclusión de que los diez años que Marco había permanecido apartado del mundo real le habían impedido seguir las últimas novedades del universo internet.

—¿Tienes hambre? —le pregunta, tendiéndole un par de vaqueros y ropa interior limpia—. ¿Comemos algo?

—Me gustaría ir a ver enseguida al investigador, a Sandonato, y hablar con él sobre el plan que pensamos seguir.

—Tenemos un par de horas antes de la reunión, que ya está fijada —dice Luca mirando el reloj—. Acuérdate de lo que te he dicho, esta vez haremos lo que yo diga.

Tanzi asiente con la cabeza.

—Necesito un arma —comenta.

—Por ahora ni hablar. Cuando llegue el momento, si llega, tendrás todo lo necesario. Pero ahora comamos un poco. El viejo me ha dicho que estás siguiendo una dieta.

—Proteínas a gogó. ¿Tienes huevos y leche?

—Sí, creo que sí... está todo en la nevera, sírvete tú mismo. Yo salgo un momento a hacer una llamada.

—¿Elisa?

—Sí, dime.

—Oye, no podré quedarme con Sara durante un par de semanas. Estoy trabajando en una investigación un poco complicada, que me tendrá ocupado todas las noches...

—No te preocupes.

—¿Está en casa?

—Sí, está aquí. Te la paso.

Luca Betti espera al teléfono unos segundos. La voz de su mujer era tan fría que casi le ha hecho estremecerse.

—¿Papá?

—Hola, cariño. Le acabo de decir a tu madre que, por desgracia, las próximas dos semanas voy a estar muy ocupado con el trabajo y no vamos a poder vernos. Pero lo recuperaremos en cuanto resuelva el asunto, te lo prometo... Iremos a Barcelona como hemos hablado, ¿qué te parece?

—A lo mejor —responde la joven en tono decepcionado—. Pero ¿puedo ir de todas formas a tu casa a estudiar con Federica?

—No, Sara, es mejor que no... se trata de un trabajo de vigilancia, volveré a casa a cambiarme a las horas más absurdas... prefiero tener el terreno despejado. Pero no se repetirá, ya lo verás, es algo un poco especial...

—De acuerdo. No te preocupes.

—Debes creerme, Sara, es una situación extraordinaria. Te prometo que te explicaré todo cuando haya acabado.

—De acuerdo. Pero te advierto que me has hecho ya dos promesas en esta llamada, no exageres...

—Te quiero mucho, Sara.

—Yo también, papá.

Treinta y seis

—Eso es todo —concluye Giovanni Sandonato tras haber referido punto por punto a Tanzi y a Betti los resultados de las averiguaciones. Los tres están sentados en el despacho de la agencia de investigación Antares.

—Su colaborador —pregunta Marco Tanzi—, ¿por qué tiene tanta experiencia en pornografía? ¿Y por qué le encargó justo a él que llevase a cabo la investigación?

—Bueno —contesta Sandonato—, tiene una historia especial. Si quieren se la cuento, pero a condición de que lo que les diga no salga de esta habitación. Es información confidencial.

Los dos colegas asienten con la cabeza.

—Hasta hace ocho años Cisco era uno de los ingenieros de *software* más brillantes de IBM Europa. Estaba casado y tenía una hija, Sandra, que en 2004 tenía dieciséis años. Muchos colosos de la información se lo disputaban, y él viajaba por todo el continente para instruir a los equipos de técnicos cualificados en las principales filiales de su empresa. El éxito en el trabajo le había hecho ganar mucho dinero, pero a la vez lo obligaba a viajar mucho y a estar lejos de su familia, en ocasiones meses enteros. En los periodos en los que él estaba ausente su hija empezó a frecuentar el mundo de la droga. Aprovechándose de su dependencia, unos sujetos la obligaron a prostituirse y a rodar películas que luego se difundieron por internet. Cuando el asunto fue de dominio público, la chica no pudo soportar la vergüenza. Se escapó de casa y al cabo de dos meses la encontraron muerta por sobredosis. La madre echó toda la culpa al marido y a sus continuas ausencias. Como era de esperar, el matrimonio acabó de mala manera, entre rencores y abogados, y Cisco casi se volvió loco de dolor. Así

pues, se despidió de la empresa y se retiró del mundo, a su *roulotte*. Logró cancelar de internet las películas en que aparecía su hija y a partir de ese momento ha dedicado su vida a descubrir y a hacer arrestar a los que practican la pornografía ilegal en la Red.

—Vaya historia, es increíble... —comenta Luca Betti—. ¿Y usted cómo lo conoció?

—Cuando aún estaba en activo me ocupé de la desaparición de la chica. Fue uno de mis últimos casos. Logré meter en chirona a los responsables de su muerte, pero, por desgracia, no pude salvarle la vida. Desde entonces sigo en contacto con Cisco y colaboramos a menudo.

Los tres se quedan ensimismados unos instantes.

—Mañana iré a jefatura —dice, por fin, Luca Betti, rompiendo el silencio—, quiero echar un vistazo a las fotos de archivo de todos los que han sido fichados por delitos relacionados con la pornografía pedófila. Puede que aparezca un rubio barrigudo de un metro noventa.

—Lo veo difícil —dice el investigador—, es raro que en estas películas aparezcan actores fichados. Sería demasiado fácil descubrirlos.

—Sí, es cierto. En cualquier caso, lo intentaré. Además, en la brigada Antivicio trabaja una colega bastante buena, quizá pueda sacarle algo que nos sirva.

—¿La conozco? —pregunta Tanzi.

—No, es nueva —contesta Luca—, acaba de llegar de Roma. Se llama Laura Damiani y, casualmente, seguía la investigación sobre la desaparición de Giulia en la capital.

—Dados los resultados no creo que sea tan buena —replica Tanzi.

—Lo es, fíate de mí. Es más, ahora que lo pienso, tendré que estar atento para que no adivine cuáles son mis verdaderas intenciones. Me inventaré una historia por si me hace alguna pregunta inoportuna.

—¿Ha enviado los datos a Cisco? —pregunta Sandonato.

—Por supuesto —contesta Betti—, anoche. De todas formas, todas las personas que fueron interrogadas en un primer momento sobre la desaparición están libres de sospecha. Son simples compañeros de universidad, amigos, profesores. Es difícil que uno de ellos esté relacionado con ese mundo clandestino.

—Nunca se sabe —replica Sandonato—, mejor no dejar nada por intentar.

—Quiero una copia de la película —exclama Tanzi.

—Eh, un momento —dice Luca—. ¿Para qué? ¿Qué piensas...?

—Quiero enseñársela a una persona. A un tipo que conocí en la cárcel hace años. Es un experto en pornografía, hasta tiene una tienda de vídeos o, al menos, la tenía. Quizá sepa decirnos algo.

—Lo dudo —dice Betti.

—En cualquier caso, no nos cuesta nada probar —comenta Sandonato.

Luca reflexiona mientras sus compañeros lo observan, a la espera de que tome una decisión.

—De acuerdo —dice al final—, pero trata de moverte con discreción y de no meterte en ningún lío. Con tus antecedentes, por cualquier nimiedad acabas de nuevo entre rejas.

Tanzi asiente con la cabeza, mientras Sandonato abre un cajón y saca una llave USB para copiar la película.

Media hora después Betti y Tanzi caminan por la avenida Washington, en dirección a la parada de metro. Tanzi mira alrededor como si se encontrase en un lugar desconocido, jamás visto hasta entonces.

—¿En qué piensas? —le pregunta Betti.

—En Milán... Me siento como si la viera por primera vez. Y, sin embargo, en los últimos dos años he estado aquí. He recorrido todas las calles, he dormido en todos los parques, he mendigado en todas las esquinas de estas casas.

—Cuando decidiste... Sí, veamos, cuando decidiste vivir sin una casa fija, romper por completo con el pasado, ¿por qué volviste justo a Milán? —le pregunta Luca—. ¿No habría sido más lógico cambiar de ciudad, alejarte también físicamente de lo que te había ocurrido?

—No lo sé —responde Tanzi—, puede que cuando te acostumbras a esta ciudad no hay alternativa. La criticamos, la odiamos, pero cuando nos entra en la sangre no podemos privarnos de ella. Quizá porque la echaba de menos, sin más. Aunque también puede ser que, en el fondo, volviera porque de forma inconsciente quería mantener un vínculo con el hombre que era antes... con Giulia... Quién sabe, no es fácil decirlo, son puras hipótesis. Cuando vives en la calle no vives de verdad en la ciudad. Te encuentras en una realidad paralela, compartes espacios y panoramas con la gente que camina a tu alrededor, pero estás en otro planeta. Lo que para otros es un contenedor de basura, para ti puede ser la manera de no morir de hambre. Un cartón abandonado en la calle se

transforma en el medio de evitar que el frío del suelo te penetre en los huesos. Todas las cosas, los lugares, asumen significados distintos. Por eso ahora me siento un extraño.

—Bueno, quizá sólo necesitas un poco de tiempo para acostumbrarte. No niego que en los últimos meses tu vida ha dado un vuelco. Has cambiado... Al final, los rumores sobre ese tratamiento milagroso han resultado ser ciertos.

—La verdad es que no existe un tratamiento milagroso.

—¿A qué te refieres?

—Sólo bebí una especie de tisana. Creo que tiene unas leves propiedades alucinógenas.

—¿Me estás diciendo que ese hombre, el viejo, te drogó?

—Es como si ese mejunje tuviese el poder de hacer emerger lo peor del subconsciente. Es capaz de ponerte cara a cara con tus pesadillas, de forma... definitiva. De ciertos males sólo podemos curarnos mirando nuestro interior y encontrando las respuestas justas. Si piensas que los demás pueden liberarte de tus demonios estás derrotado desde el principio.

—¿Fue eso lo que te ocurrió? ¿Te encontraste cara a cara con tus demonios?

—pregunta Betti.

—Sí, y tuve que elegir. O me rendía o seguía adelante, como fuera. Al principio pensé que no lo iba a conseguir, pero luego comprendí que antes de marcharme había algo que podía, que *debía* hacer.

—¿Estás hablando de Giulia?

—Estoy hablando de saldar cuentas con los errores que cometí en el pasado.

Betti reflexiona un par de minutos, no sabe si hacer cierta pregunta a su excolega. Pero al final no logra contenerse.

—Me pregunto cómo consigues... sí, en fin, cómo consigues...

—Mantener la calma sabiendo que mi hija está en manos de esa gente —lo interrumpe Marco Tanzi—. Sabiendo que en este momento, siempre y cuando siga viva, la están obligando a prostituirse para ellos. Eso es lo que me ibas a preguntar, ¿verdad?

Luca Betti asiente con la cabeza.

—Supongo que tú, en una situación similar, te sentirías como si te hubieras hundido de repente en el infierno... Pues bien, en mi caso el infierno no es una novedad. He estado ya en él varias veces, estoy acostumbrado a convivir con él. En siete años de cárcel y luego viviendo en la calle he soportado cosas que jamás podrías imaginar. Y he renunciado a la idea de ser padre. Hace ya mucho

tiempo.

—¡Eso es una gilipollez! Si de verdad lo pensaras ahora no estarías aquí.

—No te olvides de que —dice Tanzi—, por lo que sabemos, Giulia podría estar muerta. Hasta hace unas horas ésa era para mí la versión oficial.

—Si estamos aquí es porque aún hay alguna esperanza —insiste Betti—, y no debemos tirar la toalla.

—No tengo la menor intención de hacerlo —contesta Tanzi—. Al menos no antes de que los haya matado a todos.

Treinta y siete

Marco Tanzi. Milán, cárcel de San Vittore, hace seis años

Hora de aire.

Sería verdad si no estuviéramos en Milán, la capital del esmog y de los polvos finos. Estoy sentado en un rincón del patio, concentrado en mis cosas, como siempre. Estoy leyendo una novela que encontré en la biblioteca, historias de policías corruptos, de servicios secretos inmorales, de políticos vinculados a la mafia. Está bien escrito, el autor lo presentó en la cárcel hace un mes. Por lo visto es también policía, un oficial del cuerpo de Finanzas. A saber si se parece a sus personajes o si en la realidad es un trabajador honesto y un buen padre de familia. La cara que aparece en la solapa hace pensar más bien en la primera hipótesis.

Noto que el tipo se acerca sin alzar siquiera los ojos de la página, cuando aún está a una decena de metros. Es menudo, rubito, y debe de tener unos treinta años. Un caradura. Si han mandado a uno así para que me arranque el pellejo deben de ser muy optimistas. Sobre todo, teniendo en cuenta la suerte que corrió el último de ellos. Por lo visto ahora sólo pueden alimentarlo a través de la sonda que le han metido directamente en el estómago.

De no haber sido por el testimonio del único guardia honesto de la prisión y por el equipo de circuito cerrado podrían haberme caído diez años más. La legítima defensa era evidente. El tipo era diez centímetros más alto que yo y pesaba, al menos, ciento cincuenta kilos. El hijo de puta más gordo que he visto en mi vida. Además era fuerte. Si no hubiera reaccionado rápidamente no le

habría costado nada clavarme la navaja en el corazón. Por suerte esa mañana me había hecho una raya de coca.

La que circula aquí dentro no puede ser peor, está mal cortada, demasiado. Pero, debido a la ley del mercado, cuando la oferta es escasa la demanda aumenta y el único proveedor de un determinado producto tiene, de hecho, el monopolio.

Y en San Vittore el monopolio del tráfico pertenece al clan de los Lucariello.

Más bien irónico, considerando que Luca y yo metimos aquí dentro a los hermanos Lucariello hace seis años. Dos miserables de primera categoría que habían llegado de Nápoles con la intención de hacerse los amos de Milán y convencidos de que iban a poder follarse a todas las mujeres de la ciudad. Los obligamos a cambiar de idea. Ahora, lo máximo que pueden concederse es el culo de algún desgraciado que ha acabado entre rejas por vender droga o por conducir borracho. La violencia carnal está al orden del día aquí dentro, gracias a la connivencia de los guardias corruptos, hambrientos de billetes de cien euros. Y hay muchos a disposición. Guardias y billetes, quiero decir.

El pequeñajo se para a dos metros de distancia. No esconde las manos, que me parecen vacías. Mejor para él, podría romperle la espalda sin el menor esfuerzo, en un santiamén.

—Eh, tú... ¿Eres Marco Tanzi?

Sigo fingiendo que leo sin prestarle la menor atención. Mientras tanto, sin embargo, trato de extender la visión periférica. El tipo podría ser una trampa, una distracción para que alguien pueda golpearme por la espalda.

—Eh, amigo, ¿me has oído?

Alzo la cabeza y lo miro con mi peor expresión.

—Desaparece, estoy leyendo.

—No, espera un momento —insiste él—, en fin, ¿eres Tanzi o no?

—¿Quién quiere saberlo?

—Vallaròla. Gianni Vallaròla, ¡encantado! —exclama, tendiéndome la mano.

La miro como si fuera una mierda de perro bajo los zapatos. Él se da cuenta y tiene el buen gusto de retirarla.

—Me han dicho que eres policía, mejor dicho, expolicía. Dicen también que eres un tipo peligroso, ¿es cierto que has sufrido ya tres intentos de agresión y que siempre has logrado salir ileso?

—¿Qué quieres?

—Me gustaría proponerte algo. Supongo que habrás oído hablar de Vallaròla Production, ¿no?

Estoy perdiendo la paciencia. Sin dejar de escutarlo sacudo lentamente la cabeza.

—¿En serio? ¿Lo dices en serio? Dios mío, eso significa que llevas mucho tiempo aquí dentro...

—Tres años. Ve al grano o esfúmate.

—Sí... Vallaròla Production es una casa de producción cinematográfica. ¡Películas duras, pero de calidad! Nuestro lema es «la clase por encima de todo». En nuestros productos hay argumento, banda sonora, emplazamientos sofisticados, nada que ver con los habituales amontonamientos en un garaje o en la habitación de un motel. En fin, que nos preocupamos de que...

—Me importa un carajo. Tienes tres segundos para decirme lo que quieres o te mando de vuelta por donde has venido a patadas en el culo.

—A eso iba. El caso es que la actividad va bien, mis DVD se venden como churros, mis chicas cada vez están más solicitadas en los locales para adultos y esta historia está causando algún que otro quebradero de cabeza a ciertas personas... personas que han invertido pasta en el mercado del porno con otros productores. Resumiendo, ya que estoy aquí... por el momento, por un equívoco relativo a unos cheques en blanco, una menudencia que mi abogado no tardará en aclarar... he pensado que no estaría de más tener un guardaespaldas, alguien que me proteja, que me evite alguna bromita de mis competidores, que se mueren de envidia, y que...

—No me interesa.

Se queda boquiabierto, con la frase a medias. Parece sorprendido, no se esperaba el rechazo.

—Vamos, amigo, no te hagas el estrecho, ¡te advierto que puedo pagarte bien! Por no hablar de la tipa que podré procurarte cuando salgamos de aquí. Sé que aún te quedan unos cuantos años, a diferencia de mí, que saldré en unas semanas, ¡pero Gianni Vallaròla no olvida!

Pienso que un poco de dinero no me vendrá mal para agenciarme la cocaína. Aunque quizá sea mejor seguir pasando desapercibido. Ya tengo que velar por mí mismo, hacerlo también por los demás podría resultar peligroso.

—Lo siento, amigo, no hay trato. Y ahora, a menos que quieras que me cabree de verdad, esfúmate.

Al cabo de dos días estoy en el comedor, engullendo la habitual bazofia, sentado a la mesa de siempre, en un rincón. Nadie se atreve a hacerme compañía. Saben que soy un tipo peligroso, el madero renegado que quiere vender a sus colegas, así que temen meterse en un lío. No andan muy desencaminados, yo en su lugar haría lo mismo... En un momento dado, el pequeñajo se acerca con una bandeja rebosante en las manos. Arroz con tomate, muslos de pollo hervidos y puré de guisantes. Las mismas porquerías que he cogido yo.

—¡Eh, amigo! —me saluda, alzando la barbilla, con una sonrisa torpe dibujada en la cara.

No contesto, sigo engullendo la comida, en caso de que se pueda llamar así a esta mierda.

—¿Puedo sentarme contigo? —me pregunta, tomando asiento.

—Ya lo has hecho.

—Quería decirte que he resuelto el problemilla... ¿Ves a ése? El que está sentado ahí, el del pañuelo verde.

Me señala a un gordo de rasgos orientales y piel olivácea. Por el aspecto parece despabilado y tan en forma como un oso perezoso de ochenta años alcoholizado.

—Es Rafael, mi guardaespaldas. ¡Un auténtico coloso! Nos pusimos de acuerdo enseguida, él me protege y yo le suelto un poco de pasta. No mucha, si he de ser franco. A ti te habría pagado mucho más... la verdad es que he tenido suerte. Imagínate que uno me había propuesto ya hacer ciertas cosas en la ducha... Vaya sitio de mierda es éste, ¿verdad?

Mientras sonrío, satisfecho de la sarta de memeces que acaba de decir, noto que el tal Rafael está hablando con un tipo delgado, de unos cincuenta años, con el cráneo afeitado y los brazos tatuados. Su cara no promete nada bueno.

—¿Sabes? —dice el productor de porno—, nada más salir de aquí iré en peregrinaje a Ortona. Es el pueblo donde nació mi mito, Rocco Siffredi. Sabes quién es Rocco Siffredi, ¿verdad? Mi sueño es que participe en una película de Vallaròla Production. Ya he pensado en el título: *Rocco y los gladiadores*. Una especie de péplum erótico con un presupuesto elevado, una versión *hard* del mito de Espartaco...

Mientras el pornógrafo sigue vomitando gilipolleces, noto que Rafael lo está señalando con un dedo al tipo tatuado. Acto seguido se levanta y se aleja,

balanceando alegremente las almohadillas de grasa que tiene distribuidas por todo el cuerpo, parece el hombrecito Michelin.

Cabeza afeitada se acerca mirando fijamente a su objetivo. Que, por una vez, no soy yo...

—Escúchame bien —digo al pequeñajo sin perder de vista al miserable que viene hacia nosotros—, cuando diga «ahora» debes echarte al suelo, a tu derecha. ¿Me has entendido?

—¿Qué? —pregunta el otro alargando el cuello y guiñando los ojos.

—No hay tiempo que perder —le digo—, hazlo o morirás... ¡ahora!

El tipo es menos idiota de lo que parece, mejor para él. Se tira al suelo y se ovilla en el preciso momento en que el tatuado hace ademán de clavarle en los riñones un punzón metálico. Con toda probabilidad, un cubierto afilado en la pared de cemento del patio. Una vez fracasado el ataque del asesino, me levanto de golpe, levanto la mesa y se la tiro con todas mis fuerzas.

El tipo se desploma, cubierto de arroz y de mazacote de guisantes, pero reacciona a toda prisa y en dos segundos está de nuevo de pie. Me mira iracundo enseñándome los dientes. Torcidos y negruzcos, para mayor información. Salta hacia delante como una furia, apuntando directamente a mi estómago con su navaja improvisada. Me echo a un lado a la vez que le doy una patada en el estómago. Lo he esquivado por un pelo. Da un par de pasos hacia atrás retorciéndose de dolor. El rubito, entretanto, se arrastra por el suelo sucio y se esconde bajo un banco, al mismo tiempo que el resto de los presentes se levanta y forma una especie de anfiteatro humano, apiñándose en los bordes, para disfrutar del espectáculo. *Mister* cráneo afeitado vuelve al ataque. Esta vez me hace una herida en un brazo, incluso bastante profunda. Me cabreo y decido liquidar el asunto cuanto antes. Espero que se abalance de nuevo sobre mí, fingiendo que he acusado el golpe, y cuando lo hace le inmovilizo la muñeca con la mano izquierda. Una maniobra peligrosa, ya que si no lo hubiera agarrado me habría dado de lleno. Aunque me importa un carajo, a fin de cuentas, qué más da el final, con tal de que sea un final. Ahora que lo tengo sujeto por la muñeca ya no puede esquivar mis ataques. Le aferro la nuca con la mano derecha, giro sobre mí mismo, me acerco a la pared y golpeo su cabeza contra ella. El ruido sordo es impresionante, el impacto no puede ser más violento. El tipo deja caer el cuchillo, sus piernas flaquean. Lo suelto y se desploma, inconsciente. En la pared hay una bonita mancha roja, parece salsa de tomate.

Los guardias se abalanzan sobre mí, me inmovilizan y me obligan a

arrodillarme. Me esposan y me dan una buena tunda con sus porras. Mientras tanto, en el comedor se ha organizado un buen lío. Todos gritan, golpean las mesas con las bandejas, me insultan, insultan al calvorota que quería dejarme seco, a los guardias. En pocas palabras, la fiesta de rigor, que conozco de memoria.

Antes de que me lleven al módulo de aislamiento, mi mirada se cruza por unos segundos con la del pequeñajo, que sigue ovillado en el suelo. Más que gratitud, su semblante revela estupor.

Fue la última vez que lo vi, por lo visto lo trasladaron enseguida a otro centro turístico.

A saber si logrará viajar alguna vez a Ortona a Mare.

Treinta y ocho

Hace diez años, las tiendas de alquiler de vídeos eran un negocio en alza. En la actualidad constituyen un sector en vías de extinción, dada la facilidad con la que es posible descargar las películas en la Red, incluso antes de que se estrenen en las salas.

Hubo un momento en que los gestores de estos locales se vieron obligados a ampliar la oferta de películas pornográficas para ir tirando. Como fachada mantenían el material publicitario de los *blockbuster* americanos y de nuestros *cinapanettoni* o comedias navideñas, pero en realidad la única fuente de ganancias de sus negocios era la que administraban en la trastienda, en zonas separadas por unas ridículas cortinitas, con el cartel XXX SECTOR PARA ADULTOS bien a la vista. Los distribuidores automáticos facilitaron el alquiler de porno, garantizando el anonimato a los usuarios, a la vez que daban una bocanada de oxígeno a un sector en grave crisis. No obstante, al final la difusión de la pornografía gratuita en internet debilitó la resistencia de los comerciantes y supuso la quiebra tanto de las grandes cadenas en franquicia como de las pequeñas tiendas.

Los comercios que aún resisten se han visto obligados a diversificar su actividad con el alquiler de videojuegos, la apertura de zonas *sexy shop* o, en el mejor de los casos, con los productos que se comercializan con las películas infantiles.

El alquiler de vídeos de Gianni Vallaròla se adaptó a los tiempos disponiendo una zona dedicada a objetos eróticos y ropa interior sadomasoquista. Está en la calle Ponte Seveso, detrás de la estación central, y cuenta con un núcleo duro de clientes tradicionalistas, poco duchos en el uso de

la Red. La zona donde se encuentra es caótica, desordenada, llena de tiendas y de gente que recorre las aceras mirando fijamente hacia delante, dando la impresión de tener siempre mucha prisa. Es como si todo en este barrio transmitiese una imagen de provisionalidad, de continua y frenética evolución. Marco Tanzi mira alrededor tratando de dar un sentido al lugar, a las caras desconfiadas que pasan por su lado sin hacerle el menor caso. Y, una vez más, no logra absolver a Milán, los múltiples rostros de la ciudad que, pese a todo, sigue sintiendo suya.

Entra en el local pocos minutos después de la apertura y reconoce enseguida detrás del mostrador al rubito al que salvó la vida hace seis años.

La tienda está desierta, exceptuando a una mujer de unos cuarenta años, un poco entrada en carnes, con el pelo liso y oscuro, y un par de gafas. Está examinando con suma atención un maniquí vestido con un corpiño de piel negra, adornado con tachuelas doradas.

—Hola —dice Tanzi apoyando las manos en el mostrador—, ¿al final conseguiste rodar la película sobre los gladiadores?

Gianni Vallaròla alza la mirada de la factura que está verificando y escruta con aire desconfiado al joven de pelo cepillo y barba descuidada que tiene delante. Marco Tanzi nota que el tiempo ha dejado profundas huellas en la cara del rubito. Parece haber envejecido veinte años, ha perdido buena parte del pelo, tiene unas profundas arrugas de expresión y la mirada apagada del que hace tiempo tuvo que renunciar a perseguir sus sueños.

—Tú... Tú eres... ¡el policía!

—Ya. El que te salvó el culo hace diez años.

—¡Hostia! —exclama Vallaròla rodeando el mostrador—. ¡Amigo mío! ¡Por fin has salido! Cuanto tiempo... —Tiende la mano a Tanzi y se la estrecha. Hace también amago de darle un abrazo, pero se retrae al ver que el expolicía no se mueve—. ¿Qué haces por aquí? Apuesto a que has venido por la promesa... bueno, ¡Gianni Vallaròla mantiene siempre su palabra! ¡Te dije que cuando salieras te procuraría coño y así será!

—No, escucha, no he venido por eso...

—Un momento —dice el dueño del VideoSexyShop—, ni hecho adrede, aquí tienes a la persona que necesitas... ¡Antonella! —grita el pequeñajo a la cliente, que sigue examinando el maniquí. La mujer se vuelve y se dirige hacia ellos. Luce una minifalda roja, que deja a la vista sus muslos abundantes, y unas sandalias negras trenzadas de tacón alto, que parecen torturar un par de pies de

número cuarenta, avivados por el esmalte rojo fuego de las uñas.

—Dime, Gianni —dice risueña.

—Te presento a un querido amigo, Antonella. Se llama... Un momento, no me acuerdo, ¿cómo te llamas?

—Ruggero Orlando —responde Tanzi.

Vallaròla parece perplejo, creía recordar otro nombre.

—Sí —dice de todas formas—. Ruggero... mi amigo Ruggero acaba de llegar a Milán, quería presentártelo, podrías ir a tomar un aperitivo o, qué sé yo, salir a cenar... ¿qué me dices?

La mujer escruta a Tanzi de pies a cabeza con aire amistoso.

—¿Por qué no? Es una idea... Encantada —dice tendiéndole la mano, que él estrecha reluctante—. Te dejo mi número, ahora tengo prisa —añade cogiendo una tarjeta de la tienda y un bolígrafo del mostrador—, estoy en el descanso... trabajo en el banco de la esquina.

Tanzi hace un esfuerzo por sonreír mientras ella le alarga la cartulina en que ha escrito su número.

—Llámame, por favor... Ah, Gianni, en cuanto al vestidito, quiero pensármelo, quizá vuelva luego...

—De acuerdo, cariño, ¡cuando quieras! Ha sido un placer, como siempre.

La mujer abandona el local contoneándose más de lo necesario. Aturdido, Tanzi no puede por menos que seguirla con la mirada.

—Bonito culo, ¿eh? —dice Vallaròla—. ¡Y no sabes qué mamadas! Imagínate que está casada y que tiene un hijo, pero se dedica a follar por ahí como si nada. ¡Una auténtica ninfómana!

—Oye —dice Tanzi—, ya te he dicho que no he venido para eso. Necesito un favor de otro tipo.

—Bueno —dice el rubito temiendo que su amigo le pida dinero— el momento no es de los mejores, pero si puedo...

—Tienes que mirar un vídeo. Un vídeo porno descargado de internet.

—¿Un vídeo? ¿Eso es todo? ¿Puedo saber por qué?

—Debes decirme qué piensas. Necesito información, lo que se te ocurra, cualquier detalle que pueda ayudarme a encontrar a las personas que lo rodaron. ¿Lo harás?

—¡Por supuesto que sí! Faltaría más... Déjame, esta noche me lo estudio y mañana...

—No, nada de esta noche ni de mañana. Lo mirarás ahora conmigo. Dura

unos veinte minutos. Cierras la tienda y lo hacemos. Ahora.

En un primer momento, Gianni Vallaròla piensa en rechazar la propuesta, no le entusiasma la idea de cerrar la tienda y perder algún cliente matutino, nunca se sabe. Pero algo en la mirada de Tanzi le dice que no le conviene protestar.

—Está bien, como quieras. Miremos ese vídeo.

Tardan una media hora en ver la película en la oficina que hay en la trastienda. Vallaròla parece desconcertado, casi apurado. Se masajea el cuello a la vez que trata de poner en orden sus ideas para poder dar una opinión lo más «profesional» posible sobre lo que acaba de ver.

—Bueno, desde un punto de vista artístico es bastante pobre...

—Déjate de gilipollices —responde Tanzi—, ve al grano. Has entendido de sobra de qué se trata.

—Sí, es clandestino. Fuerte. Yo no trato con esa mierda, te lo juro. A ver si me explico, la gente puede hacer lo que le dé la gana... que los folle un dromedario, que les mee una abuela de ochenta años, que les dé por culo su tío... Con tal de que todos acepten y sean mayores de edad.

—¿Qué sabes del mercado de este tipo de vídeos? Sin gilipollices, te lo advierto, me daré cuenta y, en cualquier caso, no tengo intención de cabrearme contigo.

—Amigo mío, yo no tengo nada que ver con esas cosas. ¡Lo juro por mi honor! ¡Mi casa de producción quebró precisamente porque yo quería calidad! No en vano mi lema era...

—Sí, lo sé —dice Tanzi—, la clase por encima de todo.

—Exacto. Y no hay la menor clase en torturar a una chica indefensa. Porque se trata de eso. La sangre era de verdad, no zumo de tomate.

Tanzi desvía la mirada. Se concentra para dominar las sensaciones destructoras que experimenta y trata de hacer confluír toda esa energía negativa hacia su propósito.

—Tienes que ayudarme —dice a Vallaròla—, necesito algo sobre lo que trabajar. Cualquier cosa.

—Por lo que sé —contesta él—, la gente que se ocupa de ese mercado es peligrosa. Puedo tratar de hacer alguna que otra pregunta por ahí, pero ya por el mero hecho de difundir la película me arriesgo a que me encuentren ahorcado bajo un puente, con la polla cortada y metida en la boca.

—Te protegí una vez y volveré a hacerlo.

—Esta vez, mi querido Ruggero, por decir algo, porque tú no te llamas Ruggero... Sea como sea, querido, esta vez es diferente. Ésos están organizados, son peores que las bestias.

En un repentino arrebato de ira Tanzi se levanta, aferra a Vallaròla por la camisa y lo alza prácticamente en el aire, golpeándolo contra un estante lleno de fundas de DVD.

—¿Quién hostia son «ésos»? ¿Ésos quién? ¡Dime enseguida lo que sabes o hago arder este sitio contigo dentro!

—¡Eh, eh! ¡Calma, jefe! —grita el desgraciado—. ¡Bájame, coño! ¡Ésa no es forma de tratar a los amigos!

Tanzi lo suelta y el tipo se ajusta el cuello mirando al expolicía con cara de pocos amigos.

—A ver si te enteras de que no tengo ni puta idea. Lo único que sé es que hay sitios que venden esa mierda, pero ni siquiera sé cómo se abren. Es un tráfico cerrado, para un puñado de íntimos... gente que suelta un montón de pasta para ver a unas pobres chicas maltratadas. Si fuese tan fácil identificarlos estarían ya dentro, ¿no te parece?

Los dos se van calmando poco a poco, y se sientan de nuevo al escritorio.

—Hagamos una cosa —dice Vallaròla—, dame un día o dos. Enseñaré el vídeo a un amigo mío, un experto.

—La película no debe divulgarse. Si me entero de que has hecho una copia yo...

—¡Te digo que no, deja ya de amenazarme! ¡Además, sería como echar piedras a mi propio tejado! Si se llegara a saber que tengo ese tipo de cosas acabaría en la cárcel o en el cementerio. Lo veremos aquí, en mi oficina y yo estaré delante. Ese tipo es un experto, una especie de enciclopedia viva del porno. Quizá note algún detalle que a mí se me ha pasado por alto.

Tanzi parece decepcionado de la propuesta.

—Lo siento —continúa el rubito—, no se me ocurre otra cosa. Pero dime... ¿Conoces a esa chica?

Tanzi no contesta. Se limita a pensar que, en el pasado, era su hija.

Vallaròla parece adivinarlo. Inclina la cabeza en silencio.

—Lo siento —dice más tarde volviendo a levantarla—, me salvaste la vida, nunca lo olvidaré. Y yo haré todo lo posible por salvar la suya.

Treinta y nueve

Luca Betti. Milán, 11.30 horas. Hoy

Al final he tenido que reunirme a la fuerza con Laura Damiani. Parece alegrarse de verme. Lleva el pelo recogido en una coleta y viste un par de vaqueros oscuros, ceñidos, con unas botas negras de ante y una camiseta de color azul claro. Sin lugar a dudas es una mujer muy atractiva, pese a que viste de forma deportiva. Después de los saludos de rigor, nos ponemos a hablar del caso de Giulia. Me pregunta si hay alguna novedad, pese a que noto que, por su parte, es evidente que no espera nada en ese sentido. En cualquier caso, seguimos hablando unos minutos, hasta que la conversación choca con un muro de embarazoso y frustrante silencio.

Le pido que me enseñe los álbumes de las fotografías policiales de los condenados por delitos sexuales. A modo de excusa, le cuento que he visto a un tipo vagar por mi barrio, alrededor del patio de un colegio. Permanezco casi una hora sentado en su oficina, en la brigada Antivicio, hojeándolas. Es un sitio desvaído, con muebles nuevos, pero de escasa calidad. Está amueblada con unos escritorios blancos y unos silloncitos negros, de esos que tienen ruedas. En un rincón hay un calendario de la Asociación para la Protección de Animales con varias fotos de cachorros. Debe de haberlo puesto ella para «humanizar» un poco la frialdad del lugar. De vez en cuando, una especie de picor en la nuca me revela las miradas de curiosidad que me lanza por encima de los expedientes en que está trabajando, sentada a otro escritorio. En cualquier caso, la búsqueda es infructuosa. Ninguna de esas caras me recuerda, siquiera de forma remota, al

enmascarado que aparecía en el vídeo de Giulia.

—¿Qué sabes del mercado clandestino de películas porno violentas? —le pregunto—. ¿Tuviste algo que ver con ese mundo cuando estabas en Roma?

—Bueno, casi nada —contesta alzando la cabeza de su carpeta—. Se rumoreaban algunas cosas, de vez en cuando aparecían direcciones de internet en el curso de una investigación, pero los sitios cerraban antes de que pudiéramos averiguar algo. Además, hay que tener en cuenta que muchas películas extremas que circulan por la Red como si fueran auténticas son, en realidad, falsas.

Me gustaría contarle lo que he visto con mis propios ojos, pero si lo hiciera debería revelarle mis fuentes y no puedo hacerlo. Al menos por ahora.

—Pero ¿es posible que la policía no logre encontrar a los responsables? Digo yo que habrá colegas especializados en ese tipo de investigaciones...

—Los hay, pero te aseguro que son muchos menos de los que te imaginas —contesta ella—. Además, la mayor parte de ellos se dedica a atajar el enorme aumento de estafas que se producen en la Red, el fenómeno del *phishing*, los robos de identidades a través de la web. También en estos casos la mayor parte de los delitos queda impune. En cuanto al porno clandestino, el coronel Rapetto de la guardia financiera avanzó algo gracias a su equipo, que estaba especializado en fraudes informáticos, el Gat. Pero ya viste cómo acabó. Lo obligaron a dimitir porque había molestado a las altas esferas...

Reflexiono sobre lo que me ha dicho. En pocas palabras, me ha confirmado lo que me contó Cisco. Con unas premisas, así es evidente que no habría servido de nada informar a los colegas de Roma sobre la película.

—Oye, Laura, si quisiera hablar con alguien que supiera un poco más sobre ese ambiente, ¿a quién me aconsejarías?

—¿A qué viene tanto interés? —me pregunta ella, como era de esperar—. ¿Te han contratado como asesor de una serie televisiva?

Dado que Damiani no tiene un pelo de tonta, supuse que enseguida relacionaría mi visita con la desaparición de Giulia Tanzi, de forma que estoy preparado.

—Casi me has pillado —contesto—, uno de mis primos está pensando en escribir una novela sobre el tema y querría saber algo más. ¡Es un pariente lejano, pero te aseguro que me está dando un buen coñazo! Tengo que quitármelo de encima como sea...

—Bueno, en Roma habría sabido indicarte algún colega, pero aquí... No obstante, pensándolo bien, entre los expedientes que han pasado por mis manos

en estos dos últimos meses había uno que, quizá, podría guardar alguna relación con el tema. Podrías hablar con un tal Cozzi, un antiguo periodista del *Corriere*. Si mal no recuerdo, se interesó por el fenómeno de las películas porno clandestinas durante cierto periodo. Hace dos años escribió un par de artículos sobre el tema que tuvieron bastante resonancia en el país. La investigación periodística podría haber seguido adelante, pero al final lo tumbaron porque sus fuentes no estaban claras y él se negó a revelárselas al jefe de redacción. Por lo que sé, ahora trabaja como *freelance*, escribe para revistas independientes, y se ocupa sobre todo de corrupción administrativa. De vez en cuando da en el clavo.

Me ha dejado realmente boquiabierto. Cómo puede saber tanto; en el fondo, sólo lleva dos meses en Milán.

—Perdona, pero ¿cómo te has enterado de todo eso? Acabas de llegar...

—Bueno, nuestro oficio consiste en saber cosas, ¿no? El nombre de Cozzi ha aparecido en el ámbito de una investigación que estoy realizando sobre un negocio de prostitución de lujo. Señoras milanesas ricas y divorciadas, que redondean los sustanciosos cheques que sus exmaridos les pagan en concepto de alimentos practicando en sus casas la profesión más antigua del mundo. El año pasado Cozzi escribió un artículo sobre el tema y lo leí. Luego, para asegurarme de que era fiable, hice algunas averiguaciones sobre su pasado. En el *dossier* había un número de móvil, si me das un par de segundos te lo busco.

Anoto el número en la parte posterior de una tarjeta de visita, cada vez más convencido de que Damiani es una policía muy competente.

—No sé cómo agradecértelo —le dijo antes de marcharme—. Tu ayuda ha sido muy valiosa...

—Figúrate —contesta ella escrutándome con aire desconfiado.

—Si alguna vez... en fin, si te apetece que nos tomemos un café podríamos hablar un poco.

—Por qué no —dice ella—. Si quieres podemos ir a ver juntos a Cozzi...

Estoy seguro de que me lo ha propuesto para observar mi reacción. No se ha tragado el cuento, ha comprendido que le estoy ocultando algo.

—Ya sabes cómo son esos periodistas *freelance* —le digo tratando de parecer lo más relajado posible—, cuando huelen a policía se callan como muertos. Si nos ve aparecer a los dos quizá se niegue a responder a las preguntas que quiero hacerle. Te propongo una cosa, trataré de quedar con él y te diré

cómo ha ido, *ok*?

—De acuerdo —dice ella, en modo alguna convencida—, ¿por qué no? Mucha suerte, entonces. Y saluda de mi parte a tu primo...

Tengo que insistir mucho para que Cozzi acceda a verme. Para convencerlo me veo obligado a contarle la verdad, es decir, que soy un policía y que estoy llevando a cabo una investigación privada sobre el mercado de las películas pornográficas clandestinas.

Nos vemos en un bar de la avenida Lodi, un local típico de Milán para tomar el aperitivo. Por suerte, a las tres de la tarde está casi desierto. Estoy sentado a una mesa al lado del escaparate y, dado que el tipo se retrasa, empiezo a pensar en marcharme. Llega justo en ese momento. Unos cuarenta años, poco pelo y barba descuidada, un metro setenta como mucho y unas gafas de diseño antediluviano. Viste de forma descuidada, con unas zapatillas de tenis y una bolsa militar en bandolera. Estilo estudiante progre de los años setenta.

—¿Es usted Betti? —me pregunta mirando alrededor con circunspección.

—Sí —contesto tendiéndole la mano, sin levantarme—. *Ciro Cozzi*, ¿verdad?

Me la estrecha titubeando un poco. Su apretón tiene la misma consistencia de un flan caducado.

—Oiga —me dice sin dejar de mirar alrededor—, le advierto ya que si pretende grabar esta conversación me negaré a que lo haga y, en consecuencia, nada de lo que diga se podrá utilizar ante un tribunal.

—Relájese y siéntese, *Cozzi*. No llevo ninguna grabadora encima, he venido fuera de servicio, para charlar un poco, eso es todo.

Al final toma asiento.

—¿Por qué le interesa el mercado de las películas porno ilegales?

—Porque puede que una persona que conozco se haya visto involucrada en una y me gustaría ayudarla.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber quién es esa persona?

—No es necesario que lo sepa por el momento.

—No, de eso nada, lo siento —contesta cabeceando—, veo que no nos hemos entendido. Si quiere que le diga lo que sé no debe haber secretos entre nosotros. En caso contrario me levanto y me voy. Enseguida.

Contengo el deseo de darle unas cuantas bofetadas y decido seguirle el

juego.

—La persona es Giulia Tanzi. Una chica que desapareció hace cinco meses.

—¡Hostia! —exclama—. ¡La hija del expolicía! Espere un segundo... —me dice mirándome de arriba abajo—, ahora que lo pienso... Betti, usted es su colega, el mismo al que Tanzi acusó y que luego fue exculpado.

—No sé cómo se ha enterado de todas esas cosas. Sí, soy yo. Pero ahora le toca hablar a usted, porque, de otra forma, podría empezar a cabrearme.

—¡Nada de amenazas, amigo! Fue usted el que me llamó, ¿recuerda?

Decido mantener la calma, pese a que para ello tengo que hacer un gran esfuerzo.

—De acuerdo, pero ahora que le he dicho de qué se trata debe decirme lo que sabe.

—¿Lo que sé? Sé que el porno ilegal es una realidad, un tráfico con varios millones de euros de facturación al año. Centenares de chicas y chicos atiborrados de droga y poco menos que violados para vender esas películas de mierda a los pervertidos, que las miran cómodamente sentados delante de sus ordenadores portátiles. ¡Y eso mientras, quizá, sus mujeres y sus hijos duermen felices en el piso de arriba de sus casas adosadas de mierda!

—¿Puede probar lo que está diciendo?

—¿Pruebas? Amigo mío, ¡lo he visto! Lo he visto con estos ojos...

Me gustaría decirle que, por desgracia, no es el único, pero me abstengo de interrumpirlo.

—No se imagina lo que se siente al ver cómo violan a una muchacha sabiendo que en ese momento hay gente masturbándose delante de una pantalla. Ha sido la experiencia más horrible de mi vida. ¿Y qué he ganado con ella? Que me despidieran por el mero hecho de que no puedo revelar mi fuente.

—¿Por qué no lo hizo? El secreto profesional habría protegido de todas formas a sus jefes. Nadie habría podido obligarlos a revelar la información que obraba en su poder.

—¿Nadie? Déjese de cachondeos, usted es policía... Sabe de sobra que siempre hay una manera de conseguir que los periodistas revelen sus fuentes. La promesa de una exclusiva, la revelación de un detalle inédito sobre una investigación en curso. O, mejor aún, una oficina aislada acústicamente y un tubo de goma.

—Ha visto demasiadas películas americanas, Cozzi.

—Y usted piensa que tiene delante a un desprevenido. He sido víctima de sus

palizas, qué se cree. Estaba en la escuela Díaz durante el G8 de Génova, vi cómo razonan ustedes. Primero amenazan, luego hablan...

Siento que la exasperación me llega a la punta del pelo.

—Escuche, Cozzi. Volvamos a empezar desde cero. Una chica desaparecida está a merced de gente sin escrúpulos y me gustaría hacer algo para salvarla. ¿Puede darme alguna indicación? Un detalle, una pista a seguir... Le doy mi palabra de que su nombre no aparecerá por ningún lado, bajo ningún concepto.

—Si lo colgaran de los pies y lo amenazaran con despellejarlo con un cuchillo de cocina quizá no estaría tan seguro.

—¿Lo han amenazado?

—Sí, más de una vez. Por eso ahora me ocupo de otra cosa. Siento tener que reconocerlo, pero me cagué de miedo. Temí no conseguirlo...

—Puedo protegerle.

—No, no puede. Esa gente no tiene cara ni nombre. Muchos conocen su existencia, pero nadie sabe quiénes son realmente, ni cómo eligen y raptan a sus víctimas. Créame, Betti, está perdiendo el tiempo.

—¿Cómo se enteró de que existía ese tráfico?

—Una persona... me lo contó. El colaborador de un personaje conocido. Cuando murió encontraron en el móvil varias copias de películas. Y también direcciones, llaves de acceso, contraseñas. Silenciaron todo, era un pez gordo.

—Dígame quién era.

—No puedo. Pondría en peligro mi vida y la de mi fuente.

—¡Gilipolleces! —grito. El camarero y un par de parroquianos se vuelven para mirarme—. La única vida que está poniendo en peligro es la de Giulia Tanzi. Y ahora dígame quién era o...

—O me partirá la cara, ¿verdad? ¿Qué decía hace poco sobre las series americanas?

En este punto sólo me resta suplicarle o abofetearlo de verdad.

—¡Ayúdeme, por el amor de Dios! —le digo exasperado—. Ayúdeme, Cozzi, o esa chica correrá una suerte horrible, acabará atiborrada de droga, vendiéndose en una carretera de provincia cualquiera. Deme un nombre, una dirección, algo a lo que aferrarme.

Desvía la mirada, resopla, mueve nerviosamente una pierna.

—Déjeme hacer un par de llamadas —dice, al final—. Me pondré en contacto con usted en veinticuatro horas.

Cuarenta

Laura sigue rumiando sobre la visita de Betti a la jefatura. No se ha tragado la historia del maníaco que deambula por el barrio ni la del primo escritor. Está segura de que su colega le oculta algo.

En general, la impresión que le produce Luca Betti es positiva. Está segura de que es un buen policía, uno de esos tipos intuitivos, despiertos, pero no sabe mentir. La policía está convencida de que su colega está llevando a cabo una investigación no autorizada sobre la pornografía clandestina y de que necesita información. Una necesidad desesperada que lo ha llevado incluso a ir a buscarla a la jefatura y a inventarse una historia absurda.

Laura es consciente de que, en teoría, debería comunicar esas dudas a su superior directo, pero no le apetece. «Por lo demás», piensa, «estos milaneses me han relegado a un trabajo burocrático del tipo: *Ok*, puede que en Roma seas famosa, pero aquí eres el último mono, así que inclina la cabeza y trabaja en silencio como los demás». En realidad, no puede reprochárselo, ella se lo ha buscado.

Jamás habría creído que podía encontrarse en una situación similar. Escapar de su ciudad y del hombre al que quiere. O al que quiso hace tiempo (Laura aún no está segura de esto). Ahora bien, está convencida de que ha hecho bien cortando una relación que no podía aceptar por más tiempo. Al menos, no en esas condiciones.

Lo absurdo es que, al principio, lo que los acercó fue precisamente el trabajo. El mismo trabajo que luego causó la irremediable fractura.

Su hombre pretendía que ella dejara de arriesgar su vida, que se convirtiese en la madre de sus hijos y aceptara una carrera distinta, en segunda línea.

Sostenía que, si seguía a su lado, se debilitaría a ojos de sus enemigos, perdería fuerzas y debido a ello estaría menos dispuesto a combatir su guerra. Laura comprendió entonces que esa guerra era lo que más le importaba.

En ese momento prefirió quitarse de en medio. Aunque quizá fue una excusa para no verse obligada a reconocer que ella no puede privarse de vivir de esa forma, de nutrirse de la adrenalina a la que sólo está acostumbrado el que combate en primera línea.

Por desgracia, ahora su vida está aún más destrozada que antes. Sin amor, sin amigos, sin familia. Sólo este maldito trabajo que, al menos por el momento, ni siquiera le procura las emociones que hasta la fecha la han mantenido en el buen camino.

Ni siquiera se mira ya al espejo, porque si lo hiciera se daría cuenta de que ya no es ella, de que ya no es tan joven. En pocas palabras, de que ya no tiene todo el tiempo del mundo por delante.

Ni siquiera sabe qué hace aquí, en esta ciudad que abomina, entre esta gente fría y siempre demasiado atareada como para preocuparse de los demás. Lo único que puede hacer para no hundirse en la depresión es sumergirse en el trabajo. En resumen, la historia de siempre... Y, siendo franca, más que la investigación sobre las putas de alta sociedad, lo que le intriga es la cuestión de Luca Betti, sus preguntas sobre la pornografía ilegal. Teme que, de una forma u otra, estén relacionadas con la muerte de Giulia Tanzi. «Puede que Betti esté convencido de que alguien de ese ambiente mató a la chica», piensa Laura. «Puede que esté buscando venganza. Ha estado más de una hora mirando las fotos, debe de tener ya alguna pista, algo concreto sobre lo que trabajar».

Cuarenta y uno

Luca Betti vuelve a casa a última hora de la tarde y encuentra a Marco Tanzi esperándolo, sentado en los escalones del portal.

—Hola, Marco. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Da igual. No sabía adónde ir.

—Ven, subamos. He hecho una copia de las llaves de casa y he cogido algo que podría servirte.

—Es un móvil con tarjeta prepago —explica Betti a su exsocio, a la vez que saca el teléfono de un sobre de papel y lo deja en la mesa de la cocina—, no es el último modelo, pero bueno...

—Servirá.

—He metido mi número y el de Sandonato en la agenda. Ah, el tuyo está escrito aquí —añade, entregándole un pósito. Acto seguido saca una cartera de tela del sobre—. Aquí tienes un poco de dinero. Puede servirte si sales solo en Milán.

—No sé cuándo podré devolvértelo.

—No digas gilipolleces, venga. Quería preguntarte si llevas documentos válidos encima.

Tanzi niega con la cabeza.

—Los tiré hace tiempo.

—De acuerdo. Mañana por la mañana iremos a la policía a sacarte el documento de identidad, no puedes ir por ahí sin tenerlo.

Betti prepara una cena frugal a base de pan, fiambre y alcachofas en aceite. Saca también dos cervezas, pero se da cuenta del error y, sin que Tanzi lo note,

las vuelve a meter en la nevera y coge dos latas de Coca-Cola en su lugar.

Durante la cena los dos evitan hablar de temas personales. Se limitan a ponerse al corriente sobre el resultado de sus respectivas averiguaciones. Luego deciden llamar a Sandonato para informarlo también sobre las novedades y hacer un balance de la situación.

—Bueno, puede que no sean gran cosa, pero no dejan de ser dos pistas a seguir —dice el anciano investigador al teléfono. Betti y Tanzi lo escuchan en el manos libres del BlackBerry de Luca, que está en el centro de la mesa.

—¿Ha hablado hoy con Cisco? ¿Tiene alguna novedad? —pregunta el policía.

—Está trabajando sobre ese sitio, pero, al menos hasta ahora, no hay nada nuevo. Está tratando de localizar también a algún comprador de las películas, pero no es nada fácil. Por lo visto hoy en día se pueden descargar de la Red gratuitamente unos programas que hacen casi imposible identificar las direcciones Ip. La verdad es que su trabajo es frustrante.

—No entiendo —observa Tanzi—, ¿no dijo que había logrado entrar en el ambiente con las referencias que le había dado ese tipo, el pedófilo?

—Por lo que he entendido, una cosa es entrar en él y otra desenmascarar a los que ya están dentro. Pero no me pregunte más, Tanzi, técnicamente entiendo lo mismo que usted.

En la pantalla del BlackBerry aparece una llamada en entrada.

—Tengo que dejarle, Sandonato —dice Luca—. Me está llamando Cozzi, el periodista.

—De acuerdo. Avíseme si hay novedades.

Betti toca un icono en la pantalla de su *smartphone*.

—¿Dígame?

—Betti... ¿es usted?

—Sí. No esperaba que me llamara tan pronto. ¿Tiene algo para mí?

—Calle Settembrini 28. Tercer piso. Venga enseguida, solo, en caso contrario no le diré una palabra.

—Eh, un momento, pero no podríamos...

En el teléfono aparece el aviso de que la comunicación se ha interrumpido.

—Menudo capullo —comenta Luca.

—Iré contigo —dice Tanzi—, para protegerte.

—No, es mejor que no. Ese tipo es un paranoico: si no hago como dice puede evaporarse y habremos perdido el tiempo. Iré yo, te llamaré en cuanto

acabe de hablar con él. Mientras tanto procura descansar un poco.

El edificio es de cierto prestigio y está cerca del cruce con la calle Vitruvio. La zona está frecuentada por extracomunitarios que administran tiendas, restaurantes y actividades comerciales de distinto tipo. Si bien en ella residen sobre todo milaneses. A Luca Betti le cuesta un poco aparcar su Qashqai y al final se ve obligado a caminar más de doscientos metros.

Se queda perplejo al ver que en el número veintiocho no hay ningún timbre con el nombre de Cozzi. Saca el teléfono y llama al periodista.

—¿Dígame?

—Estoy aquí, debajo de su casa, pero no encuentro su nombre en el telefonillo. ¿Me abre la puerta?

—Tercer piso —chilla una voz metálica, seguida de un zumbido que hace saltar la cerradura de la puerta metálica.

Luca entra, cerrándola tras de sí. El ascensor no funciona, de manera que sube por una escalera maltrecha. Los peldaños de piedra están consumidos y resbalan, el pasamano de madera está sucio y se balancea.

Una de las dos puertas que dan al rellano del tercer piso está entornada. Pese a que no ve ningún nombre, Luca deduce que es ésa, dado que en la otra hay una placa de plástico que reza: «Señor Cazzaniga».

Entra en un amplio vestíbulo en penumbra, comunicado con una sala mediante una puerta de dos hojas de madera y cristal.

—¿Cozzi? —pregunta el policía empezando a experimentar una sensación nada positiva.

—Estoy aquí —contesta el periodista con voz vacilante.

Luca da un paso hacia la sala y lo ve sentado en un sillón, en una pose exageradamente compuesta y con una mirada nerviosa.

Siguiendo un instinto repentino, intenta sacar su Beretta 9 milímetros de la pistolera que tiene enganchada a la cintura de los pantalones, pero no le da tiempo a completar el gesto. Un golpe tremendo en la nuca, asestado con la culata de una pistola, hace que se desplome inconsciente sobre la alfombra.

Cuarenta y dos

El despertar de Luca Betti es, como poco, traumático. Un cubo de agua helada en la cara lo obliga a echar la cabeza hacia atrás y a toser, escupiendo de manera convulsa para que no le entre líquido en los pulmones. La tarea resulta aún más difícil debido a que está sentado en una silla de madera con las manos atadas a la espalda.

Antes de que pueda comprender qué ocurre, una mano enguantada le aferra el pelo y otra apoya una navaja bajo su yugular, haciéndole un corte fino que empieza a sangrar poco a poco.

—¡Una palabra, amigo, y tú morir desangrado!

Luca contiene una arcada, causada por el fuerte dolor de cabeza. Trata de recuperar la lucidez y de hacer balance de la situación. El lugar es la sala del piso de la calle Settembrini. Sin mover la cabeza intenta volver la mirada hacia el hombre que acaba de amenazarlo. Treinta años, vaqueros y camisa negra casi completamente abierta, que deja a la vista un pecho velloso y adornado por dos gruesas cadenas de oro. Ojos claros, pelo rubio y muy corto. Por el aspecto y el acento se diría que es eslavo. Frente a Luca está *Ciro Cozzi*. También él está inmovilizado en una silla, amordazado y con una especie de pelotita de goma metida en la boca.

Sus ojos reflejan un terror absoluto, sin esperanza.

Al lado del periodista hay otro hombre, más corpulento y viejo que el eslavo. Tiene el pelo negro y viste una cazadora de piel, a pesar de que es verano y hace calor. En la mano derecha aprieta unas grandes tijeras de jardinero.

—Entonces, querido señor policía, entrometido de la hostia... Por lo visto tú buscas noticias de nuestro amigo periodista —dice el rubio esbozando una

sonrisa diabólica.

—Escucha —intenta contestar Luca—, reflexiona antes de...

Un revés le parte el labio, obligándolo a escupir sangre.

—¡Calla, policía de mierda! ¡Habla sólo si te pregunto!

Luca maldice mentalmente a la vez que trata de no desalentarse y de encontrar enseguida la forma de salir de esa situación. La diplomacia no parece una opción practicable. Tiene las piernas sueltas, si el rubio estuviera solo podría tratar de golpearlo con la cabeza y tirarlo al suelo para aturdirlo después con una patada. Pero los hombres son dos y la maniobra, ya de por sí desesperada, resulta imposible.

—Tu amigo periodista ha dicho cosas interesantes. Así que tú buscas puta de Roma. La hija de otro amigo tuyo... ¿es verdad?

Luca asiente con la cabeza.

—Tú ahora nos dices todo lo que sabes. ¿Cómo has descubierto vídeo de puta? Pero antes nosotros te enseñamos qué pasa si no respondes. —El rubio hace una señal al otro hombre que, sin decir palabra, se acerca a Cozzi, que está sufriendo ya una crisis de pánico. El periodista alarga el cuello para alejarse de su verdugo, visiblemente sacudido por unos espasmos de auténtico terror.

—¡Un momento! —dice Luca—, no es necesario...

Un nuevo revés, más violento que el anterior, golpea al policía en el mismo punto de antes. El dolor es tan desgarrador que se le saltan las lágrimas. Ahora tiene la boca llena de sangre.

El hombre con la cazadora de piel acerca las tijeras a la oreja izquierda del periodista y, con dos movimientos rápidos y firmes, se la corta de golpe y la arroja a su espalda como si fuera un hueso de albaricoque. La cara de Cozzi se pone morada, los ojos parecen salirse de las órbitas y de su boca, amordazada y obstruida por la pelota de goma, sale un espantoso gruñido, similar al sonido que emiten los cerdos antes de la matanza. Impasible, su verdugo se desplaza al otro lado de la silla y la otra oreja del periodista corre, en unos segundos, la misma suerte. De ambos lados de la cabeza del periodista salen ahora unos copiosos chorros de sangre que resbalan por sus hombros empapándole por completo la camisa. Frente a ese horror, Luca no puede contener un grito.

—¡Basta, Cristo! ¡Os diré todo lo que sé, pero parad!

Por toda respuesta recibe un puñetazo en la sien que casi le hace perder el sentido. Cuando el rubio se dispone a golpearlo de nuevo, el otro hombre le dice algo en un idioma que a Luca le parece albanés.

Los dos discuten animadamente, el de la cazadora señala a Ciro Cozzi, que tiene la cara completamente congestionada. Vomita por las comisuras de la boca. Con toda probabilidad no puede respirar y el vómito lo está ahogando. A Luca le parece entender que el rubio está ordenando al otro hombre que le quite la mordaza, pero el tipo se niega, quizá para no mancharse la cazadora. Al cabo de unos segundos Cozzi sufre un colapso. Pone los ojos en blanco debido a la asfixia que le ha causado la oclusión de las vías respiratorias y se inclina hacia delante. Poco a poco, como en una trágica escena a cámara lenta, la silla se vuelca siguiendo su inclinación y él cae al suelo con la cara deformada por el sufrimiento.

Luca comprende que no tiene elección. Aprovechando que los dos hombres siguen discutiendo, se pone de pie, decidido a hacer lo que sea. Con el máximo impulso de que es capaz, da un cabezazo en la espalda al rubio. Sorprendido, éste cae sobre su compañero, que, sin embargo, logra mantenerse en pie y sujetarlo. El policía, sin embargo, corre una suerte distinta, dado que tropieza con el cuerpo sin vida de Cozzi y acaba cayendo al suelo golpeándose dolorosamente un costado. El rubio se abalanza sobre él y lo inmoviliza con su cuerpo, al mismo tiempo que el otro hombre, que hasta ese momento se había mantenido aparte, se acerca con cautela blandiendo las tijeras ensangrentadas. «Se acabó», piensa Luca.

En ese preciso instante la puerta del apartamento parece estallar. Marco Tanzi irrumpe en la sala empuñando un largo bastón de madera.

El rubio se queda atónito. Se precipita hacia su chaqueta, que ha dejado cuidadosamente doblada en un sillón, y saca de un bolsillo una pistola con silenciador, que acto seguido apunta al recién llegado. Demasiado tarde. Un golpe de bastón le rompe la muñeca con un ruido seco, como el que hace una rama al quebrarse. La pistola cae al suelo, y el rubio grita apretándose el antebrazo con la mano izquierda, tratando de aliviar el dolor. Entretanto el otro hombre se abalanza sobre Tanzi blandiendo las tijeras. El expolicía le sujeta el brazo con las dos manos, luego lo obliga a doblarlo metiéndole las hojas afiladas bajo la barbilla y cortándole de un solo golpe la tráquea y la yugular. El hombre abre desmesuradamente los ojos y se lleva las manos al cuello herido, emitiendo un gemido animalesco, antes de desplomarse y empezar a retorcerse en el suelo, en su misma sangre. El rubio mira alrededor buscando una vía de escape, pero Tanzi se arroja sobre él.

—¡No lo mates! —grita Betti desde el suelo—. ¡Nos sirve vivo!

El rubio recibe un puñetazo en plena cara, que lo sume en la oscuridad.

Marco Tanzi coge la navaja del suelo y libera a Betti. Luca se levanta masajeándose la nuca y escupiendo sangre.

—Disculpa que no te haya obedecido —le dice el expolicía.

—¿Qué coño es eso? —pregunta Betti señalando el bastón que yace en el suelo.

—El mango de un pico. Lo encuentras a tres euros en cualquier ferretería. Madera vieja, longitud perfecta, un arma realmente estupenda. Dado que no quisiste darme una pistola...

Luca lo mira perplejo. Después se acerca a la pared y recoge la semiautomática con silenciador del rubio. Es una Sig Sauer P210, calibre 7.65. Pone el seguro y se la lanza a Marco Tanzi, que la aferra al vuelo, se la mete en la cintura, a la espalda, y luego la tapa con la camiseta polo azul que lleva puesta.

—Limpiemos las huellas —ordena Betti—. Luego charlaremos un poco con este hijo de puta.

Cuarenta y tres

Luca Betti da una bofetada al rubio con todas sus fuerzas. El tipo se despierta de golpe y ve que está sentado en una silla de madera, con las manos atadas a los brazos de ésta con las mismas cuerdas que, unos minutos antes, inmovilizaban al policía.

—Qué extraño encontrarse en el otro lado, ¿eh? —pregunta Luca sonriendo.

El rubio hace amago de gritar, pero Marco Tanzi le asesta un gancho en el estómago que lo deja sin aliento.

—Tú prueba a hablar sin que te preguntemos y te rompo todos los dedos de la mano, uno a uno —lo amenaza Luca—. Y lo mismo te sucederá si no respondes como corresponde a las preguntas que pienso hacerte. ¿Me has entendido, cabrón?

El eslavo asiente con la cabeza, al mismo tiempo que intenta, a duras penas, volver a respirar con normalidad.

—Las tijeras tienen tus huellas. Las hemos dejado ahí mientras estabas en la alfombra. Podemos hacer que parezca, sin molestarnos demasiado, que el trabajito de Cozzi lo hiciste tú y que luego, no contento con el resultado, mataste también a tu amigo. Al final, carcomido por el remordimiento, te saltaste la tapa de los sesos. Conocemos bien a nuestros colegas, no se molestarán mucho en inventar otra verdad. No cuando nosotros podemos servírsela en bandeja de plata.

El eslavo alza los ojos hacia Betti. Escupe sangre y le dice algo en su idioma. Por toda respuesta, el policía le asesta un gancho en la barbilla.

—¿Te sientes mejor ahora? —pregunta Betti—. ¿Qué dices, podemos charlar ahora con calma?

—No sé nada —farfulla el rubio, que parece haberse aplacado un poco. Tiene la cara morada y sangra abundantemente por la nariz y la boca.

Betti se vuelve, mira alrededor, y coge el bastón del suelo. Mira al hombre atado a la silla con una determinación homicida en los ojos.

—Te lo preguntaré sólo una vez, luego te dejaré probar esta ramita de olivo en las manos, en las rodillas, en los codos... en todas las partes del cuerpo que puedan dolerte. ¿Quién os mandó?

—Una llamada de unos amigos de Roma —responde el eslavó sin perder de vista el bastón, que se mueve de forma convulsiva en la mano de Betti—. Es lo único que sé.

—¿Quiénes son esos amigos de Roma?

El rubio titubea.

—Dámelo —dice Marco Tanzi a Luca Betti señalando el bastón.

El policía reflexiona unos segundos y luego se lo da. El golpe lleva una velocidad increíble y cae sobre la mano del eslavó, que abre desmesuradamente los ojos y por un momento parece que va a gritar, pero no llega a hacerlo, porque Tanzi agarra un cojín y le tapa la cara con él. Al cabo de unos veinte segundos, cuando sus quejidos ahogados se han debilitado, Tanzi levanta el cojín y blande de nuevo de forma amenazadora el mango del pico por encima de su cabeza.

—Segunda posibilidad —dice Betti—. ¿Quiénes son tus amigos de Roma?

—Si yo habla, ellos mata...

—Bien, amigo, puede que no lo hayas entendido —dice Luca—, pero eso es justo lo que pensamos hacerte.

En ese instante, con un movimiento repentino, el hombre se pone de pie levantando la silla y echa a correr torpemente. Se lanza con todas sus fuerzas contra una puerta acristalada, que cede debido al impacto y estalla con un estruendo ensordecedor. Tanzi suelta el bastón e intenta agarrarlo, pero falla por un milímetro. Betti, que no se lo esperaba, asiste a la escena petrificado. El rubio, atado aún a los brazos de la silla, se precipita al vacío acompañado de los pedazos de cristal y de las astillas de madera del viejo marco. Después de un vuelo de casi diez metros, el hombre cae sobre el techo del Fiat Punto que hay aparcado al lado de la calle, haciendo estallar el parabrisas y las ventanillas. Tanzi y Betti se asoman para mirarlo y ven el denso charco de líquido que, poco a poco, se va expandiendo bajo el cráneo fracturado del eslavó.

—Menudo lío, Cristo —comenta Tanzi—, vámonos de aquí. Deprisa.

—¡Espera! —dice Luca—. Coge los móviles de esos dos y también el de

Cozzi. Yo miraré para ver si su ordenador está en el piso...

—¡No hay tiempo! Dentro de dos minutos no podremos salir de aquí sin que nos vean. No quiero que me encierren. No antes de haberlos cogido a todos.

Mientras tanto, en la calle un par de coches se detienen frente a la horrible escena, a la vez que varias personas se asoman a la ventana o salen de los portales para observar todo de cerca.

Alguien grita, a lo lejos se oye una sirena.

—Maldita sea —dice Betti—, volvemos al punto de partida.

Recoge su móvil del suelo y sale con Tanzi del piso, cerrando la puerta.

Cuarenta y cuatro

—**P**ero ¿qué coño se le ha ocurrido, Betti? ¡Me sorprende usted! — Sandonato cabecea, lanzándole una mirada cargada de reproche—. Dedicarse a torturar a un prisionero en lugar de razonar con calma y tratar de conseguir alguna pista. ¿Quién coño se ha creído que es? ¿Jack Bauer?

—Oiga, por si no lo ha notado, me acaban de destrozar la cara. Además, he tenido que presenciar también la muerte de un hombre, que se ha ahogado en su propio vómito después de que un psicopático le hubiera cortado las orejas con una especie de tijeras para trinchar pollos... ¡Creía que había sufrido bastante en un solo día como para tener que soportar encima su sermón!

Marco Tanzi trata de curar a su excolega, aplicándole gasas con tintura de yodo en las numerosas heridas que tiene en la cara. Luca Betti está sentado en un taburete del cuarto de baño de su piso, en tanto que Sandonato se ha quedado plantado con los brazos cruzados en el umbral. Luca tiene la impresión de estar reviviendo lo que ocurrió hace sólo unos meses. Lo único es que entonces era su mujer, Elisa, la que le curaba las heridas.

—Ese desgraciado murió por mi culpa —continúa el policía—, si lo hubiera dejado en paz seguiría vivo y coleando. Sin contar con que su muerte no podría haber sido más inútil, dado que ahora no sabemos mucho más que antes.

—De eso nada —lo corrige Sandonato—. Han hecho cabrear a alguien, desde luego. Y lo han metido en un atolladero, obligándolo a cometer un error que podría ser fatal. Los teléfonos de esos dos botarates podrían conducirnos a los que les ordenaron que se encargaran del pobre Cozzi. Me refiero a las personas que gestionan la trata de jóvenes y la venta de las películas en internet.

—Quizá no saquemos nada de los teléfonos —contesta Luca—, sea como

sea, no estoy tan seguro de que una información, que al final podría ser un callejón sin salida, valga la vida de ese pobre desgraciado.

—De nada sirve quejarse, Betti —le apremia Sandonato—. La muerte de Cozzi no fue culpa suya, considérese más bien afortunado de haber salvado el pellejo. Por fin empieza a moverse algo. Ahora tenemos un punto de partida para continuar con nuestra investigación, pero es necesario que aclaremos un aspecto fundamental antes de planear los siguientes movimientos... Quiero decir, si tienen intención de seguir haciendo trizas todo quizá convenga que nuestros caminos se separen y que cada uno se mueva por su cuenta.

—Escuche —contesta Luca exasperado—, de acuerdo, he hecho una gilipollez, pero póngase en mi lugar...

—Me he encontrado más de una vez en situaciones parecidas, créame. En cualquier caso, es cierto. Han cometido una gilipollez enorme. En el caso de que quisiéramos ya no podremos informar a la policía, ¿se da cuenta? Los tres acabaríamos en la cárcel.

—Eso no cambia la realidad de las cosas —tercia Marco Tanzi—. Estamos dentro de este basurero y seguiremos excavando en él, cueste lo que cueste. Dé esos teléfonos a su amigo Cisco y veamos qué logra averiguar. Hemos verificado ya los números de entrada, pero todos están codificados.

—Iré a verlo esta noche. Ustedes, por su parte, traten de no causar más daños. Es un milagro que nadie les viera salir del edificio.

—Cruzamos el patio trasero —explica Tanzi— y limpiamos todas las huellas. A la policía le costará comprender lo que ha pasado.

—Esperemos que Cozzi no haya dejado ninguna prueba de esa reunión.

—Lo dudo —responde Luca—, ese desgraciado era paranoico, se sentía en peligro, perseguido. Y, dado cómo ha acabado, he de decir que no le faltaba razón.

—Bueno, saldré enseguida para Zogno —afirma Sandonato—. Mañana por la mañana les diré si Cisco ha conseguido sacar algo en claro de las SIM de esos dos tipos.

—Yo iré a ver a mi contacto, el de la tienda de alquiler de vídeos. Esta mañana no pude decirle cómo podía localizarme, porque aún no tenía teléfono. Puede que tenga alguna novedad para mí.

—Ya es tarde —le hace notar Luca—. La tienda de vídeos está cerrada. Iremos mañana juntos. Ahora tratemos de recuperar las fuerzas. Temo que las vamos a necesitar.

—¡Amigo mío! ¡Justo de ti estábamos hablando! —Gianni Vallaròla saluda a Tanzi alzando la mano detrás del mostrador de la tienda. Su gesto se suspende apenas ve que su antiguo compañero de barrotos no está solo.

—No temas —dice Tanzi señalando a Luca Betti con el pulgar. El policía, que va detrás de él, mira alrededor un poco apurado.

—¿Seguro? No me meteré en un lío, ¿verdad? Esa película es ilegal, ya hemos hablado.

—Te he dicho que no hay nada que temer —lo ataja Tanzi.

—Está bien. ¡Encantado, Gianni! —se presenta Vallaròla tendiendo la mano a Luca.

—Bauer —responde él estrechándosela—, Jack Bauer.

—Vaya, tan bromista como tu amigo, ¿eh? Si quieres saberlo, no te pareces en nada al actor, cómo se llamaba... *Sciuterland*. Además, siempre he preferido *El teniente Colombo* a esas series modernas. Vamos, venid a la trastienda, os tengo que presentar a una persona. ¡Pino! —grita el rubito al joven que está ordenando los DVD en un estante—. Vigila tú la caja. Yo voy a estar ocupado con estos amigos.

En la trastienda hay una pequeña oficina con un escritorio, un ordenador y tres paredes cubiertas de estanterías abarrotadas de fundas de DVD y clasificadores para las facturas. Sentado delante de la pantalla hay un hombre rubio de edad indefinible, puede que unos treinta y cinco años. Tiene la cara picada y la barba descuidada, lleva unas gafas con unos gruesos cristales de miope y una camiseta verde a rayas negras horizontales.

—Señores —dice Vallaròla señalando a los dos hombres—, tengo el placer de presentarles a uno de los mayores expertos mundiales de cine porno. Mario Costa, doctor en Filosofía, profesor en el instituto Iezzi, aunque el gran público lo conoce mejor por su nombre artístico: Superpajas.

Tanzi y Betti se miran perplejos, luego se vuelven a la vez hacia Vallaròla con aire vagamente amenazador.

—Si os estáis preguntando a qué se debe el mote, debéis saber que Mario fue durante tres años seguidos campeón de masturbación en línea, en la competición oficial que tiene lugar a finales de noviembre. Es una auténtica celebridad para el

pueblo de la Red.

—¿Por qué está aquí? —pregunta Tanzi—. ¿Qué le has contado?

—¿Bromeas? Está aquí en calidad de asesor y, además, ha descubierto algo muy interesante. Díselo tú, Mario.

—Antes he de decir que el tono de estos señores no me gusta —dice el tipo sentado al escritorio—. Recuerden que fueron ustedes los que pidieron mi colaboración, que quede claro.

—Disculpe usted, señor Superpajas —replica Betti—, si es tan amable de decirnos lo que ha descubierto...

El hombre resopla, después hace un ademán pidiendo a los tres que rodeen la mesa y se acerquen a mirar la pantalla.

—Deben saber que en 1984 el mercado del porno aún era tierra por conquistar. Muchas películas se proyectaban en los cines de forma casi clandestina, los nombres de las productoras, de los directores, eran inventados para evitar la censura o sanciones judiciales.

—Esto... —lo interrumpe Vallaròla notando que Betti y Tanzi lo miran con creciente perplejidad—. Quizá sea mejor que vayas directo al grano, Mario...

—¡Si me dais tiempo, caramba! Entre las películas distribuidas y las que fueron retiradas de inmediato de las salas, ese año hubo una que se convirtió en objeto de culto para los apasionados del género: *Las pornoesclavas*. Cuenta las vicisitudes de una ninfómana que ha sido raptada por unos hombres encapuchados y a la que sus carceleros obligan a sufrir todo tipo de vejaciones en una especie de cripta de los horrores. Debido a la brutalidad de las escenas y a la dureza del lenguaje, la película desapareció de inmediato y se perdió todo rastro de ella. No fue posible saber quiénes eran los verdaderos productores ni el director; la única persona que se pudo identificar fue, precisamente, la mujer que interpretaba a la esclava... una tal Magda Santiago. Fue condenada con una pena de privación de libertad por ultraje al pudor, pero le concedieron la condicional. Además, tuvo que pagar una buena multa.

—Al grano —ordena Tanzi en un tono que no admite réplica.

—A eso iba... Obviamente, no existe ninguna copia de dicha película, en ningún soporte vídeo. Pero yo, modestamente, logré hace años un rollo para mi archivo personal. —El hombre sonríe satisfecho al mismo tiempo que Tanzi y Betti lo miran incrédulos. Vallaròla observa preocupado a los tres.

—Casi toda la película, que, por lo demás, no tiene ningún valor artístico —prosigue el experto—, se desarrolla dentro de una especie de cripta. La

protagonista es atada a una barra en la que hay una polea para que los encapuchados puedan azotarla y violarla continuamente, a turnos. Pues bien, puedo asegurarles que el escenario de la película es el mismo que el del vídeo clandestino que me ha enseñado Gianni. —Superpajas arquea las cejas y sonríe a los tres hombres, como si estuviera esperando a que lo aplaudieran por la revelación.

Betti es el primero en hablar:

—Un momento, a ver si lo entiendo... un profesor de Filosofía, uno que se hace unas pajas dignas del Guinness, ha reconocido, en los pocos minutos que dura la película, una cripta oscura que fue escenario de una película de hace veinte años... ¿me equivoco? ¿Se trata de esto?

—Mire —se apresura a responder Superpajas alzando el dedo índice—, pasando por alto su sarcasmo, que no dudo en considerar completamente fuera de lugar, por extraña que le pueda parecer la cosa, le aseguro que no me equivoco. La forma especial de las bóvedas de cañón, los tragaluces de las paredes con las rejas metálicas, la barra, nada convencional, a la que está colgada la chica. He visto muchas películas así, tengo una memoria fotográfica, sobre todo para los detalles. Le digo que el lugar es el mismo en que rodaron *Las pornoesclavas*, no son gilipollecies mías. ¡Palabra de Superpajas!

—¿Y qué se supone que debemos hacer con una información de ese tipo? —ruge Betti—. ¿Os dais cuenta de que es una gilipollez monumental?

—¡La actriz! —exclama Tanzi sin dar tiempo al tipo a reaccionar—. La que fue condenada. ¡Dime que aún está viva! ¡Dime dónde está ahora!

Superpajas sonríe satisfecho y saca un folleto arrugado de su mochila. Lo abre sobre el escritorio delante de Betti y de Tanzi, que se inclinan para verlo mejor.

En él aparece la foto de una mujer anciana, de unos sesenta y cinco años, con el pelo cano y muy corto, y un minivestido de lentejuelas increíble, de corte *sexy*, que deja a la vista un pecho abundante, aunque flácido, sujeto por una especie de armazón. Tiene las piernas muy finas y morenas. El texto reza: «¡La sensualidad de la experiencia! ¡La perversión de la madurez! ¡Venid a conocer a la insaciable bomba *sexy* que ha superado dos épocas! Por primera vez después de veinte años Magda Santiago en gira, en el Coco Loco de Viterbo. Entrada diez euros, incluida la consumición. Mujeres entrada gratis». El acontecimiento está previsto para los próximos días.

—¿No lo entiendes? —pregunta Tanzi a Luca Betti—. Es la única conexión

que nos queda con esa vieja película. ¡Podría decirnos dónde la rodaron, dónde está la cripta!

—Vuelvo a decirles —insiste Superpajas—, que apostaría lo que fuera a que el lugar de las tomas es el mismo. Claro que en el vídeo clandestino sólo se ve una pequeña parte... Pero hay muchas coincidencias. Por desgracia, *Las pornoesclavas* empieza y acaba en la cripta, salvo algún que otro *flash-back* externo del rapto, rodados en el aparcamiento de un supermercado de Roma. Pero esas escenas no nos sirven para identificar el lugar.

—Esa mujer nos dirá dónde está —observa Tanzi—. Ella nos indicará el lugar.

—Ah, a propósito, señores, si me permiten —añade el hombre cogiendo el folleto y tendiéndoselo a Tanzi—. Cuando vean a Magda Santiago, ¿pueden pedirle que me firme un autógrafo? Si es posible, me gustaría que escribiese: «A Mario, mi amor^[5]. Magda, la Pornoesclava». Es para mi colección personal.

Cuarenta y cinco

Más tarde, los dos excolegas regresan a casa con el coche de Luca Betti.

—Debes reconocer que es una pista muy débil, Marco. La cripta donde rodaron con Giulia podría parecerse sólo a la de película y estar en realidad a miles de kilómetros de distancia.

—Lo sé, pero es la única posibilidad que nos queda. El espectáculo está anunciado para dentro de unos días, ¡tenemos que ir a ver a esa mujer! Tenemos que hablar con ella. Que nos diga dónde está el lugar donde realizaron las tomas del porno del ochenta y cuatro. No puede haberlo olvidado, esa película le causó un montón de problemas.

—Marco...

—Iré, solo, si es necesario. No hace falta que vengas conmigo.

—De acuerdo, como quieras. Te acompañaré, pero iremos hoy mismo. Podemos verla sin esperar a la fecha del espectáculo.

Permanecen en silencio unos minutos.

—Luca —dice Marco de repente—, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Dime.

—¿Quién es Jack Bauer?

—Un buen tipo —responde Betti exhalando un suspiro—, uno que nos convendría tener de nuestra parte. Resuelve siempre todos los problemas en menos de veinticuatro horas.

—Y eso es todo —dice Betti por teléfono tras haber puesto al corriente a Sandonato de las novedades.

—No lo sé —reflexiona en voz alta el investigador—, treinta años son

muchos. Pero estoy de acuerdo con Tanzi, es mejor verificarlo.

—¿Qué me dice de los teléfonos? ¿Cisco ha descubierto algo?

—En el de Cozzi aparecía su número, tanto en entrada como en salida.

Betti siente un escalofrío en la espina dorsal al comprender que, cuando verifiquen los números telefónicos del periodista bárbaramente ajusticiado, la policía irá a por él.

—Por su silencio deduzco que se acaba de dar cuenta de la grandiosa gilipollez que hizo ayer. Tranquilícese. Cisco ha logrado borrar esas llamadas. No aparecerán en ningún registro.

—¿En serio? ¿Cómo se puede hacer algo así?

—Creo que ha hecho saltar los servidores de la sociedad de telefonía. Confíe en mí, le he visto hacer cosas peores... Sea como sea, en cuanto a lo demás, no hay nada. Los destinatarios de las otras llamadas de Cozzi eran su madre anciana y uno de los periodistas con los que colaboraba y, además, fueron hechas antes de que os vierais. Debió de llamar a esos criminales desde un teléfono público.

—¿Y el resto de los móviles? ¿Los de los dos asesinos?

—Bah, lo poco que hemos encontrado procedía de números codificados. Por lo visto, la última llamada de entrada a uno de los dos fue hecha en el alto Lazio, un repetidor cerca de Tarquinia... Pero el número es desconocido.

—Tarquinia... eso está en la provincia de Viterbo.

—Exacto, extraña coincidencia, ¿no le parece?

—Bueno, en cualquier caso nosotros nos vamos enseguida. Esta noche estaremos ya en Viterbo y le llamaré para informarle.

—¿Ha encontrado la dirección de esa tipa, Magda Santiago? —pregunta Sandonato.

—Lo intentamos en internet con Vallaròla, el tipo del alquiler de vídeos, pero no averiguamos nada. El último domicilio conocido es una agencia de representación de actrices y modelos que cerró hace más de quince años. No creo que sea el caso de pedir a mis colegas que nos echen una mano. Después de lo que ha ocurrido hoy más vale que no me deje ver por jefatura. Laura Damiani, la comisaria de la brigada Antivicio podría sumar dos más dos... Haremos alguna averiguación más *in situ*, pero si no logramos ningún resultado no nos va a quedar más remedio que esperar a que la estrella del porno se presente en el local de Viterbo.

—Esta vez, se lo ruego, procuren pasar desapercibidos.

—Lo intentaremos —responde Betti—, pero no puedo asegurarle nada.

Concluye la conversación antes de que el investigador pueda replicar.

En ese momento llaman a la puerta y Betti piensa enseguida en su hija Sara. Marco Tanzi se asoma desde el estudio, donde estaba metiendo un poco de ropa en una mochila, y Betti le ordena con un ademán que se encierre en él.

El policía va a abrir, pero al hacerlo se lleva una gran sorpresa, porque, en lugar de con su hija, se encuentra cara a cara con Laura Damiani.

—¡Laura! ¿Qué haces aquí?

—Hola, Luca, disculpa que no te haya avisado. ¿Molesto?

—Bueno, si he de ser franco... —contesta Betti sin moverse del umbral—, estaba a punto de salir. Si me lo hubieras dicho...

Laura nota que su colega tiene un corte profundo en el labio superior y dos llamativos cardenales, uno en la frente y otro en un pómulo.

—¿Te molesta si entro? —pregunta escrutando el interior del piso por encima del hombro de Luca—. No me quedaré mucho, lo justo para no hablar en el rellano.

—Ah, claro, ven, acomódate. Perdona, pero llego tarde. ¿De qué se trata?

—De Ciro Cozzi.

—Ah, sí, el periodista... pensaba llamarlo hoy.

—Creo que no te contestará —dice Damiani escudriñando la expresión de su colega, buscando una señal de turbación que le confirme que está mintiendo. Pese a que sus dudas son mínimas.

—¿En qué sentido? —pregunta Luca fingiendo estar en las nubes—. ¿Le ha ocurrido algo?

—Sí, la verdad es que se puede decir que le ha ocurrido algo. Ayer por la tarde alguien le cortó las orejas y lo dejó ahogarse en su propio vómito. En su casa, atado a una silla.

—Cristo... ¿quién ha sido?

—Puede que el tipo que encontramos en un lago de sangre, con un par de tijeras clavadas en el cuello, justo a su lado. O quizá el otro, el que cayó por una ventana, atado también a una silla... O, quién sabe, alguien que se escabulló antes de que llegaran nuestros colegas. Supongo que no sabes nada, ¿verdad? A propósito, ¿cómo te has hecho esos cardenales en la cara? Ayer no los tenías...

—¿Eh? Ah, ¿éstos? Me he pasado un poco en el gimnasio, estoy haciendo un curso de defensa personal con un amigo que, entre otras cosas, es el propietario de esta casa... En cualquier caso, lo de Cozzi es muy extraño. Es absurdo que sucediera ayer, el mismo día que hablamos. Pero te aseguro que no sé nada,

estuve toda la tarde en el gimnasio y luego ordenando cosas aquí, en casa.

—Claro, claro... Por lo demás, si estuvieras en un apuro supongo que no serías tan imbécil de no decirles nada a tus colegas. Tú no eres un traidor, ¿verdad, Luca?

—Ya —dice Betti, petrificado—, eso es. Y ahora, perdona, tengo que pedirte que te vayas, porque me están esperando. Puede que uno de estos días me pase por jefatura, así me acabas de contar todo.

En ese momento Marco Tanzi sale del dormitorio de Sara y su mirada se cruza con la de Laura Damiani. Se escrutan apenas unos segundos, que a los dos les parecen interminables.

—Veo que los rumores que lo daban por perdido son infundados —observa Laura.

—¿Pensaba en alguien en concreto antes, cuando ha hablado de traidores? —pregunta Tanzi sin dejar de mirar a la mujer.

—Bien, veo que no son necesarias las presentaciones —dice Luca.

—Así es —corroborra Laura—. Creo que no he entendido bien su pregunta, Tanzi. ¿Quizá ha pensado que al hablar de policías traidores me estaba refiriendo a usted?

—Lo único que pienso es que si hablamos de policías inútiles no puedo por menos que referirme a los que no supieron averiguar nada sobre Giulia.

—Ya está bien... —tercia Luca—, ¿por qué no tratamos de calmarnos y de...?

—¿Y usted dónde estaba mientras su excolega y yo investigábamos sobre la desaparición de su hija, Tanzi? —lo interrumpe Laura—. Por lo que me han dicho dormía bajo los puentes o en los refugios para mendigos. Demasiado cómodo como para permitirse juzgar a nadie.

—Incluso en esas condiciones habría sido mejor policía, estoy seguro.

—Cuánta seguridad tratándose de alguien que hace tiempo destruyó todas sus certezas.

—¡Ya está bien! —ruge Luca Betti—. ¡Acabad de una vez, Cristo! No sé qué le sucedió a Cozzi, Laura, ya te he dicho que pensaba llamarlo hoy. Si quieres hacerme alguna pregunta oficial sobre el tema cítame en la jefatura. Con un preaviso adecuado para que mi representante sindical pueda asistirme.

—No habrá preguntas oficiales —replica Laura—. Al menos por el momento.

—En ese caso, si no te importa, tengo que pedirte que te vayas. Ya te he

dicho que estaba a punto de salir y...

—Si os habéis enterado de algo sobre la desaparición de Giulia estoy dispuesta a escucharos. Y a echaros una mano. A diferencia de lo que piensa tu amigo —dice Laura señalando a Marco Tanzi—, aún no me he resignado, quiero descubrir la verdad sobre lo que le sucedió a esa pobre chica.

—No te necesitamos —la fulmina Marco Tanzi—, no necesitamos a nadie.

Los tres callan unos segundos.

—Tanzi, si de verdad crees que no necesitas a nadie te advierto que has perdido de antemano —responde Laura—. No sé en qué lío os habéis metido, pero os aconsejo que reflexionéis antes de rechazar la ayuda que os estoy ofreciendo. Hacedlo al menos por Giulia, ya que no por vosotros.

—Lo tendremos en cuenta —responde Marco Tanzi dando unos pasos en dirección a la mujer.

Laura recula hacia la entrada y sale al rellano.

—Adiós, Laura —dice Luca Betti cerrando poco a poco la puerta.

Cuarenta y seis

Autopista A1, dirección Roma. En un estado de vigilia semialerta, Luca conduce el Renault Scénic azul que ha alquilado. El policía está ensimismado, si bien una parte autónoma de su inconsciente sigue concentrada en la carretera. Como si hubiera metido el piloto automático.

Marco calla, hipnotizado por la raya blanca que corre, resbaladiza e inasible, por el asfalto oscuro.

Luca se pregunta qué pensamientos ocultará el silencio de su excolega y de improviso, casi sin darse cuenta, se le ocurre una pregunta. Como si no fuera realmente él el que habla, como si su papel se circunscribiese a observar una conversación entre desconocidos.

—¿Por qué ha ocurrido? ¿Cuál es el verdadero motivo de todo?

—¿A qué te refieres?

—A ti, a nosotros. A la mierda que echaste en nuestras vidas, en las vidas de tantas personas. ¿De verdad fue por ese niño que no conseguiste salvar?

Tanzi tarda un poco en contestar.

—En parte sí, aunque quizá su muerte y la de sus padres sólo desencadenaron algo que ya llevaba dentro.

—¿Algo relacionado con el deseo de ir siempre más allá del límite? ¿Con tu insatisfacción permanente?

—Sí, y al final lo conseguí. Franqueé el límite y ahora ya no tengo nada de qué lamentarme. Porque ya no me queda nada.

—Tienes una vida. Y una hija. Y, además, has tenido huevos para salir de esa mierda. Hace pocos meses, en el parque Solari, parecías otra persona.

—Ya...

—¿Ha bastado beber esa infusión? ¿Pasar unos meses encerrado en el monte? ¿Qué puede haber cambiado realmente dentro de ti en tan poco tiempo?

—Luca, la verdad es que he cambiado mucho menos de lo que crees. Sólo me he repuesto para hacer el trabajo que debemos hacer. Vaya como vaya, lo que suceda después me trae sin cuidado. Puede que vuelva a dormir en la calle, puede que no. Me importa un comino.

—Pero si lo haces por Giulia eso significa que la quieres, que sientes algo por ella... ¿No te basta eso para querer volver a tener una vida normal? ¿Una hija no es motivo suficiente para volver a la normalidad?

—No.

Los dos hombres permanecen en silencio al menos diez minutos. Tanzi vuelve a romperlo.

—Siento haber destrozado también tu vida. Siento que Elisa y tú os hayáis separado. Quiero decir, que os hayáis separado ahora, después de todos estos años. Has esperado demasiado, deberías haber tomado la decisión entonces. Ella nunca te ha querido de verdad.

—Pero ¿qué coño...? ¿Te estás descojonando de mí? ¡Tienes el valor de juzgarme! ¡Tú, que como buen amigo que eras deberías haber hablado conmigo hace diez años, en lugar de acostarte con ella!

—Si no hubiera sido yo habría sido otro.

—Eres un grandísimo hijo de puta, Marco.

—Siento también haberte acusado para salvarme. Me alegro de no haber conseguido nada, por suerte no me creyeron.

—Ya... no obstante, las acusaciones eran ciertas. Yo cogí ese dinero.

—Por supuesto, pero, al menos, lo hiciste con buena intención. No te lo gastaste en droga, putas, juego... como hice yo. Trataste de hacer feliz a tu mujer con los regalos, las vacaciones, la casa, los muebles nuevos. Lo hiciste por ella, no por ti. Y ella te lo pagó poniéndote los cuernos con tu mejor amigo.

—Sea como sea, fue un robo, y aún me avergüenzo.

—Bueno, pues te equivocas. Era dinero procedente del tráfico de droga... No se lo habíamos robado a gente honesta, sino a unos criminales incorregibles.

Luca exhala un suspiro.

—Creo que hemos desperdiciado la vida inútilmente...

—En tu caso aún no ha terminado. Todavía te quedan muchos años por delante. Tienes un trabajo, una hija que te quiere, aún puedes encontrar una mujer y rehacer tu vida. Remediar tus errores.

—No sé si puedo y, en cualquier caso, si de verdad es así, lo mismo vale para ti.

—Tú y yo somos distintos, Luca. Tú te preocupas por los demás. Buscas un sentido en las cosas que haces, aún crees en el futuro, a pesar de todo. Y sigues creyendo en los hombres, pese a que nunca lo reconoces. Sé que es así, te conozco. En mi caso es distinto, no logro creer en un mundo en que raptan y torturan a chicas para vender las películas en internet. Un mundo en que clavan a un niño inocente en una pared por venganza... No, no creo en él, Luca. No puede haber futuro para un mundo así.

—¿En ese caso, quieres decirme qué coño vamos a hacer a Viterbo? Si de verdad piensas eso, si nada tiene sentido, ¿por qué quieres ir hasta el final de esta historia?

—Ciertas cosas hay que hacerlas sin más. No hay una razón. Forma parte del motivo por el que estamos en el mundo. O, al menos, eso creo.

Luca reflexiona unos segundos sobre las palabras de su amigo.

—Estoy preocupado —exclama a continuación—. Esa colega, Laura Damiani. No es una tipa acostumbrada a dar su brazo a torcer, ha entendido que estamos investigando por nuestra cuenta y que tenemos algo que ver con la muerte de esos dos tipos. Tengo miedo de que a partir de ahora nos pise los talones.

—Sea como sea, eso no debería molestarte demasiado —dice Marco.

—Pero ¿qué coño dices? Si descubre lo que hicimos con los dos tipos de Milán nos encerrará enseguida.

—No creo. No me parece una de ésas que manda a la cárcel a un colega que se ha deshecho de un par de asesinos en legítima defensa. En cambio diría que, por la forma en que la mirabas, te gusta...

—¡No bromees, Marco! Figúrate si puedo pensar en eso en una situación como ésta. Además, recuerda que no sólo dejamos a nuestras espaldas el cadáver de los dos asesinos, te olvidas del cuerpo del periodista. No estoy tan seguro de que quiera pasar por alto ese homicidio.

—No lo matamos nosotros.

—Eso es cierto, pero ¡a ver quién explica a la comisión investigadora cómo ocurrieron de verdad las cosas!

—Espero no tener que hacerlo —dice Marco Tanzi.

—Lo mismo digo. —Es lo único que logra añadir Luca Betti a la vez que piensa que, a pesar de los años que han pasado, de todas las cosas que han

sucedido, su excolega sigue siendo capaz de leerle el pensamiento.

Cuarenta y siete

Marco Tanzi. Teramo, cárcel de Castrogno, hace dos años

Seis años, once meses y cuatro días. He redimido toda la pena privativa de libertad, sin atajos. No los busqué ni nadie pensó en ofrecérmelos. Por lo demás, soy un expolicía corrupto, una vergüenza para las instituciones. Los episodios de violencia que he protagonizado durante el encierro me costaron tres traslados a tres cárceles italianas, una más mugrienta que otra. Poco importa si he tenido que pelear para salvar la vida a un tipo o para evitar que los criminales que había encerrado me dejaran seco. Para el sistema carcelario sólo he sido un fastidio, y puede que éste sea el único motivo por el que no me han vuelto a condenar.

Ahora que, por fin, he franqueado estas puertas, debería sentirme libre, el problema es que para mí la palabra libertad ha perdido ya todo significado. Del hombre que era antes de entrar aquí no queda nada, ni siquiera un pálido recuerdo.

Lo peor de mi carácter, incluso la predisposición a la violencia, la tendencia al exceso, se ha deslizado fuera de mí, arrastrado por un torrente que me ha lavado el alma. Ahora soy como una piedra de río. Mis resistencias, mi orgullo, han sido limados, mitigados, hasta convertirme en la cáscara vacía que soy hoy en día.

No obstante, en el pasado era distinto.

Era una persona corriente, una de éstas que tienen un trabajo, una vida, amigos. Hasta una familia. Pero, para poder ser todo eso debes alcanzar algo que sale de dentro. Amor, sentido del deber, dignidad. Palabras que carecen ya de

sentido. Para mí, al menos.

Por unos segundos pienso en intentar ser el de antes. A saber qué cara pondría mi mujer si me presentara en su casa de buenas a primeras. Con esta pinta, con la barba larga y la ropa de tres al cuarto que me dieron en la cárcel. Sé que Flavia se ha vuelto a casar, estaba escrito en la carta del abogado, la misma en la que me informaba de que había perdido cualquier derecho sobre mi hija. Por lo demás, fui yo el que se negó a verla cuando me metieron entre rejas. Ni a ella ni a su madre. Giulia debe de tener ahora quince... no, dieciséis años. Quienquiera que sea su nuevo padre estoy convencido de que ha ganado con el cambio. Buscándola ahora sólo le haría más daño.

Además está Luca, mi colega, mi mejor amigo. A él le arruiné la carrera y, por si fuera poco, me tiré a su mujer. Sin contar con que, además, traté de involucrarlo en mis líos para que me redujeran la pena.

Siempre ha sido un buen policía, una persona seria, estoy seguro de que habrá logrado superarlo todo. A mí y a la mierda que eché en su vida.

No, es imposible, no se puede volver atrás. Yo no.

Miro a los dos hombres que han salido conmigo. Uno abraza a una mujer obesa y a un puñado de mocosos que brincan alrededor de él, como si fuera Papá Noel. El otro sube a un coche de cien mil euros, probablemente el del abogado que lo ha sacado de aquí a cambio de unos honorarios de cuatro ceros. Quizá sea un empresario que ha defraudado a Hacienda o el jefe de una red de tráfico de droga. A estas alturas cuesta distinguir estas dos categorías. Mientras estaba dentro noté que en los últimos tiempos la apariencia de los delincuentes se ha uniformado bastante. Ropa cara y complementos de valor.

Los dos se marchan, cada uno por su lado, y yo me quedo solo en la explanada asfaltada. La ciudad está a un par de kilómetros, el aire es cortante, pero no falta el sol. No hay nadie alrededor, exceptuando un perro que se ha acercado a los contenedores de basura, un callejero esquelético que busca sobras de comida. Es blanco o, cuando menos, lo fue hace tiempo, y tiene unas manchas marrones en el hocico y en el cuerpo. Me mira de través, apenas un segundo, y luego vuelve a sus cosas. La caza de sobras no da buenos frutos, de manera que decide cambiar de aire y seguir por su camino. Imagino cómo debe sentirse. Solo, sin vínculos, con la única obligación de procurarse un sustento. Así, uno nunca corre el riesgo de hacer sufrir a los demás.

Sí, he tomado una decisión. A partir de ahora yo también seré un perro callejero.

Cuarenta y ocho

El hombre está de pie, en el centro del antiguo estudio, con las paredes totalmente cubiertas de unas robustas librerías de nogal. En los estantes aparecen alineados cientos de volúmenes encuadernados en piel y dispuestos de acuerdo con un meticuloso criterio bibliográfico. Todo es demasiado perfecto, está demasiado ordenado para formar parte de una verdadera biblioteca, de un lugar donde los libros se leen, se desgastan, se viven.

El dueño de la casa tiene en la mano derecha una copa de degustación que contiene dos dedos de un líquido de color ámbar. La gira con delicadeza para que el licor se pueda adherir a las paredes de cristal y emanar de forma más intensa su inconfundible aroma. Un aroma de más de mil euros la botella.

El hombre tiene más de sesenta años, el pelo largo y cano, peinado hacia atrás, y un bigote fino, muy cuidado. Viste un traje de chaqueta cruzada con un chaleco adamascado, y calza unos zapatos negros de charol.

Está observando algo por la ventana, en la oscuridad, cuando alguien llama a la puerta y lo sobresalta.

—Adelante.

El hombre que entra en la habitación es mucho más joven, de unos treinta años, y tiene cuerpo de culturista. Luce un traje de chaqueta negro, hecho a medida, pero en sus movimientos se percibe que, en cierta medida, no se siente a gusto en él.

—Señor, han confirmado la noticia. El periodista ha muerto, al igual que los dos hombres que enviamos a verlo.

—Ese Betti. Sólo puede haber sido él.

—Es extraño —se arriesga a decir el joven. Tiene el pelo ralo y la mandíbula

cuadrada. Bajo la chaqueta se entrevé el bulto de una semiautomática calibre 9, metida en la funda que lleva en la axila.

—Los hombres eran de confianza. Gente a la que habíamos recurrido ya otras veces, recomendada por nuestros amigos albaneses.

—Por lo visto ese policía es bueno. No creo que haya podido sonsacarles nada, aunque no tenían mucho que decir... Pero aun así conviene que aumentemos la alerta. Suspende los turnos de reposo hasta nueva orden.

—Sí, señor —contesta el culturista haciendo una inclinación—. ¿Algo más?

—Por ahora no. Tengo que ir a ver a mis invitados, la velada está empezando y aún no los he saludado. Mantén los ojos bien abiertos.

Nada más salir el hombre, el dueño de la casa vuelve a mirar por la ventana. Luego, poco a poco, bebe un sorbo del precioso líquido de su copa, degustando su exclusivo sabor. Al final sale del estudio y se dirige al salón principal, atravesando unos pasillos revestidos de valiosos cuadros y telas. En la sala grande quince personas están conversando alegremente, divididas en pequeños grupos. Entretanto, unos camareros con librea pasan entre ellas con unas bandejas llenas de copas de champán y deliciosos canapés.

—¡Excelencia! —exclama al entrar—. ¡Es un placer tenerle aquí!

—¡Ingeniero! El placer es mío —lo saluda un hombre elegante, que se separa de un grupo y le sale al encuentro tendiéndole una mano. Se dan un apretón más que cordial—. Permita que le presente a los amigos de los que le he hablado: el abogado Fantini, el doctor Paoli, el arquitecto Lucchesi.

Son unos hombres ancianos, vestidos con unos esmóquines impecables, que ostentan con la misma naturalidad sonrisas cordiales y relojes de decenas de miles de euros. El dueño de la casa los saluda uno a uno, a la vez que se presenta.

—Entonces —pregunta el hombre al que han llamado «excelencia»—, ¿qué diversión nos ha preparado para esta noche? Le advierto que me han hablado muy bien de usted, procure no quedar en ridículo.

—Excelencia, ya sabe que nunca decepciono sus expectativas. Esta noche todas las chicas son nuevas. Estudiantes de unos veinte años, para la mayoría es la primera vez, pero ¡están deseando darse a conocer!

—Ah, bueno, bueno. ¡Justo lo que hacía falta para alegrar la velada! Pero ¿dónde están nuestras amiguitas?

—En unos minutos estarán aquí para ocuparse de usted y, claro está, del resto de los invitados.

—Muy bien, mi querido ingeniero. ¡Precisamente le estaba diciendo a mis amigos que siempre se puede contar con usted!

Cuarenta y nueve

Luca Betti. Viterbo, 22.00 horas. Tres días más tarde

Los últimos días han sido una sucesión de frustraciones y pérdidas de tiempo. Hemos dormido en un motel asqueroso, hemos comido en McDonald's, hemos registrado los alrededores del *night club* y hemos preguntado, extremando las precauciones, si alguien sabía algo de la tal Magda Santiago.

Nada.

Marco nos ha propuesto que tratemos de localizar a los gestores del local, pero, dado cómo fueron las cosas con Cozzi, he preferido no exponerme tanto. El Coco Loco ha abierto hace unos veinte minutos y dentro de poco debería empezar el espectáculo de la vieja estrella del porno. Desde fuera parece un sitio bastante miserable, el semisótano de un edificio encalado, aislado del resto de las casas. Con toda probabilidad se trata de un garaje, con un letrero incluso demasiado explícito y una pasarela de moqueta roja horterísima delante de la entrada. Si me paro a pensar un poco, todo me parece absurdo, casi surrealista. Hace unas horas llamé a Sara. Oír su voz me hizo sentir bien y mal al mismo tiempo. Sentí una intensa sensación de soledad, de nostalgia por la atmósfera familiar que siempre he buscado, que siempre he querido proteger, pero que quizá sólo ha existido en mi imaginación. Mi hija me preguntó si me había enterado del terrible delito de hace tres días, cerca de la calle Vitruvio. Tuve que mentirle de nuevo, y no me gustó nada hacerlo.

Estamos sentados en el coche, a unos veinte metros de la entrada, esperando a que llegue esa tipa, cuando mi BlackBerry empieza a sonar. Es Sandonato.

—¿Alguna novedad por ahí? —me pregunta.

—Nada, la mujer debe de estar al caer. La pararemos a la salida y trataremos de que nos dé la información que necesitamos.

—Escuche, ¿Tanzi puede oírle ahora?

—No.

—Hay novedades. Malas, por desgracia. Han emitido la segunda película de Giulia... Nada bueno. Por suerte parecía semiinconsciente, drogada a buen seguro. Pero esta vez fueron brutales. No creo que pueda resistir mucho.

—Entiendo. Si hay alguna novedad le llamo, infórmeme usted también.

—Hasta luego.

Cuelgo confiando en que Marco no haya notado nada. He procurado mantener un tono de voz lo más neutral posible.

—¿Y bien? —me pregunta—. ¿Qué te ha dicho?

—Nada. Siguen buscando en los móviles.

—Dime qué te ha dicho.

—¿Estás sordo? Nada nuevo, quería saber cómo íbamos, si la Santiago había llegado ya.

—De acuerdo. Lo llamaré yo. —Coge su móvil y hace amago de componer el número de Sandonato.

—Marco, espera. No lo hagas. Me ha dicho que han emitido el segundo vídeo de Giulia.

—¿Y qué?

—La volvieron a torturar, pero estaba inconsciente, probablemente drogada. Si queremos salvarla tenemos que darnos prisa.

Veo que algo cambia en su expresión. Sus rasgos se endurecen, aprieta la mandíbula y agarra con fuerza la manija de la puerta, tanto que las yemas de los dedos se le ponen blancas. Mi excolega está nutriendo un odio para el que debe encontrar como sea una válvula de escape, a menos que quiera volver a estallar y arriesgarse a caer de nuevo en la autodestrucción, que, esta vez, sería irreversible.

En ese instante un Mercedes S1 negro se para delante de la entrada del Coco Loco. El chófer se apea y abre la puerta de detrás, mientras que por la del copiloto aparece un tipo achaparrado, vestido con un traje blanco. La pasajera es una mujer muy baja, con el pelo corto y unas enormes gafas de sol, pese a que hace un buen rato que oscureció. Viste una especie de guardapolvos plateado y unos tacones de aguja de vértigo.

—¡Es ella! —afirmo.

Marco ni siquiera me escucha. Se apea del coche y se acerca a grandes zancadas al Mercedes. Yo también abandono el vehículo y miro alrededor, presagiando lo peor.

—¡Magda Santiago! —grita mi antiguo socio acercándose a la mujer. Ésta se vuelve sorprendida al mismo tiempo que su chófer y guardaespaldas se aproxima a Marco alargando una mano, como si pretendiera mantenerlo a distancia.

—Nada de autógrafos —dice el tipo. Es un energúmeno moreno, con el pelo rapado y un pendiente de diamantes en una oreja.

Marco se mueve como un rayo. Le agarra la mano, se la dobla para obligarlo a arrodillarse en el suelo y acompañar el movimiento, evitando que se rompa una decena de huesos de los dedos y el brazo. A continuación le golpea con una rodilla en la cara y lo tira al suelo sin demasiadas contemplaciones. Magda Santiago, que ha presenciado la escena paralizada por el miedo, empieza a gritar como una loca. Recibe un puñetazo de mi socio en la cara y se desmaya al instante. Marco se la echa a los hombros como si fuera un saco de patatas, poco pesado. El otro tipo, mientras tanto, ha escapado en lugar de intervenir y, gritando, ha buscado refugio en el local.

—Pero ¡qué coño! —digo a Marco, que avanza hacia el Renault con la mujer a la espalda—. ¿Has perdido el juicio?

No se molesta en responderme. Abre la puerta de detrás y descarga a la mujer en el asiento, acto seguido se sienta delante, donde lo estoy esperando ya, confiando en que no salga nadie del Coco Loco con un fusil de cañón recortado y nos dispare.

—¡Hostia! —digo saliendo como alma que lleva el diablo—. ¿Has perdido la cabeza? ¿Era necesario raptarla para hacerle un par de preguntas?

—Dobla aquí, a la derecha —me dice señalándome el camino. Obedezco a la vez que, por el espejito retrovisor, diviso al menos a cuatro personas saliendo del local y echando a correr detrás del coche. Espero de verdad que no hayan podido anotar la matrícula, porque, de no ser así, esta vez estamos jodidos sin remedio.

Una hora más tarde nos encontramos a, al menos, veinte kilómetros de distancia, en medio del campo, refugiados detrás de una montaña de pacas de heno. Confío en que no aparezca de repente ningún campesino cabreado. Lo espero por él, porque Marco sería capaz de dispararle en la frente.

La mujer está sentada en la hierba con la espalda apoyada en el heno y empieza a despertarse. Tiene un ojo morado e hinchado, el ojo que ha recibido el puñetazo de mi excolega que ahora, no contento, la está abofeteando un poco para ver si se despierta.

Por fin abre los ojos y al ver dónde y con quién está empieza a gritar como una desesperada. Sin embargo, los gritos mueren en la garganta cuando Marco le mete en la boca el cañón silenciado de la Sig Sauer P210 que pertenecía al rubio, el que cayó por la ventana en casa del periodista. Marco le aprieta también el cuello con una mano para obligarla a estarse quieta.

Magda Santiago se calla de golpe, abriendo desmesuradamente el único ojo que le queda sano, deslumbrado, por otra parte, por los faros del coche, que iluminan la escena y le impiden ver nuestras caras. La estrategia de mi colega me parece exagerada, diría que incluso injusta para esta pobre vieja. Pese a ello, le dejo llevar la voz cantante. Si yo fuera el padre de Giulia haría probablemente lo mismo.

—No quiero hacerle más daño, señora —dice Marco—. Tengo un par de preguntas que hacerle, y usted debe responderme deprisa y sin mentir. Si lo hace la llevaremos de nuevo a la ciudad y la dejaremos libre. Si no lo hace la mataré aquí mismo, en este lugar perdido, y antes de que la encuentren para darle digna sepultura estará ya podrida y medio comida por los gusanos.

La mujer suelta una especie de aullido.

—Hace muchos años interpretó usted una película. Se titulaba *Las pornoesclavas*. La retiraron de la circulación y le costó una condena por ultraje al pudor. Lo que queremos saber, con precisión, ahora, en este momento, es dónde la rodó.

En el ojo de la desgraciada veo dibujarse una expresión más próxima al desconcierto que a la sorpresa.

—P... P... Pornoes... la película...

Trata de componer una frase con sentido completo, pero el terror la hace balbucear de una forma horrenda.

—Cálmese —le digo—. Lo único que queremos saber es dónde está ese sitio. Si nos dice la verdad la liberaremos.

—Laca... Laca...

—¡Sácale la pistola de la boca, Cristo! —digo a Marco agarrándole el brazo. Él obedece, pero la retira sólo un poco.

—La casa —logra decir, por fin, la mujer.

—¿La casa? —pregunto inclinándome para que me comprenda mejor—. ¿Qué casa? ¿Dónde está la casa en que rodaron? ¡Necesitamos una dirección, enseguida!

—¡Mi casa! —grita finalmente ella, como liberándose de un peso—. ¡La rodamos en mi casa y en la de mi marido! ¡En Tarquinia! —Acto seguido se desmaya debido al miedo, o puede que al dolor. Quizá a las dos cosas.

Cincuenta

Magda Santiago es liberada delante de una casa rústica, con las muñecas atadas a la espalda, los ojos vendados, y amordazada. Luca arranca de nuevo a toda velocidad, esperando, una vez más, que nadie haya tenido tiempo de anotar el número de matrícula del Renault azul.

En el curso del interrogatorio que ha realizado Tanzi, se han enterado de que el verdadero nombre de la mujer es Vincenzina Pezzotta y que en 1984 estaba casada con un tal Renzo Salani. Él fue el que dirigió y produjo *Las pornoesclavas*. Pocos años más tarde se divorciaron y durante cierto tiempo Pezzotta siguió interpretando películas pornográficas de calidad ínfima, hasta que a principio de los años noventa se retiró de la escena.

Más tarde se instaló en Trento con su nuevo compañero y juntos abrieron un bar, que quebró al cabo de dos años. A esta actividad siguieron otras, que concluyeron invariablemente con auténticos desastres económicos, hasta que, movidos por la necesidad, se les ocurrió reciclar la imagen de la estrella del porno de los años ochenta para un circuito de gerontófilos incorregibles que fue saliendo a la luz gracias al poder de agregación de internet. En la actualidad los seguidores de la mujer son en buena parte jóvenes de unos dieciocho años. Gracias a ellos, desde hace más de un año Vincenzina Pezzotta, Magda Santiago en los escenarios, y su compañero-mánager logran ganarse el sustento con la venta directa de películas de aficionados y las exhibiciones en locales de provincia.

La de Viterbo es la zona más frecuentada por la pareja, en parte porque ésta ha conservado la propiedad de un minipiso en la ciudad, que les sirve de base de operaciones.

Así pues, las relaciones entre Pezzotta y Salani, su exmarido, son prácticamente inexistentes. En el momento del divorcio él se encontraba en una situación económica desastrosa, de forma que el minipiso de Viterbo fue lo único que su esposa pudo conseguir como liquidación definitiva de su relación.

A diferencia de su exmujer, con el paso de los años Renzo Salani se ha recuperado desde el punto de vista financiero. Ahora se hace llamar ingeniero, pese a que ni siquiera fue a la escuela secundaria. Organiza veladas de gala y recibimientos en su casa, que ha recuperado de manos de sus acreedores. Según parece, tiene una clientela fiel de personajes influyentes y acaudalados. La Pezzotta-Santiago, sin embargo, se ha mostrado más bien vaga sobre las veladas, pese a la presión psicológica de la pistola de Marco.

Los dos excolegas tardan una hora en llegar a la casa. Es un edificio de principios de siglo, de estilo *liberty*, rodeado de un parque muy cuidado y de un muro de piedra. Se encuentra a seis kilómetros de distancia del centro de Tarquinia, en una zona rural con poco tráfico, a la que se llega por una carretera provincial. Al pasar por delante de la puerta principal, Betti y Tanzi logran entrever la avenida empedrada, rodeada de altos cipreses, que desemboca en una explanada donde hay aparcados al menos unos diez coches. En el centro de la zona, fuertemente iluminada por unos faros halógenos, una doble escalinata helicoidal permite el acceso a la casa.

El perímetro de la propiedad está vigilado por un moderno equipo de cámaras de circuito cerrado, y unas barreras ópticas protegen el muro.

—¿Qué opinas? —pregunta Betti recuperando la velocidad normal después de haber frenado, por enésima vez, delante de la gran puerta de la casa.

—Que quiero echar un vistazo de cerca.

—¿Y si llamásemos a nuestros colegas? En fin, sí, a la policía...

—Primero echemos un vistazo.

—¿Has visto los tipos que hay detrás de la puerta? Parecen profesionales. Han aparecido como sombras, han notado que hemos pasado por segunda vez, señal de que vigilan todos los coches que circulan por delante de la casa. Estoy seguro de que han anotado el número de matrícula.

—Me importa un carajo. Yo voy a entrar, tú puedes hacer lo que quieras.

—Eh, para un poco, ¡ahora sí que empiezas a tocarme los huevos! —dice Betti—. Si estás aquí en parte es gracias a mí. Mejor dicho, sobre todo gracias a

mí. Además, ¿te has olvidado de lo que pactamos? ¡Haremos lo que diga yo!

—Deberías saber que nunca respeto los pactos.

—¡Pues esta vez los respetarás, hostia! Razona un poco, es más de la una, si nos pillan entrando y nos denuncian, ¿qué excusa podremos inventarnos? Y viceversa, si nos ponemos de acuerdo sobre la versión que debemos contar a nuestros colegas, que hemos recibido una llamada anónima o algo por el estilo, vendrán un montón para inspeccionar cada rincón de este sitio. Sabes de sobra la prisa que tenemos. Si nos pillan ahora podríamos perder un tiempo precioso. Un tiempo que quizá Giulia no tenga. Además de que los pondremos en alerta.

—Lo siento, Luca. Haz lo que quieras, pero si existe una sola posibilidad de que mi hija esté ahí dentro no estoy dispuesto a esperar un solo minuto.

Al final deciden saltar el muro en el punto más alejado de la puerta, diametralmente opuesto a la entrada de la casa. Han aparcado el coche a unos doscientos metros de distancia y han tenido que atravesar un terreno cultivado, hundiéndose más de una vez en la tierra blanda.

—Cuidado con las cámaras, parecen de infrarrojos —dice Betti—, si al menos tuviéramos unos pasamontañas...

Tanzi no contesta. Se da impulso con una pierna apoyando el pie en las manos entrelazadas de su excolega y, con un salto, se aferra al borde del muro y trepa por él durante unos segundos. A continuación se tumba en el borde sujetándose firmemente con una mano y tendiendo la otra a Betti para ayudarlo a subir. El policía la agarra y se da impulso hacia arriba con cierta dificultad, maldiciendo para sus adentros por la situación absurda en la que se están metiendo.

Una vez en lo alto los dos miran alrededor. No hay ningún guardia en el horizonte. Saltan al jardín y recorren agachados, uno detrás de otro, unos cincuenta metros, moviéndose de un árbol a otro para pasar desapercibidos a los posibles ojos electrónicos.

Al llegar junto a la pared de la casa, Luca da unas palmadas en el hombro de su amigo para que se pare, y acto seguido le señala el terreno, indicándole que debe permanecer agachado. Los dos se tumban en el suelo y Luca apunta el índice hacia algo que hay a lo lejos. Un hombre se está acercando hacia ellos por el camino empedrado que rodea la casa. Lleva algo en una mano, un transceptor. Betti y Tanzi lo ven cuando el tipo levanta la mano con aire de cansancio a la

vez que dice algo en el micrófono.

—Dejémoslo pasar —susurra Luca—, eso nos dará unos minutos de ventaja.

Por toda respuesta, apenas el hombre pasa por delante de ellos en línea recta, Tanzi se levanta y, caminando con el busto inclinado hacia delante, se acerca rápidamente a él por la espalda.

—Pero qué coño... —impreca Betti abriendo desmesuradamente los ojos. A continuación se levanta también y se apoya en un árbol sacando su Beretta 9 milímetros. La apunta hacia el vigilante con la esperanza de no tener que usarla.

Entretanto, Tanzi ha dado alcance al hombre moviéndose con sigilo. Cuando éste nota su presencia se vuelve de golpe, pero ya es demasiado tarde. Una patada en el estómago lo obliga a doblarse debido al dolor y a dejar caer la radio. Un codazo en la nuca, asestado de arriba abajo, lo deja fuera de combate.

Tanzi se vuelve hacia su excolega y le hace un ademán para que se acerque. Mientras Betti se aproxima a él, un gruñido siniestro se difunde en el aire.

—¡Hostia! —exclama Luca dándose la vuelta para averiguar el origen, que no tarda en manifestarse en forma de dos gigantescos dóberman, que corren hacia ellos paladeando ya el sabor de la sangre. Tanzi no se inmuta, saca la pistola con el silenciador y apunta con las dos manos. Dispara dos veces y los perros caen al suelo.

Betti contempla la escena, boquiabierto.

—Cristo... ¡si antes corríamos el riesgo de que nos descubrieran ahora sólo es cuestión de tiempo!

—Vamos —contesta Tanzi.

Tras bordear por unos metros el muro de la casa se detienen delante de una especie de rejilla metálica, que sirve para airear el sótano. Con cierta dificultad la levantan y la sacan, dejando un espacio lo bastante grande como para entrar.

Marco baja en primer lugar y aterriza en el suelo emitiendo un ruido sordo. Luca lo sigue, cae mal y se hace daño en un tobillo, al punto que debe contener un gemido de dolor.

Se sobresaltan al oír de repente una voz áspera en el transceptor que le han quitado al guardia.

—Sector cuatro, informe.

Betti y Tanzi se miran, pese a que la oscuridad es casi total. Luego el segundo de ellos pulsa el botón que hay a un lado de la radio y responde:

—Todo en orden. Sigo la ronda.

—Recibido —replica la voz metálica.

Tratan de orientarse en la habitación, que parece grande. Betti enciende la pantalla de su BlackBerry. La tenue luz basta para iluminar una estantería metálica llena de carpetas. Coge una al azar: contiene una especie de *dossier* con fotografías. El policía coge unos cuantos folios, los dobla y se los mete en el bolsillo. A continuación vuelve para dejar la carpeta en su sitio.

—¿Y bien? —pregunta Tanzi.

—¡No lo sé, no veo un pijo! Creo que nos conviene...

En ese momento una luz deslumbrante se difunde por la habitación. Todos los plafones del techo se han encendido a la vez, cegando a los dos hombres, que ya se habían acostumbrado a la oscuridad. Apenas tardan unos segundos en recuperarse, pero cuando vuelven a abrir los ojos les espera una fea sorpresa.

Tres tipos armados con unos fusiles los están apuntando, al mismo tiempo que un cuarto, más viejo, vestido con un esmoquin, con una melena larga y gris, y un bigote fino, los observa con las manos a la espalda.

—Buenas noches, señores —dice Renzo Salani, el propietario de la casa—. Si están buscando algo puede que podamos ayudarlos.

Cincuenta y uno

Están en un sótano húmedo, con las paredes de cemento armado y el suelo de tierra batida. No es el mismo que el de las películas de Giulia Tanzi, Luca está seguro.

Marco y él están sentados en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y los brazos extendidos, esposados a unos sólidos anillos metálicos clavados en el muro gris.

Cuando Marco Tanzi recupera el conocimiento lo primero que siente es una desagradable sensación que le causa un dolor agudo en la nuca. Es el punto donde le ha golpeado con una porra un energúmeno vestido de Armani. El sótano está iluminado por una bombilla colgada del techo y, exceptuando los dos hombres, está desierto. Delante de ellos hay una puerta de hierro con una mirilla.

—Luca...

—Sí, aquí estoy. Por fin te has despertado, tenía miedo de que te hubieran matado.

—¡Cristo, te han tumbado también a ti!

—No, pero me apuntaron a la cara y a la espalda con los fusiles. No me dejaron muchas alternativas.

Los dos miran alrededor. Es inútil buscar una vía de fuga, esta vez parece evidente que no hay ninguna. Tanzi intenta forzar los anillos clavados en la pared, pero no ceden ni un milímetro.

Un ruido de pasos procedente del exterior llama su atención. Al cabo de unos segundos la puerta se abre y entra Renzo Salani acompañado del jefe de seguridad, el culturista de bronceado postizo que va vestido de negro.

—Veo que están despiertos, señores.

—Soy un oficial de policía —dice Luca con firmeza—, hemos cometido un delito al entrar en su propiedad, lo sabemos, pero si nos libera estaremos en paz y nos marcharemos sin que haya represalias. Luego será el juez el que decida si autorizar o no el registro de la casa.

Salani suelta una carcajada, y su guardaespaldas lo imita, aunque de manera algo forzada.

—¿Represalias? He de reconocer que tiene usted sentido del humor.

—Mucha gente sabe que hemos venido aquí esta noche. Mis colegas vendrán a buscarnos, y usted no se librará de ellos riéndose en su cara.

—Sus colegas... conozco a unos cuantos, ¿sabe? Algunos trabajan incluso en mi servicio de vigilancia. Si no me equivoco ha hablado de un juez. Qué casualidad, porque en el piso de arriba hay un par, están esnifando cocaína en los muslos de dos veinteañeras desnudas. Creo que en este momento no estarían muy dispuestos a concederle la orden de registro.

—No cometa la estupidez de sentirse protegido —dice Luca Betti—, ya le he dicho que no tardarán en venir a buscarnos.

Marco Tanzi, mientras tanto, no dice una palabra. Mira fijamente a los ojos del hombre de forma neutral, sin manifestar ninguna emoción.

Salani cabecea, no parece mínimamente preocupado.

—Betti, Betti, en qué líos me mete. Y eso que me habían dicho que es usted un buen policía. No como este deshecho humano de su colega. Este drogata borracho. ¿Dónde lo repescó? Entre los mendigos, seguro. Menuda imbecilidad cometió, amigo mío. Se ha metido en un asunto que supera sus posibilidades. ¿No le habría convenido más quedarse en Milán y ocuparse de sus asuntos? ¿Cuidar de su familia? ¿Cómo se llama esa monada de hija que tiene? Serena, no, Sara, eso es.

Luca siente que la sangre se le hiela en las venas.

—Ni se te ocurra mencionarla, cabrón.

El guardaespaldas se acerca a él y le da una patada en la cara. Por la boca de Luca Betti sale un chorro de sangre que salpica la pared, en el espacio que hay entre Marco Tanzi y él.

—¿Sabe? —prosigue Salani—. Pensándolo bien, la chica no quedaría mal en una de nuestras producciones. Me lo pensaré.

—No le haga caso, Luca —susurra Marco—, ese pedazo de mierda se está cagando encima.

Salani se vuelve a reír.

—De manera que tiene también el don de la palabra. Veo que siguen siendo una pareja muy unida. Si se están preguntando qué futuro les espera, bueno, por el momento les dejaré descansar en santa paz. En cualquier caso, en un par de días sus cadáveres serán encontrados en un coche carbonizado, en algún lugar entre aquí y Milán. Simularemos que han tenido un accidente durante la fuga. Y luego nos ocuparemos también del otro tipo, cómo se llama, Sandonato, el antiguo oficial de los carabinieri. En este momento varios de nuestros amigos milaneses están yendo a charlar un rato con él. Le obligaremos a decirnos quién es su experto en informática, así aprovecharemos para hacer un poco de limpieza. ¿Qué les parece el programa?

Betti y Tanzi permanecen en silencio.

—Por cierto, Betti —continúa el propietario de la casa—, quiero darle las gracias por haberme animado, de una vez por todas, a resolver el problema de ese periodista de Milán, el tal Cozzi. En su momento lo dejé con vida para que nadie pudiese relacionar su muerte con la investigación que llevó a cabo hace unos años. No obstante, era hora de resolver el asunto. Tratando de ayudarlo, Cozzi llamó por teléfono a su viejo informador, el ayudante del subsecretario Valenzani. El mismo que, hace unos años, le había revelado la existencia de las películas que habían descubierto en el ordenador del honorable después de su muerte. Cozzi no sabía que, entretanto, su «contacto» había hecho carrera. Ahora es portavoz de un ministro y se ha convertido en uno de nuestros estimados clientes. Por eso me avisó enseguida cuando Cozzi manifestó su repentino interés por la antigua investigación. Así que pensé en mandar a unos amigos nuestros a visitarlo.

—Pagarás también por su muerte —afirma Luca—, te lo juro.

—Vamos, Betti, ¿ha de ser siempre tan melodramático? Sea como sea, mis queridos señores, ahora tengo que dejarles. Está amaneciendo y mis invitados están a punto de marcharse. Voy a asegurarme de que todo haya sido de su gusto.

El guardaespaldas de Salani abre la puerta, y éste se dirige hacia ella. Al llegar al umbral, sin embargo, se para y se vuelve de nuevo hacia los dos hombres atados a la pared.

—Ah, Tanzi, mañana rodaremos la tercera película con Justine. Hemos recibido muchas peticiones de nuestros compradores y debemos satisfacer sus expectativas. Si quiere puede asistir en directo. ¿Qué me dice? —El hombre se ríe de nuevo y acto seguido sale seguido de su guardaespaldas, que guiña un ojo

a Tanzi a la vez que le enseña el dedo medio.

Al cabo de unos minutos, Luca encuentra la fuerza suficiente para romper el silencio.

—Aún queda por decir la última palabra. Ayer por la noche, antes de entrar aquí, mandé un SMS a Sandonato para ponerle al corriente y le envié también las coordenadas de la casa.

—Sandonato —repite Marco con cansancio, como si estuviera pensando en voz alta—. A esta hora lo estarán torturando para que les diga el nombre de Cisco. Esperemos que al menos él logre salvarse.

Cincuenta y dos

Luca Betti. La casa

Con el paso de las horas, de forma casi inconsciente, me he dejado vencer por la desesperación. La idea insoportable de que alguien pueda hacer daño a mi hija ha debilitado todos mis recursos mentales. He caído en un estado de semiinconsciencia, una especie de duermevela dictado tanto por el cansancio físico como por una condición de estancamiento psicológico. No sé cuánto tiempo llevo encerrado con Marco en esta especie de sótano, un agujero asfixiante, sin ventanas e iluminado de forma artificial. De repente, una especie de ruido persistente, casi hipnótico, llama mi atención. Haciendo un gran esfuerzo logro abrir los ojos, sacudir un poco mi torpor, y concentrarme en la terrible realidad.

Marco está inclinado en una posición extraña, casi tumbado en el suelo, con el brazo derecho extendido y un pie golpeando sin cesar el anillo metálico que está clavado en el cemento armado, donde han fijado la esposa que aprisiona su mano derecha.

—¿Qué estás haciendo, Marco? —le digo, casi resentido—. Basta, es inútil.

No responde y sigue concentrado en su tarea. Golpea de manera razonada, siempre en el mismo punto y de la misma forma. Debe de estar intentando hacer ceder el soporte que está fijado al anillo.

—Es inútil, Marco, no sirve de nada... —insisto.

—Prueba a tumbarte en esa parte —contesta él—, deberías llegar con la pierna izquierda. Empieza tú también desde el otro lado.

—Pero ¡quieres entender de una vez que es inútil, hostia! —grito desesperado—. ¡El acero está hundido en el cemento armado! ¿Cómo demonios piensas moverlo? ¿A patadas?

—Está fijado con un taco, si logro aflojarlo quizá pueda sacarlo. Haz lo que te he dicho, golpea desde el otro lado.

—¡No! Además, en caso de que lo consiguiéramos, ¿para qué serviría? Están armados, son muchos. ¿Piensas detenerlos sentado, con una sola mano libre? ¡Olvídalo, lo único que estás consiguiendo es volverme loco con ese ruido!

Marco se detiene y me mira a los ojos.

—Túmbate en el suelo, Luca, extiende una pierna, toma la distancia justa y empieza a dar golpes con el talón. Si no lo haces juro que te mataré con mis propias manos cuando me libere.

Cierro los ojos tratando de contener la desesperación y las lágrimas. Pero no lo consigo.

—Tengo miedo, Marco. Tengo miedo por Sara... No soy como tú, nunca he sido tan fuerte como tú. Si le hacen daño yo... Yo no...

—¡Basta, Luca! ¡Escúchame! Mírame a los ojos y escúchame atentamente... Vaya como vaya —me dice—, nunca tocarán a tu hija. Sería demasiado peligroso para ellos, alguien podría sacar una conclusión y ponerse a investigar en serio. Ella está a buen recaudo, créeme, somos nosotros los que estamos en una situación de mierda, ¡así que deja de lloriquear y échame una mano!

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunto llorando—. ¿Por qué me traicionaste? Yo habría dado la vida por ti...

Marco me mira y de improviso veo algo distinto en sus ojos. Una expresión nueva, puede que más solemne, más culpable.

—Porque yo no soy como tú, Luca. No soy una buena persona.

—Hemos pasado juntos tantas cosas... siempre fuimos amigos...

Lloriqueo de una forma tan patética que no puedo por menos que sentir vergüenza.

—Si te sirve de algo —me dice mirándome aún con sus malditos ojos azules—, nunca he dejado de quererte. Ni siquiera cuando pensé en venderte para salvarme. Ni siquiera cuando te apuñalé por la espalda y traicioné tu confianza. Y yo también habría dado la vida por ti.

Lloro como un niño, como un idiota, como quien no tiene nada que perder. Luego, sin embargo, trato de dominarme y asiento con la cabeza, aunque sigo siendo incapaz de hablar. Un nudo en la garganta me lo impide. Me tumbo, a

duras penas, y alargo la pierna izquierda hasta tocar el anillo que bloquea la mano derecha de Marco. Doy unos golpecitos para ver lo que sucede y busco una posición que me asegure un mínimo de estabilidad.

—Vamos —digo a mi amigo—, estoy listo.

Cincuenta y tres

Las horas transcurren con una lentitud extenuante en la minúscula celda. El aire parece haberse cristalizado, las gotas de sudor que se abren camino por los cuerpos agotados de los dos excolegas marcan el ritmo obsesivo de su prisión. De improviso, un ruido de pasos rompe el silencio. Un rostro sombrío se materializa detrás de la mirilla de la puerta. Betti y Tanzi parecen haberse desmayado, están inmóviles, con los brazos colgados de la pared y la cabeza inclinada hacia el suelo.

—Buenos días, señores, despierten, ¡es hora de sacarles un poco de sangre!

Betti y Tanzi se yerguen a duras penas. Miran con aire cansado al hombre que ha hablado, pero parecen no haber comprendido lo que ha dicho.

—Hemos decidido —prosigue el tipo—, que, con toda probabilidad, es hora de eliminar un testigo incómodo. No, tranquilos, no estoy hablando de uno de vosotros. De eso nos ocuparemos después. Por el momento nos concentraremos en esa vieja fulana, Magda Santiago. ¿Sabéis una cosa? Esparciremos un poco de vuestra sangre por el lugar del delito. Será una prueba decisiva para los que indaguen sobre su muerte... La idea es mía y he de decir que al jefe le ha parecido magnífica. ¿Qué pensáis vosotros?

El hombre sonríe de manera odiosa, mirando a los dos prisioneros. Su socio lo imita. Después se hace a un lado y cruza los brazos, dejando el campo libre a su jefe.

—Vamos —dice—, empezaremos por este animal. Le sacaremos una buena cantidad de sangre. Cuando estaba en el ejército trabajé en la enfermería, no te preocupes, este tipo de cosas se me dan bien... Si no te resistes nos las arreglaremos con un poco. En caso contrario tendré que darte un golpe en la

cabeza para que te desmayes. Y entonces podría pensar en sacártela de un ojo, me refiero a la sangre. Supongo que no querrás que haga algo así, ¿no?

Marco Tanzi lo mira alucinado y niega con la cabeza.

El hombre le sonrío y le guiña un ojo. Con un ademán brusco le aprieta la banda de goma alrededor del bíceps y da unos golpecitos en el hueco del brazo buscando la vena. Por fin clava la aguja y la introduce sin demasiados miramientos. Marco observa la jeringuilla mientras ésta se va llenando con el líquido rojo. Una vez finalizada la operación el hombre la saca y pasa la sangre a uno de los dos recipientes. Luego, para poder cerrarlo herméticamente, deja la jeringuilla en el suelo.

—Ten —exclama al otro, tendiéndole el recipiente esterilizado—, procura que no se caiga al suelo.

El tipo calvo se vuelve para cogerlo. Es el momento que Marco Tanzi esperaba para pasar a la acción. Dando un fuerte tirón saca el anillo metálico de la pared y saca el taco, debilitado por horas y horas de presión. Con un gesto ágil coge la jeringuilla del suelo y la clava en la nuca del jefe de seguridad, que está inclinado a su lado. Antes de que el tipo logre darse cuenta de lo que está ocurriendo siente una punzada helada extenderse por la columna vertebral y se desploma al suelo paralizado. Marco Tanzi se apodera de su pistola, una semiautomática calibre 7,750. Con un solo ademán quita el seguro con el pulgar, apunta al calvo que aún sigue de pie y dispara, esperando que la bala esté en el cañón. Por suerte para él, es así.

El hombre, golpeado a bocajarro, se estrella contra el muro y cae al suelo. Marco apoya el cañón de la pistola en la sien del otro, que sigue inmovilizado por la aguja, clavada entre las vértebras cervicales, y aprieta una vez más el gatillo. En la pared de cemento de enfrente se dibuja un macabro mural compuesto de sangre, masa cerebral y fragmentos óseos.

Marco registra el cadáver del jefe de seguridad y encuentra las llaves que estaba buscando. Libera la mano que aún tenía bloqueada y acto seguido abre las esposas de su compañero.

—Te dije que no se había acabado —le dice.

—Tenías razón —contesta Luca Betti apoderándose de la otra pistola—. Veamos si tienen un teléfono, tenemos que avisar enseguida a Sandonato.

Tanzi encuentra un móvil en el bolsillo del calvo y se lo pasa a su colega, que marca el número del investigador. Contestador telefónico.

—Cristo —dice Luca—, quizá sea ya demasiado tarde.

Un estruendo repentino, seguido de un apagón inmediato, sobresalta a los dos hombres. La débil claridad de las lámparas de emergencia se difunde por el pasillo, al otro lado de la puerta. Tanzi y Betti se miran estupefactos. Luego, extremando la cautela, se asoman al pasillo empuñando las pistolas.

Cincuenta y cuatro

Diez horas antes, Laura Damiani está en Milán, sentada a una mesita de la terraza de un bar de la avenida Vittorio Emanuele. Mira alrededor con nerviosismo antes de verificar, por enésima vez, la hora en el Longines de oro que lleva en una muñeca. Es el complemento más femenino de su vestuario, un objeto que perteneció a su madre, quien falleció debido a un tumor en el pecho cuando ella aún era una niña. Cuando Laura cumplió dieciocho años su padre insistió en que lo llevara en recuerdo de la mujer. Luego, hace unos años, él también la dejó, y Laura pensó en deshacerse del minúsculo y viejo reloj, de aspecto sumamente anacrónico, metiéndolo en el cajón lleno de objetos que nunca usa. Sólo resistió dos días antes de arrebátárselo al olvido y volvérselo a poner en la muñeca. Al separarse del reloj de su madre le había parecido que estaba traicionando la voluntad de su padre, el hombre tranquilo y reflexivo al que ella había querido con todo su corazón, pese a que rara vez había logrado sintonizar con él.

Bajo los pórticos de la avenida que une la plaza San Babila a la plaza del Duomo, Laura ve acercarse a buen paso a la persona con la que ha quedado y se pone de pie para recibirla alargando la mano.

—Buenos días, comisaria —la saluda con cierta frialdad Flavia De Grandis, estrechándosela.

—Gracias por haber venido —contesta Laura—. Siéntese, por favor.

Flavia asiente con la cabeza y toma asiento delante de la policía al mismo tiempo que se quita las grandes gafas oscuras que le tapan buena parte del rostro.

—Supongo que mi invitación la habrá sorprendido —continúa Laura.

—Pues sí, no entiendo muy bien qué he venido a hacer aquí. Luca me dijo

que la habían trasladado a Milán, pero, según creo, ya no se ocupa de la desaparición de mi hija.

La conversación se interrumpe unos segundos para que un camarero ataviado con una chaqueta blanca anote lo que quieren: zumo de naranja para Laura Damiani y café para Flavia De Grandis.

—Así es —prosigue Laura apenas se aleja el hombre con el cuaderno—, me asignaron a la brigada Antivicio. En realidad he querido verla para saber cómo está. Me siento culpable de no haber podido salvar a su hija, el caso aún me quita el sueño.

—¿De verdad? Quién lo diría —replica Flavia—. Quiero decir... Ustedes, los policías, deberían estar acostumbrados a este tipo de cosas, dados los horrores que deben afrontar en su trabajo. Me cuesta creer que puedan mantenerse en contacto con los parientes de todos los desaparecidos.

—Uno nunca se acostumbra a ciertas cosas —explica Laura—, pero, en efecto, es cierto lo que dice, es imposible seguir en contacto con todos. La diferencia es que el caso de su hija fue el último que seguí en Roma. Después del hallazgo del cuerpo, las huellas de ADN en el colchón que debían convencernos de que era Giulia... Fue un jarro de agua fría para mí y, en cierta medida, me gustaría saber si está buscando la manera de sentirse en paz, de decirle adiós de manera definitiva al asunto o si, en lo más hondo de su corazón, cree que existe alguna posibilidad de que su hija siga con vida.

Flavia la mira con frialdad, en apariencia las palabras de Laura no parecen haberle causado ninguna emoción.

—Si mal no recuerdo fueron ustedes los que me dijeron que estaba muerta. Hicieron todo lo posible para convencerme de que era el cadáver de mi hija. ¿A qué viene esto ahora? ¿Me interrogan para asegurarse de que su lavado de cerebro ha funcionado?

—No, señora De Grandis, en absoluto. Le repito que no la he invitado a venir de forma oficial, de ser así no le habría pedido que nos viéramos aquí. Lo único que quiero saber es si, por casualidad, no ha hecho más averiguaciones. Quizá con la ayuda de Luca Betti...

—Dado que son ustedes colegas, ¿por qué no se lo pregunta directamente a él? Sea como sea, no creo que sea delito contratar a un detective privado, porque es de eso de lo que estamos hablando, ¿verdad? ¡Ha oído hablar de Sandonato y ahora teme que él pueda dejarla en ridículo descubriendo cosas que la policía ha pasado por alto!

—Pero ¿qué dice? No es eso, créame. Sabíamos lo de Sandonato —miente Laura—, pero tiene derecho a contratar a quien quiera, faltaría más. Lo he hecho por curiosidad personal y porque quería decirle que puede contar con mi ayuda, si la considera útil.

—¿Con su ayuda? ¿Para qué? —replica Flavia—. Sus colegas de Roma siguen investigando. Pese a que hace meses que no me han comunicado nada nuevo. Puede preguntarles a ellos si necesitan su ayuda. Puede que le digan que sí.

—Señora De Grandis, le aseguro que no era mi intención...

—Olvídalo —dice Flavia sacando un billete de diez euros del bolso y dejándolo sobre la mesa—, fueran cuales fueran sus intenciones sepa que no tengo nada que decirle. Si quiero seguir buscando a mi hija ni usted ni sus colegas pueden impedírmelo. Estoy segura de que esperan que esté muerta de verdad para no tener que reconocer su incompetencia. —Flavia se ha puesto de pie y ahora mira a Laura de arriba abajo.

Entretanto, el camarero llega con las bebidas y las deja en la mesa, mirando con perplejidad a la mujer que está de pie.

—No se lo tome así, se lo ruego. Siéntese, hablemos de ello. Le aseguro que...

—No, comisaria, lo siento. Creo que no tenemos nada que decirnos, al menos hasta que no descubra algo concreto. Y ahora debo marcharme, buenos días.

Laura observa a Flavia De Grandis mientras se aleja sin siquiera haber tocado su café.

Coge el zumo y lo bebe con parsimonia. Se siente satisfecha: ha descubierto el nombre del investigador que ha contratado Flavia y por su reacción ha comprendido también que las averiguaciones «oficiosas», han producido unos resultados más importantes que las oficiales.

Ahora sólo resta encontrar al detective privado que responde al nombre de Sandonato.

Giovanni Sandonato vive a las afueras de la ciudad, en una pequeña casa en los alrededores de Paderno Dugnano. Cuando sus compromisos de trabajo lo requieran va a Milán en un tren de cercanías que lo deja en la estación de la plaza Cadorna. Es un hombre muy rutinario y prefiere trabajar en casa, a menos

que su presencia en la minúscula oficina de su agencia sea estrictamente necesaria. Por lo general, sus días siguen unos ritmos repetitivos. Despertador a las seis, una hora de gimnasia, ducha, desayuno y paseo hasta el quiosco. Luego vuelve a casa y se dedica a leer los periódicos, cómodamente sentado en su sillón, antes de ponerse a trabajar.

Después de comer va al bar para beber un café. Nunca ha aprendido a hacerlo en la cafetera y no soporta las máquinas de cápsulas que últimamente están tan de moda.

Hoy, al volver a casa después de su visita cotidiana al bar, nota algo extraño. La puerta de la casa no está en la misma posición en que la dejó, en correspondencia con la marca apenas visible que hay en las baldosas de pórfido del sendero. Una precaución dictada por la experiencia. En su precedente vida como oficial de los carabineros arrestó a muchos criminales que podrían querer vengarse, sin importar el retraso, de la persona que los condenó a pasar buena parte de su vida en una angosta celda.

Sandonato recorre los diez pasos del sendero aparentemente ensimismado, a la vez que su mano derecha aferra en el bolsillo el mango del revólver de cañón recortado calibre 38.

Con las llaves que tiene en la izquierda abre la cerradura de la puerta blindada, preparado para reaccionar al eventual ataque de un intruso.

Nada. Parece que en casa no hay nadie. Sandonato deja las llaves en el mueblecito del recibidor y mira alrededor sacando la pistola. Una rápida vuelta de inspección confirma su primera impresión: la planta baja de la casa está desierta. Con los sentidos en alerta sube la escalera que lleva a la zona de noche, tres habitaciones y dos cuartos de baño, demasiado espacio para un hombre acostumbrado a la soledad como él. También el piso de arriba está libre. El viento no puede haber movido la puerta de la verja. Las bisagras son estrechas, se requiere cierta fuerza para abrirla. Puede que un vecino lo haya buscado, o quizá un perro callejero entró buscando comida. Ha visto varios en los últimos tiempos.

El viejo detective baja de nuevo la escalera empuñando la pistola. El amplio salón, pavimentado con tablas de nogal, está iluminado por las ventanas que dan al sur, al pequeño jardín del que Sandonato se ocupa con cierta regularidad. A la derecha, al lado de la puerta del estudio, está la pequeña puerta por la que se accede al garaje del semisótano. Por lo general la tiene cerrada, la llave colgada de la pared está en su sitio. No obstante, aferra el picaporte para comprobar si

está cerrada. Justo en ese momento la puerta se abre y lo golpea con fuerza, tirándolo al suelo, con las piernas en alto. Dos hombres entran en el salón como unas furias. El primero de ellos, un rubio con el pelo largo y unos treinta años, se abalanza sobre él y le inmoviliza la mano con la que empuña el revólver. El otro, un calvo de tez olivácea, se acerca enseguida para desarmarlo y, en la pequeña lucha subsiguiente, de la pistola de Sandonato parte un tiro que se clava en la pared, al lado de la escalera.

—¡Quieto, bastardo! —grita el hombre que se le ha echado encima—. ¡Quieto o te mato!

El otro tipo, el que lo ha desarmado, lo apunta con su pistola, plantado a un par de metros de él.

Giovanni Sandonato no puede competir con la fuerza del joven que lo mantiene bloqueado de espaldas al suelo. Es un energúmeno de casi un metro noventa de alto y noventa kilos, al menos veinte centímetros y veinte kilos más que él. En cualquier caso, la pistola lo hace desistir de cualquier posible reacción.

—Está bien —dice relajándose—, escuchad, no tengo gran cosa en casa, pero estoy dispuesto a daros todo. Un poco de dinero en efectivo, varios relojes... Coged lo que os parezca. El televisor, el estéreo. Yo estaré calladito. Es más, estoy dispuesto incluso a colaborar...

—Te gustaría que fuéramos dos ladrones normales, ¿verdad, viejo? —dice el rubio poniéndose de pie mientras el otro sigue apuntándolo—. Pero no es así. Esta vez el tiro te ha salido por la culata.

El hombre se inclina y aferra a Sandonato por la chaqueta, levantándolo y obligándolo a ponerse de pie.

—Ahora nos vas a decir todo lo que has descubierto sobre esa puta desaparecida, nos darás todos los documentos del caso y nos llevarás a conocer a tu amigo, el experto en ordenadores. En caso contrario te despellejaremos poco a poco, hasta que no te quede un centímetro cuadrado de piel en el cuerpo. Lo mismo que les sucederá a tus amigos, los dos policías. En este momento alguien se está ocupando de ellos y te aseguro que...

En ese preciso instante, una ventana del salón se rompe con un estruendo ensordecedor y una maceta grande de terracota rueda por el parqué esparciendo por todas partes tierra oscura y las hojas de un *Ficus benjamina*.

—¡Policía, suelten las armas o disparo! —grita una voz femenina.

Giovanni Sandonato no se lo piensa dos veces. Se apoya en las piernas

cambiando de posición, agarra los brazos del rubio, que sigue sujetándolo por la chaqueta, y gira bruscamente sobre sí mismo, haciéndolo caer con un perfecto *ogoshi*, en una clásica posición de cadera de yudo. A la vez suenan dos disparos, casi simultáneos. El tipo calvo recibe una bala en el entrecejo y se desploma dejando caer el revólver de Sandonato a un par de metros de distancia. Su compañero trata de extender un brazo para aferrarlo, pero el viejo investigador le asesta una fuerte patada en la cara, que lo detiene al instante.

Laura Damiani entra en la casa apuntando su Beretta de nueve milímetros hacia delante.

—¡Quieto! —grita—. ¡No te muevas y enséñame las manos!

—Eh, calma, calma —contesta Sandonato alzándolas—, ¡estamos en mi casa, soy la víctima!

Laura observa al rubio que yace en el suelo. Está inmóvil, con los ojos abiertos y el cuello doblado en una posición innatural. La patada de Sandonato debe de habérselo roto.

—Visto así no parece una víctima. ¿Es usted Giovanni Sandonato?

—El mismo que viste y calza. Y ahora, si no es molestia, ¿con quién tengo el placer de hablar?

—Laura Damiani, comisaria de policía. —La agente baja el arma y saca un móvil del bolsillo.

—Fue usted la que investigó sobre la desaparición de Giulia Tanzi en Roma, ¿verdad? ¿Tiene la bondad de decirme qué estaba haciendo en mi jardín y por qué ha roto el cristal de la ventana?

Laura permanece inmóvil unos segundos, mirándolo con incredulidad.

—¿La ventana? Supongo que está bromeando, hostia. ¿No ve que acabo de salvarle la vida?

—No lo niego, lo único que quiero saber es quién le dijo mi nombre.

—Flavia De Grandis, la persona que le contrató para que encontrara a su hija.

—Deje un momento el teléfono —dice Sandonato alzando una mano con la palma vuelta hacia Damiani—, y escúcheme cinco minutos.

—Ni hablar —responde la policía—, tengo que avisar enseguida a los de la central, un tiroteo con dos muertos no es algo que pueda esperar.

—Le advierto que está en juego la vida de dos personas. Espere cinco minutos, se lo ruego. —Laura observa titubeante los dos cadáveres que yacen en el suelo, después mira a Sandonato, que está inmóvil, con los brazos abiertos y

las palmas de las manos vueltas hacia ella.

—De acuerdo —accede, al final—, le concedo cinco minutos. Ni uno más.

Cincuenta y cinco

—**P**or si fuera poco, no hay manera de llamarlos al móvil. El mensaje con las coordenadas de la casa es de hace varias horas, y fue la última comunicación que recibimos de ellos. Por lo que dijo ese tipo hace poco, creo que Betti y Tanzi se han metido en una muy gorda y si perdemos tiempo con los procedimientos oficiales podríamos no llegar a tiempo de salvarlos. Siempre y cuando sigan aún vivos.

Giovanni Sandonato ha contado a Laura Damiani las últimas novedades sobre la investigación, del descubrimiento de la película en internet a la decisión de Tanzi y Betti de ir a Viterbo para interrogar a la vieja estrella del porno.

—Me parece una historia absurda —observa la mujer—, además, a ojo de buen cubero, diría que Betti ha violado al menos una docena de leyes y reglamentos. En cuanto se sepa es muy probable que pierda el puesto, o incluso que acabe en la cárcel.

—Sí, estoy de acuerdo con usted —contesta Sandonato—, pero en este momento su colega está arriesgando algo mucho más importante: está jugándose la vida. A estas alturas usted también está involucrada, comisaria, le ruego que me ayude a echarles una mano.

—¿Por qué demonios no quiere que avise a la policía? Podríamos irrumpir oficialmente en la casa en pocas horas...

—¡Vamos, comisaria! Sabe de sobra que las pruebas que se obtienen de forma ilegal no tienen validez judicial. Dado lo que le acabo de contar, como mucho lograría obtener permiso para hacer un registro con agentes uniformados. Y si, como resulta de la investigación, esos tipos tienen amigos importantes, alguien podría advertirles antes de que llegaran sus colegas. Si eso sucede Betti y

Tanzi no tendrán escapatoria, los encontraremos carbonizados y decapitados, como esa chica de Pomezia, la que quisieron hacer pasar por Giulia Tanzi.

Laura reflexiona sobre las palabras del viejo detective.

—Incluso suponiendo que tenga usted razón, cosa que dudo mucho, ¿puedo saber qué propone como alternativa?

—Una irrupción por sorpresa. Es la única manera de salvar a Betti y a Tanzi y de conseguir las pruebas que necesitamos para desenmascarar los negocios sucios de esa gente.

—¿Irrupción? ¿Y quién se supone que debe hacerla? ¿Usted y yo, por casualidad?

—Puedo llamar a varias personas —contesta Sandonato—, organizar un equipo. Claro que no disponemos de mucho tiempo, pero tengo algunos amigos que podrían ayudarnos y...

—No —lo interrumpe Laura—, no llamará a nadie.

—Comisaria —insiste Sandonato—, créame, se lo ruego, la única posibilidad de salvar...

—¿Dígame?

—Soy... soy Laura.

—Laura. No esperaba que me llamasen... Has cambiado de móvil. He intentado buscarte, pero...

—Escucha, te lo ruego, no te llamo para hablar de nosotros. Tengo entre manos una situación urgente y tú eres el único que puede ayudarme a resolverla. Está en juego la vida de dos personas, dos colegas. Y puede que la de muchas jóvenes.

—Te escucho.

—Se trata de una casa en la periferia de Tarquinia. Creo que dos policías... Bueno, en realidad uno de ellos es un expolicía... En fin, con toda probabilidad esos tipos están prisioneros, puede que incluso los estén torturando. Uno de ellos, el antiguo colega, es el padre de una joven que fue raptada, un caso que seguí en Roma antes de que me trasladaran. Por lo visto detrás hay una especie de red de trata de blancas y esa casa debe de ser el cuartel general de la organización que explota a esas chicas obligándolas a prostituirse y a rodar películas pornográficas ilegales, que luego se venden en la Red...

—¿Tienes alguna prueba? —pregunta el hombre al otro lado de la línea.

—Nada concreto. No obstante, está relacionado con mi investigación. Además tengo la palabra de una persona que me parece fiable, un detective privado que en su día fue oficial de los carabineros de la sección Operativa...

—¿Cómo se llama?

—Giovanni Sandonato.

—Lo conozco. Es de fiar. Además, me basta con que tú estés convencida.

—Escucha... No sé si estoy realmente convencida, lo único que sé es que no quiero tener sobre la conciencia la vida de esos dos hombres. Ayúdame a irrumpir en esa casa. Si tenemos razón la pelota pasa a tu campo, tú te encargarás de hacerla oficial, con los correspondientes arrestos y todo lo demás. Nosotros desapareceremos, puedes justificar la irrupción diciendo que un informador te ha pasado un soplo. Dada tu posición en la sección Operativa puedes permitirte.

—¿Y si no encontramos nada?

—En ese caso desapareceréis tú y los tuyos y yo asumiré la responsabilidad de todo.

—Una cosa así puede costarte la carrera.

—Lo sé, pero decido yo.

Permanecen unos segundos en silencio. Él lo rompe al final.

—De acuerdo. Actuaremos esta noche, tú, yo y dos de los míos. Mándame las coordenadas del sitio y ponte enseguida en camino, te llamaré en un par de horas a este número para hablar de los detalles de la operación.

—De acuerdo. Oye, yo...

—No digas nada. Ahora no. Yo me ocuparé de tu equipo. Hasta luego.

La comunicación se interrumpe y Laura Damiani permanece con el móvil pegado a la oreja y los ojos cerrados.

—¿Entonces? —pregunta Sandonato.

—Ha aceptado. Saldré enseguida para Tarquinia, me llamará durante el viaje para los detalles.

—Iré con usted.

—No, de eso nada.

—Ahorre saliva, comisaria. Llevé a cabo operaciones de este tipo cuando usted aún jugaba con las Barbies, no los molestaré.

—Él... Ha dicho que lo conoce y que es usted de fiar.

—Yo también lo conozco, de oídas. Sé que es el mejor elemento de los carabineros, una leyenda viva. Según parece sus hombres lo seguirían al

infierno. En cambio, ¿puedo preguntarle cómo lo conoció usted?

Laura baja la mirada antes de contestar.

—Colaboramos en una investigación hace un par de años. Luego tuvimos una relación... era mi hombre. Pero todo se ha acabado.

—Lo siento —dice Sandonato—, en cualquier caso, diría que es la persona más adecuada para una empresa desesperada como la nuestra. Si alguien puede conseguirlo es él. Es eficiente y despiadado. Duro como una piedra.

Cincuenta y seis

Fuera de la celda, el pasillo está desierto. Tanzi y Betti lo recorren lentamente, empuñando las armas, listos para disparar. Prefieren morir a seguir representando el papel pasivo de prisioneros.

A lo lejos se oyen los sonidos ahogados de unas armas automáticas, gritos, ruido de cristales rotos.

—¿Qué demonios está sucediendo? —pregunta Betti—. Me parece que están atacando la casa.

—Sí —dice Tanzi—, tienes razón. Debemos abrir bien los ojos hasta que no estemos seguros de quiénes son los buenos. Suponiendo que haya alguien bueno. En caso de duda dispararemos a todo lo que se mueva.

Al final de la galería hay una rampa de escaleras.

—Este sitio tiene varios niveles subterráneos —observa Luca subiendo los peldaños—. Es una auténtica casa de los horrores.

La rampa lleva al semisótano donde se encuentra el archivo en el que entraron hace muchas horas, directamente desde el jardín. Al otro lado de las ventanas el cielo está de nuevo oscuro. Así pues, su encierro ha durado más o menos veinticuatro horas.

Movido por un reflejo, Luca mete una mano en el bolsillo externo de los pantalones. Los folios que sacó de la carpeta antes de la llegada de Salani y sus esbirros parecen seguir ahí. El policía se muere de curiosidad por saber de qué se trata, pero no quiere distraerse justo en ese momento.

De repente, en el local iluminado por las luces de emergencia se materializa una figura vestida de negro de pies a cabeza. Pasamontañas, uniforme de combate de los Gis, el grupo de intervención especial, y chaleco antibalas de

Kevlar. Abraza una ametralladora compacta MP5 que apunta al tórax de Marco Tanzi.

Con un ademán fulminante, poco menos que sincronizado, los dos excolegas lo apuntan con sus pistolas.

—¡No! —grita una voz a sus espaldas—. ¡Quietos!

Es una voz familiar, pero a los dos hombres les cuesta reconocerla, porque pertenece a alguien que debería estar al otro lado.

Tanzi se queda inmóvil, empuñando la semiautomática con las dos manos y con la cabeza del hombre de negro en el centro de la mirilla. Betti gira sobre sí mismo y se queda cara a cara con el que ha hablado. El hombre luce también el uniforme de los grupos de intervención especial de los carabineros, pero su estatura no corresponde a la de los agentes de ese cuerpo.

—¡Soy yo! —exclama apuntando al suelo la ametralladora y quitándose el pasamontañas—. ¡Soy Sandonato!

—¡Caramba! —dice Luca a la vez que baja la pistola y sacude la cabeza, incrédulo. Tanzi se queda parado, con los ojos clavados en el hombre vestido de negro. Unos ojos oscuros, magnéticos. Unos ojos sin miedo.

—¡Tanzi! —grita Sandonato—. Baja la pistola, es uno de los nuestros.

Poco a poco, el expolicía obedece. También el otro baja el arma.

—¿Puede explicarme qué coño está sucediendo? —pregunta Betti al viejo investigador—. ¿Qué hace aquí? ¿Quién es ése?

—Es un amigo —explica Sandonato—, ha venido con dos de sus hombres. Nos ayudarán a eliminar a esta gente de mierda y sus negocios de una vez por todas.

—¿Tienes un nombre? —pregunta Luca al hombre que lleva el pasamontaña.

—Puedes llamarme capitán —responde él. Es tan corpulento como Marco Tanzi. Hombros anchos y voz grave.

—¡Mi hija está aquí dentro! —dice Tanzi con rabia—. La tienen prisionera. ¡Debemos encontrarla enseguida!

—Hemos venido justo para eso —responde el capitán—. Piense usted en las explicaciones, coronel —dice dirigiéndose a Sandonato—, yo voy a rematar el trabajo. —Dicho esto, con la misma velocidad con la que ha aparecido, el hombre parece volatizarse.

—Cristo —exclama Betti—, ¿se puede saber qué demonios sucede?

—Ya se lo he dicho —contesta Sandonato—, son amigos. Amigos de una persona que ha venido a ayudarnos.

—¿Una persona? ¿Qué persona? ¿De quién estás hablando?

—De mí —contesta Laura Damiani haciendo su aparición a espaldas de Sandonato. Viste también el mono negro de los Gis y abraza un fusil automático de cañón recortado.

—Voy arriba con ellos —anuncia Marco Tanzi—. ¡Mataré a los hijos de puta que raptaron a Giulia!

—Adelante —dice Laura Damiani—, siempre y cuando haya quedado alguno vivo.

Marco Tanzi sube la escalinata apuntando la pistola hacia delante, listo para disparar. Luca Betti lo sigue, tratando de ver más allá del cuerpo robusto de su excolega para comprender qué les espera.

Al llegar al piso se encuentran delante tres hombres vestidos con el uniforme táctico y con la cara tapada por unos pasamontañas. Tras alguna que otra mirada de perplejidad, el que responde al nombre de Capitán realiza rápidamente las presentaciones.

—Ellos son Tanzi y Betti. Éstos son mis hombres, podéis llamarlos subteniente y sargento. —A continuación se dirige al que ha señalado como subteniente—: ¿Cómo va la situación?

—Cuatro eliminados. Suponemos que hay seis más. Se han atrincherado detrás de esa puerta, en una especie de habitación del pánico.

—Deben de tener ahí a las chicas —exclama el otro, el sargento.

—En ese caso no podemos correr el riesgo de entrar por la fuerza —observa el capitán—. ¿Alguna idea?

—Los podríamos obligar a salir con el gas...

—Excluido. Nos arriesgamos a que les dé tiempo de vengarse con los rehenes.

El jefe del equipo se acerca a la puerta. A primera vista parece una puertecita normal de un apartamento, pero Luca está seguro de que detrás del panel de madera hay un blindado capaz de resistir a un tanque. El cilindro de la cerradura es antirrobo con código mecatrónico, una barrera difícil de superar. El oficial aferra el auricular del videocitófono que hay al lado de la puerta.

—Tengo una propuesta que haceros. Si os rendís enseguida y liberáis a todas las chicas os perdonaré la vida. En caso contrario moriréis como vuestros socios.

Nadie responde.

—Tenéis sesenta segundos para decidir —insiste el hombre de negro—. Después irrumpiremos y ya sabéis lo que eso significa.

El capitán hace algunos ademanes con la mano a los suyos para que se coloquen en dos puntos precisos de la gran sala. También Tanzi, Betti y Sandonato, que entretanto se han incorporado al grupo, siguen sus indicaciones.

Una voz metálica quiebra el silencio irreal que se ha instalado en la casa. Procede del videocitófono.

—¿Qué garantías puedes darme?

La respuesta no se hace esperar.

—La única garantía es que si no os rendís de inmediato pagaréis las consecuencias. Abrid la puerta y arrojad las armas fuera antes de salir con las manos en la cabeza.

Al cabo de unos segundos un chasquido metálico indica que la puerta se ha abierto. Por una rendija de unos treinta centímetros son lanzadas al suelo dos pistolas y cuatro ametralladoras Uzi, a la vez que los seis hombres y Laura Damiani siguen apuntando a la puerta.

—Bien —exclama el capitán—, ahora empezad a salir. Poco a poco.

Uno tras otro, los seis encargados de seguridad que han sobrevivido salen del refugio con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Los hombres del capitán los obligan a arrodillarse sin dejar de apuntarlos con sus armas. A continuación es el turno de Renzo Salani.

—Canallas, miserables... —grita el hombre a sus guardias—, ¡con lo que os pago deberías haber dado la vida en lugar de rendiros!

Los gorilas miran al suelo, ninguno se atreve a responder. Han comprendido enseguida que no pueden combatir contra los hombres vestidos de negro. Si reaccionan correrán la misma suerte que sus colegas, que yacen en el suelo de espaldas, en un charco de sangre.

—¡Hijo de la gran puta! —grita Tanzi abalanzándose sobre el propietario de la casa. Le agarra el cuello con una mano y lo golpea violentamente contra la pared—. ¿Dónde está mi hija?

—Está... está ahí —responde el hombre aterrorizado, señalando la puerta acorazada por la que acaba de salir— con las demás.

Tanzi suelta a Salani y entra en la habitación, seguido por el capitán, mientras los hombres de éste vigilan a los prisioneros.

El refugio es un auténtico apartamento. Cuenta con seis habitaciones y en cada una de ellas hay una cama en la que yace una chica en ropa interior, con las

muñecas y los tobillos atados con unas correas fijadas al armazón. Marco Tanzi reconoce a su hija, se acerca a su cama y la desata.

Giulia tiene los ojos entornados y está visiblemente aturdida. Marco la zarandea para sacarla de su torpor.

—Giulia, Giulia, ¿me oyes? Soy yo, soy...

—No puede oírte —trata de calmarlo Laura Damiani apoyándole una mano en el hombro—, está drogada. Tenemos que llevarlas al hospital. Hay cinco más, debemos darnos prisa.

—Sí, sí. Tienes razón. —Marco Tanzi envuelve a la joven en la sábana y la coge en brazos.

Cincuenta y siete

Renzo Salani se encuentra en el exterior de la casa, en la explanada, arrodillado en el suelo y con las manos atadas a la espalda. Uno de los hombres del capitán, esa especie de gigante que se hace llamar sargento y que va armado con un fusil automático MP4, está plantado a su espalda y no lo pierde de vista.

Las seis jóvenes han sido tapadas y puestas a salvo en una furgoneta con las ventanillas ahumadas. Tanzi en persona llevó allí a su hija. Al igual que sus compañeras, Giulia no ha recuperado del todo el conocimiento.

—Tenemos que ir al hospital —dice Sandonato—, enseguida. Algunas chicas tienen heridas graves y están fuertemente drogadas.

—Nosotros nos encargaremos de eso —replica el capitán— y también de los prisioneros. Ahora debéis quedaros al margen, tenéis que desaparecer de aquí lo antes posible.

—¿Y Salani? —pregunta Luca Betti—. ¿Y si contase cómo sucedieron realmente las cosas? Podría pactar una reducción de la pena...

El capitán no delata ninguna emoción. El hecho de haber estado a punto de perder la vida y de haber dejado en el suelo varios cadáveres no parece turbarlo demasiado.

—Esta decisión os corresponde a vosotros —dice en tono neutral.

—Quiero interrogarlo —afirma Luca.

—Como quiera —responde el hombre de negro—, pero apresúrese a tomar una decisión. El tiempo apremia. Dentro de diez minutos, como mucho, todo deberá haber concluido de una forma u otra.

Luca Betti levanta a Renzo Salani por un brazo, lo arrastra una decena de

metros de distancia y lo obliga a sentarse en un banco de piedra.

—Escúchame bien, pedazo de mierda, tengo que hacerte unas preguntas, y será mejor que respondas como corresponde o acabarás como tus amigos.

Salani sonrío con aire desdeñoso.

—Quieres hacerte el duro, pero lo no eres. Los que van vestidos de negro son los auténticos duros. Ésos disparaban a matar, lo comprendí enseguida. Y daban siempre en el blanco.

—No digas gilipolleces y escucha. Quiero los nombres de los compradores. De todos. Y además debes decirme de dónde sacabais a las chicas, qué criterio seguíaís para identificarlas.

—Eres realmente ridículo. Crees que puedes hacer algo para cambiar el mundo. Si te diera esos nombres, suponiendo que los tenga, y no es así, no cambiaría nada. Incluso en el caso de que pudiera llegar a esas personas, sólo se las podría acusar de haber comprado en la Red material pornográfico no autorizado. Nunca podrías probar que sabían que los vídeos eran reales. Con un buen abogado no pasarían ni un día en la cárcel. Tranquilízate, madero, la guerra contra la bestialidad humana está perdida de antemano.

—Gilipolleces —dice Betti—, esta guerra la hemos ganado nosotros. Dentro de poco tu casa de los horrores será sólo un recuerdo.

—Sí, claro, repítelo cuanto quieras. Puede que un día te convenzas de que es verdad. Pero, entretanto, prepárate para perder el trabajo y acabar en la cárcel en compañía del drogata de tu amigo...

—El cadáver, el que llevaba la ropa de Giulia Tanzi. ¡Quiero saber quién era!

—¿Y yo qué sé? —contesta Salani haciendo una mueca—. Un residuo de producción, una de las innumerables putas que hacen la calle para nosotros, una que estaba tan mal que ni siquiera era ya capaz de ganarse el sustento. Quizá una extracomunitaria que antes de entrar en el mundillo fue maltratada por su padre o por sus hermanos. Mira el lado positivo: gracias a nosotros, al menos dejó de sufrir.

—¡Miserable de mierda! Yo te...

—Luca...

Betti se vuelve. Es Marco Tanzi. Empuña la pistola de uno de los guardias.

—Es hora de que nos vayamos. Ese tipo, el capitán... dice que ya no queda más tiempo. Tú ve delante, yo te seguiré en unos minutos.

Betti observa la pistola. Luego alza la mirada hacia su excolega.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? Los amigos de Damiani se ocuparán de eso. Giulia está sana y salva, la historia ha terminado... no hace falta que te ensucies las manos, Marco, piénsatelo.

—¿Ensuciarme las manos? Luca, hace mucho que mis manos están sucias. Además, ya te lo he dicho, no siempre es necesario que haya un motivo. Ciertas cosas hay que hacerlas sin más.

Cincuenta y ocho

Tanzi y Betti están exhaustos. Viajan sentados en el asiento posterior del Range Rover de Sandonato, que conduce a una velocidad constante por la autopista del Sol, en dirección a Milán.

Marco quería que Giulia los acompañase, pero al final convino con Luca y con el detective privado que podía ser peligroso. Deben procurar no exponerse, esperando que ninguno de sus colegas milaneses se empeñe en sumar dos más dos.

Devolvieron el coche de alquiler en una agencia de Viterbo y prosiguieron con Sandonato por la nacional 575, en dirección a Orte, donde enfilaron la A1.

Laura Damiani alquiló un coche en la misma agencia y viajó a Roma. Regresará a Milán mañana, por su cuenta. Oficialmente está disfrutando de dos días de vacaciones, de manera que nadie debería preguntar por el motivo de su ausencia.

A pesar del cansancio extremo, los dos hombres no logran conciliar el sueño. En sus oídos siguen retumbando los disparos de la irrupción nocturna.

Marco piensa en la joven semiinconsciente, llena de cortes y marcas de latigazos. Violada y maltratada. Sólo ahora se da cuenta de que es su hija, la misma niña que vio nacer, que tuvo en brazos, con la que jugó y se rio todos los domingos, no muchos, a decir verdad, que pasó con ella. Recuerda las vacaciones, los paseos en el parque, la compra en el supermercado. Y tiene la impresión de que retrocede en el tiempo, de que se transforma en otra persona, de que entra en la cabeza y en el cuerpo de un hombre que existió hace tiempo, pero que ahora ya no existe.

La pena y el dolor que ha padecido por su hija estallan en ese momento,

como una carga de explosivo plástico. Los efectos de esta deflagración sólo quedan en parte atenuados por la conciencia de haberla salvado y de haberle restituido un futuro. Marco tiembla y agradece al dios en el que no cree que le haya dado fuerzas para mantener arrinconadas estas sensaciones, para liberarlas sólo ahora. De no haber sido así, jamás habría encontrado la determinación necesaria para hacer todo lo que había que hacer.

Luca piensa en el hombre de las películas, el sádico violador que hirió a Giulia. Puede que fuera uno de los vigilantes que murió a manos del comando de los hombres de negro, puede que no. Mientras trata de ponerse cómodo en el asiento, recuerda de improviso los folios doblados que tiene en el bolsillo de los pantalones, los que cogió del *dossier* que había en el sótano de la casa. Coge las hojas arrugadas y las desdobra: son fotos de una joven morena, con el pelo rizado. Hay dos instantáneas: un primer plano en que la chica aparece sonriendo y otro de cuerpo entero, en bikini. Junto a las imágenes hay también una ficha, la chica se llama Katrina. Con toda probabilidad el nombre es falso, igual que el de Justine. En el folio se indican el peso, la altura, las medidas de las caderas, la cintura y el pecho. Esos animales las fichaban como si fueran objetos.

De repente, Luca tiene un *déjà-vu*. Coge la imagen de la chica en bikini y la examina con atención unos segundos. Al fondo se ve una playa caribeña.

—¡Cristo! —grita sobresaltando a Marco y al investigador—. Emboque la primera salida, Sandonato. ¡Regresamos!

—¿Qué? ¿Está bromeando? Cuando difundan la noticia de la masacre debemos estar lo más lejos posible de Tarquinia, ¡en caso contrario arriesgamos el culo! Por no hablar de los dos cadáveres que tengo en el congelador y que hay que hacer desaparecer... ¡Ni que estuviéramos en una película de Tarantino!

—¡No me interesa Tarquinia, tenemos que ir a Roma!

—¿Roma? —pregunta Sandonato exasperado—. ¿Para qué?

—Para coger a los miserables que procuraban las chicas a esos asesinos.

Cincuenta y nueve

La agencia de moda Fashion Lifestyle se encuentra en la calle de Vigna Stelluti, una travesía de la avenida de Francia, en Roma. La calle sube en dirección a la Cassia y atraviesa una zona residencial llena de tiendas, mercadillos y otras actividades comerciales. Aparcar en ella es poco menos que imposible, en parte porque cerca hay también una clínica privada muy frecuentada por los romanos.

A última hora de la mañana Sandonato para el Range Rover en doble fila, delante de un edificio con los balcones protegidos por unos extraños parapetos de cristal de colores.

—Debería ser aquí —dice Luca Betti—, al menos según lo que me ha dicho Flavia.

La llamada a la madre de Giulia Tanzi ha sido breve. Luca no pudo contarle que la chica había sido liberada. Existe la posibilidad, por remota que sea, de que la policía haya pinchado el teléfono de la mujer, y él podría meterse en un lío por tener información que aún no es del dominio público. Así pues, se limitó a pedir a Flavia que buscara en el álbum del *book* fotográfico de Giulia la dirección de la agencia que lo había realizado.

El fondo de la imagen en bikini de la joven, la que sustrajo del archivo de la casa, es el mismo que había visto en una foto de Giulia: una playa caribeña con un velero a lo lejos.

No fue fácil esquivar la ráfaga de preguntas que la exmujer de Marco Tanzi le dirigió, pero Luca logró frenarla prometiéndole que le explicaría todo cuando se vieran próximamente en Milán.

—¿Qué hacemos? —pregunta Sandonato.

—Iremos nosotros —contesta Marco Tanzi—, usted se quedará aquí vigilando. Si nota algún movimiento extraño, gente sospechosa entrando en el edificio, nos llama al móvil.

Luca y él se cambiaron en el coche y se pusieron la ropa que habían recuperado en el coche alquilado que luego devolvieron en Viterbo. El policía viste un par de vaqueros y un polo Lacoste negro, su excolega un chándal deportivo y unas zapatillas de gimnasia. Las huellas de los golpes sufridos y del cansancio quedan parcialmente ocultas por las gafas negras que compraron en la estación de servicio de la circunvalación.

—Procurad no organizar ningún lío —los advierte Sandonato—, a esta hora la casa debe de estar llena de policías, magistrados, periodistas... Será un milagro que no nos metan en chirona apenas pongamos un pie en Milán. Tenemos que pasar desapercibidos.

—De acuerdo —asiente Luca abriendo la puerta—. Pasaremos desapercibidos, cuente con ello.

—¡Ah, y daos prisa! Acordaos de los huéspedes que tengo en el congelador, ¡necesito que me ayudéis a deshacerme de ellos!

Nadie responde al timbre de la agencia. Luca Betti y Marco Tanzi fingen que charlan a la entrada y, aprovechando que una anciana sale con el carrito de la compra, le sujetan la puerta y entran en el portal.

En una de las tres puertas del cuarto piso hay una placa con el nombre de la agencia. Luca llama al timbre y golpea la puerta. No hay respuesta. El policía mira alrededor, examina la cerradura. No hay nada que hacer, la puerta blindada tiene un cilindro de seguridad. No conseguiría abrirla ni con una buena ganzúa.

Se vuelve hacia Marco y ve que ya no está a su lado. La ventana de la escalera está abierta, y su compañero en la cornisa.

—Pero, Cristo, ¿te has vuelto loco? —dice Luca asomándose por el alféizar para comprobar si algún vecino ha notado la maniobra de su excolega.

Marco Tanzi se sostiene con un pie y da un fuerte codazo al cristal, que se rompe. Sin demasiada cautela mete una mano y abre la ventana del apartamento de al lado para entrar en él.

A Luca le parece ver que una cortina se cierra en el piso de arriba. Marco, entretanto, le abre la puerta: tiene una mano manchada de sangre, debe de haberse cortado con el cristal de la ventana.

—¡Te han visto! —le dice Luca preocupado—. ¡Tenemos que marcharnos, enseguida!

Marco no responde y empieza a mirar alrededor. Dos habitaciones dan a la sala de espera, además de un pasillo, donde hay más puertas cerradas. Una de las dos habitaciones es una oficina amueblada con un par de escritorios, ordenadores y un armario metálico. La otra es una sala transformada en una especie de set fotográfico, con el fondo blanco, luces y aparatos montados en caballetes.

Apoyados en la pared, Luca ve una serie de paneles ilustrados con varios tipos de imágenes. Se acerca para observarlos mejor: una vista de las pirámides, un prado florido, y una playa de arena blanca con el mar cristalino y un velero en el horizonte. Es la imagen que aparecía en la foto de Giulia y en la de la otra chica.

—Echaré un vistazo en las otras habitaciones —dice Marco Tanzi. Pero antes de que pueda moverse, una figura enorme se recorta en la puerta impidiéndole salir.

—¡Arriba las manos!

Los dos se vuelven a la vez. El hombre que los amenaza apuntándolos con un revólver tiene la misma estatura que Tanzi, pero debe de pesar, al menos, diez kilos más, todos concentrados en la barriga. Va vestido con un traje de chaqueta gris y una camisa blanca, sin corbata. Tiene el pelo ralo y rubio, peinado hacia atrás, y los ojos claros. Unos ojos que Luca reconoce de inmediato. Son los del encapuchado que empuñaba el látigo. El que aparecía en el vídeo de Giulia Tanzi.

—¡Violación de domicilio con intención de robo! ¡Puedo mataros a los dos sin pasar un día en la cárcel!

—La policía está al caer —dice Luca alzando las manos—. Alguien nos ha visto entrar, así que no te conviene hacer gilipolleces. Sólo hemos venido para hacer unas preguntas.

—Que venga la policía si quiere, así no tendré que llamarla yo.

—Ya sabes lo que pasó en la casa. No estamos solos: si nos ocurre algo nuestros amigos caerán sobre ti y te despedazarán. Con nosotros no tienes ninguna posibilidad de salir con vida. A la cárcel, pero vivo. Piénsatelo.

—¡Ya me lo he pensado, cabrón! Acabo de borrar todos los documentos y de destrozar el archivo de papel, estoy tan limpio como un recién nacido. Vosotros dos, en cambio, daros ya por muertos. Ah, por cierto —añade volviéndose hacia Marco Tanzi—, me gustó mucho tirarme a tu hija.

En ese instante Luca Betti agarra un caballete con una cámara fotográfica fijada en la punta y se lo arroja. El hombre lo esquiva y le dispara dos veces. Uno de los proyectiles alcanza al policía, que cae al suelo llevándose una mano al hombro ensangrentado.

El hombre se vuelve entonces hacia Marco para dispararle también, pero éste se abalanza antes sobre él y le sujeta con una mano la muñeca del revólver. Entretanto, Luca está fuera de combate. Trata de frenar la hemorragia presionando continuamente la herida.

Marco lucha con furia. Recibe un rodillazo en el estómago que casi lo hace soltar su presa. Su adversario tiene una fuerza increíble, pero Marco no lo suelta, en lugar de eso aprieta los dientes y pasa al contrataque. Gracias a su robustez logra tirarlo a la alfombra, pero el otro no se da por vencido. Rueda hacia un lado y se levanta, en el ímpetu, sin embargo, pierde el revólver. Intenta inclinarse para cogerlo, pero Marco es más rápido y le da una patada en plena cara. El golpe es violento, tanto que lanza al rubio contra la pared. Marco se acerca a él, le asesta unos ganchos más y concluye con un directo en plena cara. El hombre escupe dos dientes y cae al suelo inconsciente.

El expolicía se quita la chaqueta del chándal y se acerca a Luca.

—¿Es grave?

—No. La bala ha salido, pero me muero de dolor.

—Ten, aprieta la herida con ésta. Un segundo más y te sacaré de aquí.

Marco Tanzi se acerca a una ventana que da a la calle principal y la abre. Luego se echa a los hombros el cuerpo de su adversario, lo transporta hasta la ventana y se para un momento para zarandearlo, hasta que el tipo recupera el conocimiento. El hombre tiene la cara alterada por el dolor. Abre los ojos sin comprender dónde está.

—Este viajecito —explica Tanzi— te lo ofrece mi hija, pedazo de mierda, con un afectuoso saludo. —A continuación se inclina hacia delante con brusquedad y suelta el cuerpo, que cae desde el cuarto piso. Tras un vuelo de unos segundos, acompañado de un alarido de terror, el hombre se estrella contra la acera en medio de los gritos de los transeúntes.

Sandonato se apea del coche que sigue aparcado en doble fila y se une a un pequeño grupo de curiosos para comprobar la identidad del muerto. Por suerte no es ninguno de sus dos socios. En el caos general mira alrededor, sin saber

muy bien qué hacer. Se acerca al edificio con intención de entrar en él, pero en ese momento ve que Marco Tanzi sale del portal sujetando a Luca Betti. El policía tiene la cara pálida y un brazo pegado al cuerpo. Los dos se alejan en dirección opuesta al lugar donde ha aparcado Sandonato y, tras avanzar unos metros, desaparecen en una travesía. Con parsimonia, el anciano investigador vuelve a su Range Rover y arranca. Recorre unos metros y aprovecha una rotonda para invertir la marcha sin llamar la atención. A continuación emboca la calle en la que han desaparecido los dos hombres. A lo lejos se oye el eco de las sirenas de los coches patrulla, que se precipitan al lugar del accidente.

Betti y Tanzi están parados en una esquina, esperando a que él los recoja.

—¿Es grave? —pregunta Sandonato al mismo tiempo que Betti se acomoda, como puede, en el asiento trasero.

—No —contesta Betti—, alejémonos de aquí y busquemos una farmacia. Marco me desinfectará la herida y me la vendará.

—¿Está seguro? No...

—Tranquilo, puedo hacerlo. Sáquenlos de aquí.

—¡De acuerdo! —dice Sandonato, quien se adentra en un intrincado laberinto de callejones laterales antes de volver a enfilarse la avenida Francia—. Ah, en cualquier caso, felicidades. A los dos. Era justo lo que quería decir cuando os pedí que no llamarais la atención. Por lo visto no bastaba la mierda en la que nos habíamos metido antes, era necesario cargar con otro bonito homicidio.

—Mire el lado positivo —tercia Tanzi—, ese tipo no volverá a violar a nadie.

—¿Era él? ¿El tipo del vídeo?

—Sí.

Sandonato no replica. Pese a que ha visto muchas cosas a lo largo de su carrera, la imagen de las jóvenes drogadas y explotadas aún lo turba.

Luca mira por la ventanilla, a la vez que sigue apretándose la herida con la chaqueta del chándal de Marco. Le gustaría sentirse satisfecho, alegrarse de que se haya hecho justicia, pero no puede. Sólo logra sentir una tristeza infinita y teme que ésta lo acompañe el resto de sus días.

Sesenta

El ascensor de la clínica privada es distinto de los claustrofóbicos de los hospitales públicos. Nada de rayas hechas con llaves en las paredes de chapa opaca, nada de dibujos obscenos ni de números de móvil que prometen fogosos encuentros sexuales. Un sobrio revestimiento de paneles de madera brillante y un espejo inmaculado en el que Marco Tanzi se observa perplejo, tratando de arreglarse el nudo de la corbata.

Hacía muchos años que no se ponía una, desde la época del proceso. Ésta se la ha prestado Luca, después de haber insistido mucho en que siguiera sus consejos sobre la ropa que debía lucir en esa ocasión. La elección final fue un par de vaqueros, una camisa blanca con corbata de color burdeos y una chaqueta azul oscuro. A Marco le ha vuelto a crecer un poco el pelo, así que se ha peinado con raya al lado. El hombre que refleja el espejo es un desconocido que no se parece en nada al Marco Tanzi de los últimos diez años. Puede que ni siquiera al policía y padre de familia que fue en otra vida.

—¿Quieres tranquilizarte? —le dice Luca aferrándole un brazo—. ¡Ya verás como todo va bien!

—No lo sé. Quizá no debería haber venido. Quizá sea mejor que me vaya, dejarlo para otro momento...

—¡Ni se te ocurra! Esta vez iremos hasta el final. ¡Y sujeta bien esas flores, a menos que quieras que parezca que las has robado en un cementerio!

A lo largo del pasillo de la lujosa sección hay varios saloncitos destinados a los parientes de los enfermos. Marco y Luca ven a las dos mujeres a lo lejos y a los dos les da un vuelco el corazón, aunque por diferentes motivos.

Flavia De Grandis está hablando con Elisa, la mujer de Luca. «Exmujer»,

dado que la semana pasada firmaron un acuerdo de separación en presencia de sus respectivos abogados y no tardarán en ser convocados por el juez para oficializar el final de su matrimonio.

Las mujeres se dan la mano, parecen conmovidas. Es como si se estuvieran reconciliando para dejar atrás todas las cosas malas del pasado, para perdonarse la una a la otra, con la esperanza de que un nuevo inicio serene a las dos.

En la confianza que, en apariencia, han recuperado, Luca advierte la especial forma de solidaridad que emerge en los momentos más difíciles de la vida y que tiene el poder de regenerar el alma de todas las maldades sufridas o de los errores cometidos. Es una especie de borrón y cuenta nueva, una prerrogativa del todo femenina que para los hombres, relegados al papel de elementos destructores, sigue siendo un misterio. Y Luca comprende que a partir de ese momento ya no habrá sitio ni para él ni para Marco en las vidas de Elisa y de Flavia.

Al verlos llegar con paso vacilante por el pasillo las dos mujeres se levantan. Flavia les sale al encuentro. Tiende la mano a Luca y se la estrecha.

—Me alegro de verte.

Después se vuelve hacia su exmarido. Da la impresión de que se ha preparado mucho para el encuentro, parece que esté recitando un papel escrito por otros, que ha ensayado varias veces.

—Hola, Marco —le dice sin darle la mano—, quería decirte que te agradezco mucho todo lo que has hecho. Luca y Sandonato me lo han contado. De no haber sido por ti, Giulia ahora no estaría aquí. Nunca lo olvidaré.

Marco la mira y comprende que tiene delante a una perfecta desconocida. Esas palabras confirman, aún más si cabe, su definitiva exclusión de la vida de la mujer a la que, hace tiempo, quiso tanto.

—De nada —dice. «También es hija mía», le gustaría añadir, pero se abstiene de hacerlo. No está seguro de tener derecho a decirlo después de haber estado ausente de la vida de Giulia más de diez años.

Elisa, que, entretanto, ha permanecido a un lado, saluda fríamente a los dos. La atmósfera es tensa, ninguno sabe qué decir y a todos les gustaría evitar la forzada formalidad del encuentro. De repente se abre una puerta y Sara Betti sale al pasillo, salvándolos del apuro.

—¡Papá! —exclama la joven saltando al cuello de Luca, que la abraza y, por un momento, se reconcilia con la vida.

—¡Marco!

Sara se separa de su padre y abraza también a Tanzi, quien, un tanto turbado, la besa en las mejillas.

—Hola, Sara. Qué mayor estás. Y qué guapa...

—¡Gracias! Creo que ahí dentro te está esperando alguien...

Marco Tanzi se vuelve hacia Flavia, que asiente con aire impasible. Luca le da una palmada en el hombro para animarlo.

—Tómate todo el tiempo que quieras. Te espero aquí.

Todos lo siguen con la mirada mientras entra en la habitación, hasta que la puerta se cierra a sus espaldas.

—Bueno —dice Elisa—, nosotras nos vamos, Flavia, se ha hecho tarde.

—Sí, claro. Gracias por todo, Elisa. Y recuerda que me has hecho una promesa.

—No te preocupes, te llamaré entre semana. Gracias a ti.

Las dos mujeres se abrazan. También Sara se despide besando de nuevo a Luca en la mejilla y dando un abrazo a Flavia. La madre de Giulia Tanzi y el policía se quedan a solas.

—Has hecho bien dejando que se vean, es todo un gesto por tu parte —dice Luca.

—Le ha salvado la vida, no podía impedirselo. Además, fue Giulia la que tomó la decisión, ya es mayor de edad y puede hacer lo que quiera. Ha hablado mucho sobre ello con su psicoterapeuta y las dos llegaron a la conclusión de que había llegado el momento —responde Flavia en tono seco—. ¿Alguna novedad sobre la investigación?

—Según parece nuestros amigos de Roma, los carabinieri, han conseguido correr un tupido velo insistiendo en la tesis de la guerra entre bandas. La versión oficial será que las jóvenes fueron raptadas para ser introducidas en el circuito de la prostitución internacional, lo que ordinariamente se llama trata de blancas. Por suerte todas fueron drogadas y apenas recuerdan nada de lo que sufrieron... a propósito, ¿cómo está Giulia?

—Es difícil decirlo. Físicamente se ha recuperado, han pasado ya dos meses, pero no tengo ni idea del tiempo que va a necesitar para superar algo así. Por el amor de Dios, estamos en el lugar adecuado, éste es el mejor centro de Italia para traumas de este tipo. La están ayudando, bueno, lo intentan. Espero que el hecho de ver a Marco no cause otros problemas...

Luca intuye que Flavia quiere preguntarle algo, pero que el orgullo se lo impide. Así que habla él, para evitarle la dificultad.

—Marco está tratando de volver a llevar una vida normal, ¿sabes? Sandonato le ofreció un trabajo en la agencia y él ha aceptado. Por el momento está en mi casa, pero pronto se mudará a la suya.

—Me alegro por él, pero su vida ya no me concierne.

—¿Y tu marido? —se aventura a preguntar Betti.

—¿Te acuerdas de la convención en París? Bueno, no volvió. Me envió una carta a través de un abogado pidiéndome la separación, por lo visto ha encontrado trabajo allí, en una universidad privada. Por lo visto, hacía tiempo que lo había proyectado.

—Cristo... lo siento, Flavia, no lo sabía.

—Las cosas no estaban funcionando entre nosotros. Claro que un hombre que te deja en un momento así es como poco un cabrón... pero mejor saberlo, ¿no crees?

Luca se limita a asentir con un ademán.

—Fausto pensaba que Giulia estaba muerta. Habían encontrado el cadáver, y él no es el tipo que se aferra a una menudencia como un reloj en la muñeca equivocada. Además, yo no lo puse al corriente de lo que sucedió después, ni de la película de internet... y quizá debería haberlo hecho. Pese a no ser su verdadero padre, quería mucho a Giulia y, en el fondo, ese sentimiento le daba derecho a saber.

—¿Y ahora? —pregunta Betti—. Quiero decir, ¿piensas decirle cómo ha acabado? Tal vez eso os ayudaría a reconciliaros.

—Estoy segura de que se ha enterado por los periódicos, en cualquier caso no ha dado señales de vida. No tiene ninguna intención de volver, Luca. No tengo suerte con los hombres, debo de ser una especie de arpía, dado que todos me apartan.

—No es cierto, lo sabes de sobra.

Flavia sonrío y le acaricia una mejilla. Luca se ruboriza.

—Eres un tesoro, Luca. Pero a ti también te conviene mantenerte alejado de mí. Hablo en serio.

—¿Se puede? —Marco se vuelve para cerrar la puerta sin aguardar la respuesta. La corbata y el ramo de flores en la mano lo hacen sentirse torpe.

La habitación es enorme y está en penumbra. Giulia está tumbada en la cama, vestida con un pijama blanco. Lo mira.

—Ven, siéntate —dice señalando el sillón que hay a un lado de la cama.

Marco se acerca.

—Te he traído esto —dice dejando el ramo de rosas en la mesita.

—No, no, dámelas. Quiero verlas.

Marco tiende el pequeño ramo de capullos de rosa a su hija, quien esboza una ligera sonrisa.

—Son preciosas, gracias.

—De nada —responde él a la vez que toma asiento—. Tú también estás preciosa. ¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes?

—Mejor. Dentro de unos días saldré de aquí, no veo la hora.

—No tengas prisa. Antes debes recuperarte por completo.

Giulia y su padre se miran a los ojos buscando unas palabras difíciles de pronunciar. Unas palabras que están ahí, en la zona del corazón, y a las que les cuesta encontrar una vía de salida. Marco Tanzi siente que debe hablar en primer lugar, pero le parece banal disculparse. Miserable. Así que trata de ganar un poco de tiempo.

—¿Cómo ocurrió? ¿Por qué te cogieron?

—No lo sé, se lo he dicho también a la policía, al menos mil veces. Parece cosa de locos, pero es así... Me dirigía a un local, había quedado con unos amigos. Me agarraron por detrás, me taparon la cara con un pañuelo y me desmayé. Luego los recuerdos se confunden... Me daban unas pastillas, me ponían inyecciones. Era como si ya no tuviese cuerpo, como si ya no fuera yo. Recuerdo las fiestas con unos viejos asquerosos que me metían mano. —Las lágrimas empiezan a surcarle el rostro—. Una vez traté de rebelarme. Entonces empezaron las fotos, las películas... ¿Y sabes qué es lo peor? Pues que tenía la sensación de haber perdido las ganas de reaccionar a esa mierda —concluye Giulia sollozando.

—Perdóname, te lo ruego, no quería...

—No, da igual. Pamela dice que hablar me ayuda. A veces tengo la sensación de que voy a estallar si no lo cuento.

—¿Pamela?

—La psicóloga, mi terapeuta. Dice que debemos enfrentarnos a lo que nos asusta, porque, si no lo hacemos, alimentamos el dolor, además del miedo.

Entre padre e hija se instala un silencio embarazoso.

—Giulia... en estos años han ocurrido muchas cosas. No sé por dónde empezar. —Marco baja la mirada, abrumado por la emoción.

—¡Para empezar, explícame por qué te marchaste, por qué me abandonaste así! —lo apremia la joven—. ¿Nunca quisiste saber cómo estaba en todo este tiempo? Sufría... estaba mal.

Marco Tanzi mira a los ojos a Giulia. Ha llegado la hora de que ajuste cuentas consigo mismo.

—Verás, Giulia... hace diez años sucedió algo. Mi trabajo me llevó a un punto de ruptura. Me perdí. Lo único que sabía era que había emprendido un camino sin retorno, y cuanto más lo comprendía más me hundía. Como si lo único que quisiera fuera destruirme a mí mismo. Sé que te hice daño, pero era la única manera de tratar de manteneros al margen de esa mierda a tu madre y a ti. Para no haceros más daño.

—¿Y ahora? —pregunta Giulia—. ¿Qué piensas hacer? ¿Has vuelto de la nada para desaparecer de nuevo?

—Ahora no lo sé —contesta Tanzi—. No sé qué sucederá, qué será de mí. Me gustaría... He pensado en... Pero no, quizá sea una idea absurda. Quizá no tengo ni siquiera derecho a pedírtelo.

—¿Qué te gustaría, papá? Quiero oír cómo lo dices, soy yo la que tiene derecho.

Marco Tanzi hace acopio de todas sus fuerzas y, por fin, encuentra el valor necesario para pronunciar las palabras.

—Me gustaría volver a intentarlo. Intentar ser de nuevo un padre para ti. No sé si tú también quieres y, a decir verdad, ni siquiera sabría por dónde empezar, Giulia. —El expolicía baja de nuevo la mirada. Jamás se ha sentido tan indefenso.

Su hija se inclina hacia él, le coge una mano y se la aprieta.

De repente, a Marco le sucede algo inesperado. Siente una sensación de calor, una ternura infinita, unida a cierta melancolía. Sufrimiento pero también esperanza, abandono. Como si ese contacto hubiera encendido algo en el fondo de su alma. Las lágrimas le saltan a los ojos mientras se lleva la mano de su hija a los labios para darle un leve beso.

—Perdóname, Giulia —dice con la voz quebrada por el llanto—. Perdóname por todo.

—Me has salvado la vida, papá. Esos hombres querían... Me querían...

—No pienses en eso ahora. Todo ha terminado. Nadie volverá a hacerte daño. No mientras yo siga aquí.

—¿Y seguirás aquí? Por mí, quiero decir. ¿No piensas volver a marcharte?

—Si quieres me quedaré.

—Entonces te propongo que volvamos a empezar desde aquí, papá —
responde la joven acariciándole el pelo.

Sesenta y uno

—¿Por qué has querido verme? —pregunta Laura Damiani girando ligeramente su jarra de cerveza oscura entre las manos—. Hacía casi dos meses que no me llamabas...

—Hace tiempo que quería hablar contigo —contesta Luca Betti. Están sentados a una mesita apartada en un local de la zona de Porta Venezia—. La verdad es que no sabía si tú querrías hacerlo también. Digamos que he preferido dejarte tiempo para que pensases, para que decidieras cómo comportarte sobre... Bueno, sobre lo que sucedió.

—¿Me estás diciendo que has contenido el aliento mientras tratabas de comprender si yo pensaba irme de la lengua y denunciar lo que sucedió al jefe de policía? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Más o menos...

—Hipócrita —replica Laura esbozando una sonrisa—. Sabes de sobra que si hubiera contado todo me habría acusado también. No sé cuántos delitos cometí irrumpiendo en esa casa.

—Hiciste lo correcto, y te lo agradezco. De no haber sido por ti...

—Ahora estarías muerto. O, en el mejor de los casos, sin trabajo y en la cárcel.

—Veo que no estás acostumbrada a las medias tintas. Siempre fiel a tu imagen de dura, ¿eh?

—Tú también sabes que es cierto.

—La verdad es que sí —corrobora Luca—. En cualquier caso, en serio, muchas gracias. Pese a que aún no he entendido por qué te arriesgaste tanto. Si he de ser franco, no sé si yo habría hecho lo mismo en tu lugar.

—En realidad lo hiciste, desde el momento en que decidiste no denunciar ante nuestros colegas el descubrimiento de las películas.

—Aún me pregunto qué habría pasado si hubiera hecho otra cosa. Quiero decir... los resultados nos dan la razón, pero corrimos un riesgo enorme, todos. Tú incluida.

—Lo que importa es que esas chicas se han salvado y que no haya otras destinadas a seguir la misma suerte. Al menos, no por obra de esa organización.

—Ya...

Dan un sorbo a sus cervezas y pican unas cuantas papas. Permanecen en silencio un rato.

—¿Has tenido noticias de él? Me refiero a tu ex, al carabiniero...

—Luca, creo que eso no es asunto tuyo.

—Ah, perdona, yo no... —farfulla el policía apurado.

—¡Vamos, estoy bromeando! —se apresura a añadir Laura Damiani—. En cualquier caso, no, no he vuelto a hablar con él. Después de esa noche... de lo que pasó en la casa... me pidió que me lo pensara, que me quedara en Roma, pero le dije que no y regresé a Milán. Ciertas épocas terminan de repente, y yo he comprendido que, en mi caso, Roma pertenece al pasado.

Laura nota que Luca la está mirando con una extraña expresión.

—¿Qué pasa? —le pregunta—. ¿He dicho algo raro?

—No, sólo que... esa frase, «las épocas terminan de repente». La decía Mastroianni en...

—*La terraza*, de Scola. Lo sé, es una de mis películas preferidas.

—¡Adoro esa película! —exclama Luca—. Y esa frase... me ha obsesionado durante años... ¡Es increíble que la hayas citado!

—No —contesta Laura bajando la mirada con cierto embarazo—, sólo es una coincidencia.

—Sea como sea, es un hombre extraordinario. Si no hubiera sido por él...

—Oye, ¿sabes que eres extraño? Me invitas aquí a beber una cerveza, pero luego haces todo lo posible para que parezca una ocasión oficial para manifestarme tu agradecimiento, en lugar de una cita sin más... Y, por si fuera poco, ¿qué haces después? ¡Te pones a hablar de mi ex! Eres tan torpe que me pregunto cómo pudiste casarte y tener incluso una hija.

Luca sonrío.

—De acuerdo, ten piedad, no te ensañes conmigo. La verdad es que tenía ganas de verte, ¿de acuerdo?

—Está bien, basta con que ahora no te pases y no se te ocurran cosas extrañas para el resto de la velada...

—A decir verdad pensaba invitarte a comer una *pizza* y a ir al cine. O, si prefieres, podemos ir a un japonés.

—La *pizza* me apetece. Pero ¡que quede claro que la película la elijo yo!

—De acuerdo, comisaria —contesta Luca risueño—. ¡A sus órdenes!

Epílogo

Fausto Lombardi abre la puerta de su apartamento parisino, un piso de una sola habitación en el barrio de Montmartre. En una mano lleva una bolsa de papel por la que asoma la punta de una *baguette* aún caliente, que acaba de comprar en la panadería de la esquina. Deja la compra en una mesita y abre la bolsa que lleva en bandolera, de la que saca los dos periódicos italianos que ha adquirido en el quiosco internacional. Con el ansia que acompaña a diario este ritual, hojea las páginas de crónica negra. No encuentra nada. Un suspiro de alivio marca el inicio de otras veinticuatro horas de tranquilidad.

Vacila entre preparar enseguida la cena o dedicarse antes a las tareas domésticas. No puede permitirse una asistenta para limpiar el minúsculo apartamento. El sueldo de ayudante en la universidad privada en la que trabaja le basta apenas para pagar el alquiler, la comida y los pequeños gastos. No le permite, desde luego, vivir con la holgura a la que estaba acostumbrado en Italia, gracias a su puesto de profesor en la Cattolica de Milán. A veces piensa en recurrir a sus ahorros, los que se trajo consigo en efectivo. Pero ese dinero, unos noventa mil euros en billetes de quinientos, es todo lo que posee. Puede servirle en caso de que se vea obligado a huir a Sudamérica o a algún país africano. Si las cosas empeoran es su única vía de salvación.

La casa de Milán podría asegurarle un bienestar duradero si pudiese venderla. Pero Flavia vive en ella y está casi seguro de que, en caso de divorcio, el tribunal le asignará la propiedad definitiva, pese a que la misma pertenece desde hace muchas generaciones a los Lombardi. ¡Malditos jueces italianos! Por prejuicio, en las separaciones y los divorcios penalizan siempre a los hombres.

Fausto decide que no tiene ganas de lavar el suelo y planchar la ropa. Saca de

la bolsa los tomates y el filete, resuelto a recompensar su deprimente jornada con una cena decente. Las cebollas y el apio están en la nevera, al igual que la botella de vino blanco que quería reservar para una ocasión especial. Se la beberá esta noche y luego llamará a la estudiante de Lyon, la que lo miró con dulzura durante la lección de ayer. Fausto ha copiado su número de teléfono de la ficha de la universidad y está casi seguro de que la rubita no se lo pensará dos veces. Por lo demás, él puede darle la máxima nota en el examen del curso que imparte, una oferta que una estudiante mediocre como ella no querrá rechazar.

El timbre de la puerta lo distrae de estos pensamientos, mientras corta la cebolla en la pequeña tabla rectangular. Abre la puerta, casi seguro de que es la anciana que vive al lado, pero deseando, inconscientemente, que sea una de las estudiantes que ha invitado a su casa en más de una ocasión.

La sorpresa que siente al ver a su mujer, Flavia, le transforma los rasgos. Viste un impermeable largo, de color negro, y lleva unas gafas de sol enormes y unos guantes de piel. Tiene el pelo muy rubio, recogido en un peinado alto. La expresión de asombro de Fausto Lombardi se convierte en una de terror cuando la mujer, con un rápido ademán, saca un cuchillo afilado de un bolsillo del impermeable y se lo clava en la barriga, bajo las costillas. Lombardi intenta gritar, pero el dolor le paraliza las cuerdas vocales. Recula llevándose las manos a la barriga, al mismo tiempo que la mancha roja que ha aparecido en su delantal se va agrandando a ojos vistas.

Flavia cierra la puerta mientras su exmarido tropieza con una silla y cae al suelo, sin dejar de intentar detener la hemorragia presionando con las manos.

—Creías que no lo descubriría, ¿verdad? —dice Flavia—. Pensabas que no sabrías relacionarlo. Pero hacía años que lo sabía. Años que te espiaba mientras te masturbabas delante de esas películas horribles, encerrado en tu estudio. Esas mujeres torturadas... Pensaba que eran unos montajes asquerosos, pero, en cambio... En cambio todo era cierto. Pagabas para ver a esos hombres torturando a unas desgraciadas, ¡a unas niñas!

—So... socorro... me estoy muriendo... —susurra Lombardi con un hilo de voz—. Ambulancia... te lo ruego... un médico...

—Cuando me enteré de que la agencia estaba involucrada lo comprendí —prosigue Flavia haciendo caso omiso de las súplicas del hombre—. Tú quisiste regalar el servicio fotográfico a Giulia. Tú la acompañaste cuando estuviste en Roma para asistir a ese congreso en la universidad. La verdad es que me sorprendió que lo hicieras, no lograba entender a qué venía un gesto tan

afectuoso.

—Flavia... la ambulancia... te lo ruego...

—Fue ese hombre, el dueño de la agencia, el que te hizo entrar en el circuito de pervertidos. De sádicos asquerosos pervertidos. Y tú le llevaste a Giulia. Porque siempre la habías deseado y sabías que nunca podrías tenerla. Es así, hijo de puta, ¿verdad? ¡Confiesa que es así!

—Flavia, por favor... —gime Fausto Lombardi arrastrándose por el suelo—, el teléfono... dame el teléfono...

—Lo entendí después. Relacioné todo más tarde. Tu manera de mirarla, cuando la escrutabas en silencio, mientras cenábamos juntos. No era reproche, no era desinterés. Era deseo. Soñabas con poseerla. Mejor aún, ver cómo la poseían, cómo la torturaban esos monstruos asesinos.

Entretanto, la sangre de Fausto Lombardi ha formado un pequeño charco en el suelo. El hombre se siente desfallecer. Intenta, con un último impulso, alcanzar el móvil, que está en la mesita, al lado del sillón, pero Flavia es mucho más rápida que él. Lo desmonta y saca la batería.

—¿Querías esto? —dice enseñándole el teléfono—. Aquí lo tienes. Es todo tuyo —concluye, lanzándole con desprecio lo que resta del aparato. Fausto está exhausto. Siente que las fuerzas lo están abandonando, renuncia incluso al vano intento de frenar la hemorragia y se deja caer en el suelo con los ojos entornados.

Flavia se acerca a él, manteniéndose sin embargo a cierta distancia para no mancharse de sangre. Lo observa desde lo alto mientras él se retuerce de dolor, mientras las pocas energías que le restan lo van abandonando.

—Eres el último horror de mi vida. A partir de ahora nadie podrá volver a tratarme como lo hiciste tú. Y si lo intentan... —Se inclina y saca bruscamente el cuchillo de la barriga de su exmarido.

Como si emergiera de un sueño profundo, Fabio abre los ojos aterrorizado. La herida empieza a sangrar con más fuerza.

—Si lo hacen acabarán así.

Con gestos calmos, la mujer limpia la hoja del cuchillo en el delantal del hombre, luego se lo mete de nuevo en el bolsillo. Mira alrededor para asegurarse de no haber dejado ninguna huella de su paso por el apartamento. Echa un vistazo a su ropa para comprobar que no se ha manchado de sangre. Luego, sin siquiera dignarse a mirar a Fausto Lombardi, que agoniza ya, sale cerrando la puerta tras de sí.

Agradecimientos

Pienso que pocos autores han tenido la suerte, como yo, de poder trabajar con un equipo de mujeres tan maravillosas y competentes.

Chiara Beretta Mazzotta: amiga, asesora editorial, primera lectora de mis manuscritos. Esta novela debe mucho a su profesionalidad y a su paciencia.

Loredana Rotundo: además de ser la mejor agente del mundo, es una amiga sincera con la que siempre puedo contar.

Ricciarda Barbieri: editora de Feltrinelli; su competencia, su profesionalidad, su clase innata me embujaron de inmediato. Gracias de todo corazón a ella, a Elisa Bersani y a toda la redacción. Es un privilegio trabajar con vosotros.

Gracias también a mi madre y a mis hermanos, Cettina y Francesco, que siempre me sostienen y me ayudan.

Gracias al hermano Mauro Marcialis, un escritor de talento; al volcánico Luca Covi, un amigo desprendido; al inoxidable Sergio Altieri, un amigo tenebroso; y al profesional Stefano Di Marino, un amigo valiente.

Gracias al estrepitoso Andrea G. Pinketts y al pirotécnico Andrea Villani.

Gracias a Marianna Aquino, que, si bien trabaja para la competencia, creyó mucho en esta novela y me dio unos consejos preciosos.

Gracias a la «guerrera» Marilù Oliva, una amiga querida y sincera.

Gracias a mi amigo Tiberio Timperi, que combate la misma batalla que yo.

Gracias a Raul Montanari, mi maestro, mi mejor amigo y mi hermano mayor.

Gracias a Lorenzo y a Sara, que dan sentido a todo.

Gracias a Sonia, el milagro de mi vida, que me soporta y me quiere.



ROMANO DE MARCO Nacido en Francavilla al Mare el 6 de octubre de 1965, gerente de seguridad de uno de los grupos bancarios más grandes de Italia, comenzó a escribir en 2009 con la novela *Ferro e fuoco*. En 2011 lanzó su segunda novela *Milano a mano armata*. En enero de 2013 es el tiempo de *En casa del diablo* editada en España por la editorial Bóveda. En enero de 2014 aparece su cuarta novela *Desaparecida*. En 2015 publicó dos novelas *Ciudad de polvo* y *Morte di Luna*. En 2017 publica *L'uomo di casa*.

Colabora con la revista *Writer's Magazine Italia*, dirigida por Franco Forte, escribe artículos periodísticos para *Giallo Mondadori*, colabora con varios blogs.

Notas

[1] En dialecto lombardo, «mendigo», «vagabundo». (*N. de la T.*). <<

[2] Massacese, originario de Puglia, usa en el diálogo algunas expresiones en el dialecto de esta región. (*N. de la T.*). <<

[3] En dialecto de Puglia: «Me recuerdas a Jesucristo *con ese pelo y esa barba. Vamos...*». (N. de la T.) <<

[4] En España la serie se emitió con el título *Agallas, el perro cobarde*. (N. de la T.). <<

[5] En español en el original. (*N. de la T.*). <<